

Emiliano Jiménez Hernández

EL RESPLANDOR DE LA FE

MARTIRES DEL JAPON

INDICE

PROLOGO	3
PRESENTACION	5

I. PRIMERA EVANGELIZACION

1. UN POCO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA	9
2. PRIMERA EVANGELIZACION	15
3. PRIMERA PERSECUCION	23
4. NUEVA PERSECUCION	33

II. ¡EL CRISTIANISMO NO HA MUERTO!

5. FATIGOSA APERTURA DEL JAPON	45
6. LLEGADA DE LOS MISIONEROS	49
7. P. BERNARD THADDEE PETITJEAN	55
8. LAS TRES PREGUNTAS	57
9. CRISTIANOS OCULTOS DESCUBIERTOS	61
10. LA IGLESIA PROHIBIDA A LOS JAPONESES	69
11. DOMINGO ZENYEMON	73
12. EL HSOYA CONVOCA A LOS CRISTIANOS DE URAKAMI	77
13. NAVIDAD CON EL OBISPO	81
14. MUJERES, ENFERMOS Y ANCIANOS	83
15. LA CUESTION DE LOS FUNERALES	87
16. ULTIMA PERSECUCION	93
17. EL GOBERNADOR INTENTA UNA APOSTASIA GENERAL	99
18. REVOLUCION JAPONESA	105
19. DECRETOS IMPERIALES CONTRA EL CRISTIANISMO	111

III. TSUWANO

20. DEPORTACION	119
21. LLEGADA Y TRATO EN TSUWANO	125
22. ANTE LOS TRIBUNALES	131
23. JINZABURO	137
24. OTONE TOOGE	141
25. EL LAGO HELADO	143
26. EL LETRADO Y LOS IGNORANTES	145
27. LA FORTALEZA DE LOS DEBILES	149
28. MATSU Y LA CEREMONIA DEL FUMIE	151
29. YUJIRO Y EL GORRION	153
30. LA INTERVENCION DE LOS EXTRANJEROS	157
31. ¡LA COMEDIA CONTINUA!	159
32. EL HUERTO DE LOS CRISTIANOS	165
33. LA VISITA A KOBE	167
34. VUELTA A SUS HOGARES	169

PROLOGO

Cuando llegué a Tsuwano en el invierno de 1992 y me contaron la historia de los mártires, que allí habían dado la vida por Cristo, quedé impresionado. Era un día frío, con nieve, como lo habrían sido muchos de los que allí pasaron los testigos de la fe. Empecé a interesarme por conocer sus vidas. Luego me pidieron que escribiera un guión para una película. Así empecé a recoger datos. Pero una historia se enredaba con otra. Los cristianos, que aparecían de las cenizas de la persecución, me llevaron a buscar, río arriba, las fuentes de su fe, tan arraigada como para no extinguirse por siglos sin auxilio de misioneros ni de sacramentos. Así llegué hasta los comienzos de la evangelización del Japón. Francisco Javier era el Padre de estos cristianos. Y tras Javier aparecían otros jesuitas; luego los franciscanos, los agustinos, los dominicos, y los misioneros japoneses. Con ellos fui conociendo y recorriendo la geografía del Japón, saltando de isla a isla, gozando y sufriendo con ellos, ante los impresionantes testimonios de fe y ante las inimaginables dificultades, que el demonio oponía a cada paso. Las persecuciones, los martirios, las defecciones, la vida oculta de misioneros hasta desaparecer del todo. Para comprender este proceso me vi obligado a buscar y conocer el mundo político, con sus cambios de emperadores y sus respectivos **Shogun**. Y, en medio de los misioneros y los emperadores, las intrigas religiosas de los bonzos, así como las intrigas comerciales de ingleses y holandeses contra españoles y portugueses. De este modo la historia se me fue trenzando y, capítulo tras capítulo, salió este libro.

A veces se ven las trazas del proyecto inicial, al que no he renunciado. Por eso no he borrado sus huellas. A veces es más explicativo, propio de un libro. Pero, lo que al final llena más páginas, lo más interesante son los testimonios de fe de los mártires. No son más que algunos de los miles que se podrían añadir. Pero son suficientes como para que se cumplan también hoy las palabras del Papa Urbano VIII, que en 1626 escribía a los cristianos del Japón: "Los nombres de vuestros mártires serán un día bendecidos y glorificados por la Santa Iglesia, como lo son ahora los cristianos de las catacumbas".

La cruz, que plantaron Javier y sus compañeros el P. Cosme de Torres y el Hermano Juan Fernández, ha sido regada por la sangre de jesuitas, agustinos, dominicos y franciscanos. Pero el martirologio japonés está formado también de madres, jóvenes y niños, cuyas almas se asoman al mundo a través de sus ojos oblicuos y tez amarilla. Señores y labriegos, soldados y mercaderes, ancianos y niños, todos murieron por el simple hecho de ser cristianos. La Iglesia del Japón, por años quedó sepultada, pero no muerta; regada por torrentes de sangre, espera germinar en la fe.

Takamatsu 5 de enero de 1996
Fiesta de los Santos Mártires del Japón

PRESENTACION

Amanece. El resplandor de la luz ilumina la aguja que, desde la espadaña de la ermita, señala al cielo. La cruz de su cima se dora gloriosa.

Desde ella, el resplandor desciende en círculos por el valle. Surge de la noche la pequeña capilla, que se levanta sobre la antigua prisión de los mártires. Al lado se ilumina la imagen de la Virgen, rodeada del lago, la jaula de bambú, las bases de las columnas del Koorinji..., memoriales del resplandor de la fe, que les ha transformado de instrumento de tortura en signos de veneración. Es lo que proclama la inscripción de la gran piedra conmemorativa: SHINKO NO HIKARI (Resplandor de la fe).

Se despojan de las brumas también los cedros y cipreses de las laderas del valle. Y hasta el agua del regato canta a la luz de la mañana. Desciende rápida de la cima de la montaña para detenerse en un pequeño remanso junto a la ermita y, luego, seguir con gozo descendiendo pendiente abajo hacia Kabusaka.

Es domingo de Ramos. Un grupo de peregrinos, con las palmas en sus manos, suben por el camino que lleva al **Valle de los mártires**. Van cantando:

*"¿Quiénes son y de dónde vienen?
Estos son los que vienen de la gran tribulación
y han lavado sus túnicas
en la sangre del Cordero..."*

Recostado sobre el brocal del estanque, les espera Monseñor Wazaburo Urakawa con su gruesa "**Historia de los cristianos de Urakami**". Terminado el canto y las oraciones, Monseñor abre el libro. En la primera página está la fotografía de una anciana:

-Es mi madre, -comienza su relato-. No murió aquí en Tsuwano. Pero es una de las mártires de Urakami. Yo era pequeño y conocí a muchos de los que confesaron la fe en Cristo en este valle y en otras muchas prisiones. Aquí, a Tsuwano, fueron desterrados 153 cristianos de Nagasaki, de los que 36 murieron en este valle.

Monseñor Wazaburo Urakawa es el primer cronista de la historia de los mártires de Tsuwano, historia escrita con sangre. Hijo de una de las víctimas de la persecución, vivió desde pequeño el ambiente de Urakami y conoció a muchos de los confesores de Cristo.

Sentado en el borde del estanque, que recuerda el lago de aguas frías, o apoyado en una de las columnas del templo que sirvió de cárcel, Monseñor Urakawa hoy reconstruye para los peregrinos la historia, repite las palabras de los mártires, intentando transmitir su espíritu. Por ello, sus palabras se cargan de unción:

-En el fondo del valle de Tsuwano, al momento de los hechos, se levantaba un templo budista, el "Kooronji", que quiere decir "Templo del resplandor solitario". Entre sus viejas maderas los cristianos vivieron por cinco años encerrados. En la más completa soledad hicieron brillar el resplandor de su fe. El nombre del templo budista se hizo realidad; realidad que aún perdura.

Mientras su mirada se pierde entre los árboles y las rocas, testigos de los hechos, como si en su interior guardaran el espíritu de su madre y de los demás mártires, sigue narrando:

-La historia de los mártires de Tsuwano es breve; dura sólo cinco años: de 1868 a 1873. Pero para comprender esta historia, para que brille ante nuestros ojos el resplandor de la fe, que se desprende de ella, es necesario enmarcarla en la geografía y en la historia general del Japón.

Una vegetación exuberante cubre las montañas de Tsuwano, como corona de la ciudad con sus calles de farolas rojas y blancas. Las acequias se alborozan con los saltos de las carpas. Es una pequeña expresión del Japón.

I. PRIMERA EVANGELIZACION

1. UN POCO DE GEOGRAFIA E HISTORIA

El Japón está formado por las cumbres de una cadena de montañas sumergidas en el Océano Pacífico; es un archipiélago constituido por cuatro islas principales e innumerables islas inferiores. Las cuatro grandes islas son: Honshu al centro, Shikoku al sureste, Hokkaido al norte y Kyushu al sur. Las islas japonesas describen la figura de un gran arco de más de tres mil kilómetros, con un litoral rico de ensenadas, de brazos de mar y de pronunciadas penínsulas, con numerosas bahías, que se asoman al Mar del Japón. Este mar interno se abre entre las islas de Honshu, Shikoku y Kyushu. Esta última es, fundamentalmente, el escenario de la historia de los mártires de Urakami, valle de las afueras de Nagasaki.

Hasta hace siglo y medio el Japón fue ignorado casi por completo por el resto del mundo. Sede de uno de los más grandes imperios, en su pequeña extensión, el Japón es un país montañoso, con el bello cono volcánico del monte Fuji a 3.800 metros de altura. El territorio no es muy fértil ni dispone de riquezas minerales. En su mayor parte depende de las importaciones del exterior. Sin embargo, las lluvias abundantes hacen del Japón un país de bosques verdes hasta en las cimas de sus montes. Pues, aunque situado en el mar, el Japón está rodeado de costas empinadas, cubiertas de bosques y una vegetación casi tropical. Por ello, aprovechando la abundancia de agua, con una amplia canalización, los japoneses han podido cultivar hasta los espacios más exigüos de tierra fértil, sobre todo para sembrar arroz. El arroz ha sido la base de la alimentación de una población numerosa como pocas en el resto del mundo.

Siendo una tierra dividida por montes, Japón se abrió muy pronto al mar y desarrolló numerosas vías marítimas de comunicación de una región a otra. El mar es la segunda fuente de alimentación con sus peces abundantes.

La posición geográfica no ha favorecido en absoluto la integración del Japón con el resto de las naciones y culturas. Situado en el "extremo oriente" del mundo, metido dentro del océano, estaba fuera de mano, al margen de todas las vías comerciales y económicas, al fin de la tierra. Esto ha hecho que el Japón haya vivido aislado del

resto de las grandes civilizaciones hasta hace menos de dos siglos. La única influencia externa que podía recibir era siempre filtrada por los países vecinos, como China y Corea.

Si todo el Extremo Oriente, con un cuarto de la población del mundo, ha vivido separado de las otras grandes civilizaciones como la de la India, la del Medio Oriente y la de la cuenca del Mediterráneo, el Japón ha sido el país más aislado del Extremo Oriente. Este aislamiento se manifiesta en su forma particular de vestir, en la comida, en la arquitectura de las casas y en la vida familiar y, más que nada, en su lengua, tan distinta hasta del idioma chino, aunque en la escritura se derive de él.

Este aislamiento geográfico y cultural ha llevado al japonés a sentirse una persona diferente de las demás personas que habitan el planeta tierra. A pesar de sus luchas internas, el Japón siempre se ha sentido como un pueblo homogéneo, con una identidad bien definida y precisa: la multitud de islas que lo componen no les ha llevado a dudar de que son un único Estado. De aquí la dificultad para abrirse a otros pueblos y establecer una comunicación con ellos en cualquier nivel. El Japón ha vivido el contacto con otros pueblos con una gran tensión y hasta se podría decir con una gran insensibilidad para los sentimientos y reacciones de los extranjeros. Con un sentimiento de superioridad o de inferioridad se han cerrado a la comunicación.

Los primeros documentos escritos sobre el Japón son del siglo V o del VI. Es el período de Yamato, que recibe el nombre del lugar donde tuvo origen esta cultura: la cuenca de Nara, entonces llamada Yamato. Los documentos de esta época están ligados al arte funerario, con sus cerámicas encontradas en las tumbas. También es significativo de esta época el culto a la espada y al espejo. El espejo llegará a ser lo más sagrado en el culto shintoísta. En todos sus templos, tras largos corredores y caminos a lo largo de las montañas, la meta última a la que se llega, en lo más interior del templo, es a encontrarse ante un espejo: el fiel shintoísta después de sus costosas ascensiones, en realidad, se encuentra consigo mismo, igual que cuando empezó su peregrinación, aunque un poco más cansado.

Durante el período Yamato, el país es organizado en distintas unidades locales o clanes, con una autoridad hereditaria y con sus propias divinidades. Pero todos ellos sometidos a la suprema autoridad de los señores de Yamato. De estos señores de Yamato surgirá la Casa Imperial que se perpetuará durante toda la historia japonesa como la suprema autoridad. También en este tiempo surgirá la imagen del aristocrático guerrero a caballo, que llegará a ser la espina dorsal del posterior estado feudal: el samurai, cuyos honores y privilegios son hereditarios. Y con los samurai, comienzan a constituirse las corporaciones de artesanos que, igualmente, transmiten de padres a hijos sus respectivas profesiones. Naturalmente, los samurai gozan de un prestigio muy superior al de los artesanos. Cabe señalar también que es en esta época cuando se comienza a producir el **sake** o vino de arroz.

Las creencias religiosas fundamentales del Japón tienen su

origen en este período. Sin un nombre preciso en un principio, pronto fueron llamadas **Shinto**, es decir "vía de los dioses". Una cascada, una roca, una caverna misteriosa, un grueso árbol o una piedra que tuviera una forma extraña podían inspirar el sentido de "sagrado temor" y ser como una "vía de los dioses". El shintoísmo, como "vía de los dioses", venera de un modo particular a la divinidad femenina del sol, Amaterasu, progenitora de la familia imperial.

El shintoísmo, sin ningún contenido ético, tenía en cambio un rico ceremonial, con numerosos templos y aún más numerosas festividades. En sus fiestas se baila el **kagara**, danzas y representaciones rituales, acompañadas por los cantos llamados **kagara-Uta**; y no puede faltar el vino sagrado de arroz, conocido como **miki**. Los lugares que despertaban el sentido del temor sagrado, se fueron convirtiendo en lugares de culto y muchos de ellos en santuarios. Infinidad de templos se esparcen por todo el Japón, con su puerta o **Torii** a una pequeña distancia de la entrada. La base del shintoísmo es el culto a la naturaleza y a la fertilidad; la veneración por la divinidad no es otra cosa que el deseo de comunión con la naturaleza y con los espíritus del universo.

Más que una religión es una filosofía práctica, que lleva sobre todo al autocontrol, a no dejar traslucir las emociones. Sonreír ante la muerte de un familiar, mostrar complacencia en el trabajo, fidelidad al señor feudal. Los **"Do"** o "caminos" están encaminados a lograr este autodomínio: el **sado** o "ceremonia del te" con horas sentados sin moverse; el **judo** o "camino blando" donde se golpea al otro sin inmutarse; el **kendo** o "camino de las espadas", una especie de esgrima en la que se abre al vencido la cabeza sin mostrar ninguna sensación de satisfacción o de pena... Son innumerables los caminos: poner las flores, oler incienso, tirar al arco...

Con el shintoísmo, bajo la influencia de China, y a través de Corea, hacia el año 552 entró en Japón, en la corte de Yamato, el budismo. El budismo es una religión de la India, pero se había difundido ampliamente en China y, desde China, penetró en Japón. Esta nueva religión, que gozaba del esplendor de la cultura china, encontró en Japón seguidores entusiastas, sobre todo en los ambientes de la corte imperial, que llenaban su tiempo leyendo y comentando el **sutra** o suma de enseñanzas escritas budistas, aunque la verdad es que no soñaban mucho con llegar al **nirvana**, o **"nada"**, que es la meta final del camino de salvación que propone el budismo; pero, a pesar de ese entusiasmo, el budismo se encontró también con la oposición de quienes veían en todo lo extranjero un elemento de disgregación. Las clases sacerdotales se opusieron al budismo, temiendo la indignación de las divinidades locales.

El rey de Corea envió a la corte japonesa diversas imágenes de Buda junto con preciosos objetos de culto, para que ayudasen a la difusión de la nueva doctrina. Las luchas entre ambas corrientes religiosas -shintoísmo y budismo- se sucedieron por años, aunque la superioridad cultural del budismo logró imponerse y dominar en los estratos de la corte imperial. Los templos de Kyoto y de Nara son un símbolo de esta penetración del budismo. El emperador Shotoku Taishi promulgó una constitución en la que se imponía, por ley, a los

japoneses la obligación de adorar a Buda. En dicha constitución, además, abolía los encargos hereditarios, con lo que intentaba introducir una nueva organización estatal, basada en los funcionarios. Era el comienzo de una nueva época: surgía el Imperio. El Emperador era el gran sacerdote y el monarca de un estado único. En realidad, Shotoku Taishi se consideró a sí mismo como la encarnación de Buda.

Así, pues, el budismo gozó en la capital (Nara, primero, y luego Kyoto) de favores oficiales superiores a los de los cultos locales, los shintoístas. Pero no ocurrió lo mismo en las regiones alejadas de la capital. Los emperadores y las familias nobles construyeron espléndidos templos y cada familia trataba de superar en suntuosidad y en las ceremonias a los templos de las otras familias. El gran Buda sentado, que mide 18 metros de altura, en el monasterio de Todaiji, es una de las estatuas de bronce más grande del mundo. Fue consagrado en el año 752 por el emperador Shomu.

Hasta el año 710, cuando moría el Emperador, la residencia imperial era abandonada; la muerte la había hecho impura. Por ello se cambiaba de lugar la capital y se construía un nuevo palacio. Esto hizo de Nara y de Kyoto, dos ciudades repletas de suntuosos palacios y templos. Sólo la constitución de un Estado burocrático, dotado de oficinas y ministerios, obligó a establecer una residencia fija. Siete emperadores residirán de forma continua en Nara. Esta permanencia dio a la vida de la corte fastuosidad y refinamiento, mezclada con una voluptuosidad cada vez mayor. Los bonzos multiplicaron y enriquecieron sus templos, llegando a ser una potencia amenazadora para quienes se opusieran al budismo.

El Emperador Kammu (737-806), para desembarazarse de la influencia de los bonzos, se decidió a trasladar la capital a 50 kilómetros al norte. Así Kyoto pasó a ser la nueva capital, con la corte imperial y todo lo que llevaba consigo. Kyoto será la residencia del Emperador hasta el año 1868.

En el siglo VII se había creado en Japón la idea del Emperador absoluto, que abrazaba en una persona el poder religioso y el político. Pero, en realidad, el Emperador, a quien nadie discute su poder, no es quien gobierna. Son las familias nobles las que, con sus intrigas, se van imponiendo en la corte del Emperador y ejerciendo el poder político. Frente al Emperador está el Shogun o general de la armada del gobierno central, que es quien de hecho ejerce el poder, llamado **bakufu** o "poder de campo". El Shogun tenía miles de vasallos personales organizados bajo la vigilancia de cada **shugo** provincial. Así es como la familia Fujiwara dominó la corte por varios siglos: desde el 858 hasta 1160. El primero de la estirpe, Nakatomi Fujiwara Kamatari, descendiente de una antigua familia sacerdotal, era partidario del shintoísmo.

Por ello, junto a la vida oficial en torno al emperador, en las provincias, que nunca han aceptado la influencia de la cultura china, se va formando un nuevo personaje: el **daimyo**, el señor feudal, noble caballero que recorre a caballo su territorio, defendiéndolo de bandidos

y ladrones con su arco y espada. Estos caballeros provinciales nunca pusieron en discusión la autoridad de la corte imperial de Kyoto hasta que, a mitad del siglo XII, uno de estos señores feudales, llamado a la corte para resolver con la fuerza las disputas de la sucesión, tras diversas batallas, salió victorioso y decidió instalarse en Kyoto, colocando en los puestos claves a miembros de su familia; en su ambición logra casar a una de sus hijas con el Emperador y, en 1180, sentar a su nieto en el trono. Taira Kiyomori destronó así a la familia Fujiwara. Tras esta rebelión siguieron otras. Los señores feudales fueron ganando importancia en las distintas regiones.

Esta importancia de los caballeros o de la clase guerrera supuso toda una serie de cambios políticos y culturales. Entre otros, en este período se dio una gran transformación religiosa. El budismo que, a través de China y Corea, había llegado a Japón desde la India, iba unido a una concepción intelectual, con su arte y ceremonias exóticas; por ello hizo presa en las clases altas. Pero este budismo no decía nada a las clases populares de campesinos. Su visión de la vida era demasiado pesimista: subrayaba la vanidad y sufrimiento de la existencia, como purificación para liberarse de una reencarnación en una vida en peores condiciones de la actual. Esta cadena sólo podía ser interrumpida con la superación del deseo de vivir, es decir, con la anulación del propio yo, que, ascendiendo al **nirvana**, desaparecía confundido con el cosmos, como una gota de agua pierde su identidad en la inmensidad del mar. Tenían sus horas de meditación, su alimentación era vegetariana. Si se les pregunta: ¿qué buscáis con todas esas prácticas?, la respuesta es clara:

-Llegar a la nada.

-¿Y después de esta vida?

-Lo mismo, la nada.

Al pueblo no le atraía mucho esta filosofía. Por ello, más influencia tuvieron dos sectas esotéricas que comenzaron a difundirse entre el pueblo a fines del siglo IX. Estas sectas budistas huían de las ciudades, refugiándose en las montañas, en busca de soledad en medio de la naturaleza. Sus monasterios, de planta irregular, se confunden con el paisaje circundante, que entra a formar parte de las mismas construcciones. Dos monjes fueron sus difusores: Kukai o Kobo Daishi, que introdujo el **Shingon**, una secta esotérica con fórmulas mágicas, encantamientos y ritos fúnebres. Para esta secta, las divinidades shintoístas eran consideradas como manifestaciones locales japonesas de las divinidades budistas universales. De este modo las dos religiones -budismo y shintoísmo- se fundieron completamente en un sincretismo que aún perdura.

El otro monje, Degyo Daishi (**daishi** significa "gran maestro"), introdujo la secta de **Tendai**, que no era más que un sincretismo budista de las manifestaciones del Shingon y las demás formas del budismo, adaptadas a los diversos niveles de comprensión individual. Estas dos sectas hicieron presa sobre la población rural. Su carga esotérica atraía a la gente. Los monjes predicaban que el hombre

estaba corrompido y, por tanto, no puede salvarse por sí mismo. Sólo la fe y la invocación de Buda Amida puede llevar a la salvación. La moral budista era complicada para el pueblo. De aquí la aceptación popular de las nuevas sectas. Dando por supuesto que el hombre no es capaz de la virtud ni de dominar sus pasiones, Amida-Buda, la compasión encarnada, se resolvió a no gozar de su paraíso mientras uno solo de sus devotos, que con fe le invoque, se quede fuera. Para satisfacer por los pecados de sus devotos se pasó haciendo penitencia dos o tres mil años. Ahora basta que sus devotos se acojan a su misericordia y se les abren las puertas del paraíso. Para salvarse basta con recitar "**Namu Amida Butsu**" (pongo mi esperanza en Amida), o **Manu, Amida But** (Sálvanos, Amida). La repetición de esta jaculatoria hace que Amida saque a sus fieles seguidores del círculo vida-muerte-vida del eterno retorno. De repetir esa súplica se encargaban los bonzos, pagados por los devotos de Amida. Así el Japón se llenó de monasterios budistas, bajo la advocación de Amida. Montes enteros se poblaron de bonzos con sus monasterios más o menos suntuosos. A ellos acudían los jóvenes a aprender las teogonías japonesas y las andanzas de Jaca y Amida o simplemente a aprender a leer y escribir. La salvación, que ofrecen estas sectas, no consiste en la anulación del yo en el nirvana, sino en la vida del más allá en la Pura Tierra del paraíso de Amida. El hombre japonés que, como todo hombre, siente la necesidad de ser salvado, se aferró a la predicación de estos dos mojes, que bien poco tenían del budismo original.

La salvación a través de la fe y la invocación de Amida se encarnó poco después en una nueva secta llamada Shinshu o la Verdadera Secta, que tuvo, no sólo una gran difusión, sino una gran importancia en la vida japonesa de los siglos siguientes. Se multiplicaron los templo y monasterios budistas. Fueron tantas las divinidades que el Japón se llamó **Shinkoku**, la tierra de los dioses. **Kamis y Hotokes** se mezclaron. Los dioses nacionales (Kamis) se consideraron como encarnaciones de Buda (Fotokes). Los templos, los ídolos y las ceremonias se distinguían, pero los fieles eran los mismos; todos adoraban a todos, según el lugar en que se encontrasen; en la misma casa había altares dedicados a Buda y a Amida. Cuando surja la persecución contra los cristianos también estarán unidos. El Evangelio ofende a unos y otros. Sólo en 1868, al restaurarse el Micado, el sinthoísmo cobra vigor; el culto a los antepasados y la lealtad al emperador lleva a perseguir a los budistas. Buda es expulsado de muchos templos.

Otros monasterios constituían verdaderas fortalezas: eran los bonzos militares. Sobre el monte Hiei, al nordeste de Kyoto, se fueron formando verdaderas fortalezas de monjes budistas, dotadas con ejército privado, que intermitentemente hacían temblar la corte y residencia imperial. Igualmente se fue reconstruyendo el poder de las regiones, pues los puestos de gobierno de las provincias volvieron a transmitirse de padres a hijos, hereditariamente. Se reconstruía nuevamente el estado feudal. La nobleza guerrera se fue restableciendo en las distintas provincias. Caballeros y monjes budistas fueron ampliando sus dominios hasta el punto de que la corte imperial no lograba reunir fondos para pagar a sus burócratas. La familia Fujiwara se fue adueñando de este modo de la mayor parte de los

bienes del Imperio. Una hija de la familia se casó con el Emperador y así surgió el sistema de poder indirecto del Shogun. Este, generalísimo del ejército, era en realidad quien, en nombre del Emperador, ejercía el poder y gobernaba en todo el país.

Tras un período de luchas cruentas, con intrigas y traiciones fratricidas, la familia Fujiwara comenzó a declinar. Minamoto Yoritomo, miembro de una de las familias más influyentes, terminó por arrebatarse el poder, siendo nombrado Shogun. La corte imperial seguía en Kyoto, corrompiéndose en medio de la molicie, Yoritomo instauró el gobierno militar en Kamakura, muy cerca de la actual Tokio. Esta distancia no le impidió mantener buenas y continuas relaciones con la corte imperial, la nobleza y los monjes budistas. Este dominio de Yoritomo se prolonga hasta el año 1333 en que Kamakura es devorada por las llamas y del incendio salió victorioso el comandante en jefe del ejército de guardia del Emperador, Ashikaga Takauji, que asumió el poder, obligando al mismo emperador a retirarse al monte Yoshino... Esta lucha interna entre las diversas familias debilitó la corte imperial hasta el punto que ni siquiera las ceremonias fúnebres o de coronación podían celebrarse con la solemnidad propia de otros tiempos. Al comienzo del siglo XVI el clima de decadencia era patente a todos.

En esta situación, en 1543, desembarcaron los primeros portugueses en la isla de Tanegashima, llevando las primeras armas de fuego. Este fue el primer regalo que recibieron los japoneses de los europeos; un regalo sumamente apreciado y que dio inicio a una fase completamente nueva y peligrosa en el ambiente belicoso que reinaba. Los reinos feudales, en lucha entre ellos, se afanaron por adquirir estas nuevas armas. La nobleza militar, en cambio, comenzó a perder importancia. Frente a las armas de fuego, las espadas tenían bien poco que hacer. Es la era de dos personajes potentes, que intentan una nueva reunificación del imperio: Oda Nobunaga (1534-1582) y Toyotomi Hideyoshi (1536-1598), recordados aún hoy por los fabulosos castillos que construyeron como residencia propia en Azuchi, en Osaka y en Fushimi.

Es la hora de la llegada de los misioneros cristianos. Nobunaga les abre las puertas del Japón con los brazos abiertos.

2. PRIMERA EVANGELIZACION

Los primeros extranjeros en penetrar en Japón fueron los portugueses. En 1542, año en que Francisco Javier desembarca en la India, Fernando Méndez Pinto, con sus compañeros, empujados por vientos contrarios, van a parar a las costas de Tanegashima. De ahí, dirigiéndose hacia el norte, pasan a Kyushu, una de las cuatro grandes islas del Japón. Por el mismo tiempo, otros tres mercaderes portugueses, que se dirigían a China, fueron igualmente arrojados por una tormenta sobre el puerto de Kagoshima.

Japón apareció a los galeones portugueses deslumbrante con su civilización milenaria, gemela de la civilización china, dividido como un tablero de ajedrez de señores feudales, con sus cortes fastuosas, sus príncipes batalladores, donde el choque de las armas cubría el zumbido de la colmena de mercaderes y labriegos. El emperador o **Dairi** hace tiempo que ha sido reducido al papel de rey holgazán, que reparte títulos honoríficos entre rebeldes y leales. Así han nacido los sesenta y seis reinos, bajo la suprema autoridad del señor de la Tenza, pero con bastante independencia como para hacerse la guerra unos a otros y ampliar el propio dominio.

El régimen feudal del Japón fue favorable al establecimiento de los extranjeros. Desde hacía mucho tiempo, la autoridad del Emperador o **Dairi**, absoluta en principio, no era más que nominal. Bajo la influencia del budismo, el Emperador había ido retirándose de toda ocupación terrena, para quedar relegado a vivir en un sagrado descanso. Pasaba sus días en la indolencia y los placeres, recluido en el palacio de Myako (Kyoto), a la sombra misteriosa de los fastuosos palacios y templos de esa capital imperial. Venerados por todo el pueblo como descendientes directos de los dioses fundadores del país, los emperadores se consideraban los jefes del Estado, aunque no gobernaran por sí mismos. El poder efectivo se hallaba, como queda dicho, en manos del **Shogun**, o lugarteniente general. El no sólo era el primero de los grandes señores feudales, que administraban las provincias, sino su jefe, revestido oficialmente de la autoridad del Emperador. Los grandes señores feudales, llamados **daimyos**, eran más o menos independientes en sus dominios, donde dictaban decretos, administraban la justicia, percibían los impuestos y tenían su propio ejército, como un pequeño rey... Pero sometidos al Shogun.

Por debajo del Dairi, del Shogun y de los daimyos, el pueblo estaba dividido en cuatro clases: los Samurai o guerreros, los agricultores, los artesanos y los comerciantes. Los Samurai eran los hombres de armas de los daimyos, a cuyo servicio y bajo cuya protección vivían. Al Daimyo hacían profesión de fidelidad hasta la muerte.

Al momento de la llegada de los portugueses, los señores feudales de las diversas provincias estaban constantemente en guerra entre ellos. Cada señor quería aumentar su dominio territorial a costa de los vecinos. En esta situación, los daimyos se disputaban a los

extranjeros, que les ofrecían armas nuevas y enriquecían sus palacios con objetos curiosos traídos de Europa.

Oda Nobunaga, con desmesuradas ambiciones de poder, se opuso a las religiones locales, favoreciendo en todos los modos a los misioneros cristianos, viendo en ellos una fuerza de contención del poder de los monjes budistas, contra quienes llevaba años luchando sin lograr debilitar su potencia bélica. El apoyo a los misioneros cristianos no era ciertamente por fervor religioso, sino porque veía en ellos la superioridad de la ciencia, de la técnica y de la cultura occidentales con relación a su país. En ellos veía una ayuda para realizar sus ambiciones de poder y de grandeza.

Este es el escenario cuando llega Javier el 15 de agosto de 1549, impulsado por las noticias que le han dado en Malaca algunos mercaderes portugueses: "se trata de islas muy grandes, las cuales se llaman las islas del Japón, donde se haría mucho fruto por ser gente deseosa de saber en gran manera, deseosa de saber cosas nuevas, así de Dios como de otras cosas naturales".

De este modo se abren, pues, las puertas del Japón a Francisco Javier, que llega al puerto de Kagoshima el día de la fiesta de la Asunción de la Virgen María. Le acompañaban otros dos religiosos de la Compañía de Jesús: el P. Cosme de Torres y el hermano Juan Fernández, además de tres neófitos japoneses, que la Providencia, en su designio de amor hacia su país, había conducido hasta Javier en Malacca.

Uno de estos neófitos era Anjiro, un samurai de la provincia de Satsuma; los otros dos eran servidores suyos. Movidado por los remordimientos de su mala conducta, que las exhortaciones de los bonzos no lograban acallar, se decidió a salir en busca del "Maestro extranjero" de quien le habían hablado los portugueses de Kagoshima. Después de mucho vagar, al fin le había encontrado en Malacca. Y junto a él su conciencia halló la paz. Aceptó la fe cristiana y, el día de Pentecostés, fue bautizado en Goa por el obispo Don Juan de Albuquerque. Con el bautismo se sintió perdonado de sus pecados. De allí partió con Francisco Javier hacia su tierra, deseoso de convertir a sus compatriotas. Apenas llegados a puerto, Anjiro se fue a visitar a su Daimyo. El señor de Satsuma le recibió con complacencia, le escuchó el relato de sus andanzas y le preguntó sobre las costumbres de los portugueses. Pablo, -este fue el nombre que recibió en el bautismo-, le habló del cristianismo con el fervor de un recién convertido. Con tal fuerza describió a la Virgen María con el niño en sus brazos que el Daimyo se inclinó con las manos juntas ante dicha imagen, siendo imitado por todos los que le acompañaban.

Javier desembarca en Japón, animado por los informes de Anjiro, pero confiando sobre todo, como escribe a Ignacio desde Malaca, "en la misericordia de Nuestro Señor, que nos ha de dar victoria contra sus enemigos... Los que no desean sino la gloria de Dios y manifestación de Jesucristo, ¿qué pueden temer, no solamente yendo entre infieles, más aún donde hay muchedumbre de demonios, pues la gente bárbara ni los vientos ni los demonios no nos pueden hacer más mal ni enojo sino cuanto Dios les permite y da licencia?".

La afición del pueblo japonés a cosas nuevas, de que le ha hablado Pablo, la comprueba Javier apenas desembarca. Así se lo comunica a los compañeros de Goa: "En el lugar de Paulo de Santa Fe, fuimos recibidos por el Capitán del lugar y del Alcalde de la tierra con mucha benignidad y amor, y así todo el pueblo, maravillándose mucho de ver Padres de tierra de portugueses. No extrañaron ninguna cosa el que Paulo se hubiese hecho cristiano, sino que lo tienen en mucho: huelgan todos con él, así sus parientes como los que no lo son, por haber estado en la India y haber visto cosas que éstos acá no vieron, y el Duque de esta tierra holgó mucho con él y le hizo mucha honra y le preguntó muchas cosas acerca de las costumbres y valía de los portugueses, y Pablo le dio razón de todo, de lo que el Duque mostró mucho contento".

Pablo de Santa Fe no tuvo paz hasta ver cristiana toda su familia. Javier se lo escribe a los Compañeros de Goa: "Dióse Paulo tanta prisa con muchos de sus parientes y amigos, predicándoles día y noche, que fue causa por donde su madre, mujer e hija y muchos de sus parientes, así hombres como mujeres y amigos se hiciesen cristianos".

El Duque de que habla Javier es el Daimyo o señor de la tierra. Este le dio licencia para predicar, autorizando a sus vasallos a aceptar la nueva doctrina. Con Paulo de Santa Fe como intérprete, Javier comenzó a predicar en las plazas a desocupados y curiosos, sin importarle las burlas de los chiquillos ni el desdén de los sabios. La novedad del Evangelio, predicado por Javier, produjo una viva conmoción; unos por curiosidad, otros con desprecio, otros con benevolencia y los bonzos con recelo al principio y con hostilidad después, la predicación de Javier no pasó desapercibida. Ansias de enterarse, ir y venir a la posada de los doctores extranjeros, preguntas y discusiones, no les quedaba tiempo ni para comer ni para reposar. A los Compañeros de Goa les escribe: "Mostraban grande contento algunos en oír la ley de Dios; otros hacían burla de ella; a otros les pesaba de oírla; y cuando íbamos por las calles, los niños y otras gentes nos perseguían, haciendo burla de nosotros. Unos decían: Estos son los que dicen que para salvarnos tenemos que alabar a Dios, y que ninguno otro nos puede salvar sino el Creador de todas las cosas. Otros decían que nosotros éramos los que reprendíamos el pecado de sodomía, muy común entre ellos (máxime entre los bonzos, y con los niños que se educaban en los monasterios). Todas estas cosas decían por mofar y hacer burla de nosotros".

Javier, con los demás compañeros, se queda en Kagóshima en casa del mismo Pablo, dedicándose a estudiar el idioma japonés para su nuevo apostolado. A sus cuarentaitrés años se sentía un niño comenzando a balbucir las primeras palabras, como él mismo cuenta:

-En medio de estos pueblos nosotros no somos más que estatuas mudas; hablan de nosotros; discuten a causa nuestra y nosotros quedamos sin palabra... Es como si volviéramos a la infancia, comenzando a aprender la lengua. Quiera Dios que nosotros tengamos el candor y la simplicidad de los niños.

En menos de dos meses, Javier ya había logrado traducir al japonés una **Explicación del Símbolo**, síntesis de la doctrina cristiana, que él mismo había compuesto en la India. Javier lo aprende de memoria en japonés y lo recita a gritos en las palzas.

Sin embargo Javier no se conforma con esta predicación en las plazas. Desea penetrar en las pagodas y discutir con los bonzos. El sabe que, a pesar de su vida inmoral, los bonzos se imponen sobre el pueblo. Los bonzos rechazan con orgullo su predicación y le declaran abiertamente la guerra. Pero el pueblo, viendo los prodigios que Dios realiza mediante Javier, le sigue con entusiasmo. Con esto crece el furor de los bonzos. En nombre de los "dioses del país", los bonzos profetizan las más terribles calamidades a los daimyos, si los predicadores de doctrinas extranjeras no son expulsados de su territorio.

Muy pronto Javier ve en peligro su vida a causa de los bonzos. Así escribe a los Padres de Goa: "Como los bonzos y sacerdotes de los ídolos son tan estimados, y nuestra santa ley tan contraria a sus costumbres, pienso que nos han de perseguir más que con palabras, y no sería pequeña merced de Nuestro Señor si por su amor y servicio nos cortasen el hilo de la vida, siendo ellos instrumentos para que esta continua muerte en que vivimos se acabase y se cumpliese en breve nuestros deseos".

"Cada día les hacíamos preguntas sobre sus leyes y argumentos a que ellos (los bonzos) no sabían responder. Los cristianos, como veían que los bonzos no sabían responder, holgaban mucho, y crecían cada día en tener más fe en Dios; los que eran gentiles, que estaban presentes a las disputas, perdían el crédito de las sectas erróneas en que creían. De esto les pesaba mucho a los bonzos, viendo que muchos se hacían cristianos".

El rigor de vida, exteriormente, de los bonzos deslumbraba a muchos. La gente, viendo que no comen carne ni pescado, sino sólo hierbas y arroz, les veneraba. Esto y la manera blanda de hablar y tratar con todos hacía aparecer a los bonzos como hombres de gran santidad y virtud, aunque bajo estas apariencias ocultaran vicios de todas clases: ambición, sensualidad y venganza. Evitaban por regla el trato con mujeres, pero esto a muchos les llevó no a la castidad, sino a la homosexualidad.

Cuenta Javier, en carta a los de la Compañía de Europa, que "los bonzos y bonzas, declarando las sectas al pueblo, les persuaden que ellos no pueden guardar los mandamientos necesarios para la salvación, porque son hombres que conversan con el mundo. Y que por ello los bonzos querían tomar sobre sí ese mal de no guardar los mandamientos, pero con una condición: que el pueblo les diese casas y monasterios y rentas y dinero para sus necesidades, y sobre todo que los acatase y honrase mucho: y que si esto hicieren, ellos guardarían los mandamientos por los demás. Y así los grandes y el pueblo, por usar de libertad para pecar, concedieron a los bonzos y a las bonzas lo que pidieron; y así en Japón son muy acatados estos bonzos y bonzas. Ellos nunca hacen limosna, pero quieren que todos se las hagan a

ellos".

Javier, que no se cansa de elogiar al pueblo japonés, no es nada complaciente con los bonzos. Porque lo vio o se lo contaron, a los Compañeros de Goa escribe: "Antiguamente a los bonzos y bonzas que no guardaban los mandamientos, los mataban: cortábanles las cabezas los señores de las tierras. Ahora ya la letra está muy corrompida entre ellos, porque públicamente bonzos y bonzas beben vino, comen pescado a escondidas; verdad no la tienen cuando hablan; fornican públicamente sin tener ninguna vergüenza; todos tienen mancebas con quienes pecan, y así lo confiesan, diciendo que no es pecado. El pueblo así lo hace, tomando ejemplo de ellos, diciendo que, si los bonzos lo hacen, también lo harán ellos que son hombres del mundo. Mujeres hay muchas dentro de los monasterios; dicen los bonzos que son mujeres de sus criados que labran las tierras de los monasterios. De esto juzga mal el pueblo, pareciéndoles mal tanta conversación. Las bonzas son muy visitadas de los bonzos a todas las horas del día; también las bonzas visitan los monasterios de los bonzos. Yo no me espanto de sus pecados, aunque haya muchos en cantidad, porque gente que, dejando de adorar a Dios, adora al demonio, teniéndole por su señor, no puede dejar de hacer pecados enormes".

Los bonzos en un comienzo se burlan de los sermones de los misioneros. Pero cuando, "andando el tiempo les comenzaron a faltar las limosnas de sus devotos y a padecer necesidades y deshonor, porque descubríamos sus mentiras", entonces comenzaron a preocuparse y enemistarse con los misioneros. Serán los bonzos, que tenían gran influencia ante los gobernantes, quienes prendan la chispa de la persecución. Aunque también de entre los bonzos sacó Dios poderosos auxiliares de la fe. Pues, conociendo a fondo la falsedad de la vida de los monasterios, los que vivían libres de los vicios buscaron en la fe cristiana la paz, que no hallaron en el monasterio budista.

No tanto por las amenazas de los bonzos como por el hecho de que las naves portuguesas han dejado el puerto de Kagoshima para dirigirse al puerto de Hirado, que está en territorio del daimyo rival, el señor de Satsuma publica un edicto contra el cristianismo. Javier deja en Kagoshima a Pablo, para que sostenga a los cristianos convertidos, y él con los demás compañeros parte para Hirado. El daimyo de Hirado le acoge con entusiasmo y le encomienda que predique a sus súbditos la religión de los europeos. Aquí no encuentra tanta resistencia y, en pocos días, consigue numerosas conversiones.

Esto aumenta su celo. Quiere convertir a Cristo todo el Japón. Deja en Hirado a Cosme y él parte con Fernández y dos japoneses convertidos: Bernardo y Mateo, que le servirán de guías y de intérpretes. Con ellos se dirige a la capital, dispuesto a encontrarse con el Emperador, con lo que soñó ya en la India, persuadido de que, si lograba convertir al señor de la Tenza, la fe se extendería por todo el Japón. Se detiene en Yamaguchi, donde el daimyo le escucha sin más, y donde no recibe del pueblo más que insultos. Sin pérdida de tiempo prosigue su viaje, aunque está en pleno invierno; en medio de la nieve y el hielo y con toda clase de privaciones, mal vestido, sin apenas dormir, no se detiene hasta Sakai, donde la fiebre le obliga a reposarse

unos días. Apenas restablecido, emprende de nuevo la marcha. Las doscientas leguas a pie, aterido de frío, muerto de hambre y fatiga, no le frenaron en su ardiente deseo.

Después de dos meses de sufrimiento llega a Myako. Pero apenas entra en la ciudad, experimenta una gran decepción. Myako, la ciudad santa, la capital donde habita el "hijo del cielo" no es más que un campo de batalla; día y noche se oyen disparos de armas entre las distintas facciones. La guerra civil ha convertido la ciudad en un cúmulo de ruinas y cenizas. El Dairi (emperador), objeto de respeto de todos, está relegado en su palacio, inaccesible para todos. El Shogun Ashiaga está totalmente entregado a defender una autoridad que no es respetada fuera de las provincias más cercanas.

Javier pasa varios días sentado a la puerta del palacio imperial sin conseguir que se le abran las puertas. No había manera de ver al Dairi. Y aunque lo hubiera visto, bien poco hubiera servido, pues ya no era sino una sombra, sin ningún poder. Obligado a renunciar a una entrevista tan deseada, Javier intenta proclamar en las plazas su explicación del **Credo**, pero no consigue atraer la atención de las gentes, preocupadas únicamente de la guerra. Al final de la segunda semana, se siente forzado a volver sobre sus pasos, sin haber logrado el fin de su fatigoso viaje. Regresa a Hirado y, tras algunos cuantos días de descanso con su querido Pablo, parte para Yamaguchi. Considerando que el Daimyo de esta provincia ejerce, en realidad, una autoridad mayor que el mismo Emperador, Javier se viste sus mejores galas y se presenta ante él; le presenta sus credenciales de delegado papal y le ofrece los regalos que había llevado para el Emperador, donados por el virrey de las Indias y por el gobernador de Malacca: un reloj, un telescopio, un violín...

El Daimyo, emocionado con este detalle, publica un edicto por el que otorga a Francisco Javier la facultad de predicar el cristianismo a todo el pueblo, concediendo igualmente al pueblo la libertad de abrazarlo. Le ofrece además una boncería desocupada. Allí, de la mañana a la noche, es asaltado por una masa de visitantes, curiosos por verle y escucharle. Apenas le queda tiempo para celebrar la misa y recitar el breviario, y menos aún para comer o reposar. Pero esto es lo que da vigor a su cuerpo, sostenido por el celo de anunciar el Evangelio... La cosecha es abundante. Sin pérdida de tiempo, empieza a recorrer la ciudad de Kagoshima, predicando con un crucifijo en la mano. Colocado en el lugar más visible, eleva sus ojos al cielo, orientando hacia allí la mirada de su auditorio. Luego hace la señal de la cruz sobre sí mismo y sobre los demás. Abre su catecismo y lee en voz alta y con autoridad un texto.

Los bonzos, apenas le oyen, se enfurecen contra él. El pueblo escucha, a veces indiferente o incrédulo; otras veces se muestra hostil y se deshace en insultos. Javier no se inmuta, continúa con la lectura en el mismo tono. Luego contesta, sirviéndose de intérprete, a las preguntas de la gente. El primero en aceptar su predicación es un pobre que, al ser bautizado, recibe el nombre de Bernardo. En menos de dos meses ha bautizado ya a más de 500 personas, entre ellas varios bonzos, que revelan al pueblo la mala fe y las torpezas de sus

antiguos maestros. Yamaguchi cuenta, en menos de un año, con 3000 neófitos y Javier pide con insistencia, en sus cartas al P. Ignacio, que le mande nuevos misioneros. Pero, en lugar de los misioneros, llegó un navío portugués, llevándole la noticia de que el Padre Ignacio le ha nombrado primer superior de la provincia de las Indias. Sin escuchar a su corazón, que se ha apegado al Japón, Javier obedece sin vacilación. Llama a Yamaguchi al padre Cosme y le pone al frente de la gran cristiandad. En medio de las lágrimas de sus neófitos, el 20 de noviembre de 1551 partió hacia la India, como él dice "para verme y consolarme con los Hermanos de la India y para llevar Padres de la Compañía al Japón".

Al salir Javier de Japón, deja las comunidades cristianas al cargo del P. Torres y del Hermano Juan Fernández y un Hermano japonés que ha admitido en la Compañía. No era gran cosa, porque tenían enfrente los celos de los bonzos, el arraigo de las tradiciones, los millones de gentes, inclinados a la verdad, pero por el patriotismo, el peso de los hábitos viciosos, el apego al culto nacional..., hacían difícil la conversión a la fe cristiana, predicadas por hombres que, ni en su porte ni en su lenguaje, revestían la autoridad de bonzos y maestros. Pero el pequeño equipo de misioneros se multiplica, consolidando las comunidades cristianas, transformando a los catecúmenos en catequistas... Los auxiliares brotaban espontáneos, entregándose totalmente al servicio de Dios y de la evangelización. Así cuenta el P. Guzmán: "Tenían por costumbre los niños decir cada día, en acabando la misa, la mayor parte de la doctrina, cantando uno y respondiendo los demás. Tornaban después de mediodía a la iglesia y acababan de decir lo que habían dejado por la mañana; iban luego de dos en dos a besar la mano al Padre, y desde allí iban en procesión a una Cruz muy devota, que estaba delante del hospital y, hecha su adoración, se volvían a sus casas. A la noche se juntaban otra vez delante de la Cruz y, puestos de rodilla, decían por segunda vez la doctrina cantada. Con estos ejercicios tan ordinarios se les quedaba tan impresa en el corazón y en la memoria que no había niño que no la supiese bien dentro de ocho meses en lengua del Japón y en latín. Cuando estos niños decían la doctrina delante del Padre a la mañana o la tarde, tenía cuidado él mismo de irles declarando conforme a su capacidad algunos puntos de lo que habían de hacer para ser buenos cristianos, como era encomendarles la devoción de Nuestra Señora y de los Santos, examinar su conciencia antes de costarse, hacer oración por la mañana al levantarse y otras cosas semejantes. Y ellos se aprovechaban tan bien de lo que el Padre les enseñaba que, con su devoción, admiraban y confundían a los gentiles".

Un año más tarde, el 2 de diciembre de 1552, Javier muere a las puertas de China.

Sin embargo las naves portuguesas no tardaron en llevar a Japón a numerosos misioneros de la Compañía de Jesús. Al frente de ellos va como provincial el P. Alejandro Valiñano, italiano y gran organizador de la misión del Japón. Los cristianos, durante el primer medio siglo, se multiplicaron día a día en el seno de todas las clases del régimen feudal. Familias enteras, bajo el soplo de la gracia, se bautizaron en un mismo día. Y los nuevos convertidos se

transformaban en apóstoles. Se forma una gran cristiandad en Hirado, Omura y Nagashaki. Los mismos bonzos convertidos se hacen anunciadores del Reino de Dios. El mismo Daimyo de Omura se bautizó en 1562 con treinta de sus samurai. Su ejemplo lo seguirán más tarde otros daimyos, a quienes siguen sus súbditos. Gracias a la influencia y al celo de estos príncipes, el cristianismo penetra hasta en la ciudad de Myako, sede del budismo y capital del imperio.

Los primeros misioneros, comenzando ya por los compañeros de San Francisco Javier, Cosme de Torres y Juan Fernández, dedicaron una atención particular a la conversión de los campesinos. Por la mañana temprano, los misioneros hablaban con los que salían al campo a trabajar y, lo mismo hacían en la noche, cuando regresaban del trabajo. El mediodía lo dedicaban a los niños y, por la tarde, al toque del Angelus, organizaban reuniones con los jóvenes.

El toque del ángelus no lo organizaron los jesuitas, prudentes como serpientes. Pero, tras los jesuitas, a los diez años, llegan al Japón los franciscanos y los dominicos. Los jesuitas han llegado en las naves portuguesas; franciscanos y dominicos, procedentes de México y de España, llegan desde Manila en naves españolas. Y franciscanos y dominicos llegan con la candidez de la paloma y predicán a son de campanas, sin preocuparse de la reacción que puedan suscitar entre los monjes budistas.

El toque de las campanas adquirió una gran importancia entre los campesinos. La campana sustituía el melancólico y fatalista toque budista. Entre los campesinos la campana anuncia el esplendor de la nueva mañana, difundiendo esperanza por los devastados campos de Nagasaki. Una anécdota, que recogen los anales de los misioneros, refleja el espíritu de los cristianos:

-Una niña cristiana, enviada por sus padres a comprar vino, está en el negocio esperando su turno, cuando oye el toque del Angelus. Sin preocuparse de los que la rodean, se recoge y hace su oración. Todos los que la contemplan se quedan admirados de esa religión que llega tan profundamente al corazón de sus fieles.

La educación de los niños se efectuaba en las escuelas de los templos budistas. El P. Cosme de Torres organizó un sistema parecido al de los bonzos para la formación cristiana de los niños campesinos. A veces encomendaba la catequesis a los mismos bonzos convertidos. En los sitios alejados de la residencia de los misioneros, éstos tenían sus reuniones en las mismas casas de los cristianos, o de los catecúmenos donde aún no había cristianos. Así se fueron formando pequeñas comunidades, estrechamente unidas unas con otras. Esto dio una gran fuerza de resistencia en la hora de la persecución. Gracias a estas pequeñas comunidades de campesinos se perpetuó la Iglesia en Japón durante los más de dos siglos de persecución. En cada comunidad los misioneros elegían a algunos que sobresalían por su fe y cualidades. Estos eran los encargados de mantener la unidad del grupo, dirigiendo sus reuniones de oración. Y a través de ellos se mantenía además la comunión con las demás comunidades. Estos jefes o dirigentes de diversas comunidades tenían sus reuniones particulares con los

misioneros, que les daban una formación particular. Una relación de principios del siglo XVII nos cuenta:

-Notó el Padre en toda esta misión la singular providencia de Nuestro Señor, que en todas aquellas partes que recorrió tiene puestos algunos cristianos como cabezas y columnas de los otros, y son éstos hombres firmes y constantes en su fe y de gran edificación y tenidos por tales aun por los gentiles.

Entre estos cristianos escogidos había diversidad de ministerios o carismas: el catequista, encargado de enseñar la doctrina; los bautizadores, que recibían una formación particular para garantizar la recta administración del bautismo; los encargados de avisar las fiestas y los ayunos...

Esta organización, que se mantuvo durante la persecución en las aldeas, dio a los cristianos la fuerza de la perseverancia. El apoyo de la vida en comunidad les dio fuerza para superar las pruebas y mantenerse fieles a la fe recibida. La escasez de misioneros había suscitado la necesidad de hacer partícipes a los fieles de una responsabilidad en la vida cristiana. Pero lo que parecía una carencia se transformó en gracia; pues estos fieles maduraron en la fe, sintiéndola como algo propio que debían defender. La misma persecución se transformó en vehículo de evangelización. Al alzarse la persecución los misioneros eran arrojados de una región a otra, de una provincia a otra. En su paso itinerante fundaban pequeñas comunidades que dejaban a cargo de los cristianos que daban signos de mejor comprensión del camino de la fe.

En 1614, cuando estalla la persecución de Iejasu, los sacerdotes en Japón eran noventa y cinco. Y entonces los convertidos al cristianismo eran ya más de trescientos mil, a parte de los paganos que acudían pidiendo ser bautizados a un ritmo de unos seis mil al año. La mayor parte de la preparación al bautismo o catecumenado estaba a cargo de los catequistas y demás cristianos auxiliares de los misioneros. El misionero pasaba luego en visita por los distintos pueblos, completando la formación y celebrando los sacramentos. Así leemos en una crónica:

-Otra misión se hizo por dos veces a las islas de Goto, que son muchas y todas de un señor gentil, debajo del cual, en varios lugares, habrá unos dos mil cristianos, los cuales de ordinario son pescadores, labradores y gente pobre... En estas misiones se recogió singular fruto, confesándose más de mil quinientas personas, y los que se bautizaron pasan de ochenta.

Además de la administración de los sacramentos, los misioneros se encargan de mejorar la educación de los niños y de los adultos, a los que transmiten una nueva visión de la familia, invitando a la fidelidad y a la indisolubilidad del matrimonio. La fe cristiana iba impregnado toda la vida. La persecución no podrá arrancar esta fe tan profundamente arraigada. Los perseguidores de Tsuwano, lo mismo que los anteriores, se sentirán impotentes ante ese grupo de cristianos tan estrechamente unidos entre sí, aferrados a la vida de fe, apoyada

en catequistas que les daban el inquebrantable testimonio de ella con su misma vida.

3. PRIMERA PERSECUCION DE LOS CRISTIANOS

Con la difusión del cristianismo la religión oficial se tambalea y con ella el poder de los bonzos, que constituían su baluarte y la amenaza del cristianismo. Ya en 1551 escribía Javier: "La gente secular no me parece que nos ha de contradecir ni perseguir en cuanto esté de su parte, salvo si no fuere por muchas importunidades de los bonzos". Y de ellos vino la primera persecución, aunque fuera decretada por el Dairi. En 1555 se alzaron dos daimyos poderosos contra él y, con traición y sorpresa, se adueñaron de Myako y asesinaron al Regente y a su familia. Los PP. Gaspar Vilela y Luis Flores se habían establecido en la Corte y cultivaban un grupo pequeño de cristianos, no muy numeroso, pero selecto: capitanes y señores, damas y nobles. Al matar al soberano, su vida estaba también amenazada. El usurpador, azuzado por los bonzos, solicitó su sentencia de muerte. Al fin se contentaron con la expulsión de Myako y el derribo de la iglesia. Los caballeros cristianos los ampararon con sus armas hasta ponerlos fuera de peligro.

Entretanto el señor de Boari, Nobunaga, se constituye en defensor de la familia destronada y, con todo su poder, se alza contra los traidores. Venció Nobunaga. Su capitán general, Vatadano, aunque nunca recibió el bautismo, siempre defendió a los Padres contra las insidias de los bonzos. Nobunaga restituyó la iglesia de Myako, recibió con honores varias veces la visita de los Padres y, al declararse señor único del mando, desahogó su furia con los bonzos, degollándolos y quemando templos y descabezando ídolos. Pero, aunque confesara que la fe cristiana le parecía santa en sus costumbres y conforme a razón en su doctrina, la soberbia y otros vicios no le permitieron abrazarla.

Nobunaga es el verdadero soberano del Japón a partir de 1565. Es el primero que, para salvar a la nación de la anarquía, se decide a concentrar en una sola persona el poder que se disputaban los diversos daimyos. De su padre no había heredado más que la pequeña provincia de Owari. Pero él, con las armas, logró conquistar rápidamente hasta dieciocho provincias. El Shogun, con menos poder que Nobunaga, se levanta en armas contra él, pero es derrotado. Y Nobunaga se apodera de Myako. Considerando el poder de los bonzos una amenaza, Nobunaga se dedica a debilitar ese poder. Los templos budistas y sus pagodas eran un arsenal de armas y municiones. Desde esta posición, aparte la vida voluptuosa, se dedicaban a dirigir complots, apoyando a los daimyos de su preferencia. Nobunaga ve en ellos un peligro constante y una amenaza para la unidad del Estado, que él pretende. De aquí su lucha contra los bonzos y el apoyo a los misioneros. Este apoyo a los misioneros influyó grandemente en la difusión del cristianismo.

Pero el 20 de junio de 1582 es traicionado y asesinado por Akechi, el general de su confianza. Tampoco Akechi sobrevivió después de su asesinato. El príncipe cristiano Takayama, indignado por su perfidia, dirigió sus tropas contra él y lo derrotó. En su huida, tras la derrota, Akechi cayó en manos de unos campesinos que le dieron muerte.

A Nobunaga le sucedió, en realidad, Toyotomi Hideyoshi, que desde la bodega de un vinatero se encaramó por sus puños y fortuna al trono de Tenza. Hideyoshi había nacido en Nacamura, Owari, en 1536. Su primer nombre fue Toquichi; su cuna, muy baja; de muchacho acarrea leña a costas. Se mostró valiente en una riña y ascendió a **yacumun**, capataz de los que hacen **saque** o vino de arroz. Entró mancebo al servicio de Nobunaga y llegó a ser su lugarteniente. Entonces se llamaba Tacayoshi, nombre que cambió por el de Quonbahita Hideyoshi y después, en 1565, por el de Toyotomi Hideyoshi. Deforme y ambicioso, con astucia más que con valor, al morir Nobunaga se hizo dueño del Japón. Fingiendo querer dar solemnidad a los funerales de Nobunaga, convocó a todos los daimyos a la capital. Ante ellos hizo un magnífico elogio del difunto y, apoyado en sus fuerzas, se proclamó su sucesor. Para que ningún daimyo tuviera fuerza para oponérsele, les cambia de provincia y, con la intención de arruinarlos, les ordena que construyan suntuosos palacios, mientras él acumula inmensos tesoros en los cofres de su palacio. En 1592 se hizo dar el título de **Taiko**: Señor Soberano, título que llevó hasta su muerte en 1597. Él fue el gran forjador de la monarquía japonesa.

En un principio mostró su favor a los misioneros. Confesaba públicamente que la ley de Cristo era mejor que la suya y que no la abrazaba por la obligación de contentarse con una sola mujer. Se cuenta que, platicando cierto día con el Hermano Lorenzo, japonés admitido en la Compañía y gran catequista, le dijo Taicosama:

-Yo me quiero hacer cristiano, si perdonáis una sola cosa, que es lo de las mujeres.

Cortesanamente le replicó el Hermano:

-Yo por mi parte perdonaría lo que dice, y hágase cristiano. Porque aunque V. A. se vaya al infierno, otros muchos se harán cristianos, y se salvarán por su ejemplo.

En realidad era un ateo declarado; despreciaba el culto de los Kami y de los Hotoque (dioses shintoístas y budistas). Al Cristianismo lo estimaba muy superior al budismo y al shintoísmo, pero nunca le interesó la fe cristiana, sino que veía el cristianismo únicamente como una fuerza política, para mantener a la gente sometida. Pero, cuando nadie se lo esperaba, el mismo día de recibir afablemente al capitán de un navío portugués, víspera del apóstol Santiago de 1587, decreta el destierro de todos los misioneros y prohíbe predicar y amparar a los misioneros, bajo pena de muerte y pérdida de todos los bienes. ¿Qué ha pasado se preguntan todos? ¿Cuál es el motivo del cambio? Muchos se han dado: la soberbia, que lo hizo considerarse dios y ordenar en su

testamento lo catalogaran entre los Kamis y Hotoques; su lujuria, que se estrelló contra la castidad de algunas doncellas cristianas; el miedo a que aumentasen los convertidos, sobre todo entre los nobles, lo que podía acabar con su poder. Y, por supuesto, "las falsas informaciones que le dieron contra los misioneros y contra el cristianismo los bonzos, que de envidia, no soportaban su crecimiento, y el demonio, que no duerme", dice fray Bernardino de Avila en su **Historia de la cristiandad del Japón**.

Lo cierto es que, pasados los seis primeros años, en que se muestra como un ferviente admirador de los cristianos, instigado por los bonzos, creyó ver en los misioneros espías al servicio de España, que pretendía conquistar el Imperio:

-Bajo pretexto de conseguir la salvación eterna después de esta vida, -decía-, los misioneros de la religión cristiana se ganan el espíritu de las gentes con el fin de que se subleven contra el Monarca del Japón. Esto me hubiera ocurrido a mí, si no lo hubiera previsto a tiempo.

Esto le llevó a una violencia terrible contra los cristianos. Publicó un edicto de expulsión de todos los sacerdotes europeos. En veinte días todos debían abandonar el Japón. Ordena además cerrar las iglesias y abatir todas las cruces. Jura abolir por completo la religión de Jesús.

Decididos a morir con sus hermanos antes que abandonarlos en la hora de la persecución, los misioneros se refugian en los palacios de los príncipes cristianos. Mediante estos príncipes logran aplazar la ejecución del edicto y el permiso de que algunos puedan quedarse en Nagasaki para los servicios religiosos de los portugueses. En realidad, ningún religioso abandonó el Japón, aunque la persecución duró diez años.

Pasada la cólera contra los misioneros, Hideyoshi recibió con cortesía una embajada de franciscanos, presidida por el provincial P. Coelho. Pero, aunque les recibe con todos los honores, les recuerda que él no tolera en sus reinos sino un pequeño número de misioneros y que sólo están autorizados a vivir en Nagasaki. Sin embargo, ante la petición de los franciscanos de visitar las magníficas construcciones de la capital, tocado en su orgullo, se lo concede. Así se detuvieron recorriendo la capital sin ser molestados hasta terminar por instalarse en ella. En 1593 llega de Manila el P. Pedro Bautista y se queda en Kyoto con sus hermanos franciscanos. Hasta llegaron a construir una iglesia. Y más tarde otras dos: una en Osaka y otra en Nagasaki. Hideyoshi cerraba los ojos. Parecía haberse olvidado de su edicto. El cristianismo seguía difundiéndose.

Permitía la predicación de los franciscanos, manteniendo el veto a los jesuitas, pues, como él decía, "aunque él había vedado a los Padres de Nagasaki (jesuitas) predicar la ley de los cristianos, no le importaba nada el que aquellos frailes pobres y humildes la predicasen y bautizasen a la gente pobre como ellos; porque ni de unos ni de otros tenía miedo alguno de que le alborotasen el reino".

Los jesuitas se retiraron, por orden del Provincial, a Firando, menos algunos que quedaron ocultos, pues en consulta resolvieron "ofrecer sus vidas a Nuestro Señor antes que desamparar aquella cristiandad ni salir del Japón; porque si los cristianos viesen que, habiendo venido los Padres de partes tan remotas a enseñarles la ley de Dios, ahora, por temor a la muerte, volvían las espaldas, sería darles mucha ocasión para que también ellos faltasen en la confesión de la fe: pero sabiendo que estaban en sus tierras, se animarían para perseverar en ella".

Calladamente se repartieron por las tierras de los señores cristianos, con los que disimuló el tirano, sin duda por miedo a que respondieran a la violencia con las armas. Así pasaron algunos años. No usaban en público la sotana ni el manteo, vistiendo las vestiduras largas y severas de los japoneses retirados del mundo. En vez de templos, edificaban capillas interiores sin señal alguna a la calle. Hideyoshi se contentó con las muestras de respeto a su voluntad. Hasta recibió fastuosamente al visitador P. Valiñano y a los embajadores japoneses, que volvían de Europa, de su visita al Papa y a los monarcas cristianos. Y hasta permitió que algunos jesuitas residieran públicamente en Nagasaki para atender a los mercaderes portugueses. En los dominios de los señores cristianos la libertad era casi absoluta. El número de cristianos, lejos de disminuir, aumentó. Incluso en Myako andaban tres Padres y cinco Hermanos y entre los neófitos se contaba un nieto de Nobunaga y muchos señores.

Todo marchaba en calma. Pero surgió el hecho más triste de esta historia: las disensiones entre jesuitas y franciscanos, entre Portugal y España, con sus mercaderes, embajadores e intereses comerciales y políticos. El ánimo de Hideyoshi se iba agriando ante la actividad de los misioneros franciscanos, que levantaban templos y casas en Myako, Osaka y Nagasaki, predicando sin embozo. Los señores cristianos y los jesuitas les aconsejaban no ir tan de prisa; pero ellos juzgaban prudencia de la carne la disimulación. Hideyoshi aprovechó la ocasión para empezar la persecución.

La ocasión llegó el 12 de julio de 1596, con la llegada, desde Manila, del galeón español "San Felipe", abarrotado de mercancías, de armas y gentes. La borrasca y los vientos desviaron la nave de su ruta y la arrojaron a las costas japonesas. En ella iban cuatro misioneros agustinos, un dominico y dos franciscanos. El general envió, con los regalos de rúbrica, a Hideyoshi un mensajero a solicitar el permiso de atracar. Más tarde lo hizo él mismo en persona. Pero la codicia del cargamento y de las armas se sobrepuso a la hospitalidad. El Emperador o sus gobernantes decidieron apropiarse de la nave y sus riquezas. Y, para encubrir su rapacidad, acusaron a los frailes de predicar la ley de Cristo, sin respetar la ley que lo prohibía. La tormenta se desató contra los misioneros y contra los cristianos. "Los gobernadores, movidos por el diablo, acusaron a los Padres de quebrantadores de las leyes del Japón y de los Kamis y Hotoques, contra las órdenes del Emperador. Indignado Hideyoshi, al oír decir que había en su reino quien osaba quebrantar sus leyes, mandó luego en el punto prender y matar a todos los Padres".

Para defender su cargamento, el capitán del San Felipe amenazó al gobernador del puerto que se presentó a confiscarle. Mostrando en un mapa los dominios del rey de España, "donde no se pone el sol", le dice:

-¿Cómo se va a resistir el Japón?

-¿Y cómo habéis conseguido dominar todos esos reinos?

-Con la religión y con las armas, -respondió el imprudente capitán-. Primero llegan los misioneros y nos preparan el camino. Ellos convierten los pueblos al Cristianismo y, luego, en un día nosotros los sometemos bajo nuestra autoridad.

Al punto fue informado Hideyoshi, que montó en cólera:

-Mis estados están llenos de traidores y su número aumenta cada día. Yo había proscrito los doctores extranjeros, pero por piedad ante su debilidad les he permitido quedarse en Japón. He cerrado los ojos ante sus acciones, porque les creía incapaces de un designio malvado. Los pérfidos se han dedicado a crearme enemigos entre mis súbditos y hasta es posible que se hayan infiltrado dentro de mi misma familia. Pero aprenderán que conmigo no se juega.

Fray Jerónimo cuenta con viveza lo acaecido en el consejo, que convocó Hideyoshi: "Tratábase qué se haría con los españoles y bienes del **San Felipe**. Comunicaron a Taicosama que el galeón traía muchos cristianos, muchos frailes y mucha artillería. Enfurecido, dijo:

-Ya decía yo que no era conveniente que se predicara la fe cristiana en Japón; con razón la tenía prohibida; pero Hasewa trajo a esos Padres de Filipinas y les favoreció para que predicasen su ley y edificaran una iglesia contra el edicto que yo había dado.

De sus consejeros, unos aprobaban, otros replicaban con que había dado seguridad a los franciscanos. El entonces dijo:

-Si os parece, quitaré de en medio a cinco o seis sacerdotes, y a los demás, después de cortarlos las orejas y narices y pasearles en esta forma por la ciudad, para que sirvan de escarmiento, los mandaré a sus tierras.

Y volviéndose a Uhio, uno de sus más cercanos colaboradores, le ordenó:

-Esta noche, en saliendo la luna, irás a Kyoto y harás que se ejecute mi voluntad; y que luego prendan a los frailes y a todos los que se hallen en su ley en todos los reinos del Japón.

Entonces se alzó Hasawa, uno de los acusadores de los religiosos, y dijo que como los frailes de San Francisco hacían tantos cristianos, que los mandase llevar a Manila, porque eran desobedientes al mandato imperial, porque predicaban mucho. Replicó el Emperador:

-Pues mal hombre, ¿tú no me has dicho de esos religiosos hasta ahora tanto bien? ¿Quién te ha mudado ahora? Yo te haré cortar la cabeza.

Se alzó luego un hijo de éste y dijo:

-Señor Emperador, mi padre no tiene la culpa, que les ha ya reprendido, mandándoles que no hagan cristianos y a todos los que se han hecho de su ley tiene puestos por memoria para acusarlos a Vuestra Alteza.

Entonces le replicó:

-Pues escríbelos a todos, pues a todos los cristianos y Padres los he de crucificar.

A esto respondió un Tono o señor principal:

-Por cierto, Señor, no los podéis hacer mayor honra a los Padres que esa; porque ellos adoran a un crucificado, y con esto se holgarán y vendrán otros muchos al Japón a que los crucifiquéis.

-Pues fríanlos en aceite, respondió el Emperador:.

Le suplicó el señor principal:

-No sea así, señor, sino envíelos a Filipinas.

-No ha de ser así, pues es menester que haya castigo. Yo mandé a esos de la Compañía que no predicasen, y todavía vienen otros a predicar, replicó el Emperador.

Informado que los Padres de la Compañía no predicaban, acatando su orden, se sosegó un poco y dijo que a los frailes de San Francisco y a sus predicadores les cortasen las orejas y las narices y que, para escarmiento y espanto de los otros, los expusiesen a la vergüenza por las calles de Myako, Uzaca y Jacay, que son las principales ciudades del Japón donde el Emperador tiene su corte. Hecho esto, el que mandó ejecutar la sentencia por orden del Emperador, movido de alguna compasión natural, templó el rigor, contentándose con mandar cortar sólo las orejas izquierdas".

A pesar de lo decidido, martirizaron entonces también a tres jesuitas. Era el 9 de diciembre de 1596. Nueve religiosos son arrestados en Myako y en Osaka. Había llegado el día que estaban aguardando los misioneros. Escribe el P. Organdino: "Entrando el buen hermano Paulo en esta casa donde estamos, dijo con extraordinaria alegría:

-Padres míos y hermanos queridísimos, ya está concluyendo lo que tanto tiempo deseábamos: dar nuestras vidas por aquel Señor que primero dio la suya por nuestro amor.

Oído esto, los Padres y Hermanos y todos los cristianos, grandes

y pequeños, nos preparamos a dar la vida por nuestro Señor. Y lo primero, preparamos nuestras almas, y luego sacamos nuestras sotanas y manteos, sobrepellices y estolas, para aparecer en aquel nuevo espectáculo como verdaderos siervos del Señor, con un semblante muy alegre".

Lo mismo hicieron los franciscanos: "Cuando nuestro hermano Cosme nos dijo que al otro día sin falta nos cortarían las cabezas, aquella noche nos dispusimos, confesamos a todos los cristianos que pudimos, sin dormir en toda la noche; y, una hora antes de que amaneciese, dije yo la misa y la oyeron muchos cristianos. Acabada la misa (en la que se derramaron muchas lágrimas de alegría por la merced que Dios nos estaba prometiendo), vinieron muchos ministros de justicia con cadenas para llevarnos presos y maniatados. ¿Quién podrá contar la alegría que hubo entre todos nosotros? ¿Las gracias que dimos a Dios Nuestro Señor por parecernos era llegada la hora en que este Señor nos quería hacer partícipes de su Reino, y que luego nos quitarían la vida?"

Cuando prendieron a los misioneros, a los jesuitas en Osaka y a los franciscanos en Myako, los cristianos corrían en grupos a unirse a ellos, deseando morir con sus maestros. No los admitían; pero el gobernador mandó hacer la lista de ellos y "no daban mano a escribir a tantos los escribanos que a eso iban, y en breve espacio escribieron más de tres mil, y entre ellos muchos hijos de principales". Hombres y mujeres, niños y viejos se dispusieron a morir por la fe, entre ellos dos hijos del gobernador de Myako. Las mujeres buscaban los vestidos con que estar honestas en la cruz; los niños aguardaban el día de la muerte como día de fiesta. En carta el P. Organdino, venerable anciano jesuita, escribe conmovido: "Acreciéntase nuestro fervor y alegría con ver la grande disposición que hay en estos buenos cristianos, grandes y pequeños. Y lo que más nos admira es ver que todos están sin ninguna tristeza ni temor en perder sus bienes temporales, hijos, mujeres y parientes y amigos, sino con mucho contento en dar la vida por Cristo".

Entre los amenazados hay hasta parientes de Hideyoshi. Los príncipes cristianos se hacen vestidos nuevos para presentarse con ellos solemnemente el día del triunfo, es decir, el día de su martirio. Grandes y pequeños, todos se preparan para el martirio con oraciones y ayunos. Ancianos y niños sonríen ante la inminencia de su muerte por Cristo. Pero no fueron arrestados más que seis franciscanos españoles, tres jesuitas y quince fieles japoneses, catequistas o servidores de los misioneros; entre los japoneses arrestados tres son niños. Encerrados en una prisión de Myako, el 3 de enero por la mañana son llevados a la plaza, donde se les debía cortar, según la orden de Hideyoshi, la nuez y las orejas. El gobernador, compadecido, se limita a cortarles el lóbulo de la oreja izquierda. Sangrando, son paseados en una carreta por la capital y por las calles de Osaka, Sakay y Nagoya. Más que vergüenza y escarmiento fue una procesión gozosa, una profesión pública de fe, por el fervor de los mártires, la conmoción y envidia de los fieles, que los aclamaban a su paso, que suscita la vergüenza e irritación de los paganos y la envidia y entusiasmo de los cristianos. La alegría de sus rostros es testimonio elocuente de su fe.

La ciudad designada para la ejecución es Nagasaki. Allí es donde reside el mayor número de portugueses, de misioneros y de cristianos. Hideyoshi quiere que la ejecución sea pública, para que todos vean que él es inflexible. El 4 de febrero llegan, al anochecer, a Nagasaki y pasan la noche en el barco en el que han hecho el último tramo del viaje. Al amanecer del día siguiente descienden y pasan por Urakami, donde se detienen en el hospital de San Lázaro, para confesarse y recibir ánimos para su último combate.

Muy pronto, en la madrugada, les llega la orden de dirigirse al lugar del suplicio, la colina de Tateyama, al norte de Nagasaki, desde donde se divisa la ciudad y el puerto.¹ *Allá suben con alegría los confesores de Cristo. Una gran muchedumbre les acompaña. Los cristianos se arrodillan a su paso, piden su bendición e imploran ya su intercesión. Cuando descubren las cruces preparadas sobre la colina, corren hacia ellas y cada uno abraza la suya. A ellas les atan con cordeles los brazos, el cuerpo y las piernas. Las veintiséis cruces son levantadas y fijadas al suelo. Las víctimas unen sus voces en el canto del **Benedictus**, que el padre Pedro Bautista entona desde la cruz. A punto de consumir su sacrificio, el indomable Pablo Miki predica una vez más con elocuencia inspirada y, con todas las fuerzas que le quedan, eleva una oración a Dios por sus perseguidores. Los crucificados reciben el golpe de gracia. Su sangre gotea, mientras los presentes, cristianos y no cristianos, experimentan un estremecimiento de gloria o de vergüenza.*

Los veintiséis mueren en la cruz, atravesado cada uno por dos lanzas. La pena de cruz en Japón era distinta de la de los romanos, que sufrió Cristo Nuestro Redentor. En Japón las cruces tenían dos travesaños, el de arriba más largo, con tres argollas, una en el centro para sujetar el cuello, y dos a los lados para las muñecas. El de abajo, un poco más corto, con otras dos argollas para sujetar los pies. Entre los dos travesaños, se colocaba otro madero saliente, en el que descansaba el peso del cuerpo. Una vez asegurados y levantadas y fijadas las cruces, se les daba muerte atravesándolos con dos lanzadas.

Al tener en sus manos el Padre Organdino los trozos sangrantes de las orejas, que un cristiano le llevó, levantando los ojos al cielo, exclamó:

-Veis aquí las primicias de la Iglesia del Japón; veis aquí las flores de esta nueva Iglesia. Yo las ofrezco a Nuestro Señor Jesucristo.²

¹ Los misioneros y los cristianos la han llamado después **La Santa Colina**.

² El general Landecho, testigo de la ejecución, recogió las reliquias que pudo de los mártires, y con ellas se embarcó para Manila a principios de abril de 1597. Al desembarcar el 16 de mayo, la ciudad, el clero, los religiosos, el obispo y el gobernador las recibieron en solemne procesión, con salvas de artillería y **Tedeum**. El proceso de canonización se instruyó en Manila inmediatamente. Felipe III, rey de España y de Portugal, y el Consejo de Indias escribieron al Papa en 1600 solicitando la canonización. Fueron beatificados por Urbano VIII en julio de 1627 y canonizados por Pío IX el 8 de junio de 1862.

Si Hideyoshi pretendió cortar con el miedo el avance de la fe, se equivocó de medio. El Padre Fros concluye su relato del martirio, escribiendo: "Grande y maravilloso es el fruto de este sacrificio. Los cristianos, así los antiguos como los nuevos, se confirman en la fe y en la esperanza de su salvación eterna. Están enteramente dispuestos a dar su vida por confesar el nombre de Jesucristo. Hasta los gentiles, que asistieron al martirio, han quedado sobre manera edificados de la alegría que los bienaventurados mártires manifestaban en la Cruz y del valor con que sufrieron la muerte".

Un año después, el 16 de septiembre de 1598, moría también Hideyoshi, después de haber ordenado que se le adorara como Hachiman, dios de la guerra. Dejaba como heredero un hijo de seis años, Hideyori, confiado a la tutela de Yeyasu Tokugawa. Tokugawa empieza gobernando en nombre de su pupilo y, muy pronto, en nombre propio. Gran diplomático y gran político lleva a término la obra de unificación de sus antecesores. Se aleja del avispero de Myako, erigiendo su palacio en Edo (Tokio). Obtiene del Dairi el título de Shogun, abolido desde hacía cuarenta años. Este título lo conservó la familia Tokugawa hasta la restauración del gobierno imperial en 1868.

Al comienzo de su gobierno los cristianos vivieron un tiempo de calma. Tokugawa estaba completamente dedicado a consolidar su autoridad. La sangre de los veintiséis mártires crucificados en Nagasaki no había sido derramada en vano. Por todo el Japón se multiplican las conversiones al Cristianismo. Los misioneros, a escondidas en las ciudades, y al descubierto en los territorios de los señores cristianos, continuaron su misión. Se abría, pues, una era de tolerancia, que aprovecharon franciscanos, dominicos y agustinos para acudir en ayuda de la iglesia japonesa. Los jesuitas reconstruyeron sus iglesias y casas... Del año 1600 tenemos una carta de los cristianos de Arima al Papa Paulo V:

"Beatísimo Padre: Después de besar sus bienaventurados pies.

En la séptima luna del presente año nos llegaron las amorosas letras de Vuestra Santidad, las cuales, según nuestra costumbre, pusimos sobre nuestras cabezas y veneramos devotamente. De cuánta alegría nos hayan sido y cuántas veces las hayamos repasado, pueden dar testimonio las lágrimas que en gran copia vertían los ojos de quienes las leían y oían. En verdad que lo que antes nos repetían los Padres de la Compañía de Jesús, que Vuestra Santidad era Padre y Pastor universal del Orbe cristiano, ahora lo palpamos con toda evidencia con la carta de Vuestra Beatitud. Porque mientras nos vemos entre las garras de tigres perseguidores o de rabiosos lobos, y nos echan al destierro o nos aherrojan en las cárceles, de repente la voz del Sumo Pastor viene a recrearnos y fortalecernos maravillosamente; de modo que, con la gracia de Dios, estamos dispuestos a dar nuestra sangre y nuestra vida por Cristo y por la fidelidad a la Iglesia Romana. Así lo exigen de nosotros las exhortaciones de la presente carta de Vuestra Santidad y lo persuaden con sus ejemplos los Martirios de nuestros conciudadanos, y lo predicán las recompensas que aguardan en la gloria a los que peleen como buenos.

Por tanto, con toda la efusión del alma, damos a Vuestra Santidad las gracias por el señalado favor que nos hace en dignarse tener memoria de nosotros, apartados por la infinita anchura del mar, puestos en estas islas como en el último rincón del mundo, angustiados por los embates de la furiosa persecución, para con sus salubérrimos consejos idiestrarnos en la lucha y animarnos a la corona celestial. Trabajaremos por mostrarnos dignos hijos de Vuestra Santidad: ya desde que comenzó la persecución tenemos consagradas a Dios nuestras haciendas, nuestras familias, las propias vidas; ni hay cosa que así llevemos en el corazón como padecer, ayudándonos Dios, el martirio tan pronto como se ofreciere la oportunidad. No han de hacer mella en nosotros ni las órdenes inicuas del Emperador ni las persuasiones de los bonzos ni los engaños de los herejes. Veneramos la sede romana, señora del mundo, maestra de eterna salvación, y la reconocemos por madre, a fuer de hijos fieles, y la confesamos con todo el afecto del corazón y a ella estaremos perpetuamente unidos.

Y puesto que los Padres de la Compañía de Jesús, nuestros pastores, por cuyos trabajos alboreó en estos reinos la fe de Cristo, y que desde el comienzo de la persecución perseveran sin desampararnos, no obstante las terribles calamidades que padecen, han de escribir cuanto atañe a esta Iglesia del Japón, y principalmente el heroísmo de los Mártires de este año, acabamos con suplicar con todo rendimiento que, así como antaño el Pontífice Gregorio XIII nos recibió a la obediencia de la fe romana en las personas de los legados, que enviaron nuestros príncipes, así también Vuestra Santidad nos acoja bajo su amparo y nos abrace en su caridad.

Puestos a los pies de Vuestra Santidad demandámosle su Bendición y el socorro de sus santísimos sacrificios y el de las oraciones de todos los fieles.

Arima, 15 de las Kalendas de noviembre. Besamos humildemente los pies de Vuestra Santidad.- Tomás Araqi Choyemon.- Gaspar Nagaj Sofan.- Joaquín Mine Suquedayu.- Tomás Yafagui Quichibioye.- Diego Mateuxima Guennoju.- Luis Fayaxida Xichiroyemon.- Pablo Nixida Quifa.- Juan Xiuodzuca Yoichi.- Pablo Vchibori Sacuyemon.- Domingo Masuda Somi.- Matías Matcuxima Yayemon.- Gaspar Yezagi Yatayu".³

³ Esta carta se encuentra en la Biblioteca Barberini de Roma.

4. NUEVA PERSECUCION

Así llegamos al siglo XVII, que se abrió con una guerra civil -una de tantas-. Algunos señores se alzaron contra Tokugawa. Y en el bando rebelde se hallaban muchos señores cristianos. La batalla la ganó Tokugawa. Los derrotados fueron degollados y sus señoríos los repartió el vencedor entre sus partidarios o los tomó para sí. Y las comunidades cristianas de esos reinos fueron devastadas mediante destierros, confiscaciones y muertes. La persecución esta vez fue de carácter más político que religioso, pues cristianos los había también en el ejército de Tokugawa. Pero la persecución religiosa estaba a las puertas. Muy pronto, por intereses políticos y económicos, envenenaron a Yeyasu, acusando a los misioneros de estar organizando complots con el Rey de España para apoderarse del Japón. Y como Yeyasu estaba buscando una ocasión para deshacerse de ciertos daimyos cristianos, partidarios del hijo de Hideyoshi, aprovechó el pretexto para declararles la guerra. En 1613 reunió catorce señores en su corte y les ordenó la inmediata renuncia al cristianismo. Ante el rechazo de su orden, les confiscó todos los bienes y, con sus mujeres e hijos, les puso camino del destierro. Este mismo año aniquiló sin piedad a miles de campesinos cristianos, que protestaron por los inmensos impuestos, que les obligaba a pagar.

Los bonzos trataban por todos los medios de persuadir al Emperador de que "amenazaba ruina a su imperio la propagación de la Ley que predicaban los cristianos, por las raíces que echaba, haciéndose de ella muchos súbditos suyos, así como por el perjuicio notorio a los dioses de sus mayores". A los bonzos se unieron los ingleses y holandeses, protestantes y que ambicionaban arrebatarse el comercio de portugueses y españoles. Ellos confirmaron la idea de que el Evangelio era "capa para ocultar a los soldados de España". "Disfrazan sus pretensiones enviando religiosos que predicán la ley de Dios; de esta manera han ganado todas las islas occidentales, Filipinas, Molucas y Nueva España; y que por esta y otras razones algunos reyes y príncipes de Europa los echaban de sus reinos".

Tokugawa exclamó:

-Si los reyes y señores de Europa echan de sus estados a los predicadores del Evangelio, no les haré yo agravio si los echare del mío.

La ocasión para la nueva persecución se presentó cuando los marineros japoneses de un barco anclado en Meca riñeron con los de otro portugués. En la riña murieron no pocos japoneses. Ese navío portugués se trasladó a Nagasaki en junio de 1609. Al enterarse el gobernador lo delató a Tokugawa, que dio orden de apoderarse del

barco y apresar al capitán Andrés Pessoa. Pero éste no se rindió, sino que defendió su nave contra los asaltantes. Le quemaron las velas, le quitaron el timón y, al tercer día, comienza el fuego a bordo. Al ver cerrados todos los caminos, Pessoa hizo saltar el barco en astillas, muriendo todos los tripulantes y destruyendo todas las mercaderías. Tokugawa se enojó y despidió de su servicio a catorce señores cristianos, desterrándoles y confiscándoles los bienes.

Así expidió el decreto que desterraba a los religiosos. El 14 de febrero de 1613 ordena Tokugawa que en el plazo de siete días todos los misioneros sean conducidos a Nagasaki y embarcados para sus tierras. Los cristianos, "cuando vieron que se retiraban las imágenes y se deshacían los altares y las iglesias desoladas, quedaron fuera de sí, sin sangre en las venas".

El año siguiente, 1614, marca el comienzo de la más cruenta persecución que han sufrido los cristianos en toda su historia. El Shogun ordena la expulsión de todos los misioneros, la demolición de todas las iglesias, imponiendo a todos los cristianos japoneses la apostasía bajo pena de muerte. Este decreto fue ejecutado con una rapidez increíble. Los misioneros fueron arrestados y llevados a Nagasaki para ser embarcados en la primera nave que partiera de su puerto. Los barcos parten, llevándose misioneros y daimyos cristianos hacia el destierro. Los cristianos se dispusieron a morir. Las cárceles se abarrotan de cristianos y se da la orden de prender fuego la prisión con hombres, mujeres y niños, que mueren abrasados y gritando: ¡Viva Jesús!

Pero el **Tono** o Señor de Boxu, Idate Masamune, se opuso al decreto, enviando por su cuenta una amplia embajada a Felipe III y al Pontífice, pidiendo misioneros y solicitando que los navíos españoles atracaran en sus puertos. Entre fiestas y agasajo los japoneses recorrieron la ruta de Sevilla a Madrid. En las cartas de presentación al rey se dice: "El que viene buscando la luz, después de haber pasado muchos trabajos, encontrándose con ella, se alegra y regocija, así yo, viniendo de la tierra que carece de la luz del cielo a buscarla en el lugar que abunda de ella, los trabajos de mar y tierra se me olvidan y me hallo muy alegre y honrado". Su señor le envía a solicitar religiosos de San Francisco para que enseñen el Evangelio, camino único de salvación, y a ofrecer su persona y reino a la Majestad Católica, "columna firme de la Iglesia", cuya benignidad "recibe bajo sus alas a los que se quieren amparar en ellas".

El final del glorioso viaje de los embajadores fue lo contrario de lo que habían prometido y esperado. Al llegar al puerto de Urangava, el 15 de agosto de 1615, se hallaron en medio de la borrasca de la persecución. El recibimiento de Tokugawa fue desdeñoso. Todos, japoneses y españoles, fueron injuriados, robados y encarcelados. El **Tono** Masamune se había acomodado al viento que soplaba y perseguía a los cristianos, según veía hacerse en la Corte. Pues Tokugawa estaba empeñado en arrancar de raíz la fe en Cristo.

Y para que los cristianos, ya sin pastores, no pudiesen reunirse y animarse entre ellos, se añadió el derribo de iglesias, entre las risas y

escarnio de los bonzos, que cantaban el triunfo de sus Kamis y Hotoques. En Nagasaki la persecución fue de una crueldad particular. El Padre Sebastián Vieyra, que años después también moriría mártir, desde el Japón narra a sus hermanos de Europa lo que sus ojos veían: "El 7 de octubre se les anunció que aquel día habían de ser quemados; los mártires celebraron con acción de gracias la noticia; los demás, dándoles la enhorabuena, les pedían la bendición y se encomendaban a ellos. Y vestidos de fiesta salieron a la plaza donde estaban los montones de leña; allí, rodeados de una ingente multitud de cristianos, se despidieron de ellos **hasta muy pronto**, si perseveraban en la fe. Cada cual se fue al palo señalado. Todos comenzaron a cantar el **Credo, el Padrenuestro y el Ave María**, mientras se alzaban las llamas y envolvían a los confesores de Cristo, que ni dieron muestra de dolor. El niño Jaime, al quemarse las cuerdas que sujetaban a su madre, gritó tres veces: 'Jesús, María'.

-Alza, hijo, los ojos al cielo-, le replicó su madre.

Su hermana Magdalena, al ver libres sus manos por haberse roto las ataduras, tomó los carbones y se los puso sobre la cabeza, venerando el instrumento que la llevaba a gozar de Dios. Todos, haciendo como podían la señal de la cruz, fueron reclinándose uno tras otro, entre el llanto de los espectadores, las voces de misericordia y las alabanzas a Dios, que daba fortaleza a sus mártires".

El destierro de los misioneros, por los vientos contrarios, no pudo realizarse de inmediato. Seis meses estuvieron presos en Nagasaki, que aprovecharon para instruir y alentar ocultamente a los fieles y para escaparse cuantos pudieron y no dejar desamparadas a sus comunidades cristianas. Desde Nagasaki escribe el P. Morejón: "Siendo tan rigurosa la ley de no tener Padres encubiertos, casi todos lo religiosos que quedaron escondidos en Japón, ellos los encubrieron, y de aquí se repartieron por diversos reinos. Cada uno quería tener un Padre, pidiéndolo con gran insistencia. Algunos con este deseo fueron con sus barcas siguiendo los navíos en que los Padres iban desterrados, para hurtar alguno de ellos, con evidente peligro de la vida, no sólo por los espías y guardas, que eran muchos, sino también de ahogarse, por ser invierno y engolfarse demasiado. Y así volvieron algunos después de muchos días, muertos de hambre, con las manos desolladas de remar contra el viento y la lluvia, pero con más tristeza y sentimiento por no haber podido alcanzar los navíos que por su propio mal y daño...".

"Las confesiones y comuniones fueron todo el año tan continuas que parecía una semana santa perpetua. La oración de las Cuarenta Horas, por la paz de la Iglesia, la tienen repartida por los barrios y las casas, de suerte que casi viene a continuarse todo el año. Tienen sus oratorios en lo más secreto y limpio de sus casas, con su altar, y algunos con ricos ornamentos de seda, para poder decir en ellos la misa, cuando tienen un Padre. De modo que podemos decir que en cada calle hay muchas iglesias, en lugar de unas pocas que los gentiles derribaron. Los que vienen de fuera de la ciudad, con deseo de oír misa, andan rondando las calles, al frío y al hielo, mucha parte de la noche; y, viendo que hay concurso en alguna casa, sin ser conocidos,

se meten dentro de ella; y a las veces son tantos que no les queda lugar a los dueños de la casa. Son muchos los que a esta ciudad acuden de diversos reinos, desde el fin del Japón, sólo con el fin de encontrarse con un Padre, recibir los Sacramentos, visitar los santos sepulcros y reliquias de los mártires... Suelen irse a los lugares donde antes había iglesia y estaba el Santísimo Sacramento, y allí pasan mucha parte de la noche con grandes lágrimas y sollozos. De este encendido fervor nacen los deseos que muestran del martirio; y así, cuando el Estado de Arina se estaba bañando en sangre de mártires, deseando los de esta ciudad serles compañeros en los tormentos y preparándose para ello, unos enviaban a las mujeres y a los hijos fuera, para quedar más libres y esperar sin impedimento la pelea; otros, al contrario, llamaban los hijos y las hijas que estaban fuera, o ellos sin ser llamados venían a ofrecerse todos juntos a Dios en holocausto".

La persecución, empezada en 1614 duró siglo y medio, sin tregua ni respiro. Al principio se prohibió aceptar la fe cristiana a nobles y soldados; después se decretó la muerte contra los encubridores de los misioneros; y se ejecutaba el decreto con rigor, contra el cabeza de familia, mujeres e hijos hasta los de pecho; luego se intentó la apostasía general y la entrega de cruces, rosarios, insignias religiosas, en cuya búsqueda se registraban las calles, casa por casa; más tarde se ordenó que quien supiese de algún cristiano lo delatase al punto, so pena de ser castigado como tal.

Y discurrieron otra astucia diabólica para que ninguno a escondidas en el secreto de su casa y conciencia siguiese adorando a Cristo. Fue la ceremonia llamada **fumie**. Los alcaldes de barrio y alguaciles, al principio del año, recorrían todas las casas; y juntando a la familia, chicos y grandes, amos y servidumbre, tendían en el suelo un crucifijo o un cuadro religioso, y todos, por lista, habían de poner encima el pie sacándose de ello documento auténtico con el sello oficial, que se guardaba en los archivos públicos. Los museos japoneses de hoy conservan muchas de tales imágenes, algunas gastadas por el roce del los pies.⁴

Confiscaciones y destierros, registros en las casas en busca de misioneros o de cruces, listas rigurosas de los cristianos, que se llenaban al principio inmediatamente creyendo que eran para el martirio... Pero se prohibió matar; más que mártires querían apóstatas. Tormentos, hambre, inutilizarlos para el trabajo, cortándoles los dedos de los pies y echándoles a mendigar... Multitudes vagando por los campos con los niños a cuestas, ateridos y hambrientos, sin un cobijo contra la nieve; todo eran clamores al cielo ante la muerte lenta y continua... La persecución no afloja durante el reinado de Tokugawa, que, al morir el 2 de junio de 1616, recomienda a su hijo y sucesor Xogun que no descansa hasta acabar con los cristianos. Los ingleses y holandeses atizan el fuego por odio al catolicismo, a los misioneros y a las naciones católicas que les envían, España y Portugal. La pena de la cruz se cambia por la del fuego. El capitán Richar Corbes escribe: "El emperador profesa verdadero odio a los cristianos y mata a cuantos descubre. Yo he visto en Myako martirizar a cincuenta y cinco de una

⁴ En el Museo imperial de Tokio se conservan muchas de las imágenes empleadas para el **fumie**, y listas de personas que fueron sometidas a él.

vez, entre ellos niños de cinco y seis años, quemados vivos en los brazos de sus madres, que clamaban: Jesús, recibe sus almas".

Tenemos una segunda carta de los cristianos al Papa escrita desde Nagasaki con fecha 7 de abril de 1621:

"Beatísimo Padre: Después de besar los bienaventurados pies de V. S.

En medio de nuestras desdichas y en el hervor de la persecución, que sin tregua ni descanso nos acosa, los portugueses venidos de China nos traen la carta de Vuestra Santidad; la cual recibimos no como venida de Roma, antes como bajada del cielo, testimonio palpable del ardentísimo amor y providencia pastoral con que Vuestra Santidad se acuerda de nosotros. Pusímosla sobre nuestras cabezas y la veneramos, congratulándonos unos con otros con piadoso regocijo. Porque no nos pudo caber mayor ni más deseada fortuna que desde estos últimos confines de la tierra y remotísimas islas, entre la borrasca de tantos males y las fatigas de tan crueles perseguidores, oír la voz de nuestro Padre, imaginarnos presente a quien es Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo y Príncipe de los pastores. Ello nos trae la esperanza firmísima de que la Providencia de Dios se nos ha de mostrar más propicia cada día, para que ni las cárceles de largos años, ni el despojo de nuestros bienes ni el destierro ni la propia muerte nos quiten el ánimo, sino, al contrario, nos infundan y alienten seguridad de mejores días.

Así, pues, por tan singular beneficio como por el amor paternal que en él se significa, damos a Vuestra Santidad las gracias más rendidas, a la vez que le suplicamos humildemente no se canse de mirar por esta nueva Cristiandad tan reciamente combatida.

Moran entre nosotros religiosos de diversas Ordenes, y principalmente de la Compañía de Jesús, que primero nos engendraron en Cristo, de los cuales algunos ya rindieron felizmente su vida y su sangre por Cristo y por su Iglesia; otros se consumen a la hora de ahora en las cárceles, otros sin asiento fijo, corren de acá para allá donde los llama el socorro y ayuda de las almas, alentando y robusteciendo a los débiles y flacos en la fe, catequizando y convirtiendo gentiles, sin perdonar diligencia ni fatiga, siempre en constante peligro de muerte.

En medio de todo no perdemos la esperanza de que esta viña de Cristo en tierra japonesa, regada con la sangre de tantos gloriosos mártires, calentada con los rayos del sol, que es el Vicario de Cristo, cuyos ojos la miran y protegen, ha de dar más copiosos y alegres frutos. Y esta nuestra navecilla, gobernada por la mano de tan poderoso timonel, arribará felizmente al puerto celestial. Para ello pedimos humildes y rendidos la bendición apostólica. - Nagasaki, 7 de las Kalendas de abril".

Los tormentos, que inventaron, fueron atroces. A la crucifixión, siguió la hoguera de leñas verdes y apartadas, para que el tormento durara más; o la decapitación con sierras de caña; rociarles con las

aguas sulfurosas e hirvientes del monte Ugeno, que dejaban limpios los huesos; o sumergirlos en aguas heladas y exponerlos después a las corrientes del cierzo toda la noche; o llenarlos de agua y hacérsela arrojar, mezclada con sangre, pisoteándoles el vientre; o la pena de la fosa, suspendiéndoles boca abajo por horas y días, sajiéndoles las sienes para evitar la muerte; o aplastarles el pecho entre dos tablas; o grabarles a fuego la cruz en la frente; o clavarles las puertas de sus casas, para que dentro murieran de hambre; o tenerles años enteros en las cárceles, jaulas de vigas abiertas a todo viento, muriendo de frío o comidos de insectos...

A mediados de 1626, cuenta un testigo holandés, delante del juez Mongi, en las afueras de Nagasaki, son arrastrados siete hombres y cinco mujeres. Con hierro al rojo se les graba en las frentes la señal **cristiano**. Y comienza el interrogatorio:

-¿Renegáis?

-No.

La marca se aplica sobre las dos mejillas; siguen constantes. Entonces se les tiende desnudos en el suelo, y con unas correas se los azota sin piedad hasta que pierden el sentido. Vueltos en sí, otra vez se los invita a renegar.

-Sólo renegamos de los ídolos.

El juez ordena renovar el tormento; el hierro candente lo van pasando por las partes más delicadas, y les cortan los dedos de los pies y de las manos. Y lo más admirable es que entre las víctimas de esta crueldad había un niño de seis años, que ni siquiera se quejó. Y despedazados, ensangrentados, los llevan a la cárcel, para otro día repetir los tormentos, hasta que aburridos los verdugos los arrojan al mar.

En Simabara, mayo de 1630, a cincuenta cristianos, con una sierra de acero se les abre un corte en el cuello, que después se va agrandando con sierras de bambú afilado, echándoles sal en la herida; un médico presencia el suplicio para reanimar a quien se desmaya e impedir la muerte. Entre tortura y tortura se deja bastante tiempo para que cicatricen las heridas y renovarlas de nuevo. Algunos pasan por ellas hasta siete veces, hasta que o morían en la prueba o el verdugo, cansado, recurría a procedimientos más expeditivos.

Así acabaron cientos, miles de cristianos. Sólo Dios los ha contado, al repartirles la corona del martirio. Niños que dicen a sus padres afligidos por ellos: "¿Por qué me lloráis? Llorad por estos pobres gentiles, que yo me voy al paraíso a rogar por vosotros y por ellos". Madres que entran en la hoguera con sus hijos colgados del pecho, como la de Bungo, que ceñida al palo del quemadero sostiene en sus brazos una niña de cuatro años y sujetas a sus vestidos dos más, de nueve y diez años; y otros dos hijos un poco más apartados en cruces. Cuando, al rato de encenderse la llamarada, le dice la hija que tiene en brazos:

-Madre, ya no veo la luz.

Le contesta:

-Hija, invoca a Jesús y a María.

Impresionante igualmente el caso que nos cuenta el Beato Luis Exarch de Bertrand, que vivía en una choza de leprosas: "Viniendo la turba por la noche con alguna furia, comenzaron a atar a mis compañeros, aunque a mí no quisieron atarme aquella noche, hasta que al día siguiente vinieron de la ciudad de Amura por nosotros. Y cuando, para entregarme a los bungios o jueces de allá, fue necesario atarme, lo hicieron después de haber hecho mil sumisiones y pedíame muchas veces perdón. La noche que nos prendieron en la casilla de las leprosas, viendo la buena casera, que se llamaba Marta, que salíamos presos de su casa y que a ella por ser pobre leprosa y, por consiguiente, no reputada entre la gente, y que por más que rogó que la prendieran no quisieron hacerlo, comenzó luego a dar gritos hasta el cielo, llamando al Señor y rogándole no permitiese que ella fuese apartada de su Padre; y asiéndose de mí, casi sin manos y como podía con sus brazos, y siguiéndome casi sin pies, no fue posible apartarla de mí, por más que hizo la justicia; dando ella siempre voces al cielo y a veces cantando **laudate Dominum omnes gentes** y otras oraciones en su lengua, pidiendo favor al Señor para no ser apartada de mí. Y así, aunque, al llegar a la casa donde nos tuvieron presos aquella noche, no le fue posible entrar, ni tampoco embarcarse con nosotros para ir a la cárcel, al fin parece haber oído el Señor sus ruegos, porque dando aviso de ello al bungio de Nagasaki, mandó prenderla. Espera que la quemarán con nosotros, como ella tanto desea".

Fray Diego de San Francisco, en sus **Relaciones** desde Osaka, escribe: "Esta persecución, que comenzó en 1613, ha sido general, hecha a un mismo tiempo muy a propósito y en invierno. Aunque no han pretendido matar muchos cuerpos, con muchas invenciones han pretendido matar las almas. Pregonaron en las cuatro ciudades, Myako, Osaka, Fushima y Sakay que nadie diese posada a cristiano alguno, bajo pena de la vida. Y aquí en Osaka han crucificado a uno que dio posada a los santos mártires Pablo y su familia... Los cristianos, que vivían en casas alquiladas, todos han sido echados de ellas por sus dueños gentiles. Con esto los cristianos salieron huyendo, desnudos y hambrientos, porque son pobrísimo y viven todos de su trabajo. El padre con sus hijos; la madre por los caminos con sus hijas; y por los campos de día, a la noche se recogían en algún abrigo o casa de algún pariente o amigo; y antes que fuese de día los echaban fuera, huyéndose a otros reinos; y encontraban en el camino otros cristianos, que de allá venían huyendo. Donde entraban intentaban persuadirlos a renegar, por lo menos de palabra, y así les darían posada".

En medio de la persecución llegan dos agustinos de Manila y aumenta con ello la rabia del Emperador. Doce cristianos son quemados por ayudar al desembarco de un clérigo japonés, Las pesquisas por las casas siguen a diario. Los misioneros, para no

comprometer a los fieles, se salen de la ciudad y viven escondidos en breñales o cuevas. En carta del Provincial Mateo Coro nos narra: "Por este tiempo los gobernadores de Taracu enviaron soldados por todas partes a descubrir religiosos; no dejaron choza, ni granero, ni cueva, ni establo que no registraran, levantando la paja y hurgando en todos los rincones. Así las cosas, los cristianos que me asistían vinieron a decirme que era preciso que me embarcara, porque no había de otro modo seguridad ni para mí ni para ellos. Para sosegarles les dije que aquella noche me iría; mas no como ellos pensaban, Porque un huésped me había preparado una fosa sin que nadie se enterase, bien disimulada; tenía de largo doce pies y cuatro de ancho. Allí me escondí con mi catequista; pasábamos a oscuras, fuera del tiempo de comer, rezar el oficio y escribir cartas; lo cual acabado, apagábamos la candela. Nos pasaban comida por un agujero, que se hacía alzando la paja de la choza vecina, donde vivía un buen viejo, tan estrecho que sólo cabía una escudilla, y se cerraba no bien pasaba ésta. Allí estuve 35 días, sin salir de aquellas tinieblas sino el día de Pascua para decir misa. Después mi huésped me preparó otra cueva, como la pasada, donde al presente estoy. Tengo conmigo el recado de decir misa, y salgo por una puerta a la choza vecina, donde cada noche se adereza el altar y digo misa; el día lo paso en leer y escribir, a favor de un poco de claridad que me entra por un resquicio. Los soldados no descansan en dar conmigo, sabiendo que ando cerca".

Lo mismo escribe desde Nagasaki, con fecha de 5 de marzo de 1624, Fray Domingo Ibáñez de Erquicia: "Aquí se hacen mil diligencias cada día para coger alguno de nosotros; y así andamos a sombra de tejados. El modo que aquí tenemos es éste: en anocheciendo salimos de la casa donde hemos estado de día para irnos a otra, porque en ninguna podemos estar más de una noche. Confesamos luego a los enfermos que nos avisan; tras de esto y de camino júntese en alguna casa nuestros cristianos y allí los confesamos, hasta que es hora ya de cerrar las puertas de las calles, que suele ser a eso de las diez de la noche. A esa hora nos recogemos en la casa donde hemos de pasar la noche y el día siguiente. Allí confesamos a los que acuden para comulgar, en lo que comúnmente tardamos más de las doce, y a veces más. Algunos otros, antes de acostarnos, les decimos misa y comulgamos, por ser ya muy tarde; y cuando no, nos levantamos antes del amanecer a hacer esto; después, de día confesamos la gente de la casa y sólo algunos conocidos del casero, por no atreverse a meter mucha gente en ella a causa del rigor de la persecución que anda contra ellos. En estas ocupaciones pasamos la noche y el día con muchos sobresaltos de ser presos, porque no tenemos hora segura. La noche siguiente volvemos a salir a nuestra tarea, y a veces con muy grande frío y nieves. En algunas ocasiones damos gracias a Dios cuando hace mal tiempo, porque entonces hacemos mayores lances como pescadores a río revuelto, atreviéndonos entonces a andar de día por los caminos, por no estar éstos para que anden los otros".

"La noche de navidad, -escribe el P. Juan Bautista Baeza-, treinta discípulos de Judas registraron la vecindad de mi escondite; recorrieron el barrio casa por casa, y sólo se les pasó por alto la casa en que yo estaba; yo les esperaba verlos entrar de rodillas ante el altar; antes obligué a mi catequista a huir, para no comprometerlo. En

toda la noche no hicieron otra cosa que revolver todos los alrededores, destrozando las imágenes y vomitar blasfemias e injurias contra los pobres cristianos. En igual peligro me vi la víspera de la Circuncisión; en pocas horas tuve que cambiar de refugio varias veces; de una parte me echaban, en otra no me querían recibir, hube de pasar la noche al raso, sufriendo un viento glacial; apenas pude decir misa por la mañana. Acordábame de la paz y sosiego con que la Compañía celebra estas santas fiestas; mas, por la misericordia de Dios, no cambiaría mi suerte con la de nadie".

Los misioneros discurren industrias y disfraces para burlar a quienes les buscan con tanto tesón. El dominico P. Pedro Vázquez se tuesta el color de la cara, se viste de japonés, con dos sables a la cintura y así se mete en la prisión para administrar los sacramentos a los confesores la víspera del martirio. Otro agustino, japonés, se pone de palafranero en casa de un verdugo y, con esa librea y la sombra de su amo, va seguro por la noche de casa en casa, alentando a los cristianos, hasta que al final acabó en la hoguera en 1637. El P. Sebastián Vieyra, jesuita, recorre las costas de noche en una barquichuela, que le sirve de casa, iglesia y escuela. A ella acuden los cristianos a confesarse. Pero a los seis meses es descubierto y martirizado el 6 de junio de 1634. Los cristianos, en una caja de bambú se lo llevan, como una mercancía, al provincial de la Compañía, el P. Matías Coro. Esto costó la vida a los cristianos cargadores.

En medio de sobresaltos continuos, de privaciones y dolorosas traiciones, lo que más les duele a los misioneros es el desamparo espiritual en que se encuentran, sin un compañero con quien comunicarse y darse ánimos y con quien poder confesarse. Es una experiencia frecuente lo que testimonia el P. Juan B. Porro en carta al General de la Compañía: "Creame V. R., entre los hijos de V. P. no los hay tan afligidos y probados como nosotros; ni un consuelo de tejas abajo; arrojados de las ciudades, villas y casas, sin un compañero, sin otro Padre que nos avise, consuele, dirija o sostenga; solos con Nuestro Señor Jesucristo. Que El se apiade de nosotros. Hace seis años que apenas si dos o tres veces hemos conseguido vernos con otro Padre o Hermano. Tenga V. P. compasión de nosotros. Para perseverar en semejante vida es necesario un cuerpo de hierro y un alma de San Pablo".

También tienen sorpresas y consuelos inesperados. En carta del 20 de septiembre de 1630, escribe Fray Lucas del Espíritu Santo, que terminó mártir: "Entre gentiles ando lo más ordinario. Algunos me han llamado y llevado a sus casas, haciéndome buen tratamiento, como maravillados de ver que un hombre extraño, no por oro ni por plata ni por cosa necesaria para su salvación, sino por la de aquellos mismos que procuran quitarle la vida, se ponga en tanto peligro de perderla, Y así me aconteció en un pueblo de gentiles que el mismo gobernador, que era el que me había de prender, me recibió y regaló en su casa. Me proporcionó una embarcación, acompañándome él mismo hacia ella. Y porque era el tiempo contrario para salir del puerto, fue él mismo a sus ídolos a rogarles nos lo diese bueno. Cosas de este género me suceden algunas veces por los caminos, buscándome comodidades hasta los mismos gentiles; y, aunque esto es contra los

bandos de sus príncipes, dicen que morir por tal obra es morir con honra".

*Ni los misioneros en su misión ni los japoneses en abrazar la fe se acobardaban ante los peligros. Todos los días iban agregándose nuevos cristianos. En el reino de Figashi, se lee en las **Relaciones** de Fr. Diego de S. Francisco: "Hace quince años no había ni cien cristianos y ahora hay santos y buenos en la fe más de veintiséis mil, los cuales se han hecho más con el ejemplo de los santos mártires que con palabras ni sermones; que lo ordinario es venir los gentiles a rogar que les prediquen la ley de los cristianos, diciendo que no es posible sino que es ley de salvación, pues por no perderla dan la vida mucha gente de buen entendimiento".*

Pero en 1639 se cerraron los puertos japoneses a los portugueses. Este fue un duro golpe para la fe en Japón. Las apostasías se multiplicaron. Los caballeros resistieron y murieron mártires. Los señores de menor poder, demasiado asidos a sus bienes, ante las confiscaciones, bastantes flaquearon en la fe. Y al pueblo comenzó a faltarle el amparo de los misioneros y de los sacramentos. La muerte violenta no les arredraba, pero les gastó la agonía inacabable, el aislamiento, el verse morir a sí mismos y a los suyos de hambre, de frío, un mes, un año, sin esperanza de que cambiara la situación. Los perseguidores no cejaban en su intento de borrar el nombre cristiano de todo el territorio. Y para dar más fuerza a la apostasía, los perseguidores les obligaban a jurar su apostasía por Cristo y por la Virgen. Claro que muchos, los más, renegaban de labios afuera. Como escribe un misionero: "Como no es el retroceder más que de palabra, confiéсанse con lágrimas y vuelven a esconderse en otro reino o pueblo".

*La astucia perseguidora busca cortar el árbol de la fe por su raíz: acabar con los misioneros. La grey sin pastor, se dispersará y acabará por desaparecer. Mientras hubo obispos, ordenaron a algunos sacerdotes locales. En Manila se formó un Seminario japonés, pero al cerrarse el Japón, se decretó la pena de muerte a todo japonés que intentara salir de su patria, lo mismo que para los extranjeros que intentaran entrar. El único puerto abierto a los europeos era el de Nagasaki; pero apenas se acercaba un barco, le salían al encuentro los botes de los soldados, que le rodeaban y registraban hasta los fardos, por si se escondía algún misionero o simplemente una carta de los misioneros. Del barco, quien quisiese saltar a tierra, había de pasar a una isla flotante, y de allí a la **koya** (o "palacio de la razón"), en cuyo dintel se atravesaba un Cristo o una imagen de la Virgen. Sólo pisándoles se podía pasar. Esta ley duró hasta 1858.*

"Como el hipo del tirano es agotar los manantiales de esta fuente, que son los sacerdotes, no se contenta con hacer renegar a los cristianos, que nos dan acogida en sus casas o nos ocultan en sus montes o nos transportan con sus barcas, sino que con exquisitos tormentos los obligan a renegar, y luego con el alma matan el cuerpo; y luego en sus casas y familias, hijos y parientes, una desolación que causa mil lágrimas".

Uno tras otro iban cayendo los misioneros, mártires de su fe en Cristo y amor a los japoneses. Y al haber cerrado toda entrada de misioneros, cerrando las puertas del Japón a los extranjeros, se acabó con la presencia del sacerdocio en Japón y como, sin sacerdocio, el cristianismo es imposible que perdure, se dio por muerta y desaparecida la Iglesia en Japón. Aunque no desapareció la esperanza: "Se puede responder que el grano ha de morir para fructificar y que la fe en Japón se asemeja a los árboles frutales, que parecen muertos en invierno, para florecer al primer rayo de la primavera. Considero el Japón actual, durante esta persecución, como sementera cubierta de nieves y hielos. El grano de la palabra de Dios parece muerto, helado por los fríos del invierno en los corazones. El frío de la persecución resfrió la caridad, más cuando la persecución cese y un aire tibio recree esos corazones, se verá la fe florecer de nuevo".

Los sucesores de Tokugawa, hijo y nieto, heredaron del padre el imperio y el odio hacia los cristianos, superándoles en violencia y crueldad. Por más de dos siglos se mantuvo en vigor este edicto:

LA RELIGION CRISTIANA QUEDA PROHIBIDA. ESTO QUIERE DECIR:

TODOS INDIVIDUOS SOSPECHOSOS DEBE SER DENUNCIADO.

LAS RECOMPENSAS SON LAS SIGUIENTES:

Por un sacerdote: 500 piezas de plata

por un hermano español: 300

por un apóstata que ha vuelto a la fe cristiana: 300

por un simple cristiano: 100

y si el denunciante es cristiano recibirá 500...

Este edicto era regularmente repetido:

QUE SE OBEDEZCA LA PROHIBICION DE PROFESAR LA RELIGION CRISTIANA. LA RELIGION PERVERSA ESTA ABSOLUTAMENTE PROHIBIDA.

II. ¡EL CRISTIANISMO NO HA MUERTO!

5. FATIGOSA APERTURA DEL JAPON

El puerto de Nagasaki fue construido en 1571 por el daimyo de la ciudad, para atraer a los comerciantes portugueses. Los misioneros cristianos fueron igualmente acogidos con benevolencia; en parte, porque donde se acogía a los misioneros se instalaban tras ellos los comerciantes y, en parte, para restar fuerza y poder a las sectas budistas, cuyos arsenales de armas eran una amenaza permanente.

Esta acogida favoreció la expansión del cristianismo en los años siguientes a la llegada de San Francisco Javier y de los demás misioneros, que continuaron su obra. Pero la persecución a ultranza contra los cristianos cerró el Japón a Europa durante dos siglos. Los edictos contra los cristianos se repitieron. La fe cristiana se dio por desaparecida.

Esta supresión del cristianismo llevó al absoluto aislamiento del Japón en relación al resto del mundo. Pues, cuando el Japón cerró sus puertas a los europeos, éstos parecieron olvidarse de aquellas islas lejanas hasta que, en el siglo XIX, los intereses comerciales les llevó a interesarse de nuevo del Japón. Los más interesados eran los americanos, cuyos buques navegaban muy cerca de sus costas en la ruta desde California a Canton. Estas naves necesitaban hacer escala en los puertos nipones para abastecerse de agua, de carbón y otros suministros. Para convencer al gobierno japonés a abrir sus puertos a las naves extranjeras, americanos, ingleses y rusos enviaron diversas delegaciones. Pero el gobierno de Edo (Tokio) seguía firme en su política. La ley prohibía bajo pena de muerte pisar tierra japonesa a cualquier extranjero.

Ante esta negativa, el gobierno americano se decidió a obligar con la fuerza a los japoneses a abrir sus puertos. A fines de marzo de 1849, una nave de Estados Unidos se acerca a Riu-Kiu, Nagasaki y Edo. Los americanos están decididos a lograr que se les abran las puertas del Japón. El comodoro Perry, al frente de una gran expedición, ha recibido plenos poderes para establecer un tratado con el Japón. El 26

de mayo de 1853 Perry llega al puerto de Naha. Las negociaciones con el gobernador no conducen a nada, pues el gobernador y su oficiales resisten pasivamente a todas las propuestas americanas.

Un mes después, la escuadra americana echa sus anclas delante de Uraga, en la bahía de Edo. Un batel de la guardia costera se presenta al instante con la orden escrita para el comandante: debe alejarse inmediatamente bajo pena de ser tratados como enemigos. El comandante expone su deseo de tratar con la principal autoridad de Uraga; y manda que el batel de guardia se aleje si no quiere ser dispersado por la fuerza. Ante esta amenaza, reconociendo su impotencia para enfrentarse a los barcos americanos, se aleja.

Al día siguiente se presenta a bordo el mismo gobernador de Uraga. Es recibido por los capitanes Buchanan y Adams. El gobernador insiste en que el comodoro se dirija a Nagasaki, el puerto donde se negocia con los extranjeros. Los oficiales americanos le replican que el comodoro Perry lleva una carta personal del Presidente de Estados Unidos para el Emperador de Japón y que no tienen nada que hacer en Nagasaki. Sólo entregarán su mensaje a uno de los ministros del Shogun, en Uraga, si así lo desea o, de otro modo, irán a entregarla a la misma corte imperial de Kyoto. El plan de los americanos es exigir al Japón lo que ya está establecido como un derecho entre las naciones civilizadas.

Los navíos americanos aprovechan los tres días de espera, que les pide el gobernador, para explorar las bahías de Uraga y de Edo. El gobernador les reclama, diciendo que las leyes japonesas prohíben lo que están haciendo; le replican que los americanos deben obedecer a las leyes americanas y no a las japonesas.

La respuesta de la corte llega el 12 de julio. El Shogun acepta delegar a Izu, primer consejero del imperio, pero únicamente para recibir el mensaje del presidente de los Estados Unidos, sin autoridad para discutir las condiciones de un tratado. Le acompañará el príncipe de Iwami. Se construye en la costa un edificio destinado a la entrevista oficial. Allí se presenta el comodoro con una numerosa escolta de más de trescientas personas. Los americanos quieren causar impresión desplegando un gran aparato de fuerza. Durante la entrevista los delegados japoneses no abren la boca. Dos gestos de inclinación de cabeza, uno para saludar y otro para despedirse, es todo. Perry les entrega con toda solemnidad la carta y acaba la reunión.

Después de entregar la carta personal del presidente de los Estados Unidos en que se pedía al Japón el establecimiento de relaciones comerciales, Perry se retiró a pasar el invierno en Okinawa, con la promesa de volver a comienzos del año siguiente para recibir la respuesta. La necesidad de tomar una decisión en tan breve tiempo puso en crisis la corte de Edo. Los japoneses, asustados por las dimensiones de los "barcos negros" y de los cañones con que iban pertrechados, se dieron cuenta que sus naves costeras no tenían nada que hacer ante tal potencia.

Los dieciséis años siguientes del régimen Tokugawa se

distinguieron por las continuas agitaciones en el Japón. El gobierno se dividió en dos facciones: los conservadores, que no querían en absoluto abrir las puertas a los extranjeros, y los realistas, que comprendían que no les quedaba otro remedio más que someterse a las exigencias americanas. Ante tal situación, por primera vez después de seis siglos de poder militar, el Shogun pidió el parecer del Emperador sobre el grave problema que afectaba a todo el Estado. Invitó igualmente a los daimyos a expresar su opinión. Naturalmente, tanto la corte de Kyoto como la mayor parte de los daimyos se opusieron a la apertura a los extranjeros.

Cuando en el mes de febrero de 1854 Perry apareció de nuevo en la bahía de Tokio para recibir la respuesta, las autoridades de Edo se hallaron frente a un grave dilema: el Emperador y la mayor parte del país eran partidarios de algo que el Shogun y sus ministros eran impotentes de llevar adelante. Y, ante los cañones americanos, el Shogun no tuvo otra alternativa que firmar un tratado base con los americanos, por el que se les abrían dos puertos japoneses: Shimoda y Hakodate.

Una vez abierta la puerta ya no fue posible cerrarla. En seguida Edo firmó tratados semejantes con Inglaterra, con Rusia y con Holanda. Y a los dos puertos se añadía el de Nagasaki. Después fueron los franceses. Y cada vez eran nuevos puertos los que se abrían. Esta caída de la política de aislamiento arrojó al Japón en una grande agitación. El gobierno de Edo perdió completamente su credibilidad por su pasiva aceptación de las condiciones que le impusieron los extranjeros. Toda la nación se sentía humillada y descontenta.

Numerosos samurai se declararon **ronin**, es decir, "samurai sin señor", y atacaron a los extranjeros, matando en 1859 al secretario de Harris, el cónsul y negociador americano, y quemando en 1863 la embajada inglesa en Edo. Otros se congregaron en torno a la corte del Emperador en Kyoto, viendo en el Emperador el símbolo de la unión frente a la política del Shogun. Allí organizaron manifestaciones y desórdenes al grito de "honor al Emperador" y "fuera los bárbaros". El mismo Shogun muere en una emboscada y con su muerte se desintegró el control de Edo sobre el país.

Los samurai no se resignaban a perder la categoría de clase guerrera aristocrática. La apertura a los extranjeros amenazaba la existencia misma de su clase. En realidad se estaba produciendo un gran cambio con relación a los samurai a partir del siglo XVIII. Y en el siglo XIX muchos pasaron de ser guerreros de profesión a ser burócratas civiles asalariados o pequeños funcionarios. Conservaron con orgullo su distintivo de las dos espadas y su tradición guerrera, haciendo gala de su habilidad en el manejo de las espadas y de su fidelidad feudal, pero en realidad se ganaban la vida con la pluma y no con la espada. Con la aparición de los fusiles, a la llegada de los portugueses, las espadas perdieron todo interés como armas de guerra. Tuvieron que pensar en adquirir una educación, para poder ganarse la vida como funcionarios de la administración pública.

Mientras los samurai declinaban, ganaban importancia los mercaderes. Considerados **chomin**, es decir, ciudadanos de segunda

clase, los mercaderes estaban obligados a mostrar absoluto respeto a los samurai, pero con el aumento de sus riquezas iban subiendo de categoría, pasando a ser considerados semi-samurai y a gozar de privilegios antes reservados a los samurai.

La gran masa de la población seguía estando en el campo, pero también para ellos la vida estaba cambiando. Se fueron sintiendo cada vez más autónomos, con la emigración de los samurai a Edo y a las capitales de los daimyos.

6. LLEGADA DE LOS MISIONEROS

Es cierto que el régimen de los Tokugawa comenzaba a tambalearse y las costas del Japón comenzaron a abrirse en 1858, forzadas por la palanca del comodoro Perry. Pero el cristianismo seguía aún fuera de la ley. El edicto inflexible de 250 años antes seguía en pleno vigor y ningún japonés que estimase su vida podía identificarse como cristiano. El cristianismo había sido condenado a muerte. Y parecía que realmente hubiese muerto.

Las naciones extranjeras, que establecieron relaciones diplomáticas con Japón -Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos- pidieron al gobierno japonés que les concediera un sitio para el culto de sus diplomáticos. El gobierno no pudo negarse y en 1866 los misioneros franceses edificaron en Yokohama la primera iglesia católica para las familias de los diplomáticos extranjeros.

El Japón comenzaba a abrir sus puertas. Los misioneros católicos, que llevaban tanto tiempo esperando poder entrar, aprovechan enseguida estas circunstancias favorables. A comienzos de

1855, tres misioneros franceses, los PP. Girard, Furet y Mounicou son enviados a las islas de Riu-Kiu, con la esperanza de pasar desde allí al interior del Japón. Llegados a Nafa, el capitán avisa al gobernador, enviándole regalos. Tres oficiales se presentan a bordo y comienzan el interrogatorio:

-¿De dónde sois?

-¿Dónde os dirigís?

-¿Qué deseáis?

Tras las respuestas del capitán, éste invita a los oficiales a comer a bordo. Allí la atención de los oficiales se fija en los misioneros. El capitán les presenta:

-Son doctores, hombres de oración, que desean instruirse y comunicaros también su ciencia, residiendo en vuestra isla.

Esta presentación supuso un golpe inesperado para los oficiales. Les tiembla hasta el fondo del alma. Sin poder ocultar su agitación, responden:

-Visitar nuestra isla es difícil; residir en ella es imposible.

Les responde el P. Mounicou:

-Todas las naciones abren sus puertas a los extranjeros... Si los japoneses van a Francia se les recibe amablemente... ¿Por qué a nosotros se nos va a negar entrar en vuestra isla?

-Nuestras leyes lo prohíben y es, además, contrario a nuestra inclinación.

-Yo me maravillo de que un pueblo civilizado mantenga semejantes leyes.

-Daos cuenta que nuestro clima es muy malsano.

-Puede ser, pero por lo que se ve vosotros tenéis muy buen aspecto. Y, por lo demás, siendo nosotros doctores, nosotros sabremos cuidarnos y curarnos y también curaros a vosotros si fuere menester.

Descompuestos, sin saber que replicar, dicen:

-Nuestras islas son muy pequeñas y no hay sitio para más gente

Esta fue la última palabra. Los oficiales, protestando un mal de cabeza, se retiran dando por terminada la visita.

Al día siguiente, 27 de febrero, al amanecer, se presentó una nueva delegación con un regalo del gobernador para el capitán. Se trataba de pollos, huevos, patatas, una cabra y un cerdo. El jefe de la embajada, cumplido su encargo, suplica insistentemente que no bajen

a tierra, prometiendo que les mandarán a bordo cuanto necesiten.

El P. Girard, sin tener en cuenta las recomendaciones, apenas se marcha la delegación, desciende a tierra con el capitán. Esto provoca la irritación de los oficiales y, desde entonces, se les niega todo. "Es necesario para los habitantes", es la respuesta a todas sus preguntas.

Como no se les proporciona nada, deciden ir a buscar lo necesario por sí mismos. Descienden y se ponen a construir una cabaña. Por donde pasan, la gente les muestra su rechazo; cierran sus casas al verlos...

El 1 de marzo el P. Girard y el capitán Bonnet van a visitar al gobernador de Nafa, del que reciben el rechazo formal y obstinado. El capitán se siente descorazonado, en su deseo de ayudar a los misioneros. Pero los misioneros no se desaniman. Mediante regalos logran penetrar hasta las dependencias de los bonzos y, tras largas peripecias, acompañados de algunos bonzos, logran de nuevo llegar hasta el gobernador, quien a través de un interprete les lee su última resolución escrita y sellada:

El pueblo de Riu-Kiu, teniendo ya su religión, no tiene necesidad de la de Jesús. Por tanto, los misioneros, venidos en realidad para implantar su culto, deben abandonar inmediatamente el territorio.

Sin embargo, tras una discusión, los misioneros consiguen el permiso de permanecer con los bonzos por unos meses, mientras llega otra nave que les conduzca a su destino. A pesar del furor de los bonzos, de sus maldiciones y exorcismos, los mismos sirvientes de los bonzos les prepararon la habitación en la celebre bonzeria de Amiko. Estos servidores, al menos una quincena, se convirtieron en guardianes de los misioneros, que no les dejaban moverse a solas ni un momento. Si salen de casa les siguen a todas partes, adelantándose algunos de ellos para advertir a los niños y mujeres y hasta a los mismos hombres de que llegaba el enemigo. Así los misioneros no lograban encontrar ni hablar con nadie.

Así pasaron dos meses hasta que una tarde divisaron la nave francesa **Sybille**, que se acercaba al puerto. M. Sibour y otros dos oficiales descienden y preguntan:

-¿Dónde está el Padre Furet? Ordeno que me le traigan aquí.

Los oficiales reclamaban al Padre Furet para que les sirviera de intérprete en las negociaciones que iban a emprender para firmar un tratado con la corte del Japón. Sin dar estas explicaciones al gobernador, consiguen su propósito. El P. Furet se despide de sus dos compañeros y se embarca en la fragata **Sybille** y, en ella, llega al puerto de Nagasaki. Una detonación de cañón avisa a las autoridades de la llegada de un barco extranjero. Dos cruces blancas, pintadas en la parte delantera de la Sybille, anunciaban a los japoneses que Francia es una nación religiosa y cristiana. Tres comandantes con algunos oficiales hacen una visita de cortesía al gobernador de

Nagasaki. La recepción es correcta, pero fría. Durante la estancia en Nagasaki no se les permite descender a tierra ni comunicarse con las otras naves que están ancladas en el mismo puerto.

Uno de los oficiales franceses se decide a romper las convenciones y prueba a comunicarse con los demás. Inmediatamente le circundan unos oficiales japoneses, que le intiman a permanecer en la nave:

-¡Cómo! ¿Que no puedo subir a las naves francesas o inglesas, que están aquí?

-No, no es posible.

-¿Que no puedo?

-No, porque...

-No hay **porque**, -grita, rompiendo una tabla de un puñetazo-, iré a visitar estas naves siempre que lo desee.

-Ah, eso es distinto, puesto que usted lo desea, entonces le autorizamos a visitarlas.

El almirante, ante tantos obstáculos, cree imposible desembarcar y decide partir. Así se lo comunica al P. Furet:

-Ya ve, Padre, que es inútil seguir aquí. Volvamos a Sanghai.

-Sí, el aislamiento en este puerto es total. Son pocas las esperanzas de penetrar en el Japón, pero si me lleva a Sanghai, entonces no me quedará ninguna.

-Pero, Padre, nuestra expedición tiene que seguir y no creo que podamos dejarle en Japón.

-Vayamos al puerto de Hakodate. Allí hay comerciantes americanos e ingleses ya establecidos. Allí espero tener la oportunidad de quedarme.

-Pero en Hokodate no hay franceses.

-Esa es una razón más para instalarme allí... No os pido vuestra ayuda oficial, sino sólo que me llevéis hasta allí. Yo me presentaré como laico que va a estudiar el idioma y la ciencia...

La negación formal y absoluta del almirante obligó al P. Furet a renunciar, con dolor por parte de ambos, a sus deseos. De nuevo volvió a Riu-Kiu con los misioneros, a los que no pensaba volver a ver, aún en las estancias de los bonzos. Con la fragata Sybille él sigue, pasando por Hakodate, hasta Sanghai.

Aun en 1856 los intentos de las potencias extranjeras para formalizar las relaciones con Japón no habían dado los resultados

apetecidos. Después de la conclusión del tratado de Kanagawa, algunos mercaderes americanos habían intentado establecer depósitos y almacenes permanentes en Shimoda, pero habían sido obligados a desmantelarlos ante la resistencia de las autoridades japonesas. Pero la brecha estaba ya abierta. La necesidad de establecer pactos comerciales con las potencias extranjeras comenzaba a hacerse sentir en el Japón cada día con más fuerza. Y tras la libertad comercial irían las demás libertades y, en particular, la libertad religiosa. Las naciones extranjeras, a medida que firmaban sus contratos comerciales, exigían que "fuera garantizado el libre culto de sus ciudadanos en los puertos abiertos al comercio" y, en primer lugar, "debe ser abolida la costumbre llamada **Fumie**", es decir, la obligación de pisar la cruz u otra imagen cristiana.

Este tratado, presentado por los holandeses como intermediarios de las demás potencias, fue ratificado por el Shogun, con ligeras modificaciones, en noviembre de 1857. Uno de los anexos, añadidos por el Shogun, decía:

El acto de pisar las imagen de Cristo queda abolido; pero sigue prohibido introducir en el Japón el Cristianismo, como la importación de libros, estampas o imágenes que tengan relación con el culto cristiano o cualquier culto extranjero.

El 9 de octubre de 1858 se da un paso adelante. Se firma el tratado por el que Edo, la capital del imperio, queda abierta a los extranjeros, aunque el gobernador pide que hasta 1861 no vayan a residir en ella. Pueden hacerlo ya en Osaka, Nagasaki, Shimoda y Hodokade. En estos cinco puertos, se ejercerá libremente el comercio; los extranjeros podrán residir en ellos y ejercer libremente el culto de su religión, construir iglesias o capillas en el terreno a ellos asignado. Queda abolida la fumie, pero sigue prohibido el cristianismo para los japoneses.

Los PP. Girard y Mounicou se instalan rápidamente en Yokohama, donde se dedican a construir la iglesia. El 12 de enero de 1862, la iglesia es solemnemente inaugurada. Es una pequeña iglesia coronada con una bella cruz dorada. Los japoneses van en masa a visitarla, deteniéndose a contemplar los mínimos detalles. Los primeros días, los misioneros, atónitos, no se atreven a predicar de una manera abierta la palabra de Dios. Pero luego, animados por la concurrencia continuada, tomando ocasión de las preguntas que les hacen, se decidieron a romper el silencio. Las explicaciones suscitan un gran interés entre los oyentes. El ruido que arman se extiende por toda la ciudad y alrededores: los "bonzos franceses" predicán una religión nueva, comentan en todas partes. Gentes del pueblo, bonzos y samurai se acercan a los misioneros y escuchan sus enseñanzas con atención y, frecuentemente, con admiración.

Los PP. Girard y Mounicou no se explican la actitud pasiva de las autoridades. Aunque este silencio de las autoridades les inquieta, ellos siguen predicando. Pero no duró mucho esta situación. A la alegría siguió la consternación. Un día las autoridades se presentan y arrojan

de la iglesia a palos a los japoneses que encuentran en ella, encerrando en la prisión a más de treinta. El pánico cunde y la iglesia queda desierta.

Es casi imposible comunicarse con los japoneses. La vigilancia es continua. Y todos conocen la prohibición, bajo pena de muerte, de comunicarse con los misioneros. Los intentos de los misioneros por abrir una brecha resultan infructuosos. Pero, no obstante todos estos obstáculos, Dios ha permitido que uno de los domésticos, de veinte años, haya comprendido y apreciado tanto la doctrina cristiana que constantemente pide el bautismo. Lo cuentan en carta a los hermanos de París:

"Después de haber sido preparado convenientemente durante las noches y en el mayor silencio, finalmente en la noche de navidad ha sido bautizado, recibiendo el nombre de Francisco Javier. Aunque este joven, nuestro primer cristiano, pertenezca a una clase de las más pobres, está dotado de una fuerza de carácter y de inteligencia grandísima. Nuestra esperanza es que pronto pueda ser nuestro primer catequista.

Todos los días le recomendamos que sea discreto, cosa que a nadie interesa más que a él. Cuando llega el día en que se venera a los antepasados, él finge una indisposición para librarse de esa ceremonia, que él ha rechazado para seguir al Dios de nuestro Señor Jesucristo, a quien pide ardientemente la conversión de sus familiares.

Pero su celo impaciente, y el cambio que la gracia ha obrado en él, no han podido pasar desapercibidos al ojo escrutador de su padre. Por lo demás la delicadeza de conciencia era tan grande que le hacía incapaz de disimular su fe. Su padre, temiendo las consecuencias para toda la familia, ha comenzado una persecución terrible contra su mismo hijo, a la que éste sólo replicaba:

-Permitidme seguir siendo hijo del verdadero Dios y no tendréis un hijo mejor que yo.

El padre se exaspera. Y el hijo sufre, no por los tormentos que él recibe, sino por su padre y por toda su familia. A él no le importa sufrir por Cristo, pero le asusta que pague su familia por su fe.

-¿Qué ha sido de nuestro primer convertido? ¿Qué ha sido de su familia? Han desaparecido y nadie nos da noticias de ellos".

Es una historia que se repite en estos años. Las puertas del Japón han sido abiertas a los misioneros. Pero sigue en pie la prohibición de predicar el Evangelio a los japoneses. Y para estos sigue en vigor la ley que condena a muerte a quien acepte la fe cristiana. M. Harris, ministro de los Estados Unidos en Edo, sigue presionando sobre los japoneses:

-Ahora con los nuevos tratados ya ha quedado abolido el edicto que condenaba a muerte a los japoneses que abracen la fe cristiana. Ese edicto no puede estar en vigor porque todos los países cristianos le

consideran injurioso para sus creencias. Mantener tal edicto contradice el pacto de amistad firmado con nuestros Estados. Toda nación que entre en contacto con vosotros se hará protectora de vuestros súbditos contra vosotros mismos. Ciertamente, vosotros no tendríais el control de un cristiano japonés, que reclamase mi protección. Tendríais que pasar antes sobre mi persona. Como veis tal decreto es anómalo y no os queda otro remedio que abolirlo de vuestras leyes.

Con desgana, le responden:

-Ah, no nos presionéis sobre ese punto. Sobre el artículo de la religión, nuestros corazones no son de piedra, sino de hierro. Dejemos hacer al tiempo.

A los misioneros, aún les tocará vivir por un largo período aislados de toda comunicación con los japoneses hasta que llegue el día en que se sientan rodeados de una multitud de hijos. Será el momento en que no tendrán tiempo para reposar, pues cientos, miles de cristianos aparecerán, nadie se explica de donde, pidiéndoles la Palabra de Cristo y los Sacramentos. Son los cristianos japoneses, que durante 200 años, sin sacerdotes, sin templos y casi sin libros, expuestos siempre a la persecución, se han transmitido la fe de padres a hijos, como un depósito sagrado, que han defendido celosamente. El Señor que no muere les ha dado el poder de la perseverancia en la fe.

Pero la hora tan deseada no ha llegado aún. La agitación se extiende de un extremo al otro del imperio. Al comienzo de 1862, en pleno día, mientras se dirige a palacio, es atacado el primer ministro del Shogun. Le han atacado los mismos hombres de su escolta. El Shogun, Ando Tsushima no Kami, es acusado de amigo de los extranjeros. Los poderosos daimyos del sur comienzan a promover la idea de devolver el poder al Emperador, quien abiertamente se ha declarado partidario de la expulsión de los bárbaros extranjeros. Shimazu Saburo, en nombre del príncipe de Satsuma, escribe a sus samurai declarándose abiertamente a favor de la política imperial. Mori, señor de Nagato, escribe al mismo Shogun pidiéndole que acepte la voluntad del Emperador. El pueblo sublevado aclama al príncipe de Satsuma, pidiéndole que se ponga a la cabeza para abatir al Shogun, arrojar del país a los extranjeros y devolver el poder al Emperador. Si bien la corte imperial lo disuade, pues no quiere derrocar a su defensor el Shogun, sí envía al Shogun este mensaje:

Después de muchos años, yo, Mikado, ordeno la expulsión de los extranjeros. Mi corazón está día y noche agitado, porque a pesar de cuanto el Shogun hace por agradarme, aún no ha tomado ninguna decisión en vista de la expulsión de los bárbaros. El Shogun, como comandante en jefe, debe encontrar una estratagema buena y aceptable para llevar a efecto esta orden. Esta es mi voluntad.

Al mismo tiempo las dificultades con los europeos se multiplican. Sus delegaciones son frecuentemente atacadas. Algunos de sus funcionarios son asesinados. El edificio de la delegación inglesa es

dado a las llamas. La exasperación está colmando su paciencia. Están a punto de responder con la fuerza para dar al Japón una lección. Parece que la guerra es inevitable... Y, en este momento, en medio de los disturbios, llega el P. Tadeo Petitjean.

7. P. BERNARD THADDEE PETITJEAN

Después de dos años sin recibir noticias de Francia, pues no llegaba ninguna nave amiga, el 26 de octubre de 1860, los PP. Furet y Mounicou tuvieron la agradable sorpresa de la llegada de un nuevo misionero. El P. Petitjean desembarcaba en Nafa.

Al P. Petitjean había reservado la Providencia la alegría de descubrir en Nagasaki los descendientes de los antiguos cristianos y el honor de ser su primer obispo. Nacido en Blanzly el 14 de junio de 1829, cuando su padre, carpintero, trabajaba en los astilleros que construían los barcos que navegarían hasta el Japón. Despierto y piadoso, sintió la llamada del sacerdocio. Y muy pronto, siendo aún estudiante, sintió la inclinación y deseo de dedicar su vida a la evangelización entre los infieles.

Ordenado sacerdote, enseña en el seminario por dos años y ejerce otros dos como vicario parroquial. Durante otros dos años recorre la diócesis de Verdún como misionero diocesano, donde muestra su celo llegando al corazón de su oyentes con una palabra penetrante y llena de unción. Finalmente el 30 de junio de 1859, a sus 30 años, deseando obedecer la voz interior que le sigue llamando a la evangelización de los infieles, deja la diócesis y entra en el Seminario para las misiones extranjeras de París. Después de siete meses de preparación, los superiores le eligen para el Japón, para donde parte el 13 de marzo de 1860. Siete meses después, el 27 de octubre, tras las innumerables peripecias del viaje, desembarcaba en Riu-Kiu, término del viaje.

-No puedo expresar el gozo que siento al hallarme en estas queridas islas que el Señor me da como mi nueva patria.

Con la llegada del P. Petitjean, pudo partir el P. Mounicou hacia el interior del Japón. El recién llegado se queda en Nafa con el P. Furet, que con su llegada ha rejuvenecido diez años. Los dos no se cansan de hablar, uno preguntando sobre Francia y el otro sobre las costumbres y

las personas de esa tierra nueva con la que tanto había soñado. Naha, con su puerto Riu-Kiu, no es más que la puerta, al extremo sur del Japón. El P. Furet le abre esta puerta, llevándole a visitar y presentándolo a las autoridades del lugar, con quienes intercambian regalos, en medio de cortesías y ceremonias nuevas y extrañas para el P. Petitjean. Pocos días después les es devuelta la visita con gran aparato de escolta y acompañamiento, pero con la respuesta negativa a su petición de permiso para predicar el Evangelio de Jesucristo.

Dos años más tarde abandonan Riu-Kiu. A comienzos de 1863, en medio del caos político, el P. Furet es enviado a Nagasaki, con la promesa de que muy pronto le seguirá el P. Petitjean, cosa que no ocurrirá hasta el mes de agosto. Tras la larga espera, vivida en la más absoluta soledad, en medio del ambiente general de guerra, el P. Furet recibe con los brazos abiertos a su compañero de Riu-Kiu. Con un cierto orgullo le muestra la casa que se ha construido y los planos de la futura iglesia, que piensa construir en honor de los veintiséis mártires de Nagasaki.

En un valle cercano a la Santa Colina, donde los mártires fueron crucificados, viven escondidos numerosos cristianos. Muy pronto se darán a conocer ellos mismos a los misioneros en la iglesia, cuyos cimientos acaban de poner en Nagasaki. Sin descanso se dedican a la construcción con esperanza y con temor. ¿No sucederá con esta iglesia de Nagasaki lo mismo que con la de Yokohama?⁵ *El gobierno no deja de prevenir a los habitantes contra ellos, en cuanto extranjeros y en cuanto misioneros de la religión de Jesús, prohibida para los japoneses.*

El 29 de diciembre la iglesia está terminada. La gente se agolpa a visitarla; algunos viéndola recuerdan con añoranza las antiguas iglesias de Nagasaki, destruidas por las autoridades. Las cruces doradas que coronan las tres torres llevan a algunos a hacerse la señal de la cruz. El P. Petitjean se fija en ellos y espera poder reavivar la fe de sus antepasados.

El gobernador, que ha abierto un colegio, le ofrece la enseñanza de la lengua francesa. El acepta con gozo, pensando que de ese modo podrá llegar a la juventud de Nagasaki y anunciarles el Evangelio. El curso comienza el 6 de enero, fiesta de la Epifanía, un "buen signo", se dice para sí. Espera ser la estrella que guíe a los infieles a descubrir en Jesús el Salvador. Sus lecciones claras y metódicas son muy apreciadas por los jóvenes alumnos.

Pero la concurrencia a la iglesia ha cesado después de su inauguración. Seguramente que el gobernador ha tomado sus medidas secretas para que no se repitan allí los acontecimientos de Yokohama. De hecho, aunque fueron invitadas a la inauguración, las autoridades del lugar no asistieron. Se limitaron a ser representados por algunos oficiales de menor rango. Esta inauguración tuvo lugar el 19 de enero con la presencia del cónsul de Francia y una gran concurrencia de autoridades y marinos europeos.

⁵ La pequeña y primera iglesia de Yokohama, construida con tanta fatiga, fue arrasada en la agitación contra el Shogun.

8. LAS TRES PREGUNTAS

Finalmente, tras la fiesta de la inauguración, el P. Petitjean y el P. Laucaigne, que ha sustituido al P. Furet, quedan solos en Nagasaki. Solos en la hora feliz en que salen al descubierto los cristianos, que durante dos siglos han mantenido viva la fe en sus familias. Tras dos siglos de prohibición del cristianismo, éste parecía haber sido barrido de su suelo. Sin embargo, esto era sólo apariencia.

Los japoneses observaron con curiosidad la construcción del "templo francés". Pero ninguno se atrevió a asistir el día de la solemne inauguración. Pero un mes más tarde ocurrió el incidente inolvidable. Ocurre el viernes, 17 de marzo de 1865. Hacia mediodía, un grupo de unas quince personas, hombres, mujeres y niños se congregan a la entrada de la Iglesia de los Veintiséis Mártires de Nagasaki con aire distraído, como unos curiosos más que desean que se abra la iglesia para entrar a verla por dentro.

El P. Petitjean, impulsado por su ángel de la guarda, se acerca a ellos. Abre la puerta de la iglesia, entra dentro y los visitantes le siguen. El, en su interior, va invocando la bendición de Dios sobre estas personas, que considera paganos. Al acercarse al tabernáculo, se arrodilla y pide a Jesucristo que ponga en sus labios las palabras convenientes para tocar el corazón de quienes le rodean para llevarles a la fe cristiana.

El más anciano, que parecía el jefe, le saludó y comenzó a conversar con él. Habían llegado de Urakami, un barrio de las afueras de Nagasaki. Quieren cerciorarse de la fe de los misioneros, cerciorarse

de que son realmente misioneros con su misma fe, descendientes de Francisco Javier. Sencillos como palomas, durante la persecución, han desarrollado la astucia de la serpiente. No quieren ser engañados y perder la herencia conservada durante doscientos años, traicionar la fe que han guardado como un tesoro precioso dentro de sus familias. Con la cautela de campesino, comenza su interrogatorio:

-Padre, ¿de dónde viene?

Sin sospechar el sentido de la pregunta, el P. Petitjean les responde:

-De Roma.

Y sin mostrar su gozo, con aire tímido, pregunta por el Gran Jefe de Roma:

-¿Le conocéis?

-Ciertamente. Me ha enviado el Santo Padre, el Papa de Roma.

-¿Cómo se llama?

-El Vicario de Cristo se llama Pío IX.

Una alegría inmensa estremeció interiormente el corazón y los huesos de todos, pero su cara no se inmutó. Había que seguir el interrogatorio:

-¿Y dónde está su señora, que deseamos saludarla?

Con esta pregunta sí quedó sorprendido el misionero. Pero, al instente, se le iluminó la mente. Se dirigió ante la imagen de la Virgen, única imagen que los misioneros habían colocado en la iglesia, y, mostrándola, les dijo:

-Esta es mi señora, la Virgen María.

Ya el gozo era incontenible, pero aún querían tener la última certeza e hicieron la tercera pregunta por fidelidad a lo decidido anteriormente:

-Y sus hijos, ¿dónde están?

-Aquí están mis hijos.

Y abría sus brazos señalando a los presentes:

-Vosotros sois mis hijos. Los misioneros no nos casamos ni tenemos hijos, pues la Iglesia es nuestra esposa y los cristianos nuestros hijos.

Todos a coro, entre lágrimas de alegría, exclamaron:

-¡Son célibes! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Son sucesores de los apóstoles que nos trajeron la fe!

Mientras el P. Petitjean busca en el bolsillo el pañuelo para secarse una lágrima, que no ha podido contener, todos siguen haciendo exclamaciones:

-Tú eres nuestro padre, pues nosotros somos cristianos, con tu misma fe. También nosotros creemos en el Papa, en la Virgen María y en los Misioneros que no se casan para ser nuestros padres.

-El Santo Padre, por el que me habéis preguntado, se alegrará mucho cuando tenga noticia de que aún quedan cristianos en estas tierras.

La escena se repitió varias veces. Muchos de los cristianos, al presentarse por primera vez, hacen su interrogatorio a los misioneros. Un día el P. Petitjean está rezando en la penumbra del templo, cuando siente que un pequeño grupo de japoneses se desliza cautelosamente por la iglesia. Al abrir los ojos, tras el breve tiempo de su oración, ve que junto a él se han arrodillado también algunas mujeres. Una de ellas, en voz baja, como si temiera que los muros oyeran sus palabras, le susurra:

-El corazón de todos nosotros es como vuestro corazón.

-Ciertamente, -le responde en el mismo tono-. ¿Pero de dónde sois?

-Nosotros somos todos de Urakami. En Urakami casi todos tienen el mismo corazón que nosotros.

Pero antes de seguir hablando, otra mujer le pregunta:

-¿Dónde está la imagen de Santa María?

Oyendo el nombre de la Virgen María, el P. Petitjean ya no tiene ninguna duda: se halla en presencia de los descendientes de los antiguos cristianos. Esta revelación le embarga de alegría y bendice a Dios desde lo hondo de su alma. ¡No han sido estériles sus sufrimientos de cinco años de espera! Está rodeado de estos hasta el momento desconocidos, pero que le circundan como hijos que han encontrado a su padre. Con el corazón en ascuas, les conduce al altar de la Virgen. Ante la imagen, la alegría embarga a todos, que exclaman:

-¡Sí, sí que es Santa María! ¡Sí, sí que es, tiene en brazos a su Hijo Jesús!

Otro día es el caso de Pedro, el bautizador de las islas de Goto, que se presenta al frente de toda una caravana. Pedro no puede ocultar su alegría al ver al misionero, pero le pregunta después de saludarle:

-¿Y vosotros no tenéis hijos? ¿Y vuestra señora, dónde está?

El P. Petitjean ya no se sorprende ante estas preguntas. Con una sonrisa de gozo incontenible, abriendo sus brazos, responde:

-Vosotros y todos vuestros hermanos cristianos sois los hijos que el buen Dios nos ha dado. Otros hijos no los tenemos. Los sacerdotes como vuestros primeros misioneros guardamos el celibato durante toda la vida. Y como señora tenemos la misma que vosotros: la Virgen María, ella es nuestra única señora.

Pedro y sus acompañantes, al oír esta respuesta, se inclinaron profundamente, exclamando:

-Todos nosotros tenemos el mismo corazón.

Una vez dados a conocer, desaparece el miedo y brota la confianza. Y con la confianza comienzan todos a hacer preguntas y a contar su vida. La imagen de María con el Niño Jesús, les recuerda la fiesta de navidad:

-Nosotros celebramos la fiesta del Señor Jesús el 25 del mes de las nieves blancas. Nos han enseñado que ese día, a medianoche, él nació en un establo, que luego creció en la pobreza y el sufrimiento y que a treinta y tres años, para salvarnos, murió sobre la cruz. Ahora estamos en el tiempo de la tristeza. ¿También vosotros tenéis estas fiestas?

-Sí, ahora estamos en el tiempo de cuaresma.

Oraban en nombre del Deusu Patere, Deusu Hiryo, Deusu Supiritu Sancto. Conmemoraban el 25 del primer mes el nacimiento de Jesús Jama, que nació ese día en un establo, vivió pobre y murió a los 33 años en una cruz por la redención del mundo. Tenían cada año su tiempo de Penitencia, la Kuwarezima, seguido de la Pasuka, para recordar la pasión y la resurrección de Cristo. A los niños aplicaban el bachisuma, un sacramento; y sabían que había otros sacramentos, la Eukarisucha, la Kompisan, que sólo los sacerdotes podían administrar. Y la fórmula del bautismo la guardaban inviolable.

Y siguieron hablando de sus oraciones: el Pateru nosteru, Ave Maria, Salve Regina, Mariano rosario; de la santificación del primer día de la semana, domingo; del acto de contrición para suplir la Kompisan. Contaron cómo cada pueblo tenía diputados dos hombres, **el hombre del agua** para bautizar a los niños, y **el hombre de la oración**, que dirigía los rezos y auxiliaba a los moribundos. La alegría ensanchaba el corazón oyendo aquel lenguaje mezcla de palabras latinas, portuguesas o castellanas, teñidas de pronunciación indígena.

La fe se ha mantenido viva en la familia. Por lo que cuentan, sus reuniones tenían el sabor de las catacumbas de los primeros cristianos. El bautismo lo celebraban a escondidas; y en la noche se reunían para rezar e instruir a los más pequeños, avivando en todos la memoria de las instrucciones recibidas. Sus celebraciones eran un continuo hacer

memoria de los prodigios que el Señor había hecho en su historia. Cada uno narraba cómo había recibido la fe y quienes tenían mártires en su familia se gloriaban de llevar en sus venas sangre consagrada al Señor. Era su "eucaristía" espiritual que reforzaba su fe, alimentando la esperanza de que llegara un día en que los misioneros pudieran volver a ingresar en el Japón y floreciera la semilla que con tanto celo conservaban en su interior.

De golpe, en medio de las preguntas y respuestas que se entrecruzan, se oye un ruido a la entrada. Otros japoneses están entrando en la iglesia. En un abrir y cerrar de ojos, los que rodean al misionero se han dispersado en todas las direcciones. Pero inmediatamente, riéndose de su miedo, vuelven a circundarle:

-No hay nada que temer de estos. Son de nuestra aldea y tienen el mismo corazón que nosotros.

-De todos modos es preciso separarse para no despertar sospechas en los oficiales.

-Sí, es lo mejor que podemos hacer, -reconoce el P. Petitjean-, pero os prometo que muy pronto os visitaré en Urakami.

Embargado de gozo, el P. Petitjean, a solas, da gracias a Dios, arrodillado ante el Tabernáculo. Y allí se le agolpan las preguntas: ¿Qué debo hacer? ¿Cómo estará la fe de estos retoños de los confesores y mártires de hace dos siglos? Me han hablado de la Virgen, de Jesucristo, de Dios Padre, han recitado algunas oraciones y venerado a la cruz... Pero, después de tanto tiempo, sin sacerdotes, abandonados a sí mismos y en medio de tanta persecución, ¿cuántas supersticiones se habrán mezclado con su fe? ¿Y cuántos vicios quizás se habrán introducido en sus vidas? Sí, son muchas las cosas que necesito saber de ellos...

9. CRISTIANOS OCULTOS DESCUBIERTOS

El valle de Urakami está situado a las afueras de Nagasaki, a unas dos leguas de la ciudad. El Tateyama y los otros montes, que le separan de la ciudad, son montes bañados de sangre de mártires en la

época de la persecución. El P. Petitjean los había recorrido tantas veces. Más de una vez él había atravesado los campos de arroz de los llanos del valle. Su mirada se había detenido sobre las casas de un aspecto pobre y medio cubiertas por árboles siempre verdes. Tantas veces, a su paso, había saludado a los campesinos, ocupados en la labranza de sus tierras, y les había pedido que le indicaran el camino de algún lugar. Nada le había hecho descubrir que eran cristianos; y ellos, que tantas veces habían suplicado a Dios que les enviase un nuevo Francisco Javier, tampoco habían descubierto en él más que un curioso paseante europeo.

La noticia del encuentro con el misionero "del mismo corazón que el suyo" se propagó aquella misma tarde del 17 de marzo de hogar a hogar. Ya al día siguiente los cristianos llegaron a la iglesia de Nagasaki en tal número que alarmaron a la policía. Desde las diez de la mañana hasta el atardecer no cesaron las visitas a la iglesia. Los oficiales japoneses intrigados por tanta concurrencia de personas redoblaron su vigilancia. Cada cuarto de hora una pareja pasa por la iglesia. A pesar de ello, los cristianos siguen llegando. Con la experiencia de lo ocurrido en Yokohama, tanto el P. Petitjean como el P. Laucaigne actúan con prudencia y se mantienen alejados. Pero, a eso de mediodía, el P. Petitjean no puede resistirse ante la insistencia de un anciano de 76 años y dos mujeres de la misma edad que le piden que les muestre el crucifijo, que desean venerar... Mientras está con ellos, dos oficiales les interrumpen los rezos.

Por varios días se repite la afluencia de visitantes de la iglesia, tratando de burlar la vigilancia de los oficiales, que montan la guardia delante de ella. Los misioneros apenas si se presentan en la iglesia, para no crear problemas a estos cristianos, a quienes aman de corazón. Pero éstos les buscan hasta en la casa:

-Nuestros nombres son Petoro, Paolo, Jiwano, Domingo, Marina... Rogad por nosotros.

-Volved a casa. Los oficiales os están observando. Volved más tarde y no juntos, sino separados, en grupos más pequeños...

Las dependencias de los bonzos, cercanas a la iglesia, se han convertido en cuartel de la policía. Los cristianos saben que ponen en peligro su vida y los misioneros se lo recuerdan en cada ocasión. Pero, ahora que han descubierto a los misioneros, que Dios les ha mandado escuchando sus súplicas, quieren rezar con ellos en la iglesia. A duras penas se resignan a las recomendaciones de los misioneros.

Pero al fin obedecen a los misioneros. Pasada la primera semana, cada día son menos los que se acercan a la iglesia. Esto tranquiliza a los oficiales y, tras unos días, se retiran de las inmediaciones de la iglesia. Los misioneros pueden cambiar algunas palabras con los pocos cristianos que se acercan a ellos. Con estos hacen sus planes. Se citan para la noche sobre un punto determinado de la montaña. Allí se podrán encontrar con los representantes de los cristianos e informarse si todos están bautizados, si conocen bien la fórmula del bautismo y lo han administrado bien, si conocen los

misterios principales de la fe cristiana y las oraciones esenciales... Los dos misioneros se dicen:

-La noche y las montañas nos servirán para formar a estos hijos que Dios ha puesto en nuestras manos.

Finalmente, tras vencer sus dudas, un día los dos misioneros se decidieron a hacer una excursión a Urakami. A pesar de las continuas visitas de los cristianos a la iglesia, la policía, que parece que sólo había recibido la orden de impedir las predicaciones públicas, y como éstas no se daban, había relajado un poco su vigilancia. En vista de ello, un buen día de julio, después de subir a la montaña y dar algunos rodeos terminaron en la casa de Domingo, que les recibe con alegría y se interna con ellos algunos pasos dentro del bosque, donde se presentan unos quince ancianos, que por su edad no habían podido aún ir a visitar la iglesia. Llenos de alegría se inclinan reverentemente ante los misioneros. Estos responden al saludo y les dicen, abriéndoles el corazón:

-Sí, nosotros somos los Padres de vuestras almas. De ahora en adelante no tendremos con vosotros más que un mismo corazón. Desde hace muchos años estamos en Japón, sin otro deseo que el de conoceros. Y ahora que os hemos encontrado, se ha cumplido nuestro anhelo.

Los ancianos reunidos no eran capaces de expresar su emoción más que con las lágrimas. Finalmente uno de ellos exclamó:

-Podíais haber seguido años y años entre nosotros, pero si no hubieseis construido la iglesia, no os hubiéramos reconocido jamás.

A las dos de la madrugada, los dos misioneros regresan a casa contentos. A la entrada del bosque les han esperado dos ancianos, que les acompañan durante un corto trecho, dejándoles luego en manos de cuatro jóvenes, dos de los cuales se quedan haciendo la guardia y los otros les conducen en medio de un bosque espeso, por un sendero difícil de encontrar a quien no sea de aquel lugar. Allí se encuentran con uno de los cristianos a quien los demás estiman mucho, aunque no sea su jefe, y pueden informarse de la situación:

-A pesar de la persecución, Urakami jamás ha dejado de contar con cristianos. El bautismo se ha administrado siempre a todos los que nacen en las familias cristianas.

Pablo, el padre de familia que nos ha proporcionado la información, no ha sido capaz de repetir las palabras del sacramento, porque sólo unos pocos las conocen y ellos son los encargados de administrar el bautismo. El nos ha dicho:

-Cuando nace un niño, llamamos al más cercano que sabe administrar el bautismo. El derrama el agua sobre la cabeza del niño, haciendo la señal de la cruz, le impone un nombre y recita unas oraciones que yo no conozco. Así mi esposa ha recibido el nombre de

Virginia, mi hijo el de Tomás y mi hija el de Isabel.

El nos da otros detalles interesantes:

-Nosotros santificamos el domingo y las fiestas. Ahora estamos en cuaresma. En las oraciones invocamos a Dios, a la santa Virgen María, al ángel de la guarda y a los santos patronos.

Al final se despiden. Pero antes Pablo les dice:

-Nosotros nos hemos visto con frecuencia en vuestro barrio y en la ciudad, pero no hemos sabido que erais sacerdotes hasta después de la inauguración de la iglesia. Y ahora todos estamos llenos de alegría, porque así podemos ir allí a rezar y a recibir vuestra instrucción. Era tan triste estar sin iglesia para orar ni sacerdotes para predicarnos.

Pablo les promete que el viernes próximo les hará conocer al encargado de bautizar. Podrán encontrarse en una pequeña casa de campo bastante escondida, que los extranjeros visitan para admirar sus flores y plantas y que pertenece a una familia cristiana.

Sencillos como palomas, pero prudentes como serpientes, los misioneros siguen sus reuniones nocturnas. Durante el día, siguen llegando cristianos y paganos a visitar la iglesia. No faltan tampoco visitas regulares de la policía, aunque ahora entran sin espadas. Nunca les encuentran predicando, pues nunca predicán en público. No quieren poner en peligro a la grey que han hallado sin pastor y que, como padres, cuidan con amor y temor. Atender a estos cristianos en la sombra llena su tiempo y les hace saltar el corazón de alegría, a pesar de todas las dificultades.

Mientras el P. Petitjean escribe estas notas, una familia, compuesta por la madre, Juana, su hijo Domingo y sus hermanas, está en la iglesia, pidiendo al P. Laucigne explicaciones de la doctrina cristiana, sin importarles los oficiales que entran tras ellos en la iglesia. Estos, molestos de ver al misionero hablando con la familia, se dirigen a la madre:

-¿Qué representa esta imagen ante la que parece que estáis orando?

Ella, con aire de pagana, que no está más que admirando lo que ve, responde:

-¡Ay!, señores, y ¿que os puede explicar una pobre mujer como yo?

Con esta respuesta, cogiendo de la mano a sus hijos, sale de la iglesia y, antes de que lo hagan los oficiales, a escondidas de ellos, entra en nuestra casa, seguida de su hijo Domingo, para hablar con nosotros. Les instamos a que vuelvan a su hogar antes de que la policía sospeche que están con nosotros y les arresten. La madre sale en busca de las hijas, que ha dejado fuera. Pero Domingo no se deja

amedrentar. Nos pide un crucifijo para su madre y otro para él y nos obliga a escucharle las bellas historias que conoce acerca del amor de Dios y de su Hijo, nuestro Salvador. Y he aquí que, mientras Domingo nos habla con su entusiasmo juvenil, la policía llama a la puerta. Cuando Domingo intenta salir, le cierran el paso. El corazón nos late con fuerza... Tememos que le van a arrestar. Pero no pasa nada, se hacen a un lado y le dejan pasar.

Domingo no es uno que se deja asustar fácilmente. Deja pasar tres días, por si la policía le espera, y vuelve de nuevo a la iglesia, acompañando esta vez a su anciano padre y a otros cristianos, entre los que cree pasar desapercibido. Pero Domingo no pasa nunca desapercibido. Apenas ve al P. Laucaigne se acerca a él, para presentarle a su padre. El anciano se ofrece a esconder al padre en su casa:

-Al caer de la noche, mi hijo irá a buscarle en el bosque y, por caminos que él conoce, le llevará hasta la casa. Es una casa retirada y aislada, en un paraje en el que únicamente habitan cristianos.

El Padre queda sorprendido ante semejante propuesta y no responde nada:

-Hablaré con el P. Petitjean.

La situación de los misioneros no dejaba de ser difícil. La menor imprudencia podía comprometer gravemente su futuro. Ni siquiera han comunicado a los europeos el descubrimiento de los cristianos por miedo a que la noticia llegue a oídos de los japoneses. Y es que no están muy seguros de que no haya llegado ya. Mientras el P. Petitjean está traduciendo en lengua vulgar el Padrenuestro con el profesor de japonés, éste sin más preámbulo le dice:

-Me han contado últimamente que tres o cuatro habitantes de Urakami fueron arrestados hace unos tres años y que fueron llevados ante el gobernador de Nagasaki, acusados de ser cristianos por haber recitado esta oración que quiere traducir al japonés. Gracias a que un bonzo intervino y quitó importancia a los libros que les hallaron, si no hubiese corrido mucha sangre en Urakami. Sólo uno de los tres acusados fue condenado a muerte. Pero desde entonces se dice que Edo tiene los ojos abiertos sobre Urakami...

Al volver a casa, se lo contó a su compañero y aquel día los dos misioneros apenas hablaron más. El corazón les oprimía el pecho:

-¿Por qué ha dicho eso el profesor? ¿No es que ha querido hacernos una advertencia? Y eso significa que ya se sabe o sospecha...

El miedo lleva a los misioneros a recelar hasta de quienes se arrodillan en la iglesia en actitud de adoración:

- ¿No pueden ser policías que nos tienden una trampa?

Así el P. Laucaigne, viendo a unos interesados ante la cruz y

ante la estatua de la Virgen, se les acerca y les pregunta:

-¿Sois de Nagasaki?

-Sí, padre.

-¿Y comprendéis qué es lo que estáis viendo?

-Ciertamente, es un crucifijo.

-Pero, ¿cuál es su nombre?

-Jesús, Hijo de Dios y nuestro Señor.

Al final le dicen que son de Urakami y que, como era domingo, era día de oración y por eso han ido a la iglesia, pues en su aldea no la hay.

Cristianos y misioneros buscan la forma de burlar la vigilancia de la policía y poder encontrarse. Los momentos mejores son aquellos en que el frío es más intenso, cuando llueve o nieva:

-Lorenzo, ¿dónde vas tan temprano, con esta lluvia mezclada con nieve glacial?

-Lo he hecho aposta. Con este tiempo la policía no hace la ronda. Mientras siga lloviendo la policía seguirá durmiendo.

Y con satisfacción presenta a todos los miembros de su familia que ha llevado con él:

-Esta es Marina, mi esposa; Juana, mi hija con el pequeño que lleva en brazos, mi último nieto. Y a la puerta ha quedado Catalina, otra hija, haciendo la guardia, para avisarnos si ve venir alguien sospechoso. Queremos que nos permita hacer nuestras oraciones al pie de la Cruz y de Santa María.

Con emoción les veo santiguarse y, guiados por el padre, rezar el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo y otras jaculatorias más:

-Es lo que sabemos rezar y lo hacemos todos los días antes de irnos a dormir.

Durante la Semana Santa y el Domingo de Resurrección la iglesia se llena. Entre los europeos, que han llegado de otras muchas localidades, se hallan también muchos de los cristianos, que asisten en silencio, sin dar muestras de saber lo que se está celebrando, pero con gran recogimiento. Los extranjeros, a quienes los misioneros no han revelado aún el descubrimiento de los cristianos, quedan admirados y comentan:

-¡Con qué silencio y devoción siguen estos paganos las ceremonias!

Debido a diversos contratiempos, los misioneros aún no habían podido realizar el tan deseado encuentro con el encargado de administrar el bautismo, para ver si el bautismo era válido. Domingo, que había pasado por su fe un año entero en la prisión, había quedado muy mal de salud. El primer encuentro fijado no pudo realizarse debido a que se enfermó y, otras veces, por otras circunstancias... Pero, finalmente, Domingo pudo presentarse en la iglesia el 8 de abril. Allí pudo explicar al P. Laucaine cómo le habían enseñado a bautizar, y cómo él había sido siempre fiel a lo que había recibido.

Domingo ha dado al Padre además una preciosa información sobre su querida cristiandad, de la que es considerado jefe:

-Cada día se hace la oración en común en la familia. El padre la recita en voz alta la primera semana; la siguiente semana, lo hace la madre; y luego cada semana, uno de los hijos, por turnos. Cuando alguien está en punto de muerte nos reunimos en torno a él para rezar con él. Después de su muerte, durante ocho días, se implora a San Pedro que le abra las puertas del paraíso; después en la plegarias de cada día se le sigue recordando.

Domingo ha dejado al Padre el único libro de doctrina cristiana que poseen, para que lo examine y corrija los errores que encuentre:

-Es lo que hemos aprendido y enseñado siempre nosotros.

Con gozo comunicaba al P. Petitjean el resultado de su investigación:

-El sacramento del bautismo es administrado válidamente.

Los misioneros y los cristianos han quedado satisfechos. Para los cristianos el bautismo ha sido algo de capital importancia. Así lo descubre el Padre Petitjean. Un día en que Virginia, la esposa de Pablo, con quien se había encontrado la primera vez en las montañas, se ha presentado por primera vez a la iglesia con otras muchas personas más, el padre le pregunta:

-¿Cómo se llama tu pequeño hijo?

-Aún no tiene nombre.

-¿Cómo? ¿Y si se muere sin haber sido bautizado?

-Ah, si mi niño cae enfermo antes del día fijado para su bautismo, yo le llevaré corriendo al bautizador. Esté seguro que no le dejaré morir así.

Y uno de los jóvenes añade:

-Nosotros sabemos que el bautismo es necesario y nunca dejamos que se muera un niño sin haberlo recibido.

Antes de acostarse, los dos misioneros, mientras toman su

pequeña cena, se comentan todos los acontecimientos del día y desahogan entre ellos sus inquietudes. Después de narrar este diálogo, el P. Petitjean exclama:

-Nuestros queridos cristianos comprenden la necesidad del bautismo. Rezan, aman a Dios y se sienten felices de poder adorarlo en nuestra iglesia. No dejan pasar un día sin orar a la Virgen María, al ángel de la guarda... ¿No son más cristianos que muchos de nuestros connacionales, con tantos sacerdotes y tantas facilidades?

-Verdaderamente...

-Y me pregunto, ¿tanta prudencia humana de parte nuestra no será ir contra la voluntad divina?

-Es lo que nos impone también la obediencia a nuestro superior.

-Sí, no digo que cambiemos por nuestra cuenta. Pero podríamos escribirle y pedirle permiso para ir en secreto a las aldeas de estos fervientes cristianos. Quizás uno de los dos pudiera ir y permanecer con ellos por un tiempo y distribuirles el pan de la palabra, que nos piden a gritos.

-Tenemos en contra la vigilancia de la policía, pero yo también creo que la podríamos burlar con ayuda de la noche y de algunos de estos cristianos, que nos acogerían en sus casas.

-Cierto que si nos descubren en casa de alguien, pondríamos en peligro la vida de toda esa familia.

-Pero viendo cómo se mueven nuestros cristianos y el deseo y necesidad que tienen de ser instruidos...

-Hasta que no recibamos instrucciones de nuestro superior, el P. Girard, continuemos sin hacer ruido dentro de los estrechos límites en que se nos permite movernos.

Desde los primeros días de mayo, nuevos cristianos descubiertos se añaden a los de Urakami desde otros lugares. Un joven llamado Gaspar Yosaku, que ha llegado a Nagasaki desde las islas de Goto para curarse de una enfermedad, siguiendo a la multitud que entraba en la iglesia, entra en ella. Y cual no es su sorpresa al ver la cruz y la imagen de la Virgen. Este templo europeo, que tanta gente visita, no hay duda de que es una iglesia cristiana. Enseguida busca el modo de acercarse a los misioneros y, después de un cauto interrogatorio, les confiesa que hay más de mil cristianos en las islas de donde él ha venido:

-Mi familia es originaria de Nagasaki pero, a causa de la persecución, se trasladó a las islas hace doscientos años.

Escuchando el deseo de su corazón, suplica a los misioneros que le acepten a su servicio.

-Sólo necesito ir a pedir permiso a mi padre y vuelvo para ponerme a vuestro servicio.

Parte inmediatamente y aprovecha la ocasión para llevar a las islas de Goto la noticia de la llegada de los misioneros a Nagasaki. Algunos días después, mientras el P. Petitjean está rezando ante la imagen de la Virgen, dos padres de familia, Pedro y Sebastián, se le acercan y le saludan:

-Nosotros tenemos el mismo corazón que usted.

-¿De dónde venís?

-De muy lejos. Nosotros habitamos a unas diez leguas de aquí. Hemos partido antes del amanecer, hemos dado algún rodeo para despistar a la policía y hemos aquí. En nuestras montañas, nosotros somos unos quince cientos cristianos. Tenemos algunos objetos religiosos que nos ayuden a rezar. No tenemos ni cruces ni imágenes, pues el gobernador nos ha quitado todas.

El gozo y la preocupación de los dos misioneros no tiene límites. Años deseando encontrar un cristiano y, ahora, de pronto se encuentran con más de tres mil dispersos en torno a Nagasaki. A medida que se propaga la noticia de que en Nagasaki hay dos misioneros católicos, afluyen cristianos de todos los alrededores. El 10 de mayo son tantos los que llegan que el P. Petitjean se ve obligado, para evitar que sean descubiertos por la policía, a cerrar la iglesia durante algunas horas. Los oficiales de la policía y los bonzos no cesan de vigilar a la muchedumbre.

Pero los cristianos aguardan a que se retiren y vuelven de nuevo. Desean hablar con los misioneros. Estos, al resguardo de la noche, les interrogan y se cercioran de su fe. Con satisfacción constatan que tienen más o menos la formación de los cristianos de Francia. Conocen bastante bien los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación de Jesucristo, de la Redención, del Cielo, el Infierno, etc. También los cristianos les preguntan, desean conocer mejor la fe, que han recibido de sus padres.

En sus encuentros diarios o mejor nocturnos con los responsables de las distintas comunidades cristianas, los misioneros descubrieron que, aparte de la oración en familia, en casi todas ellas había una perfecta organización, muy parecida en todas partes. En cada aldea había uno, considerado el jefe, que era el encargado de dirigir la oración común de los domingos. Este debía saber leer y escribir. El estaba también encargado de visitar a los moribundos para sugerirles el acto de contrición y hacerles la recomendación del alma. Le seguía en importancia el bautizador, cuya misión era la de bautizar y preparar bien a uno para que le sucediera en caso de muerte o de verse imposibilitado de administrar el bautismo. Este discípulo debía aprender la fórmula del bautismo y el rito y acompañar, al menos, durante cinco años al bautizador. A veces una misma persona ejercía los dos oficios, aunque no era frecuente. Con ellos estaban los

encargados del calendario, que anunciaban las fiestas y los días de ayuno. También, en algunas comunidades, había catequistas, personas que, por destacarse en la fe y el conocimiento de la doctrina, eran encargados de enseñarla a los otros.

En casi todas las comunidades tenían escondidos objetos religiosos, que habían salvado, como habían podido, de las persecuciones y pesquisas de que habían sido objeto. Estas las conservaban con veneración, aunque algunas estuviesen descoloridas y gastadas; se las habían transmitido durante dos siglos de padres a hijos. Con orgullo se las mostraban ahora a los misioneros: crucifijos pequeños, medallas, estampas, hojas de libros de oraciones, calendarios cristianos...

10. LA IGLESIA PROHIBIDA A LOS JAPONESES

Tras dos siglos de prohibición del cristianismo, en los que la persecución no cesó mientras pudo ver un solo cristiano, se vio que el grano no había muerto y siguió dando frutos, aunque ocultos a los ojos de los gentiles y de los cristianos de fuera del Japón. Sólo Dios, que enviaba sus ángeles a proteger aquel pan de sangre, conocía lo que se ocultaba a todos. Un gran número de cristianos que habían conservado la fe, transmitida fielmente de padres a hijos. El descubrimiento de estos cristianos ocultos después de dos siglos fue una sorpresa conmovedora para todos.

La alegría de los misioneros fue inmensa y dieron gracias a Dios por su fidelidad con aquellos hijos suyos. La noticia dio la vuelta al mundo, que se estremeció: esos cristianos proscritos habían conservado la fe durante más de doscientos años sin un sacerdote, sin sacramentos y sin libros. El mundo cristiano vivió con júbilo la revelación de esta noticia. Pero no menos grande fue la sorpresa de las

autoridades japonesas cuando se enteraron del hecho. ¿Aún quedaban cristianos después de doscientos años de persecuciones y habiendo desterrado a todos los misioneros? Consternados unos, indignados otros, de oído a oído se repetía una misma pregunta: ¿qué hará el gobierno con estos cristianos?

Aunque han pasado dos siglos desde la prohibición del cristianismo, la fe no ha desaparecido; la misma insistencia persecutoria ha servido para mantener su recuerdo en la mente de los japoneses. En Yokohama se celebra la Eucaristía a bordo de las naves. Pero el 5 de enero de 1860, el P. Girard puede mostrar al mismo gobernador la humilde capilla construida en Hakodate en el terreno que le han cedido las autoridades japonesas para ello. Es una capilla que frecuentan rusos, americanos e ingleses. Y los japoneses se acercan a ella con curiosidad. Un domingo, en la mañana, el P. Girard está preparando el altar para celebrar la Eucaristía. Un oficial japonés, que pasa por allí, mirando la cruz, le dice:

-Ah, nosotros sabemos muy bien lo que es eso.

-Explícate.

-Pues, sí, es el signo de la religión de los cristianos. Están tan aferrados a ella que aunque se les amenace con cortarles la cabeza no la abandonan jamás.

En Nagasaki la afluencia a la iglesia no cesa durante el mes de julio. Los misioneros se sienten incapaces de moderar, como quisieran, tanta concurrencia. Los dos misioneros comentan entre ellos:

-No me explico cómo la policía cierra los ojos ante tanto movimiento de cristianos.

-Como hasta ahora no nos han cogido en fragante predicando hacen la vista gorda.

Pero la verdad es que ya se estaban moviendo las aguas. Uno de los bautizadores, con su instinto sensibilizado por años de vida de fe en las catacumbas, lo ha descubierto. Con sigilo se ha presentado a darnos la noticia:

-Ya se han dado órdenes, aunque aún son secretas, que prohíben a los japoneses visitar la iglesia de Nagasaki. Es preciso que sigan llevando adelante su actividad silenciosamente a la espera de días mejores.

Los dos misioneros comentan con Domingo:

-Aún ninguno de los cristianos ha sido molestado. Puede ser que el gobernador no sepa nada de nuestros encuentros con los cristianos y sólo está informado de las visitas a la iglesia.

-O puede ser que teme crearse problemas con los buques franceses y por ello no interviene.

-Es preciso redoblar la prudencia. Dejaremos, por un tiempo, de visitar la iglesia durante el día para evitar mayores peligros.

-Quizás sea conveniente que también nosotros suspendamos de momento las excursiones nocturnas.

-¿Y qué podemos hacer?

Un silencio pesado cierra la boca de los tres, sumidos en sus cavilaciones. Pero su mente no se queda en los peligros, se eleva en oración al Señor, que les ilumina y da ánimos nuevos:

-Creo que los jefes de la oración y los bautizadores, con cautela, pueden seguir viniendo en la noche, de tarde en tarde, una vez al mes, por ejemplo.

-Sí, nosotros podemos recibir vuestra enseñanza y consejos y luego trasmitirlos a nuestras comunidades.

Con esta decisión, recibida como inspiración del Espíritu Santo, se sienten esperanzados y pueden despedirse e ir a descansar. Antes de separarse, aún añade el P. Petitjean:

-Domingo, creo que la primera cosa que se debe hacer es que cada día os reunáis un grupo de cristianos a rezar a Dios, pidiéndole la libertad de observar nuestra religión. También nosotros lo haremos.

Con un gesto de asentimiento, Domingo se escabulle como sólo saben hacerlo los que han vivido años y años bajo la persecución.

Un papel importante en estos encuentros nocturnos de los jefes y bautizadores es el de los tres jóvenes, que se han ofrecido como sirvientes de los misioneros. Los tres son cristianos fervorosos e inteligentes. Y los tres saben cumplir con diligencia y astucia su servicio de introductores. Cuando los que nos visitan de noche llegan a nuestra casa, se hacen conocer con una palabra establecida, con la que nuestros tres jóvenes les reconocen y les hacen entrar. Primero les llevan a sus habitaciones como si fueran sus amigos. Luego uno de ellos nos comunica quiénes son los que nos esperan. Los otros cierran las puertas del jardín y entonces nosotros podemos recibir en paz a nuestros visitantes y pasar con ellos el tiempo que queramos.

A la hora de marcharse, nuestros jóvenes eligen la puerta más propicia, la delantera o la del jardín. Las dos puertas, en realidad, dan a dos caminos frecuentados por los japoneses. Basta no ser vistos en el momento de salir, para que nadie sospeche de ellos al verlos caminar por esos caminos. De que nadie les vea salir se encargan los tres jóvenes, que les acompañan hasta la puerta.

Dos de nuestros jóvenes sirvientes son de Urakami: Jiwano, el de más edad, que hace de cocinero, y Petoro, que hace de jardinero y de guardián de la iglesia. El tercero, Gaspar Yosaku, procede de las islas

de Goto y ayuda a los otros dos en lo que sea menester.

La afluencia de cristianos disminuyó notablemente, aunque no del todo. Así el 2 de agosto, poco después de la prohibición de visitar la iglesia, en pleno día cinco japoneses cristianos, en ausencia de la policía, se presentaron con un niño pequeño. El P. Petitjean pudo administrarle el bautismo.

11. DOMINGO ZENYEMON

En Urakami, Domingo, el primer bautizador conocido, anciano y enfermo, es sustituido por su hijo de veinticinco años, llamado Tomokichi, débil pero muy devoto. Debido a su poca salud, los misioneros han elegido a otros dos bautizadores más para Urakami. Uno de ellos es Domingo Zenyemon, viudo y padre de tres hijos, que

no ha querido volver a casarse para servir mejor al Señor. El otro es Miguel de Ienogo. Los tres, al comienzo acompañados a veces por Domingo, visitan con frecuencia a los misioneros para completar su instrucción. Luego, al volver a sus aldeas, no se conforman con esperar el nacimiento de los niños para bautizarlos, sino que se dedican también a enseñar a sus hermanos la fe cristiana y las oraciones que ellos han aprendido. Pronto se deciden a formar nuevos catequistas, que les ayuden a enseñar a hacer la señal de la cruz, las oraciones y un resumen de la doctrina cristiana. Muy pronto logran reunir un grupo de catorce jóvenes que se preparan como catequistas. Son jóvenes ardientes, con un gran celo y dispuestos a dar la vida por la fe:

-Estamos dispuestos a permanecer en nuestra fe cristiana y si el gobernador nos persigue, con la gracia de Dios, tendremos la fuerza de morir antes que apostatar.

El P. Petitjean se regocija escuchándoles y pide a Dios que les libre de esta prueba. El sabe que aún su entusiasmo no basta para arrostrar las torturas y que su deseo del martirio podría flaquear en su momento. Estos jóvenes llenaban de esperanza a los misioneros. En ellos veían el primer núcleo de un clero local.

En el mes de noviembre los misioneros tuvieron que reemplazar a dos de los tres sirvientes, pues, aun siendo tan jóvenes, tanto Jiwano como Petoro estaban ya casados, aunque lo habían callado por el deseo de estar cerca de los misioneros. Cuando éstos se enteraron les mandaron a sus casas de Urakami a vivir con sus esposas. Ellos no pusieron ninguna dificultad, una vez que habían descubierto el sacramento del matrimonio.

Los dos fueron sustituidos por dos hijos de Domingo Zenyemon. Muchas veces este piadoso bautizador había expresado a los misioneros que su mayor deseo era que sus tres hijos se consagraran a Dios y a la evangelización del Japón. El mayor, Kaisaburo, tenía dieciséis años y el otro, Gentaro, trece. Este último era aún demasiado joven para ser un sirviente, pero era tan inteligente que los dos misioneros se entusiasmaron con él y comenzaron a hacer planes para mandarle a estudiar a un seminario de Francia. ¡Ah, si fuera posible! Fue aceptado como acólito y como alumno de latín. Los dos congeniaron perfectamente con Gaspar, que les fue pasando todo lo que él había aprendido. El P. Laucaigne se encargó como catequista de estos tres jóvenes y les preparó para la primera comunión.

Durante sus explicaciones, el P. Laucaigne les habla de la eucaristía y ellos, que le escuchan con veneración, le sorprenden con sus preguntas:

-¿No nos sería posible a nosotros aprender la enseñanza cristiana y consagrarnos como ustedes a Dios y a enseñar a los demás el camino del cielo?

-Eso es muy peligroso. Si los oficiales de policía se enteran, os arrestarán y os darán muerte.

-Y eso, ¿qué importa? Yo sé que si morimos de ese modo, habremos salvado nuestra alma. Yo no temo la muerte. Yo la veo como un gran bien.

A la mañana, cuando el P. Laucaine vuelve de la iglesia, los tres jóvenes, que han hecho ya todos sus quehaceres, le piden permiso para ir también ellos a la iglesia y hacer allí sus oraciones:

-Pero, si los oficiales se enteran que vais a la iglesia, os arrestarán.

-Ya lo sabemos. Pero usted nos ha enseñado que los cristianos que mueren por su fe van derechos al paraíso, como mártires.

-Pero, antes de morir, os harán sufrir tanto. Y, sobre todo tú, Gentaro, aún no eres más que un niño. ¿Tendrás la fuerza de sufrir las torturas sin renegar de Cristo?

-Yo sé muy bien que no tengo fuerzas para ello, pero Dios me las dará.

-Está bien, podéis ir, pero estad atentos a no dejaros ver.

Al comienzo de 1866 fue nombrado un nuevo gobernador para Nagasaki. El P. Petitjean, profesor de francés en el colegio fundado por el anterior, es presentado al nuevo, que le recibe con señales de benevolencia, le pide que siga sus cursos de francés en el colegio y le regala una cesta con varios cientos de huevos.

No obstante estas buenas relaciones con las autoridades, el P. Petitjean no se hace ilusiones sobre los sentimientos de los funcionarios japoneses en relación al cristianismo. La presencia de los europeos, después de la apertura del Japón, no era una garantía suficiente. Podían volver días de persecución. Por ello se alarmó cuando supo que, a pesar de toda su prudencia, la noticia del descubrimiento de los cristianos se había extendido por Francia y por Roma y que la prensa católica la estaba difundiendo. El puerto de Nagasaki es un centro de información. El movimiento de naves que entran y salen son un correo de noticias. Allí van los misioneros con paquetes de cartas que envían hacia Francia o Roma, recibiendo con indecible gozo las respuestas que les llevan los barcos que llegan.

El P. Laucaine y el P. Petitjean, además de todo el trabajo, aun sacaron tiempo para redactar un catecismo, del que los jefes de oración fueron sacando copias y distribuyendo entre los cristianos. Dadas las dificultades de los encuentros, esto era imprescindible para la instrucción de los cristianos.

El día de la fiesta de los Veintiséis mártires de este año 1866, recibieron la comunión los tres catecúmenos del P. Laucaine: Yosaku, Kaisaburo y Gentaro. En la noche del 4 al 5 de febrero, sin más testigos que los dos misioneros y Domingo Zenyemon, radiante de felicidad, el

P. Laucaine celebra la eucaristía y distribuye el pan del cielo a sus queridos hijos, fervorosos como ángeles. Están reunidos en la sala donde reciben a los jefes de oración en las noches, adoptada ahora también como capilla dedicada a la Inmaculada Concepción, cuya imagen preside la habitación.

-Es difícil expresar la alegría de nuestro corazón. Estos tres jóvenes que hemos ofrecido a nuestro Señor y a su santa Madre, como los primeros frutos de nuestro apostolado, nos llenan de esperanzas. Los santos mártires, cuya fiesta estamos celebrando, rezarán por vosotros y os ayudarán a responder fielmente a los designios de Dios. Me habéis dicho que deseáis consagraros totalmente a él, que él os acepte y os colme de bendiciones.

Es lo que sale del corazón del P. Laucaine en la homilía y en las cartas que escribe por esos días. Celebrando la primera comunión con lo mejor que han podido preparar, los seis sentados a la mesa comentan:

-Estas primeras flores, brotadas sobre la tierra del Japón y ofrecidas a Dios, con su alma de misioneros, dispuestos a entregarse totalmente a llevar la salvación a sus hermanos japoneses..., ¿cómo cultivarlas para que lleguen al sacerdocio?

-Si se les pudiera enviar al colegio general de la Sociedad de Misiones Extranjeras en China...

-Sí, pero aún está prohibido a los japoneses abandonar el país. Cada jefe de familia debe presentarse a los oficiales de policía una vez al año, en el día que le viene señalado, con toda su familia y testimoniar que ninguno de sus miembros ha dejado su residencia sin autorización. Yo he sido citado para el 25 de este mes para presentarme en Urakami a realizar la **aratame**, como la llaman.

-¿Y en qué consiste la **aratame**?

-Harían falta lágrimas de sangre para deplorarla. Es un simple acto de presencia, pero destinado sólo a ofender a Dios. Es el acto más peligroso para un japonés. Si yo me presentara sin uno de mis hijos, sería encerrado en la cárcel y sometido a tortura hasta su regreso al país...

-¿Qué sucedería si éste nunca se presentase?

-Eso lo ignoramos. Entre nosotros nunca se ha dado ese caso. Esta ley se dio junto con la de pisar la cruz y las imágenes cristianas, la **fumie**. Esta última se ha abolido con la apertura a los extranjeros, pero no la **aratame**, que aparentemente no va contra el sentimiento cristiano y por ello los europeos no se preocuparon de pedir su abolición.

-De momento nos ocuparemos nosotros de prepararles como catequistas.

Así, con gozo y un tinte de tristeza, se retiraron cuando ya estaba alboreando. Pero Domingo Zenyemon siguió dándole vueltas a todo lo vivido y hablado aquella noche. El no se resignaba a privar a sus hijos de la alegría de llegar a sacerdotes. Era también su ardiente deseo. Pocos días después volvía de nuevo a casa de los misioneros, donde halló al P. Petitjean y, sin preámbulos, como quien no ha pensado en otra cosa, mostrándole el hijo menor de cinco años, le dijo:

-De éste podéis hacer lo que os plazca. Yo me las he arreglado para no inscribirle en los registros públicos. Puede, por tanto, salir del Japón sin ningún inconveniente.

-¿Realmente es así? De este nos encargaremos de enviarle ya veremos dónde. Pero no podremos disponer lo mismo de los dos hermanos, que viven con nosotros...

Como si se le ocurriera en ese momento algo que lleva pensado y repensado, Zenyemon le responde:

-Pensándolo bien, ¿y por qué no? Disponed de ellos como mejor os parezca.

-¿Y tú qué harás el día en que te presentes ante las autoridades?

-Muy simple, -dice con una risa burlona-, presentaré a otros dos de su misma edad y ni se darán cuenta del fraude.

La sala de la Inmaculada Concepción se convirtió en la sala de las primeras comuniones. El 22 de abril recibieron la primera comunión Tomokichi, el catequista de Urakami, y Yesuke, un bautizador de una de las islas cercanas. El día de la Ascensión fue el turno de otros ocho elegidos, entre ellos tres o cuatro con claros signos de vocación sacerdotal. Los otros eran viejos catequistas en sus diversas aldeas. Entre ellos estaba Domingo Zenyemon que, con la simplicidad de un niño, había asistido regularmente, a pesar de su edad, a la catequesis del P. Laucaigne, para aprender en dicha escuela el camino del cielo.

La escuela de catecismo del P. Laucaigne estaba perfectamente organizada. Cuatro días a la semana se reunía en la sala de la Inmaculada Concepción con un grupo reducido de jóvenes y padres de familia. Apenas éstos terminaban la preparación y recibían la primera comunión, otro grupo, que esperaba impaciente, comenzaba a seguir las lecciones. Por prudencia los grupos no podían ser numerosos y así se multiplicaba la labor del misionero y se alargaba la espera de los cristianos.

Semejante preparación, que evocaba las catacumbas de los primeros cristianos, les llenaba de fervor y salían sin miedo dispuestos a afrontar cualquier dificultad. Salían con el corazón inflamado, sintiendo la necesidad interior e irresistible de comunicar lo que habían vivido a sus familiares y vecinos. Catequizados pasaban a ser catequistas. Alguna madre se lamentaba, aunque con orgullo, ante el P. Petitjean:

-Mi hijo se olvida de trabajar y hasta de comer.

La tierra del valle de Urakami, regada por la sangre de los mártires, era una bendición. No había niño o adulto que no hubiera ya aprendido, no sólo las oraciones, sino el catecismo entero. Y, al aprenderse el catecismo, descubrían lo que les faltaba:

-Padre, nosotros nunca nos hemos confesado, ¿cuándo podremos recibir ese sacramento?

-Padre, ¿y nosotras las jóvenes no podemos consagrar a Dios nuestra virginidad y vivir como religiosas? Nunca hemos visto religiosas cristianas en nuestra tierra.

-Padre, yo no puedo dormir ni comer, me estoy agotando...

-¿Qué es lo que te pasa?

-Yo estoy separado de mi esposa, ¿qué puedo hacer para ir al cielo? La vida presente no me interesa; lo único que deseo es la salvación eterna...

12. EL SHOYA CONVOCA A LOS CRISTIANOS DE URAKAMI

El P. Furet regresa de Francia, donde ha pasado un tiempo de descanso, y llega a Nagasaki el 7 de mayo de 1866. Con él llega también un joven misionero, el P. Cousin. El P. Furet encuentra al P. Petitjean y al P. Laucaine extenuados de fatiga. Con la confianza de un padre, pues es más viejo que ellos, les reprocha:

-Yo creo que estáis exagerando en vuestro miedo de escandalizar a los cristianos si coméis carne. Vuestras caras demacradas son las que escandalizan.

Como en el tiempo pasado en Francia ha olvidado el japonés que había aprendido, aunque por la edad le corresponde ser el superior, deja que siga el P. Petitjean al frente de la misión, ya que es con quien tienen más confianza los jefes de oración y bautizadores. Para aliviarle un poco en su trabajo, el P. Furet se encarga de la clase de francés en el colegio de intérpretes. Menos meticuloso que el P. Petitjean restablece las relaciones con los europeos, que habían sido reducidas a lo imprescindible. También se salta algunas precauciones de prudencia, en lo que los PP. Petitjean y Laucaine habían sido muy cuidadosos:

-Yo creo que el gobernador no puede ignorar lo que está pasando.

El 8 de agosto, cuando el P. Furet está decidido a mandar al P. Petitjean a Goto no para una visita, como él proponía, sino para quedarse allí, M. Cazenave, procurador de la Sociedad de Misiones Extranjeras, desembarcaba en Nagasaki y anunciaba que el P. Petitjean había sido nombrado Vicario apostólico del Japón. El le llevaba las insignias episcopales. Roma había puesto sus ojos en el P. Petitjean para obispo de la Iglesia que renacía en Japón. El mismo comenta los sentimientos de ese momento:

-El abatimiento en que me ha dejado este nombramiento es grande... Pero me dicen que es preciso acatar el peso que me viene

impuesto por el Santo Padre como voluntad de Dios. Pero, cuando me miro a mí mismo, me es imposible encontrar la mínima aptitud para esta sublime y difícil misión a la que se me llama. Mi imperfección intelectual y moral, mi falta de cualidades y virtudes me hacen pensar si no será por mi parte presunción aceptar este cargo. Desde que se me ha comunicado no hago otra cosa que pedir a Dios que me conceda la gracia para ver su voluntad y cumplirla.

Quince días después, el 10 de septiembre, anunciaba:

-A los pies de Nuestro Señor, de su Inmaculada Madre y de todos los santos protectores del Japón, inclino mi cabeza ante la voluntad de Dios manifestada por el Santo Padre. Sólo lo acepto por obediencia. Pido a todos que me ayudéis a ser fiel al Señor.

A primeros de octubre, dejando la misión de Nagasaki en manos del P. Laucaigne, se embarcaba para Hong-Kong, donde el día 21, fiesta de la Purísima, recibía la unción episcopal de manos de Mons. Guillons, Vicario apostólico de Canton, asistido por los PP. Ambrosi y Osuof.

El 25 de octubre ya estaba de vuelta. Recién nombrado obispo no puede evitar una visita al ministro francés en Tokio, M. Roches, que le recibe con gran cortesía y le escucha atentamente. M. Roches, al final le promete:

-Os doy mi palabra que si vuestros cristianos son molestados, podrán contar con el ministro de Francia.

En Yokohama, Mons. Petitjean encuentra a su superior, el P. Girard, el primero que llegó al Japón cuando todo estaba por comenzar y que, con amor y celo, se ha mantenido incansablemente en la brecha. Ahora se inclina ante el obispo, más joven que él y, hasta hace unos días, súbdito suyo. Ocho días después partía para Nagasaki, donde impacientemente le esperaba el P. Laucaigne:

-Desde el día de la consagración episcopal un sinnúmero de bendiciones han sido derramadas sobre los cristianos. Pero los cristianos mejor instruidos, nuestros queridos catequistas, se hallan en grave peligro.

En el mes de octubre, un bonzo de Urakami había logrado del gobernador la autorización de imponer un impuesto para reparar una pagoda en ruinas. Llamados los cristianos a pagar este impuesto, lo mismo que los paganos, los cristianos habían resuelto no aceptarla. La consecuencia de este rechazo ha sido el comienzo de una persecución:

-El bonzo ha denunciado el hecho a la policía y el **shoya** (prefecto de la policía) ha llamado a los principales cristianos de Urakami. La inquietud se ha difundido por todo el valle. Los jóvenes más instruidos quieren presentarse ante el **shoya** a pedirle la libertad de sus padres, quedándose ellos en prisión en su lugar. Con gran decisión me dicen:

-Hace unos años nos sentíamos solos, abandonados a nosotros mismos, sin tener a quien consultar. Ahora que usted está aquí, nos sentimos más fuertes. ¿Qué hay que hacer? Estamos dispuestos a obedecer. Estamos dispuestos a morir antes que ofender a Dios.

El P. Laucaigne espera con ansiedad la noche para conocer el resultado de la convocación del **shoya**. Hacia las nueve y media de la noche, mientras esperaba paseando ante la iglesia, el P. Laucaigne siente que alguien abre la puerta del jardín de la casa. Son Zenyemon y Jinzaburo. Al acercarse, le dicen:

-¿Puede venir con nosotros a Urakami esta noche?

-Pero antes decidme cómo han ido las cosas con el **shoya**.

Y cuentan desde el principio:

-El **shoya** ha llamado a treinta hombres, representantes de diversas aldeas y, en tono paternal, les ha dicho: “Pensé que después de tanto tiempo de persecución , con las muertes que sufristeis, todos habíais dejado de ser cristianos. Pero veo que no es así. Me he enterado que vais con frecuencia a la **boncería** de los Europeos. Me han dicho que lleváis un año yendo a instruiros. Me han informado que vuestros hijos viven con ellos como sirvientes. Sé que hasta árboles habéis llevado para embellecer su jardín. Sé todo esto. Os he querido advertir antes, pero yo he estado enfermo. Creedme: estáis obrando mal. Cesad de actuar así si no queréis ser castigados severamente. Yo os aviso a vosotros, que sois los jefes de las diversas aldeas, para que lo comuniquéis a los demás, para que no provoquéis la cólera del gobernador visitando la iglesia cristiana”.

El **shoya** se quedó un momento en silencio, como esperando una respuesta, pero ninguno de los treinta abrió la boca. Y como seguramente no había recibido órdenes de llevar la cosa más adelante, el **shoya** levantó la sesión y se retiró. Y los cristianos han vuelto a sus hogares. Todos le esperan para ver qué respuesta hay que dar al **shoya**. El P. Laucaigne queda sorprendido y, al fin, les responde:

-Decid a todos que de momento obedezcan en cuanto a las visitas a la iglesia, que por ahora ninguno la visite hasta nueva orden. En cambio continuad todos la instrucción del catecismo, para que cuando llegue nuestro obispo Mons. Petitjean les administre el sacramento de la Confirmación y, con él, sean fortalecidos para los grandes combates de la fe.

Durante los días siguientes, ante la pagoda budista, hay siempre algunos hombres. No cabe duda que son espías. Los cristianos les ven y no se acercan a la iglesia. Sin embargo, el 24 de noviembre, en la noche, tres cristianos del valle, llegan sigilosamente e informan al misionero:

-Nubes de tormenta se agitan en las aldeas. La presencia de los hombres ante la pagoda, tras el discurso del **shoya**, no presagia nada bueno. Los cristianos de Urakami temen una nueva persecución. Se

está redoblando el celo por instruirse y ya son muchos los que están preparados para la confesión y la comunión, para cuando un padre vaya por allí. Y si es el obispo, para la confirmación.

-Algunos preguntan si no podrían ellos venir en la noche a recibir los sacramentos.

Y aunque el P. Laucaine no les anima, cada noche, pasada la medianoche, tiene un pequeño grupo de tres o cuatro que, burlando a los espías, llaman a su puerta, pidiendo la confesión y la comunión. El les examina y, viendo que todos saben el catecismo, no les niega los sacramentos.

En estas circunstancias, el 2 de diciembre, al atardecer, llega Mons. Petitjean a Nagasaki. Al día siguiente, fiesta de San Francisco Javier, celebra en la sala de la Inmaculada Concepción la primera misa como obispo.

Su regreso a Nagasaki fue una fiesta. El P. Furet, que acogió en las islas de Riu-Kiu al joven misionero y le había iniciado en la misión, recibe ahora con estremecimiento su bendición episcopal. El P. Laucaine, que, a partir del descubrimiento de los cristianos, ha compartido alegrías y preocupaciones con él, no puede ocultar su alegría. Con satisfacción presenta al nuevo obispo los dos misioneros recién llegados: el P. Armbruster y el P. Poirier, un coloso el segundo y diminuto el primero, que decía:

-Si yo pudiera tomar de él lo que le sobra, seríamos perfectos los dos.

El P. Cousin, que comienza ya a vencer sus dificultades con la lengua, ayuda a los sirvientes de la casa en todo. Y, ante la noticia del regreso del querido P. Petitjean, ahora como obispo, los cristianos dejan de lado el miedo y la prudencia. Son una masa inmensa los que acuden a saludarlo. Ese día no hay peligro; están también el almirante francés y otras muchas personalidades francesas, que admirados exclaman:

-¡Qué excelente pueblo es el japonés, cuando son cristianos!

13. NAVIDAD CON EL OBISPO

Tres días antes de la navidad de 1866, la casa de los misioneros, ya pequeña para tantas actividades, se ve llena de los que se preparan para recibir la primera comunión. Son veinticuatro, esparcidos por los salones y corredores, los que esa noche duermen en casa de los misioneros. Los jóvenes arman su alboroto en el salón, echados por tierra en torno al fuego. No pueden contener su alegría. Los misioneros, con el pretexto de poner un poco de orden, se hacen presentes, pero lo hacen sobre todo para gozar del espectáculo:

-Yo nunca he celebrado con tanta alegría la misa, -dice el P. Cousin-, como esta noche, en que he tenido que pasar por encima de las cabezas de tantos jóvenes para llegar al altar, preparado en una pobre habitación, convertida en dormitorio, sala de ejercicios y capilla. Los más pequeños, arrodillados como podían y apoyados en el mismo altar, seguían con curiosidad mis más mínimos gestos, mientras celebraba. He recordado al Señor circundado de niños y me he cuidado

bien de no alejarlos del altar.

El P. Cousin se ha encargado de preparar la liturgia de navidad. Durante dos días ensaya las ceremonias haciéndoselas repetir una y otra vez hasta que todo sale perfecto. A las siete de la noche comienzan las celebraciones. Es un batallón de gente: primero los veinticuatro, que recibirán la confirmación; con ellos van los ya confirmados, que les harán de padrinos. Están también otros cristianos, como los tres sirvientes y los que se han venido de las aldeas, sin importarles el frío y la vigilancia de la policía.

El P. Furet, que ha dirigido los ejercicios espirituales de preparación, está entre ellos, emocionado más que ellos. Al final del Padrenuestro, recitado por los fieles, su **amén** ha resonado con fuerza incontenible. Pues todo se hace a media voz, para que las voces no salgan de la casa. Desde la casa pasan secretamente, por un corredor interno, a la iglesia, cuyas puertas están ciertamente cerradas. La procesión nocturna impresionaba. Mons. Petitjean aparecía ante sus queridos hijos vestido, por primera vez, de obispo, con su báculo y mitra. Delante de él, con los cirios encendidos, dos estudiantes de latín, después Gentaro y Hiojiro con los libros, luego el maestro de ceremonias, los dos asistentes del obispo, sosteniéndole la capa pluvial y con él, los PP. Poirier y Armbruster. La procesión se dirige al altar de la Virgen, profusamente adornado por el P. Armbruster para esta ocasión.

Entonces han comenzado las confesiones, que han llevado bastante tiempo, mientras ante la Virgen unos examinaban su conciencia y los ya confesados daban gracias por el perdón de sus pecados. Al comienzo había un recogimiento general. Luego los más jóvenes han comenzado a hablar entre ellos, sin poder contener su alegría. Cuando el P. Furet les llama al silencio, Mons. Petitjean le dice:

-Pobres criaturas, déjales, que Dios está bien contento con ellos.

Terminadas las confesiones, a media noche, se pasa a la confirmación. Y luego siguen dos misas, celebradas por el Obispo, que imparte su bendición episcopal sobre los presentes y todos los que, en sus hogares y aldeas, han pasado la noche unidos en espíritu con ellos. Antes del amanecer, en pequeños grupos, han regresado todos a sus respectivas aldeas.

A las once de la mañana, Mons. Petitjean estaba de nuevo ante el altar, celebrando su tercera misa de navidad con los cristianos europeos, que ni sospechaban de la nochebuena que había pasado el obispo que les presidía.

14. MUJERES, ENFERMOS Y ANCIANOS

Antes de terminar el año de 1866, el P. Laucaine visita por dos veces más, en la noche, a los cristianos de Urakami. Va a asistir a los moribundos. En una de estas visitas nocturnas se lleva un gran susto. De entre los árboles unas sombras le saludan sin palabras. Venciendo el miedo, se acerca al lugar. ¿Y cuál no sería su sorpresa? Eran mujeres, que, habiendo sido informadas de la visita nocturna, se han apostado allí sólo para saludarlo. También ellas desean comunicarse con los misioneros.

Al regreso el P. Laucaigne se lo cuenta a Mons. Petitjean, añadiendo:

-¿No habrá llegado el momento de ocuparnos de las mujeres, los ancianos y los enfermos, que no pueden venir a nuestra casa?

El obispo se lo piensa y le da el permiso de ir a Urakami y quedarse allí algunos días con ellos:

-Pero el domingo debes estar aquí, para que te vean con nosotros los europeos y los japoneses. Luego el lunes, si lo crees conveniente, puedes volver.

Dos cristianos le acompañan y le llevan a casa de Domingo Zenyemon, que le acoge con el corazón exultante y pone a su disposición todas sus pertenencias y, por supuesto, su misma persona.

Allí encuentra a tantos ancianos, mujeres y enfermos ya preparados por los catequistas, que le parece estar de vacaciones. Puede confesar y dar la comunión sin vacilación a cuantos le indica Zenyemon. Pero su celo no le permite reposar y con Zenyemon visita otros poblados. Así hasta el domingo, que según la prudente recomendación de Mons. Petitjean, pasa en Nagasaki. Cuenta detenidamente todo a los demás misioneros, da unas vueltas por las calles para ser visto, saludando a cuantos encuentra. Y la misma noche del domingo parte de nuevo a su nueva misión. El obispo le ha delegado para que, en su nombre, administre también la confirmación. El recordará este tiempo como el más feliz de su vida:

-Mientras casi todo el mundo estaba escondido, sin atreverse a circular por las calles, yo, cambiando mi sotana por un vestido japonés, que los mismos cristianos me han confeccionado, un sombrero y zapatillas de paja, me paseaba tranquilamente en medio de los cristianos. Me acompañaban siempre dos jóvenes, con una linterna y todo lo necesario para celebrar la misa. Mis acompañantes son Tokusaburo y Keisaburo; dos catequistas tan inteligentes como celosos de la gloria de Dios. Keisaburo es el hijo mayor de Zenyemon y tiene el mismo espíritu de su padre. A mi paso me saludan los que me conocen, algunos hacen sólo la señal de la cruz, otros me piden la bendición.

-No creo que los paganos se enteren de mis reuniones nocturnas o que, en caso de una denuncia, pueda encontrarme la policía. No paso más de una semana en el mismo lugar. Los cristianos me preparan una digna habitación en los lugares más impensados, dentro de sus mismas casas. A veces tengo la sensación de ser un bandido, viéndome así escondido de día. Pues sólo de noche cambio de lugar y, sólo de noche, visito a los enfermos, confieso y celebro la misa. Las mujeres asisten gozosas junto con sus maridos y hasta llevan a los niños.

Mientras el P. Laucaigne sigue su misión por todo el valle de Urakami, Mons. Petitjean y los PP. Furet y Cousin no tienen un

momento de descanso, instruyendo para la primera comunión, confesando y atendiendo a los jóvenes y padres de familia que cada tarde les llegan a casa. Después de escuchar un domingo al P. Laucaigne, Mons. Petitjean se decide a enviar al P. Cousin a las islas de Goto, donde los cristianos llevan tanto tiempo reclamando un sacerdote. Allí Domingo Matsujiro tiene incontables cristianos preparados para recibir los sacramentos apenas llegue el sacerdote.

Las escenas de Urakami se repiten en Goto. Entre los dos sitios, a mitad de marzo, los neófitos admitidos a la comunión superaban los cuatrocientos. La levadura comenzaba a fermentar en toda la masa de cristianos. Un fuego divino alumbraba y abrasaba sus corazones. El amor entre estos cristianos es evidente, no hay entre ellos más que un solo espíritu, "un mismo corazón", como ellos dicen. Los catequistas se han ido multiplicando y dispersando por todos los caseríos de los alrededores y han pasado a las islas cercanas. Desde Urakami, Tokusaburo ha llegado hasta Imamura, a treinta leguas de Nagasaki.

Tokusaburo ha salido en busca de cristianos ocultos para ponerles en contacto con los misioneros. El entra en las casas, pide fuego para encender la pipa o lo que se le ocurre, para poder ver si descubre un cristiano, sin exponerse a revelar su identidad a los paganos. Algunos le toman por espía y no le acogen. Una cristiana, no se sabe qué ha visto en él, le ha dado hospitalidad, diciéndole:

-Yo diría que somos hermanos.

Pero aún no es suficiente. La prudencia de él y de ella son extremas. Otras mujeres, con curiosidad visitan a su vecina y, con ella, esperan la hora de la comida. La señora pregunta al visitante:

-¿Qué prefiere carne o huevos?

-Yo no como ni carne ni huevos, sólo un poco de arroz.

Estas palabras son acogidas con una risa general. Es cuaresma y los cristianos en cuaresma se privan de las dos cosas. Así se han dado a conocer y Tokusaburo les habla de los misioneros y ya aprovecha para hablarles de la fe cristiana, al mismo tiempo que se informa de los cristianos ocultos que hay en el lugar:

-Todos en la aldea somos cristianos.

Tokusaburo regresó a Nagasaki a dar cuenta a los misioneros del resultado de su misión itinerante. Su experiencia removi6 el espíritu de otros catequistas, que se ofrecieron a los misioneros como itinerantes en busca de cristianos aún escondidos y desconocidos. Así partieron Tomokichi, el débil Tomokichi, junto con los jóvenes Jinzaburo y Wasaburo. Los tres, después de recibir la comunión, partieron hacia las islas de Goto, donde se encontraron con su compañero, ya conocido, Gaspar Yisaku, que por algún tiempo estuvo de sirviente con los misioneros y que éstos habían mandado a su tierra, para que allí transmitiera cuanto había vivido y aprendido.

Innumerables jóvenes se presentan en Nagasaki ofreciéndose como misioneros. La recepción de los sacramentos transforma en apóstoles a estos cristianos animados de una fe simple y viva. Desean que el Obispo les envíe a explicar la fe cristiana donde él crea conveniente.

-Pero si aún no conocéis vosotros la fe cristiana, ¿cómo podéis enseñarla a otros?

-Les enseñaremos las oraciones que sabemos y todo lo que hemos aprendido.

Tokusaburo y su hermano mayor emprenden un nuevo viaje de misión. Esta vez parten en barca hasta Shittsu. Han oído que son muchos los cristianos y que no tienen catequistas preparados. Les traslada el pescador Miguel, convertido en pescador de hombres.

Hasta, a veces, se presentó alguno ya casado, pidiendo que le permitieran partir como misionero por un tiempo. Es el caso de Carlos Tokujo, de treinta años y padre de una preciosa niña de tres años, a quien el obispo pregunta:

-Y si tú partes, ¿quién cultivará tus campos?

-Nadie.

-¿Y quién cuidará de tu esposa y de tu hijita?

-Pues Papá Dios.

-Y tú, ¿cómo podrás vivir alejado de seres tan queridos?

-Siento dentro de mí esa fuerza. Y sólo me alejaré de ellos por un tiempo.

Urakami se había transformado en un campo de apóstoles. Con la presencia del P. Laucaine se había organizado un perfecto catecumenado, donde los cristianos vivían la fe, se formaban cristianamente y les nacía la vocación de anunciar el amor de Dios por todas partes. Lo mismo ocurría en la misión de Nagasaki. En la pequeña sala de la Inmaculada Concepción esperaban el turno grupos de veinte para instruirse, confesarse, recibir la confirmación y la comunión. Los frutos eran maravillosos. Todo era una bendición de Dios.

En Urakami, Zenyemon ya había dejado el cultivo de sus campos. No le quedaba tiempo, dedicado como estaba en cuerpo y alma a la catequesis de cuantos llegaban de todos los alrededores. Su casa era como la de los misioneros de Nagasaki. Enfermo y achacoso no tenía tiempo para sí. Pero Dios no sólo proveía para él, sino para todos los que acudían a su casa. Los catecúmenos le llevaban de todo en abundancia. Sus hijos estaban, igual que él, dedicados a la evangelización a tiempo completo.

La mayor parte del tiempo, misioneros y catequistas lo dedicaban a los cristianos, pero no faltaron también algunos paganos e incluso bonzos que pidieron ser instruidos en la fe cristiana para recibir el bautismo.

15. LA CUESTION DE LOS FUNERALES

Todos los días llegaban a visitar a los misioneros jefes y bautizadores de los lugares más impensados. Las comunidades cristianas se conservaban en aldeas y poblados. Todos estaban bautizados y conocían diversas fórmulas de oración. Pero, a medida que los misioneros iban descubriendo más cristianos, se iban también dando cuenta de los fallos y supersticiones, que a lo largo de dos siglos se habían mezclado con la fe. El sacramento del matrimonio era prácticamente desconocido. Los cristianos se unían como los paganos, a veces sin ceremonia alguna. Y a veces, por la repugnancia a casarse con paganos, se casaban entre parientes. Las separaciones también eran frecuentes. ¿Qué hacer para regularizar todas estas situaciones?

Las preguntas de los jefes de las distintas comunidades ponen en dificultad a los misioneros, que desean llevar a estos hijos a la práctica auténtica de la fe y, al mismo tiempo, no quieren inquietarlos y sumirles en un mar de dudas. Y, por otro lado, remover demasiado estas cuestiones, sería entrar en conflicto con las autoridades civiles. Es algo que a los misioneros les quita el sueño. Sobre ello escriben a sus superiores pidiendo orientaciones.

Otro problema son los funerales. Cuando un japonés muere, sus parientes están obligados a informar a las autoridades. Si el difunto no ha estado asistido, en sus últimos momentos, las autoridades mandan inmediatamente a un bonzo budista para que constate y certifique la defunción y cumpla con las ceremonias que manda la ley.

Estas ceremonias consisten en cubrir con un paño la cara del muerto, ponerle entre las manos un rosario budista y recitar unas oraciones. El bonzo hace todo esto. Exteriormente los cristianos no se diferencian de los paganos. Estas ceremonias del bonzo deben ser pagadas por los familiares y son obligatorias para todos. Los cristianos soportan esta ingerencia oficial y tratan de pagar al bonzo lo menos posible para que abrevie lo más posible los ritos y así desembarazarse de él cuanto antes. Apenas el bonzo ha cruzado la puerta, los cristianos despojan al muerto de las insignias budistas y comienzan sus oraciones por el difunto. ¿Pero, se preguntan los misioneros, todos los cristianos se conforman con una asistencia puramente pasiva a los ritos budistas obligatorios? ¿Están del todo exentos de supersticiones?

Y con relación a las tablillas con los nombres de los familiares difuntos, los cristianos, para ocultar su fe a los paganos, las tienen en casa bien a la vista, lo mismo que los paganos. Los jefes aseguran que los cristianos no rezan a sus muertos, sino que oran a Dios por sus

muerdos. ¿No habrá cristianos sin formación contagiados de superstición? Lo mismo cabe decir de la obligación que todos tienen de ir a los templos budistas a llevar a los bonzos sus contribuciones obligatorias, aunque se llamen limosnas.

El alma de estos cristianos es ferviente y admira cada día a los misioneros. No, no se extrañan de la escoria que deben purificar, porque en la ansiedad con que preguntan y en la docilidad a las recomendaciones de los misioneros, sus padres en la fe, muestran su corazón de oro verdadero. Es tal el deseo de fidelidad que los misioneros, más que animarlos, deben moderar su ardor e invitarlos a la prudencia.

Pero un día, los cristianos mejor formados de Urakami se negaron a dar su contribución para la reconstrucción de los templos budistas y ya les trajo dificultades. Otro problema, aún más grave, porque se presentaba casi a diario, surgió en su conciencia: ¿Debían aceptar la costumbre de su país de recurrir al ministerio de los bonzos en los funerales de sus familiares?

El 5 de abril un cristiano había muerto en el valle de Urakami. Sus parientes, en la noche, se presentan a consultar a los misioneros cómo deben comportarse. Los misioneros, conociendo los ritos supersticiosos que hacen los bonzos, aconsejan que notifiquen la muerte al magistrado civil y que prescindan de los bonzos. No era fácil seguir el consejo. Llegados a casa, sin notificar nada a nadie, enterraron al difunto. Pero no quedó oculto el hecho. Paganos y bonzos denunciaron ante el **shoya** a los cristianos.

El 16 de abril muere otra cristiana del valle. Esta vez el **shoya** es advertido de la defunción y manda un aviso al bonzo, pero los parientes rechazan sus servicios. El shoya insiste, amenaza, recuerda la última persecución y les advierte de la posibilidad de que se repita. Sin reflexionar, como les aconseja, le responden:

-Entre la persecución y el deber, no dudamos en elegir el deber aún a riesgo de perder la vida.

Los cristianos de varias aldeas del valle se reúnen, presididos por sus alcaldes y deciden enviar una comisión al shoya. Los diputados llevan el encargo de declarar que los cristianos son personas fieles al gobierno japonés, obedientes a sus oficiales, pero que no desean tener relación alguna con los bonzos.

Al día siguiente, 18 de abril, los cristianos, atraídos a Nagasaki por la celebración de los Santos Oleos, llenan la casa de los misioneros hasta no haber dentro. Por prudencia, M. Petitjean había invitado sólo a los principales catequistas. Pero la muchedumbre se enteró y nadie fue capaz de contenerla. Los misioneros pasaron la tarde confesando y, a media noche, sin hacer ruido y medio a oscuras, comenzó la ceremonia en la Iglesia, con las puertas cerradas apenas los cristianos tomaron lugar en la nave central.

-¿Comprendéis, -les preguntaba el Obispo en la homilía- lo que este rito significa? En vuestra confirmación habéis sido ungidos con

estos Santos Oleos, con los que se unge a los sacerdotes, a los reyes y a los mártires...

Terminada la celebración, antes del alba, todos se habían ya dispersado. Sólo quedaron Torajiro y su padre para contar cómo había ido la reunión de los diputados con el shoya. Los misioneros les llevaron a casa y les escucharon:

-El shoya nos ha recibido con simpatía.

-A ver, cuenta cómo ha sido la conversación.

-El shoya comenzó: Pues si no os gustan estos bonzos, pedid otros y se os darán.

-Nosotros no queremos ningún bonzo, le hemos respondido.

Entonces el shoya se ha puesto triste:

-Nos ha dicho que lo sentía mucho y que esto podría causarnos muchos problemas.

Nosotros hemos comprendido que él temía perder su cargo por culpa nuestra y le hemos expresado nuestro pesar y hemos añadido:

-No se preocupe si a causa nuestra pierde su cargo. Nosotros nos encargaremos de seguir pagándole los impuestos anuales.

Esto le ha tocado el corazón. Hemos visto que le cambiaba la cara. Entonces nos ha dicho:

-Hacedme una lista de todas las familias que no desean los servicios de los bonzos y yo se la presentaré al gobernador

Terminada la conversación oficial, el shoya nos ha manifestado su estima por una religión que inspira sentimientos tan generosos.

-Y ya hemos empezado a hacer la lista. De todas partes las familias vienen a dar su nombre. Ya tenemos más de trescientas familias inscritas.

Al despedirse, los misioneros no saben si alegrarse o echarse a temer:

-Una cosa es cierta: el gobernador ya conoce la relación de los cristianos con nosotros. ¡Que suceda lo que Dios quiera!

Para el 20 de abril, Sampachi, hijo de la difunta, y algunos mayores de la aldea como diputados fueron citados ante el lugarteniente del gobernador de Nagasaki. Después de recibir la comunión se dirigieron al lugar de la cita. Les acompañan también el shoya del valle con sus principales oficiales y el alcalde de la aldea. Entre los acompañantes está también Domingo Zenyemon, que ha querido unirse a ellos no sea que se dejen intimidar por las

autoridades. Los diputados son veinte, pero el shoya sólo permite entrar a cinco de ellos; uno es Zenyemon. El lugarteniente del gobernador se hace esperar; la audiencia no comienza hasta el mediodía. Entonces, rodeado de oficiales, entra solemnemente en la sala. En primer lugar se dirige al hijo de la difunta:

-Tú has enterrado la madre sin advertir al shoya ni al bonzo.

-Yo he avisado al shoya, pero no al bonzo.

-¿Y cómo es que no has advertido al bonzo? Tú conoces la ley.

Zenyemon toma la palabra:

-Nosotros no queremos a los bonzos y este rechazo se lo debemos a nuestros antepasados.

-¿Por qué no queréis a los bonzos?

-Porque no creemos en su doctrina.

-Pero es preciso que os adecuéis a los usos del Japón y llamar a los bonzos.

-Nosotros somos japoneses, dispuestos a obedeceros en todo, nuestra vía nos enseña este deber. Pero nosotros no podemos llamar a los bonzos, porque es contrario a nuestra vía. Podéis mandarnos cuanto deseéis respecto al cuerpo, pero no con relación al alma.

-**Anima**, ¿qué significa esa palabra que no entiendo?

-Anima es la parte de nosotros mismos que no muere, capaz de hacer el bien y el mal y que después de esta vida recibirá la recompensa o el castigo.

-¿Y qué vía es esta que seguís?

-Esta vía nosotros la hemos recibido de nuestros antepasados, ella nos pone en paz el corazón en esta vida y nos asegura la felicidad perfecta en la otra.

Como el lugarteniente del gobernador escuchaba con interés y pedía continuas explicaciones, Zenyemon dijo:

-Yo no soy más que un campesino, que sólo sabe lo más elemental, pero si va a ver a nuestros maestros, los sacerdotes franceses, ellos os explicarán bien la vía que nosotros seguimos. Es la misma que nosotros hemos recibido de nuestros padres.

El lugarteniente, que había escuchado con sumo interés, concluyó que el asunto debía ser llevado al gobernador. Los diputados salen de la sala, mientras un oficial va a comunicar la decisión al gobernador. Este no se hace esperar y de nuevo son llamados los diputados. El gobernador pregunta al acusado por qué había enterrado a su madre sin cumplir las formalidades de la ley. Este repitió la

respuesta ya dada. Entonces el gobernador, con cara de pocos amigos, le replica:

-El Emperador exige que se llame a los bonzos y que se siga su vía. No sois más que unos haraganes campesinos. Andad a cultivar vuestras campos; pensad en criar a vuestra familia y vuestros cuerpos y dejaos de las cosas de los extranjeros.

Asustados, los ancianos guardan silencio. Entonces Zenyemon replicó:

-Nosotros no llamamos a los bonzos porque no creemos en ellos.

-¿Eh? Los ancianos guardan silencio y tú ¿te atreves a replicar?

Zenyemon, con un gesto, animó a los demás a hablar, pero no abrieron la boca. Al fin el gobernador les preguntó:

-Bien, ¿qué es lo que queréis?

-Una sola cosa queremos, que no se nos obligue a llamar a los bonzos ni a entrar en sus templos.

-En Japón cada uno es libre de entrar o no entrar en los templos.

Una vez fuera, el shoya preguntó a los ancianos por qué no habían hablado.

-El gobernador hablaba la lengua de Edo y nosotros no podíamos entenderlo.

-Bien, venid a verme mañana y yo os daré a conocer la respuesta del gobernador.

Al día siguiente el shoya les comunicó:

-El gobernador está empeñado en que se llame a los bonzos para los funerales, como se acostumbra en todo el imperio. Pero no os preocupéis. Tenéis que presentaros de nuevo ante el gobernador y pedirle que os dispense de los usos contrarios a vuestra fe. Yo os apoyaré.

El shoya envió al gobernador la lista de las familias que deseaban ser dispensadas del servicio de los bonzos. En Urakami eran casi todas las familias. El gobernador quedó sorprendido al conocer el número: seiscientas familias rechazaban la intervención de los bonzos. No atreviéndose a oponerse a la población entera, el gobernador les autoriza a prescindir del servicio de los bonzos.

Pero la cosa se complica. Hasta los paganos, impresionados por la fe de los cristianos, se niegan a recibir a los bonzos y se declaran dispuestos a abrazar el cristianismo. Y la noticia se extiende por las comunidades vecinas de Urakami. Creen que la autorización del gobernador es válida también para ellos. Esto alarma al gobernador, que prohíbe a los cristianos comunicarse con la gente de Urakami. Esta

orden no impide, sin embargo, que cada noche lleguen a Urakami padres que llevan a bautizar a sus hijos. Los oficiales amenazan, pero no actúan, temiendo perder el puesto al no tener el apoyo de las gentes.

A pesar de su autorización, el gobernador de Nagasaki amenaza a los cristianos de Urakami, anunciándoles que irá a Edo y entregará las listas a las autoridades del Shogun. Estos entonces le entregan una lista aún más amplia, incluyendo incluso a varios de sus oficiales, que, impresionados por la fe y valor de los cristianos, se han unido a ellos. Confidencialmente, uno de éstos oficiales les dice:

-Entre los oficiales del gobernador, algunos le están presionando para que os extermine a todos.

-No nos importa morir ni ser encarcelados y sufrir torturas por la fe.

-Sí, yo veo que os asiste una fuerza misteriosa, pues de otro modo sería imposible que todos tuvierais los mismos sentimientos. Pero, de todos modos, os comunico que algunos oficiales tratan de convencer al gobernador, diciéndole: ¿Qué importa la muerte de unos pocos miles para asegurar la tranquilidad del país? Y, si el gobernador no les escucha, es porque otros le dicen: Y si les exterminamos, ¿qué será de nosotros? Basta un sólo cañón extranjero para destruir Nagasaki.

El P. Laucaigne, preocupado por la eventualidad de la persecución, no se da reposo, tratando de fortificar la fe de los cristianos de Urakami. Recorre todo el valle en una misión intensa de evangelización. Los PP. Armbruster y Poirier, que comienzan a entender el idioma, le ayudan con las confesiones. Un grupo de viudas le ayudan en la catequesis de las mujeres, como otro grupo de catequistas lo hacen con los hombres.

El fervor misionero llena de celo a cuantos comienzan a conocer mejor su fe. Con el problema de los funerales se ha purificado la fe de los cristianos. Algunos, que se confesaban cristianos sin serlo, se han alejado. El grano, separado de la paja, brilla con más luz. Las reuniones tienen lugar a la luz del día y en lugares públicos. El gobernador no ignora todo este movimiento, pero no interviene. Y el Shogun, en lucha con sus potentes rivales, tiene necesidad del apoyo de Francia y no quiere enemistarse con sus representantes a causa de los misioneros. Todos, de momento, cierran los ojos.

De todos modos, en su apuro, el gobernador de Nagasaki recurre a Tokio en busca de directivas. Mientras le responden, por su cuenta, ya el 15 de julio de 1867 encarceló a 68 cristianos, entre ellos Zenyemon, como catequista de los demás. Aquí sufren su primer interrogatorio. Invitado a apostatar, replicó:

-Ante Dios y ante mi alma recibida de El, eso sería mi mayor desgracia. Eso sería peor que la muerte.

Ante su firmeza el juez no insistió con él:

-No te urgiré más. Tienes el espíritu de un verdadero samurai: lealtad al señor hasta la muerte. Puedes volver a tu casa.

Los demás, al verle regresar, le preguntan:

-¿Cómo has sido capaz de resistir la tortura?

Con calma, les responde:

-Yo sabía que por mí mismo no era capaz de resistir el tormento, por eso invoqué la fuerza del Espíritu Santo. Así todo fue fácil.

16. ULTIMA PERSECUCION

El dos de junio de 1867, en Nagasaki se entroniza solemnemente la imagen de Nuestra Señora del Japón en la iglesia de los 26 primeros mártires. Un mes después, el siete de Julio, en Roma se declara beatos a 205 de los innumerables mártires del siglo XVII. Todo hacía presagiar que había llegado la hora de la libertad religiosa en Japón. Pero, los designios de Dios son inescrutables. Esta fue la hora de

una nueva persecución. Tras las fiestas de Nagasaki y de Roma, la violencia contra los cristianos se desató con la misma fuerza que en las generaciones pasadas. Japón es una tierra regada de sangre cristiana que espera su primavera de resurrección.

No han pasado aún dos años desde el descubrimiento de los cristianos cuando explota la persecución. Gracias al celo y a la prudencia de los misioneros, las ruinas de la antigua cristiandad de Japón se iban reconstruyendo silenciosamente. La fe cristiana comenzaba a brillar de nuevo en medio de las sombras del paganismo. Iglesias y capillas se elevaban sin cesar al cielo con sus altas torres. El sábado, 13 de julio, el P. Laucaigne sale de Nagasaki con la intención de pasar dos semanas en Urakami. La noche del sábado y el domingo entero transcurren en la más absoluta calma. A pesar de las lluvias torrenciales, un gran número de cristianos ha acudido desde las aldeas vecinas para seguir los ejercicios de la semana. Pasado el domingo, todos duermen profundamente. Pero a las tres de la mañana, la puerta de la habitación del P. Laucaigne se abre de golpe:

-¡Vienen a arrestarnos! ¡Rápido, huid!

Es el dueño de la casa quien grita al P. Laucaigne, que a duras penas logra abrir sus ojos. El P. Laucaigne se despoja de sus hábitos y se viste precipitadamente un traje japonés y sale corriendo de la casa. Con él corren Tatsuyemon, su catequista guía, y otros dos jóvenes. Han salido de la casa justo a tiempo. Mientras ellos huyen por la puerta trasera, un grupo de hombres armados entran por la puerta de delante. Sin detenerse a pedir explicaciones de lo que ocurre se apresuran hacia la montaña, aunque los dos jóvenes antes se dirigen a la capilla a recoger los ornamentos y los vasos sagrados. Llegados al bosque se refugian en la cabaña de una pobre anciana, llamada Magdalena.

Mientras se están cambiando los trajes, bañados por la lluvia torrencial, les llegan los gritos de alarma que les comunican que una tropa de soldados, conducidos por los oficiales de dos espadas, les están siguiendo los pasos. La cabaña no es un escondite seguro. Salen de ella y se internan en el bosque, alejándose lo más posible de los lugares habitados. En medio del bosque, Ichinosuke, uno de los jóvenes compañeros de huida, se arrodilla ante el P. Laucaigne para pedirle el bautismo y la absolución. Ante la persecución no puede esperar más. Necesita la fuerza de los sacramentos para enfrentar lo que les espera. El P. Laucaigne, que lo conoce y sabe que ya está bien preparado, accede a sus deseos.

Ni el P. Laucaigne ni los jóvenes Ichinosuke y Tatsuyemon saben qué es lo que ha ocurrido. Ichinosuke, contento por los sacramentos recibidos, va en busca de información. El P. Laucaigne invita a Tatsuyemon a ir a casa de su madre:

-Sin duda, tú madre estará preocupada por ti.

Con cara de aflicción, le responde:

-Permitidme, Padre mío, que me quede aquí. Yo no deseo abandonarlo jamás. Mi madre sabe que estoy con usted y, estando con usted, suceda lo que suceda, ella estará contenta. Si le arrestan a usted, yo seré también arrestado.

Los dos se quedan juntos. La mañana se les hace interminable, esperando la vuelta de Ichinosuke con alguna noticia de cuanto ocurre en el valle. Finalmente comienzan a llegar mensajeros. El primero es un vecino de Magdalena que les lleva mantas y paja para que puedan cubrirse y descansar. Luego llega Ichinosuke que sólo ha podido averiguar que los soldados y oficiales que les buscan son muchísimos. Un tercero llega con la noticia de que muchos de los principales cristianos han sido arrestados. Entre los arrestados está Tomokichi, el catequista enfermizo, a quien han golpeado y dejado medio muerto. Las capillas están siendo saqueadas.

Mientras éste está dando estas noticias, llega Tokusaburo con otros dos catequistas. Tokusaburo les cuenta cómo ha sido arrestado su padre, aún catecúmeno:

-Le han arrastrado y golpeado. Viendo la paciencia de mi padre, hasta los soldados han confesado: "Ciertamente es un cristiano; aunque se le golpee no se lamenta".

-Torajiro, hermano mayor de Tokusaburo, y toda su familia, junto con otros jóvenes catequistas, que dormían en una capilla en el momento en que fue saqueada, han sido arrestados y, con ellos, también las mujeres que salieron de sus casas a despedirlos. El hermano mayor de Tatsuyemon, que había hecho de su casa un lugar de reunión de los cristianos, y su hija, dedicada a la instrucción de sus compañeras, también han sido encerrados.

En la capilla de Nuestra Señora de la Epifanía, los oficiales han llegado preguntando:

-¿Dónde está la casa del bautizador Mataichi?

-Esta es, contesta el joven Tomokichi.

-Y tú, ¿quién eres?

-Yo soy su hijo.

Al oír estas palabras, los oficiales se abalanzan sobre él, le atan las manos a la espalda y le golpean brutalmente. Pronto aparece el padre y recibe el mismo trato. Padre e hijo son arrestados.

Y Tokusaburo continúa apesadumbrado y gozoso su relación interminable de arrestados, concluyendo:

-Y lo mismo ha sucedido en las otras aldeas.

El P. Laucaigne pasa la tarde y la noche en medio del bosque. Sólo al día siguiente, cuando ha pasado el momento de alarma y

confusión, encuentra a un joven que se atreve a llevar un aviso de lo ocurrido a Mons. Petitjean, quien le contesta con otro billete, ordenándolo que regrese inmediatamente a Nagasaki. En pleno día y sin incidente alguno regresa.

De todas las aldeas de Urakami llegan noticias a la misión, contando quiénes han sido arrestados y cómo han sido saqueadas las capillas. Mons. Petitjean se siente consternado:

-¡Todos nuestros jefes han sido arrestados!

Sólo los testimonios de fe y valor le devuelven el ánimo. Un joven se lamenta pensando en su padre:

-Aún no ha recibido los sacramentos y yo sé que tiene miedo, ¿qué va a ser de él?

Las noticias siguen llegando a la misión:

-Los prisioneros han sido conducidos en primer lugar a casa del shoya y, de allí, a Nagasaki, siendo encarcelados en las inmediaciones del palacio del gobernador.

-Los maltratados han sido un número enorme. Los encarcelados son sesenta y cuatro.

Las noticias suscitan tantas preguntas en la mente de Mons. Petitjean: ¿Qué nos espera? ¿Será sólo una advertencia? ¿Volverán a correr de nuevo ríos de sangre como en las otras persecuciones? ¿Es este el fruto de los tratados firmados hace sólo diez años? ¿No ha llegado al Japón la hora de la libertad, de la civilización?

A Mons. Petitjean le parece increíble que pueda repetirse el horror de otros tiempos ante los extranjeros, a quienes el Japón ha abierto las puertas, a la vista de los representantes de naciones cristianas. La inquietud y la angustia le atenaza el corazón.

La llegada de los prisioneros a Nagasaki produce una gran emoción. Miles de paganos se agolpan en las calles. Muchos de ellos, a la vista de esos campesinos indefensos de toda edad y sexo, se manifiestan tan indignados como la colonia europea.

El cónsul de Francia presenta su protesta al intérprete del gobernador, rogándole que se la haga llegar al mismo gobernador:

-¡La medida es sumamente odiosa!

Mons. Petitjean convoca a todos los cónsules de las naciones extranjeras para instarles a que se interesen por los cristianos y, en particular, por los prisioneros. Al día siguiente el cónsul de Francia consigue una audiencia con el gobernador y refuta todas las razones que el gobernador le da para justificar la medida:

-No estoy aquí en nombre de los tratados firmados, sino en

nombre de la humanidad. He venido a protestar porque estáis violando las leyes de la humanidad. Toda Europa reprueba lo acontecido; habéis descendido en su estima al rango de los pueblos bárbaros y sufriréis las consecuencias de ello. Por tanto os pido que dejéis en libertad a todos los prisioneros.

Tras el cónsul de Francia, repitieron casi las mismas palabras el cónsul de Portugal y el general Van Valkenburg de Estados Unidos. Tras estas protestas, Mons. Petitjean espera poder al menos visitar a los prisioneros, que han sido trasladados a la prisión de Sakuramachi. No se lo permiten. Sólo les es permitido llevar ropa, alimentos y dinero para los prisioneros, sin saber siquiera si llegará a sus manos o se quedará en la de los guardianes. Los representantes de las naciones insisten, pero no reciben más que promesas, que nunca se cumplen. El gobernador repite su lección a unos y otros:

-Yo tengo poder de arrestar a los cristianos, porque violan una ley del Estado, que yo tengo la obligación de hacer observar. Pero yo no tengo poder para darles la libertad sin una orden de mi gobierno. Si los ministros de las naciones extranjeras consiguen que sea abolida la ley que prohíbe el cristianismo a los japoneses, entonces todo es posible. Mientras tanto no hay libertad posible para los cristianos japoneses. Lo único que yo puedo prometer es que no serán torturados hasta que vosotros hayáis tratado el asunto con el gobierno japonés.

Mons. Petitjean confiaba en que, dadas las buenas relaciones del cónsul francés con el Shogun, las cosas se resolverían sin dificultad apenas el cónsul llegara a Edo. Por ello fue para él una sorpresa dolorosa la carta que recibió del mismo M.L. Roches, cónsul de Francia, en la que se deshace en elogios del Shogun, de sus sentimientos de humanidad y tolerancia..., pero en la que propone que los cristianos "acepten ciertas formalidades exteriores, que no atacan en nada la fe". Con esta condición el Shogun está dispuesto a respetar la libertad interior de conciencia.

Al leer la carta, Mons. Petitjean quedó desolado. En definitiva el cónsul invitaba a Mons. Petitjean a que, con su autoridad, convenciera a los cristianos a apostatar (aunque sólo externamente) de su fe y culto, como era el caso de los funerales celebrados por los bonzos. Ni Mons. Petitjean ni los cristianos estaban dispuestos a fingir una apostasía. No estaba dispuesta Clara Isé, convocada ante el juez para rendir cuentas de su conducta con ocasión de la muerte de su madre. Fiel a Dios y a su conciencia, había advertido a las autoridades de la defunción, pero no había admitido ningún servicio de los bonzos. El juez quiere salvarla y le invita a confesar que no ha llamado al bonzo por olvido, pero ella replica:

-No, no ha sido por olvido, sino conscientemente. No he llamado al bonzo por cumplir la última voluntad de mi madre y para no pecar ante Dios.

La habían conducido a la cárcel. Dejando Urakami había dicho:

-No volveré a mi casa, pero me siento feliz, porque podré decir a

los demás prisioneros lo que Mons. Petitjean y los Europeos están haciendo por ellos.

Cada día se repetía la historia de Clara Isé. Cada muerte engendraba reos de prisión. Y la suerte de los cristianos de Urakami muy pronto se extendió a otros lugares como Koba, Kitamura...

Mons. Petitjean ha recogido una veintena de hijos de los prisioneros, uniéndolos a los estudiantes de latín que tiene en la misión. Uno de ellos, de once años, al arrestar a su padre, había sido acogido por una familia pagana. Se había escapado de casa. El cuenta por qué:

-Si quieres quedarte aquí, tienes que dejar de ser cristiano.

-Eso nunca.

Esto un día y otro. Pero él no cambia su respuesta:

-Dejar de ser cristiano, nunca.

-Entonces no tendrás ni vestidos ni comida.

Entonces se escapó y fue a unirse a los demás jóvenes de la misión.

En medio de la angustia de la persecución, los cristianos japoneses dirigieron su mirada a Roma, de donde les había llegado la fe. Dirigieron una carta al Papa, como al padre de la gran familia cristiana, para hacerle partícipe de su dolor y pedirle sus oraciones.

17. EL GOBERNADOR INTENTA UNA APOSTASIA GENERAL

El gobierno japonés promete al cónsul de Francia la liberación de los prisioneros. Pero no es eso lo que hace. Lo que intenta es exigir a los cristianos que apostaten en masa de su fe. El 24 de agosto hace llegar a los cristianos de Urakami una comunicación oficial. En ella les insta a elegir un representante por cada aldea para tratar con ellos el problema del cristianismo. Con los veinte delegados elegidos se reúnen los delegados del gobierno. Los dos primeros delegados de los cristianos, nombrados por el shoya de Urakami, ceden a todo lo que el gobierno les propone. Pero todos los demás protestan, afirmando:

-Jamás dejaremos de ser cristianos.

-Sólo esta respuesta ya os condena. El gobierno no permite que se use la palabra cristiano o cristianismo. Se debe decir religión francesa o religión extranjera...

-Nosotros somos cristianos y lo confesamos públicamente.

Los oficiales, desconcertados y convencidos de que es inútil insistir, interrumpen la reunión, proponiendo:

-Pensadlo bien, escribid vuestras respuestas y nos las enviáis a Nagasaki.

Los días siguientes las calles de Nagasaki vieron el espectáculo de grupos de cristianos, que eran conducidos encadenados al Gobernador. Los cristianos se congregaban en los cruces de las calles para saludar y animar a sus hermanos. Y hasta los paganos salían a contemplar el espectáculo, unos avergonzados, otros mostrando su compasión por los cristianos y también algunos insultándolos. Los cristianos, con una alegre sonrisa en sus rostros, testimoniaban públicamente su fe. Yogoro, Torajiro, Zenyemon, Mataichi..., conocidos de todos, son aclamados a su paso.

Torajiro se conquista la simpatía hasta de los oficiales que le

conducen a la prisión. En uno de los interrogatorios, el gobernador pretende ablandar la firmeza de su fe con los afectos:

-Si reniegas podrás salvar a tu padre, madre e hijos, que están en prisión.

-Yo no soy cristiano por mi familia. Yo tengo mi alma que salvar; sólo yo soy responsable de mi salvación.

Y no es que no amara a sus familiares. Un día, entre interrogatorio e interrogatorio, se encuentra con su hijo de cinco años, Jean Sadaichi. El padre mira a su hijo y le sonríe para darle ánimos. Pero el niño rompe en un llanto amargo y el padre se siente desfallecer; se le abate la cabeza contra el pecho y pasa adelante, sin atreverse a levantar la cara para mirar una vez más a su hijo. Cuando encuentra al padre y a la madre, les pide que recen por él para que no desfallezca su fe por amor a su hijo. Incluso las mujeres eran expuestas al ludibrio público, paseándolas encadenadas por las calles, cosa que en Japón no se había hecho nunca, ni siquiera con las parricidas.

El gobernador de Nagasaki asegura a todos que los prisioneros no son torturados. Pero la verdad es que en un espacio de unos cuatro metros están apiñados cuarenta y seis, donde resulta imposible dormir y hasta respirar. Al mismo tiempo la comida es miserable. M. Lèques sigue insistiendo en que se cumplan las promesas de liberar a los prisioneros. En una entrevista con un enviado extraordinario del Shogun, llegado a Nagasaki, insiste una vez más. El oficial, después de negar que los prisioneros sean maltratados, le dice:

-Yo los liberaré inmediatamente si usted me promete que ellos dejarán de ser cristianos.

-Eso es imposible.

-Entonces esto se pone difícil. Habrá que prohibir a vuestros sacerdotes ir a visitarlos.

-Yo os prometo que les haré llegar vuestros deseos, pero no os puedo garantizar que ellos los acaten, porque los sacerdotes son franceses y tienen derecho a ir a los lugares consentidos a los franceses.

-Esto aumenta aún más la dificultad.

-Sin embargo se nos ha prometido la liberación de los prisioneros, ¿cómo es que todavía no se ha hecho realidad?

-Pues no se ha cumplido porque el Shogun no ha ratificado la decisión de su lugarteniente. Lo único que yo puedo garantizar es que no se dará muerte a los prisioneros y que les trataremos como hijos nuestros.

- Si vosotros tratáis a los cristianos a golpes de bastón y si los

dejáis morir por falta de aire y de alimentos, ¿es eso tratarlos como a vuestros hijos?

-No es así como les tratamos. Ellos no son molestados en nada y quienes os dicen lo contrario mienten.

El sí estaba mintiendo.

El 16 de septiembre tiene lugar una nueva convocatoria de los representantes del valle de Urakami ante los oficiales del gobernador, esta vez acompañados de algunos bonzos. Estos son los encargados de hacer el interrogatorio para incitales a renegar de la fe cristiana:

-¿Por qué seguís la religión de los sacerdotes extranjeros? ¿No podéis alcanzar la salvación de vuestra alma siguiendo la ley de Buda, que también enseña la existencia del paraíso y del infierno? También nosotros adoramos a un Ser único: Amida. Vosotros rechazáis esta doctrina porque no la conocéis.

-No, la rechazamos porque somos cristianos y no queremos saber nada de Amida.

-Pero si lo que vosotros creéis es exactamente lo mismo que lo que nosotros creemos. Veamos, decidnos en qué consiste vuestra fe.

Los cristianos recitan el Símbolo de los Apóstoles. Los bonzos, que les escuchan con atención, les replican:

-Vuestra doctrina es muy bella. La podéis seguir, pero no podéis decir que sois cristianos: eso lo prohíben las leyes del país. Por lo demás, los mandamientos de vuestro Dios, ¿no dicen que hay que obedecer a los padres? ¿Como es entonces que desobedecéis a los oficiales que son padre y madre del pueblo?

-Nosotros deseamos obedecer a los oficiales, pero no queremos abrazar la doctrina de Amida.

No sabiendo cómo continuar, los bonzos se dirigen a un campesino que no ha abierto la boca:

-Vamos a ver, ¿tú que dices? ¿En qué consiste tu fe?

-Yo soy un hombre de campo, yo no sé dar lecciones a los bonzos. Yo soy cristiano. Yo comprendo y creo en mi corazón, pero no tengo palabras para explicaros la doctrina. Si deseáis instruiros es mejor que os presentéis a los misioneros...

Escondidos tras una mampara han seguido el interrogatorio varios altos funcionarios y el mismo gobernador. Todos han podido escuchar las respuestas de los cristianos, unánimes en la confesión. Al retirarse, uno de los bonzos recoge en un grito esta unidad de fe:

-¡Esta gente son un aburrimento, todos iguales!

Tras el interrogatorio nada cambió. Pero en la tarde llegó a Nagasaki un despacho de Edo en el que se prohibía absolutamente a los japoneses visitar la Iglesia católica. Quien lo hiciera sería encarcelado. M. Lèques, desazonado porque no se cumplen las promesas de liberar a los prisioneros, visita una vez más al delegado del Shogun. Este delegado, a sus protestas, le replica:

-Si queréis hacer vuestra petición por escrito, los prisioneros que han apostatado serán puestos en libertad. Pero los que se niegan a arrepentirse y, sobre todo, para los que exhortan a los demás a no apostatar no hay nada que hacer.

-Es para interceder por estos últimos por lo que yo he venido. Pues ellos son y quieren seguir siendo cristianos, yo os pido que se les libere. No os pido nada para quienes han renegado de su fe.

El gobernador, presente al encuentro, corta en seco:

-No hablemos más de este asunto. Con todos los respetos, usted no conoce las instrucciones al respecto. No nos podemos entender.

Mons. Petitjean, al día siguiente, se embarca para Yokohama. Quiere mover a todas las autoridades extranjeras en favor de los cristianos. Esa misma noche se presentaron en Urakami dos emisarios del gobierno para arrestar a seis de los jefes cristianos. Con ellos arrestaron también a Ichimatsu y a Isabel Toki, culpables de haber enterrado últimamente a sus hijos sin el servicio de los bonzos. Los ocho fueron juzgados y entregados a los **éta**, una banda de forajidos puesta al servicio de la policía como verdugos y torturadores de los criminales. Estos son quienes les conducen a la prisión de Sakuramachi, con los presos comunes. Los veteranos de la cárcel les arrebatan cuanto llevan y les someten a las más indignas violencias. Los guardianes de la prisión hacen como que no se enteran de nada. Yogoro comenta esta situación a Jimpei, que ha podido penetrar en la prisión durante la noche:

-Estamos en el infierno. Pero si el cuerpo sufre, el espíritu es fuerte. Di a los cristianos de nuestra aldea que seguimos fieles a nuestra fe y que les conjuramos a no perder el ánimo.

Jinzaburo, el valiente y celoso catequista, se entera de que su padre también ha sido arrestado y ruega a Jimpei que dé ánimos a su madre y hermanos:

-¡Que sean fieles a Dios!

Sakuturo le recomienda:

-Jimpei, mi anciana madre ha quedado sola, velad por ella y no permitáis que apostate.

Zenyemon le recomienda a sus hijos. Y así todos los prisioneros aprovechan la visita nocturna de Jimpei para encomendarle el cuidado de sus parientes. Todos quieren dar ánimos a los suyos para que se

mantengan fieles en la fe. A su salida puede ver y escuchar semejantes testimonios de las mujeres, encarceladas en otra celda de la misma prisión: Clara Isé, Tora, la joven Nishiyama... Clara Isé dice que su interrogatorio ante el gobernador había sido breve, pero que el gobernador había concluido con esta amenaza:

-No será con palabras, sino con la tortura con la que en adelante trataremos de persuadirlos a ti y a tus compañeros.

Estas palabras de Clara Isé llegaron a oídos de todos los cristianos. Todos deseaban mantenerse fieles, pero todos temían que, en medio de la tortura, se les escapase una palabra de apostasía. Todos se pusieron a orar, implorando a Dios el don de su Espíritu, para que les infundiera fortaleza en medio del dolor. Llevan ya quince días de tortura, apretados en la celda insignificante, sin apenas aire para respirar, con mala comida, sin poder apenas dormir. Y aún se les amenaza con nuevos tormentos...

Mons. Petitjean sigue en Yokohama sin perder tiempo. Está moviendo a todos para que no olviden a los cristianos encarcelados. A finales de septiembre llega la orden del Shogun de poner en libertad a los cristianos:

-El gobierno de su Majestad el Emperador, escuchando la petición del cónsul de Francia, consiente que sean liberados los japoneses arrestados en Nagasaki, aunque éstos hayan violado las leyes del país, al profesar públicamente una religión no comprendida entre las ocho sectas autorizadas por las leyes. Aunque estos japoneses han merecido la pena capital, el gobierno japonés, movido por sentimientos de humanidad, suspende la ejecución de la pena merecida, pues dichas leyes están aun en vigor. Pero quede claro que, si el gobierno perdona los delitos pasados, espera que en el futuro todos respeten las leyes del Imperio.

Mons. Petitjean, una vez más, quedó desolado e indignado al leer las cartas del cónsul de Francia, que se sentía satisfecho con los vergonzosos pactos hechos con el Shogun, a quien llenaba de elogios. No podía el Obispo resignarse a que sus hijos, los cristianos, fueran considerados como rebeldes y criminales. Inmediatamente respondió al cónsul:

-Permitidme que os exprese la triste impresión que ha embargado mi espíritu al leer los diferentes documentos que me habéis enviado. Siguiendo el ejemplo de todos los perseguidores, nuestros enemigos se esfuerzan por difamar a nuestros cristianos, presentándolos como rebeldes a las leyes del país y a nosotros, los misioneros, como a los instigadores de esta rebelión. Yo apelo a vuestra experiencia y a vuestros sentimientos cristianos. ¿En verdad se puede decir que los japoneses que profesan nuestra fe han quebrantado alguna ley de su país? Comprendo que el gobierno japonés que, por trescientos años, ha perseguido con la mayor crueldad a los cristianos, se proponga poner en práctica una ley semejante, pero no puedo comprender que un representante de nuestra católica Francia acepte sin protesta semejante pretensión... En

cuanto a las recomendaciones que nos ha dado de no recibir ni visitar a los cristianos japoneses, permítame decirle que no podemos aceptarlas. No se inquiete por ello su Excelencia. Con la protección de Dios, ya que no nos queda otra, seguiremos realizando nuestra misión como hasta ahora hemos hecho.

No era sólo Mons. Petitjean el indignado con la actuación del cónsul francés. Desde América e Inglaterra llegaron protestas contra la resolución tomada por él y el gobierno japonés:

-Como católicos creemos que los misioneros han recibido de Dios su misión y, en consecuencia, es a Dios a quien han de rendir cuentas y no a los poderes públicos de las naciones. No comprendemos cómo un representante de una gran nación católica se permite imponer a los misioneros de su patria restricciones en su ministerio.

Muy pronto se vio en qué quedó la promesa del **perdón sin condiciones** que el Shogun hizo al cónsul francés y de la que éste se sentía tan orgulloso.

18. REVOLUCION JAPONESA

Mons. Petitjean, tras unas semanas en Francia, llega a Roma el 3 de enero de 1868. Es recibido por el Papa Pío IX y por diversos cardenales de la Curia romana. Todos le expresan la alegría que les ha causado el descubrimiento de los cristianos y el dolor de la persecución. Le felicitan por su actuación y la de los demás misioneros. En Roma encuentra y copia tres libros antiguos japoneses sobre la

doctrina cristiana. Espera que el Santo Oficio le dé orientaciones detalladas sobre la actuación de los cristianos con relación a los funerales. Y sobre todo recibe una hermosa carta personal del Papa, que él se lleva como un tesoro para sí y para la Iglesia del Japón.

Contento de la acogida que ha tenido en Roma, parte para Francia con el fin de preparar su regreso anhelado al Japón. En Francia es recibido con cortesía por Napoleón III, a quien intenta interesar en la suerte de los cristianos. El 19 de marzo parte para el Japón con el corazón triste, pues del Emperador francés sólo ha recibido amables palabras y ningún apoyo real para su causa.

A su regreso al Japón se encuentra con una situación totalmente nueva. El país está viviendo una revolución que amenaza con destruir todo el sistema político en vigor por más de doscientos años. La apertura del Japón a las naciones extranjeras ha hecho explotar la situación. La división de poderes -Emperador y Shogun- ha entrado en crisis. El emperador y su corte, en un exceso de patriotismo, se oponen a los pactos firmados por el Shogun con los extranjeros. Quieren que éstos sean expulsados del Japón. Pero el Shogun, mejor conocedor de la situación, para salvar al Japón, se siente obligado a oponerse al Emperador y a aceptar las alianzas con las potencias extranjeras.

En el momento en que las potencias europeas establecen relaciones con el Japón, la organización política de este país está constituida por la coexistencia de dos poderes: uno puramente espiritual, que es el del Emperador, y otro totalmente temporal, que es el del Shogun.

A partir de las luchas feudales, los Shogun de la familia Tokugawa acapararon todo el poder temporal. De hecho, los extranjeros tratan siempre con el Shogun y nunca con el Emperador, que sigue siendo considerado por todos como el verdadero jefe del Estado. Es el único Emperador. El Shogun ejerce su poder en nombre de él. Colocado por encima de las partes, desligado del fardo y responsabilidades políticas, el Emperador goza de honores casi divinos y de todas las delicias de una vida tranquila y voluptuosa. El ejercicio del poder, en cambio, es cosa del Shogun, que lo ejerce en nombre del Emperador y tiene, como primera obligación, defenderlo y proporcionarle todo lo que necesite o desee. Pero, en realidad, el hijo de los dioses, descendiente de Amaterasu, se halla sin autoridad y a merced de su lugarteniente.

El Emperador y su lugarteniente, el Shogun, viven lejos el uno del otro. El Shogun vive en Edo y el Emperador en Kyoto. Kyoto es la capital, donde se halla la corte imperial, formada por aristócratas descendientes de los emperadores, considerados miembros de la nobleza, y por numerosos funcionarios. En la corte no hay militares. En ella todo es enfático, solemne. Con el emperador sólo se comunican a través de sus mujeres. Y sólo en las ocasiones solemnes pueden verle, cuando se muestra a ellos a una cierta distancia en el gran salón de ceremonias. Desde allí, medio oculto por un cortinaje, preside alguna vez las asambleas de los grandes dignatarios. Nunca, sin embargo, dirigirá personalmente la palabra. En caso de tener que decir algo, lo

hará a través de un miembro de la familia imperial.

El Shogun, en cambio, es quien gobierna la nación. El posee todo el poder militar... El Shogun está representado en la corte imperial por el **Shoshidai**, que le informa de todo lo que ocurre. En realidad, al Shogun le llega la noticia del más mínimo rumor de la corte y del resto de la nación. Está al corriente de todas las intrigas de la corte y de cualquier maniobra que pueda amenazar su poder.

Esta era la situación del Japón al momento en que los extranjeros entablaban negociaciones con el Japón. Más de dos siglos de aislamiento habían consolidado esta organización política. Pero la apertura al mundo exterior va a transformar esta situación pacífica. El Shogun Yesada, mejor informado que el Emperador y su corte, y más clarividente que la mayoría de los daimyo y el pueblo entero sobre el poder de los que han llegado reclamando su alianza, se ha visto obligado a aceptarla. El ha querido con ello evitar a su país una guerra inevitable en caso contrario, una guerra para la que el Japón no estaba preparado. Consciente de la situación y de su obligación de defender al país, se ha mostrado partidario de firmar el tratado de alianza con las potencias extranjeras. Sin escuchar más que a su corazón patriota concluyó el tratado que lleva su nombre Tokugawa. Pero, con la firma del tratado, firmó su sentencia de muerte. Pues Emperador, corte, daimyo y pueblo ven en "la alianza con los bárbaros" una humillación.

En este momento llega la flota inglesa y el coronel Neale lanza un ultimatum a los japoneses. Ingleses y americanos proponen al Shogun una alianza con él. El Emperador dicta la expulsión de los extranjeros. Los franceses ocupan militarmente la concesión de Yokohama. Los ingleses bombardean Kagoshima. Los complots se multiplican. El Shogun se entrevista con el Emperador. La expulsión de los extranjeros quizá no sea posible. Los extranjeros se acercan al Emperador, reconociéndolo como verdadero soberano... Pero los daimyo de Nagato y de Satsuma, los más potentes del Japón, se unen contra el Shogun y sus acuerdos, alborotando las calles al grito: **¡Muerte a los bárbaros!** Pero, después, se dan cuenta que, para derrocar el poder del Shogun, necesitan las armas de las potencias europeas y cambian de táctica. Compran a los europeos armas y municiones. El Shogun Yemoki se pone al frente de su ejército para enfrentarse al daimyo de Nagato. El mal tiempo, le obliga a esperar en Kyoto la primavera. Los ministros de las potencias europeas se reúnen en Osaka. Inglaterra exige la inmediata apertura del puerto de Hiogo, el más cercano a la capital imperial, y Francia pide la ratificación de los tratados por parte del Emperador. La corte del Emperador se niega a abrir el puerto de Hiogo, aunque sí ratifica los tratados. Inglaterra protesta.

Al llegar la primavera, el Shogun se enfrenta a Nagato. Muy pronto se da cuenta que sus armas no sirven contra las que el príncipe de Nagato ha comprado a los extranjeros. Derrotado se refugia en Hiroshima. Abatido por estos sucesos y enfermo, a los pocos días Yemoki muere en Osaka. Le sucede Hitotsubashi, que toma el nombre de Tokugawa Yoshinobu o Keiki. Muere también, el 3 de febrero, el

Emperador Komei. El trono del Imperio queda en manos de un adolescente de 15 años, Matsuhito, que se muestra dispuesto a abrir el puerto de Hiogo y a ratificar los tratados con las potencias extranjeras. Más daimyo se unen a los de Nagato y Satsuma y piden al Shogun que dimita y restituya toda la autoridad al Emperador, "de modo que el Japón pueda dialogar con los extranjeros a un nivel de igualdad".

Keiki, forzado por la situación, acepta y convoca a una dieta solemne a todos los daimyo del país. Pero, antes de reunirse los daimyos, tiene lugar el golpe de estado del 3 de enero de 1867. El poder del Shogun queda eliminado por un decreto del Emperador. Keiki, replegado con sus tropas en Osaka, reacciona y declara nulos los decretos arrancados al joven Emperador. En Osaka se entrevista con los ministros de Francia y de Inglaterra. Pero Keiki, atacado por los daimyo del sur, huye, y Osaka cae en manos de Satsuma y de Nagato.

Los extranjeros, establecidos en los diversos puertos abiertos, se sintieron inquietos y preocupados por el triunfo de los que no habían cesado de reclamar la expulsión "de los bárbaros". El 29 de enero, a media noche, el Shogun había prevenido a los representantes europeos que él no respondía ya de su seguridad. Cuatro horas más tarde, Osaka caía en manos de Satsuma, Nagato y Tosa; las mansiones ardían en llamas y la fortaleza era abatida. La calma sólo llegó el 8 de febrero cuando un delegado de la corte imperial anunciaba a los ministros de las Potencias extranjeras que el poder del Shogun había sido suprimido, pero que el Emperador, señor de toda la administración del Imperio, se comprometía a respetar todos los tratados anteriormente firmados.

La caída del Shogun llenó de pánico también a los cristianos de Nagasaki. El P. Cousin escribe:

-El terror cunde en todo el valle. Se dice que será atacado, que será quemado; se habla de ciertos bandidos dispuestos a vengarse de los extranjeros. Muchos dicen que les han visto y oído. Los diversos cónsules han fijado lugares de refugio e instan a sus connacionales a dirigirse a ellos lo más rápido posible, apenas se oigan los dos golpes de cañón, que servirán de señal. Toda la población pasa la noche en pie, sumida en la inquietud. Parece que es inminente un ataque. Los misioneros somos quizás los únicos extranjeros que hemos dormido esta noche, pues no pensamos abandonar a nuestros hijos japoneses.

La inquietud no era infundada. A la mañana se sabe que el gobernador ha huido con toda su guardia. Su palacio ha sido ocupado inmediatamente. Las gentes de Satsuma y de Nagato se pelean entre ellos. Hay muertos, pues ambos grupos se sienten con derecho a ocupar el palacio y el poder. El desorden cunde por toda la ciudad. Los mismos misioneros no se sienten seguros. Piensan en esconder sus posesiones y documentos. Discuten entre ellos y deciden confiarles a un cristiano japonés de confianza, para que, en caso de ser atacados y muertos, los transmita a sus sucesores. Ya la noche siguiente no logran dormir en paz. Han organizado turnos de guardia ante la iglesia y la casa.

Finalmente se restablece el orden. Los representantes de Satsuma asumen el poder y garantizan el respeto de los extranjeros. Para dar una prueba de ello ejecutan a cuatro japoneses que se habían dedicado al pillaje de las casas de los europeos. Pero la preocupación de los misioneros no desaparece:

-¿En qué desembocará todo esto? ¿Traerá la libertad a los cristianos o volverán a ser perseguidos de nuevo?

Una pequeña esperanza nace en sus corazones después de que los representantes de Satsuma visitan la iglesia:

-Se muestran condescendientes.

-Tienen tal miedo a una guerra con Europa que se arrodillan ante todo lo que no es japonés.

-Si este poder se consolida parece que todo irá bien. Pero hay que esperar a ver cómo se desenvuelven las cosas.

Son los comentarios que hacen los misioneros después de despedir a sus visitantes.

El nuevo gobierno se organiza con rapidez. La corte imperial se reserva casi todos los poderes. Un miembro de la familia del Emperador, el príncipe Arisugawa ha tomado el mando del ejército, asistido por otros dos familiares imperiales, Sanjo e Iwakura, que se encargan del poder político. Los cargos y dignidades están siendo repartidos entre los miembros de familia imperial y los daimyo favorables al nuevo orden. Los familiares del Emperador representan la tradición, el ideal religioso; y los daimyo, la fuerza militar. Pero, en realidad, son los samurai de Satsuma, de Nagato y de Tosa quienes gobernarán, primero como consejeros y después como ministros. Estos, a pesar de su juventud, representan el deseo de renovación y, contra su voluntad, la acomodación a la civilización europea. Un familiar del Emperador es el enviado como nuevo gobernador a Nagasaki, pero custodiado por dos grandes oficiales, uno representante de Nagato y el otro, de Satsuma.

-Imposible prever los sentimientos del nuevo gobernador con relación a los cristianos, anota el P. Cousin.

El inestable gobierno de los Tokugawa se derrumbó por fin el 11 de noviembre. Había durado 264 años. Comenzaba una nueva etapa: la era Meiji, que oficialmente comenzó en diciembre de 1867.

El nuevo gobierno se encontró, apenas iniciado, con el problema de los cristianos ocultos, que acababan de salir a la luz. El problema del nuevo gobierno, que sentía un profundo resentimiento por la forzada intrusión de los extranjeros, es que necesitaba de ellos para modernizarse y ser aceptados por el mundo occidental. Y en ese momento precisamente los cristianos ocultos emergían por oleadas. El Gobierno no sabía cómo resolver el dilema. La caída del gobierno militar había sido obra de jóvenes revolucionarios, que deseaban hacer

revivir la religión shintoísta, que, según ellos, tenía una tradición milenaria en el Japón. La "vía de los dioses" era la base de la reverencia hacia el Emperador, descendiente y representante de esos dioses. El mismo, aunque siguiera practicándose a la par del shintoísmo, budismo, perdió el favor oficial. ¿Qué hacer con los cristianos?

Las discusiones de los gobernantes eran acoloradas y contrapuestas. Había quien proponía seguir la prohibición vigente y pasar a cuchillo a todos los cristianos. Otros preferían optar por la tolerancia. Es lo que propugnaba el señor de Tsuwano, encargado de la jefatura de Asuntos Religiosos. Mejor no tomarles en cuenta. Dejarles en libertad. Son tan pocos que no merece la pena sacrificar por ellos la reputación del Japón como nación civilizada.

La primera solución era demasiado drástica. Fue rechazada por el gobierno. Pero tampoco estaba dispuesto a admitir la segunda solución de la tolerancia. El gobierno optó por una vía de compromiso, propuesta por un intelectual también de Tsuwano. El profesor dijo:

-Hay que convertirlos al shintoísmo. Esta es la antigua religión del Japón y el fundamento de nuestra historia. Si se la enseñamos, esos cristianos, que no son más que unos campesinos ignorantes, se dejarán persuadir.

El gobierno se decide por esta solución y emprende su campaña de educación con los cristianos de Nagasaki. Se les reúne para adoctrinarlos y persuadirlos a abandonar a Cristo y que se adhirieran al shintoísmo para salvar sus vidas.

Los cristianos oyen respetuosamente las charlas, pero rehusan con firmeza abandonar su fe:

-La herencia que, con tantas penalidades, hemos conservado por más de doscientos años, no la vamos a perder ahora. ¿Creéis que por oír vuestras explicaciones vamos a traicionar a nuestros corazones?

-El Japón es el país del sol naciente. El Emperador es descendiente de Amatarasu, la diosa del sol naciente, que resplandece en el rojo de sus templos.

-El sol y la luna son como mozos, criados de los que conocen a Jesucristo. No sirven más que para alumbrar el día y la noche, para que los hombres, con su claridad, sirvan a Dios, que ha creado al sol y la luna, lo mismo que a los hombres. Y Jesucristo, el Hijo de Dios, es el verdadero Sol, que ilumina a todos los hombres con la verdadera luz...

Los encargados del gobierno se miran los unos a los otros, sorprendidos, como si dijeran:

-Y estos son los ignorantes campesinos que con unas cuantas lecciones van a cambiar de fe...

En vista de que no resulta tan simple persuadirlos a abandonar su fe, el gobierno decide desterrarlos de sus ambientes y dispersarlos

por diversas prisiones. Desarraigados de sus hogares, donde han recibido y alimentado su fe, será más fácil llevarlos a la apostasía... En diversas oleadas, unos 3500 cristianos son llevados, en pequeños grupos, al destierro a más de 20 localidades. A Tsuwano, debido a su fama por la antigua universidad, con sus especialistas en religión, se asigna un grupo de cristianos.

19. DECRETOS IMPERIALES CONTRA EL CRISTIANISMO

El 16 de marzo de 1868 veintidós cristianos de Urakami son citados, por orden del nuevo gobernador de Nagasaki, a su palacio. Once de ellos, entre los que hay algunas mujeres, eran víctimas de la persecución del año anterior. Los otros no habían tenido aún el honor de confesar su fe ante los tribunales. Todos habían recibido la orden de llevar su sello. Uno de los convocados es Zenyemon, que inmediatamente dice a los enviados para comunicarle la orden:

-Si el sello es para atestiguar que somos cristianos, es innecesario, pues todo el mundo sabe que lo somos. Y si lo que se pretende es que sellemos un acta de apostasía, es más inútil aún, pues estamos dispuestos a permanecer cristianos a toda costa.

Como corderos, dejaron el valle y se pusieron en marcha, acompañados por un largo cortejo de habitantes de las respectivas aldeas. El oficial que les conducía les ofreció la posibilidad de tomar una nave, que les desembarcaría a las puertas del palacio, para que no sufrieran la vergüenza de desfilar a pie a la vista de las gentes.

-No, no, respondió Zenyemon. Nosotros hemos sido citados ante los tribunales por nuestra fe en Jesucristo. No es ningún deshonor servir de espectáculo ante las gentes por ser cristianos.

Susurrando oraciones, recorrieron todo el trayecto. Más de 300 cristianos les siguieron hasta las puertas del palacio del Gobernador, donde permanecieron esperando hasta que terminó el interrogatorio. Los veintidós convocados, introducidos en una amplia sala, permanecieron solos en ella varias horas, sin que apareciera ni el Gobernador ni ningún otro oficial. Recitando el rosario con los dedos,

se prepararon a la nueva prueba que les esperaba. Finalmente aparece un alto personaje, que les pregunta:

-¿Es cierto que vosotros adoráis a Jesús y practicáis la religión de los franceses?

El nombre de Jesús pronunciado a la manera china, no lo entendieron, pues estaban acostumbrados a pronunciarlo a la manera portuguesa. Por ello Zenyemon respondió:

-Nosotros practicamos el verdadero Cristianismo.

-El Cristianismo es la religión de los franceses. Es una religión buena, las naciones de Europa la siguen. Pero de las otras religiones ellos se burlan. Por eso, ella es mala y vosotros la debéis abandonar.

-No podemos hacerlo. Es necesario ser cristiano para salvar el alma en la otra vida.

-Vosotros, ¿creéis que un hombre desnudo, un criminal colgado en una cruz, os puede proteger? Hace diez años algunos de los vuestros fueron encarcelados y muchos de ellos han muerto. ¿Pensáis que les ha ocurrido algo malo a los oficiales que les encarcelaron y, con los suplicios, les hicieron morir?

-Dios no castiga siempre en esta vida. El no quiere la muerte eterna de los malos, sino que les da tiempo para que se arrepientan y se salven. Nuestro Dios ha mandado a su Hijo a morir por los pecadores para que estos puedan salvarse...

-¿Cómo te atreves a levantar la voz y a querer enseñar a tus maestros? Es necesario abandonar esa religión o, de lo contrario, os espera la muerte. Elige.

-Yo no puedo dejar de decir que soy cristiano.

-Y vosotros, ovejas mudas, ¿pensáis del mismo modo?

-Sí, todos pensamos igual.

Por tres veces les hizo la misma pregunta y por tres veces recibió la misma respuesta. Decepcionado, les replicó:

-Habéis venido aquí con las orejas cerradas y decididos a no oír razones. Si en vuestras familias, los niños y las mujeres se niegan a obedecer al cabeza de familia, ¿qué les ocurre? Si no obedecen, todo irá mal en la casa y habrá que recurrir al castigo para restablecer el orden. Pues bien, en el Japón hay un Padre del imperio a quien todos deben obedecer.

-Nosotros le estamos sometidos. Sólo queremos que se nos permita ser cristianos y seremos los servidores más fieles del gobierno.

-Vosotros desobedecéis desde el momento en que seguís una

religión extranjera. ¿No os dais cuenta que seréis conducidos a la muerte y vuestras familias serán perseguidas? Retiraos y consultad con vuestros amigos, esposas e hijos. Quizás ellos sean más sabios que vosotros. ¡Marchaos!

Bruscamente se levantó la sesión. Los cristianos que, al entrar en el palacio, habían visto una banda de verdugos, sin duda congregados para intimidarlos, se sintieron maravillados al ver que no intervenían y les dejaban salir sin molestarlos. Pero tampoco se hacían ilusiones; esto sólo había sido el comienzo. Sin duda, el gobernador había actuado de este modo siguiendo instrucciones de la corte de Kyoto, a la que comunicaría ahora el resultado y esperaría de ella instrucciones sobre las medidas futuras. Había que esperar hasta conocer las disposiciones del nuevo gobierno en relación a los cristianos. Los rumores que circulaban decían que el príncipe de Satsuma, principal autor de la revolución, no era contrario al cristianismo. Aún no se había habituado a considerarse como una emanación de la divinidad imperial y ver al Japón como una tierra sagrada e inviolable. Pero, por otra parte, Francia, protectora de los misioneros católicos, se había mantenido fiel al Shogun hasta su definitiva desaparición. ¿No sería eso motivo de una nueva recrudescencia de las hostilidades contra la religión por tanto tiempo proscrita como religión francesa?

La calma volvió a reinar en Urakami. Los misioneros celebran en la misión, con sus domésticos, la Semana Santa, sin que asistan, por prudencia, cristianos de otros lugares, a la espera de que se aclaren las cosas. Y las cosas se aclaran a finales de abril. En las puertas de Yokohama, a pocos metros de la residencia de los ministros extranjeros, se fijó en el cartel un edicto imperial contra el Cristianismo:

Como la abominable religión cristiana está severamente prohibida, todos están obligados a denunciar a las autoridades competentes a las personas que les resulten sospechosas de pertenecer a ella. El que presente la denuncia recibirá una recompensa por ello.

El 29 del mismo mes 180 cristianos, jefes de familia, eran convocados ante el gobernador de Nagasaki. La persecución comenzaba de nuevo abiertamente. Hasta ahora, la conducta del nuevo gobierno había hecho esperar a algunos que iba a cerrar los ojos sobre los cristianos, dejando andar las cosas. Esta ilusión se desvaneció por completo.

Los convocados, a pesar de las lluvias, llegaron al palacio mucho antes de la hora fijada. Les acompañaban otros cuatrocientos más, que quisieron darles el último adiós o participar de su misma suerte. Pero los oficiales les fueron llamando nominalmente y así sólo los 180 convocados entraron en una sala del palacio. Ante ellos hallaron a una docena de altos funcionarios, con el nuevo gobernador en medio, inmóvil y silencioso. Se comenzó por preguntarles:

-¿Es verdad que aún seguís siendo cristianos?

Zenyemon tomó la palabra y respondió por todos:

-Esa es la verdad.

-Pues es necesario que renunciéis inmediatamente.

-Pues yo no puedo hacerlo. Son ya muchas las veces que he comparecido ante los tribunales y, si hubiese querido renunciar al Cristianismo, ya lo habría hecho hace tiempo. Yo estoy dispuesto a comparecer cuantas veces queráis, pero será siempre lo mismo.

Uno de los jueces pregunta a los demás si piensan lo mismo. La respuesta fue unánime:

-Sí, sí.

Siguieron los argumentos de siempre y que Zenyemon ya estaba cansado de oír:

-En lugar de creer en vuestros oficiales, que son padre y madre del pueblo, vosotros os dejáis engañar por los bonzos franceses, que no buscan sino la conquista del país. Por eso su religión ha sido, desde hace tanto tiempo, prohibida y lo seguirá siendo. No adorando a Daijingu, que ha venido del cielo para crear el Japón y que se perpetúa en la persona del Emperador, su descendiente directo, y en los oficiales que le representan, vosotros sois traidores a la patria. ¿Qué os han hecho los franceses y sus bonzos para que los sigáis? ¿Y qué tenéis contra el Hijo del Cielo y sus oficiales para no someteros a ellos?

De nuevo fue Zenyemon quien respondió:

-Si nosotros somos desobedientes, condenados a muerte. Es lo que deseamos.

-¿Cómo puedes proponer eso a los oficiales? ¿Es que tú te sentirías contento viendo matar a tus hijos?

Zenyemon hubiese deseado responder que su mayor alegría era ver a sus hijos dar la vida por Dios. Pero, por no herir los sentimientos de sus compañeros, prefirió guardar silencio. Una vez más fueron invitados a reflexionar con sus esposas e hijos y fueron despedidos:

-Ya se os llamará de nuevo.

Dos días más tarde, en Nagasaki, son públicamente ejecutados trece criminales. Y se aprovechó la impresión causada para difundir por la provincia toda una serie de rumores para intimidar a los cristianos: "El gobernador está dispuesto a acabar con todos los cristianos", "Si es necesario se les fusilará", "Los misioneros y sus servidores ya han sido arrestados", "Ya está fijado el día y la hora de la muerte de veinte, mientras que a los demás se les someterá a la tortura". Hasta los

paganos se congregan en Nagasaki el día señalado para la ejecución de los cristianos. No hubo tal ejecución, pero el miedo cunde entre todos los cristianos.

Los misioneros saben que los rumores, aunque sean falsos de momento, expresan el deseo del nuevo gobierno. En el mayor secreto posible, planean embarcar a sus jóvenes seminaristas y enviarles a Shanghai. Un amigo de la misión se presta a trasladarlos en su barca. Pero al final, por temor a las consecuencias, renuncian a ello. Estos son los más amenazados. Los oficiales ya tienen la lista de todos.

A pesar de los rumores, el gobernador de Nagasaki no hace nada. Parece, según se dice, que espera instrucciones de Kyoto. A los cristianos, que citan ante él por haber rechazado el servicio de los bonzos, les hace un breve interrogatorio y les envía sin más a casa. Algún cristiano le sorprende con sus respuestas. El juez le dice:

-Si no renuncias al Cristianismo serás condenado a muerte tú y tu familia. Pero si renuncias, se te dará lo que desees.

-¿Y cómo seréis capaces de darme lo que deseo, si mi único deseo es que permitáis a todos los japoneses hacerse cristianos?

A pesar de todo, en Urakami están sorprendidos de que no hayan arrestado a ningún cristiano. Ellos no conocen la actitud enérgica que han adoptado los cónsules extranjeros en su favor. Los cónsules de Inglaterra, de Francia y de Prusia han pedido explicaciones a los miembros del gobierno sobre los rumores que estaban circulando. Los oficiales japoneses les responden que ellos están obligados a hacer cumplir las leyes del país, que prohíben el cristianismo a los japoneses. Los dos representantes de Tosa y de Satsuma se habían mostrado molestos sólo con oír hablar aún de los cristianos.

-¿Cómo es posible que después de doscientos años de prohibición aún existan cristianos en nuestra tierra?

Los cónsules escriben una carta conjunta al gobernador general de Kuy-Shu, en la que en nombre de la humanidad y de la civilización exigen que se desmientan los rumores que circulan en Nagasaki. Las amenazas de muerte cesan inmediatamente. Los tres cónsules se sienten satisfechos. Pero unos días más tarde, el 14 de mayo, llega a todos los gobernadores de provincias la siguiente circular del Consejo supremo del gobierno:

Entre los habitantes de la aldea de Urakami, situada en las cercanías de Nagasaki, siempre ha habido algunos que han persistido en seguir la religión cristiana. Pero en estos últimos años su número ha aumentado de día en día hasta el punto de que hoy son más de 3000 personas las que la practican. Ante un hecho tan grave, el tribunal de Nagasaki se ha estremecido. Se ha intentado persuadir a sus habitantes mediante exhortaciones a arrepentirse. Todo ha sido en vano. Por tanto, nosotros, al comienzo de nuestro nuevo gobierno, no podemos

tolerar este estado de cosas. Esto acarrearía graves daños a nuestro país. Se imponen medidas de represión inmediatas. Será, pues, necesario reunir una vez más a los jefes de los cristianos y ofrecerles una última oportunidad para que renieguen de su creencia. Si las exhortaciones no dan resultado, no quedará más remedio que recurrir a la violencia, es decir, apresar a los jefes y decapitarlos, paseando luego sus cabezas para escarmiento de los demás. Y a los otros cristianos se les deportará lejos de sus provincias, dedicándoles a los trabajos más odiosos. De este modo arrancaremos de su corazón la perversa fe que profesan...

El 25 de mayo aparece otra nueva y concisa notificación del mismo Consejo supremo:

En una notificación anterior ya se ha hecho público que la religión cristiana continúa estando estrictamente prohibida como lo ha estado siempre. Esta prohibición se extiende a toda religión perversa. Para evitar confusiones y errores, decretamos que la abominable religión cristiana está absolutamente prohibida. Todo individuo, sospechoso de haber contravenido este decreto, deberá ser entregado a las autoridades y el que le entregue recibirá una recompensa.

Los ministros de las Potencias extranjeras, sorprendidos y ofendidos, dirigieron su enérgica protesta por escrito al Gobierno imperial. Esta carta lleva fecha del 7 de junio, justo el día en que Mons. Petitjean llega a Nagasaki. ¿Qué sintió Mons. Petitjean al pisar el suelo de Nagasaki después de su viaje a Europa? ¿Cómo reaccionó el Gobierno imperial ante la enérgica protesta de los ministros de las potencias europeas? Al día siguiente llegó la respuesta en la circular del Consejo supremo dirigida a todos los gobernadores. En ella se comunicaba que su Majestad el Emperador, movido por sentimientos de benevolencia y de humanidad, decretaba la deportación de los cristianos lejos de su provincia. En el lugar donde sean deportados queda prohibida toda comunicación de los ciudadanos con ellos. Los daimyos del lugar se encargarán de buscar bonzos y maestros para persuadir a los rebeldes a abandonar su fe y volver a la religión del Japón. No volverán a sus lugares hasta que se hayan arrepentido y apostatado de la perversa fe cristiana.

La circular iba acompañada de listas de cristianos con los lugares a donde debían ser deportados. En convoyes sucesivos, los cristianos de Nagasaki fueron saliendo de sus aldeas hacia 24 destinos diferentes.

II. TSUWANO

20. DEPORTACION

A primeros de julio de 1868, Mons. Petitjean recibe la visita de M. Roches, que llega de Osaka con noticias inquietantes. La persecución de los cristianos está decidida. El cónsul de Inglaterra también le comunica que 300 cristianos van a ser deportados inmediatamente. La proscripción del cristianismo está fijada en carteles distribuidos por toda la ciudad.

El cónsul de Inglaterra pide una audiencia al gobernador de Nagasaki. Este le responde que la cuestión de los cristianos no es de su competencia: se decide en la corte de Kyoto. También niega la audiencia al cónsul de Francia. La ansiedad cunde entre todos los cristianos. El 20 de julio son citados 114 cristianos: deben presentarse en el palacio del gobernador. Estas comparecencias ya se habían hecho habituales, casi rutinarias. Pero esta vez es distinto. Se presiente en el aire que esta vez no serán sólo interrogados y mandados a casa. Todos llegan a la hora citada, acompañados de familiares y amigos. Van dispuestos al martirio. Pasan el día entero a las puertas del palacio, sin que se les abran las puertas. Al atardecer les introducen dentro, alejando a golpes de bastón a cuantos les acompañan.

Aún no han vuelto a casa los familiares y amigos, cuando ven que los soldados están conduciendo a los convocados hacia la costa. Allí, les hacen subir a unas embarcaciones, que les conducen a una nave japonesa, que les esperaba en el mar a poca distancia. Aún se les puede ver:

-Nuestros corazones, -cuentan los familiares a los misioneros-, se han fundido; sus ojos estaban fijos en la cruz de la iglesia, como si pensarán que no volverían a verla.

Todo se ha hecho con tal rapidez que ha superado todos los temores. Estaba todo calculado. Las viudas y los huérfanos, con lágrimas en los ojos, se reúnen en torno a la misión. Es la hora de la bendición con el Santísimo. Los misioneros comprenden que es inútil la prudencia y abren las puertas de la iglesia a todos. Recibida la bendición, se sienten consolados y vuelven a sus casas. A pesar de la tormenta, que agita el mar, el navío ha desaparecido en la noche.

¿Dónde les conducen? Nadie lo sabe. Todo son conjeturas: ¿les arrojarán en alta mar a los peces? ¿Les llevarán a sepultarlos en las minas de carbón? ¿Les encerrarán en una prisión, dejándoles morir de hambre? Esto es lo que a la mayoría parece como más probable. Pero de todos modos, no volverán a ver el valle de Urakami.

De este modo, en 1868, un grupo de cristianos de Nagasaki es desterrado a Tsuwano, una pequeña población encajonada entre las montañas de Shimane, no lejos de Yamaguchi. Las casas se agrupan a lo largo del estrecho valle. De los montes, poblados de templos shintoístas y coronados con las ruinas de un castillo, bajan varios arroyos saltando entre las rocas. Siguiendo uno de estos arroyos se llega al valle de los mártires, escondido entre los pinos. La vertiente izquierda, según se sube, es abrupta y los árboles llegan hasta el

cauce del arroyo. La otra vertiente es más suave y permite la siembra de arrozales. Entre el cauce del arroyo y los árboles de la ladera derecha queda un espacio abierto, como escenario de los hechos. En este bello paisaje los confesores de Cristo vivieron la más cruel persecución y el más estremecedor testimonio de la fuerza de la fe. Alguno cedió en su fe ante los atroces tormentos, la mayoría se mantuvo fiel y un buen grupo de ellos confirmó su fe con el testimonio del martirio.

En el mes de agosto, veintiocho hombres, custodiados por un escuadrón de soldados, llegan, pues, a Tsuwano y son encerrados en el Kooronji. Muy pronto se corrió la voz por Tsuwano de que eran "kirishitan" (cristianos), miembros de la secta religiosa condenada tantas veces por innumerables decretos del Gobierno. El temor cundió entre la población. Debía ser gente peligrosa a juzgar por el trato que se les daba.

Las gentes quieren conocerles. Durante dos siglos se habían esparcido toda clase de calumnias contra los cristianos. Eran magos, enemigos de la patria, que querían destruir las tradiciones de los antepasados, renegando de la fe budista y shintoísta. Pero los encerrados en el "Kooronji" no tenían ningún aspecto peligroso. Bastaba verlos. Eran simples campesinos de las aldeas cercanas a Nagasaki. ¿Cómo podían significar una amenaza para la patria esas gentes sencillas e ignorantes, sin armas ni cultura? ¿Con qué fuerza contaban para ser tan peligrosos?

Así las gentes de Tsuwano comenzaron a descubrir el primer resplandor de la fe de los recién llegados. A través de rumores comenzaron a conocer la historia de los desterrados a su tierra. Su fuerza no era otra que su fe. En la debilidad de sus personas la fe era firme. Poseían la herencia de la fe de los primeros cristianos japoneses, eran hijos de la fe de Francisco Javier. De padres a hijos se había ido transmitiendo esta herencia. Era el tesoro de sus vidas y lo conservaban con absoluta fidelidad. La persecución había sido implacable, pero la fuerza de la fe no había vacilado. Habían visto derramar la sangre por Cristo a sus padres o hermanos y esto, en vez de infundirles temor, les daba una fuerza nueva para mantener viva la antorcha recibida y poder transmitirla encendida a la siguiente generación.

Mons. Petitjean, comprendiendo que esta deportación no era más que el comienzo, pensó en buscar un amparo para los jóvenes seminaristas, mandándoles a un lugar más seguro que el de la misión. Por lo demás, en medio de la confusión reinante, en Nagasaki no podían seguir los estudios. Bajo el cuidado del P. Cousin, sin advertir de ello a nadie, les envió al colegio general de Paulo-Pinang. Los diez huérfanos, pues sus padres estaban entre los desterrados, aceptaron la propuesta. Al día siguiente, en medio de la noche, se embarcaron en una nave que partía para Shangai, esperando encontrar allí otra embarcación para Pinang.

Resuelto este problema, Mons. Petitjean partió inmediatamente

hacia Yokohama para visitar a los representantes de las naciones europeas y lograr que se interesen más intensamente por la causa de los cristianos. Todos se pusieron a su disposición, dispuestos a interceder unidos ante el gobierno japonés. Tras una audiencia, el 8 de agosto, el consejo publicó una nueva circular, en la que de un modo confuso parecía afirmarse que se suspendía la ejecución del decreto anterior. Esta circular se mandó a todos los gobernadores de las provincias donde habían sido deportados los cristianos, excepto a los de Yamaguchi, Tsuwano y Fukuyama. Y eran estos los tres lugares donde habían ido a parar los 114 jefes de las familias de Urakami.

Mons. Petitjean no era tan optimista como los representantes de las naciones europeas. En la circular no veía un cambio de actitud, sino simplemente una dilación. Pero, al menos de momento, no se hicieron más deportaciones, según se temía en Urakami. No teniendo ya que ocultar su fe, los cristianos la practicaron abiertamente. El P. Laucaigne comenta con admiración:

-La profesión pública de fe, que hacen cada día en medio de la persecución amenazante, expía con creces la debilidad anterior.

Las mujeres de los esposos deportados, con sus hijos, se presentan en su mayoría en la iglesia para celebrar la eucaristía de las cinco de la mañana. La lluvia y la oscuridad no les importan; recorren sin miedo las tres leguas en medio de la noche. Proponen al P. Laucaigne asistir todos los días. El se lo desaconseja, para no agravar más la situación. Cada día van algunos y llevan con ellos a alguno de los enfermos o de los más ancianos, que no pueden ir por sí mismos. El P. Laucaigne sigue catequizando en secreto, durante la noche, a los que no tienen miedo de ser descubiertos. Estos catequistas luego, en sus aldeas, transmiten a los demás lo que ellos van recibiendo.

Sobre los deportados no logran saber nada. No saben siquiera el lugar dónde han sido llevados. Algunos jóvenes cristianos se ponen en viaje en busca de información, pero apenas si pueden aventurarse más allá de Shimonoseki, donde se dice, sin que puedan certificarlo, que han quedado 48 de los 114 deportados. Se dice que los mismos paganos viéndoles pasar, indefensos, recitando sus oraciones, se han sentido impresionados, exclamando:

-Estos hombres no pueden ser criminales.

La compasión hacia los cristianos y la indignación hacia quienes les escoltaban es lo que han provocado en las gentes. Pero el estado de guerra, que se respira por todas partes, a los valientes jóvenes les ha dificultado recabar más noticias y han vuelto a Nagasaki.

En Nagasaki, Mons. Petitjean recibe nuevas noticias, tristes noticias. La persecución se ha extendido hasta las islas de Goto, donde hasta este momento había reinado la más absoluta calma. El gobernador anterior se dedicaba a cultivar sus campos de patatas y no se preocupaba en absoluto de los cristianos. Con el nuevo régimen han cambiado las cosas. Los cristianos han sido arrestados en masa y torturados. Sin embargo, no faltan alegrías para los misioneros, como

el testimonio de Sebastián, uno de los mejores catequistas. Después de ser torturado con el fuego, Sebastián ha reunido a toda su familia para decirles:

-Pidamos juntos a Dios la gracia de mantenernos fieles. En cuanto a lo que veis en mí, consolaos; aunque mi cuerpo es todo una llaga, los dolores son mucho menores de lo que podéis pensar: Dios ha venido en mi ayuda.

De las islas de Goto, aventurándose en pequeñas embarcaciones, todos los días llegan a Nagasaki jóvenes cristianos, que cuentan cómo se han quedado sin padres y piden asilo en la misión. Imposible acoger en la pequeña misión a cuantos llegan. Ni sería conveniente tampoco. Una vez recibidos los sacramentos de la penitencia, de la confirmación y de la eucaristía se sienten robustecidos en su fe y vuelven a sus lugares, donde les esperan la prisión, el exilio o la muerte.

Algunos jóvenes llegan a Nagasaki desencajados a contar a los misioneros lo que está sucediendo. La persecución se desencadenó con toda crueldad por toda la isla de Goto, cuando el nuevo daimyo descubrió que habían desaparecido todos los signos del budismo y del shintoísmo. Hombres, mujeres y niños son encarcelados, apretados en espacios tan pequeños que no pueden ni moverse. La alimentación diaria es una patata por persona. Muy pronto han comenzado a morir los ancianos y los niños de pecho, que sus madres no pueden amamantar. En un juicio sumario, algunos han sido condenados a morir de muerte violenta y los otros a esperar la muerte en una lenta agonía. Nunca se había visto un furor semejante:

-Hasta las mismas casas han sido transformadas en prisión. El hambre, el sueño y los tormentos están acabando con nosotros.

-Pero hasta el momento de nuestra partida, ni uno siquiera ha renegado de la fe.

En diciembre, por las fiestas de navidad, en Urakami los oficiales del gobernador se presentan para hacer un censo de las familias que no tienen ningún miembro deportado. Esto lleva a la sospecha de que se está preparando una nueva deportación de cristianos. En efecto, el 15 de enero, al daimyo de Goto y al gobernador de Nagasaki llega una nueva circular del Consejo Supremo invitándolos a hacer una minuciosa investigación sobre los "partidarios de la perversa religión" que aún quedan.

Mientras la persecución se abate contra la población de Nagasaki y las islas de Goto, con más de 500 cristianos en prisión, en otras partes los misioneros siguen -angustiados por las noticias que les llegan-, pero sin ser molestados en su ministerio con los cristianos extranjeros. El P. Mounicou ejerce su ministerio en el puerto de Hiogo; el P. Armbruster en el puerto de Hakodake, y el P. Furet, con otros dos nuevos misioneros, PP. Marin y Pettier, en los puertos de Edo, Yokohama y Yokosuka. Con la mayor reserva han ido extendiendo su apostolado también a los japoneses; pero ahora, con todas las noticias

que circulan sobre la persecución de Nagasaki, su misión con los japoneses se ha vuelto casi imposible. Con paciencia esperan que pase la tormenta y lleguen tiempos mejores.

En medio del estado de desolación, en que se encuentran reducidos los cristianos, cuyo descubrimiento le había llenado de alegría, Mons. Petitjean busca por todos los medios ayudas para salvarlos. No deja en paz a los representantes de las naciones, que protestan enérgicamente ante el gobierno japonés. Pero la verdad es que el gobierno japonés les engaña constantemente con promesas que luego no cumple. Los cristianos siguen encarcelados, sufriendo torturas atroces y son ya muchos los que han muerto por hambre y malos tratos. Entre los muertos hay hombres, mujeres y niños de pecho. Según las informaciones de Mons. Petitjean en agosto de 1868 son más de sesenta los cristianos que han muerto en las diversas prisiones de las que tiene noticias. El lleva la lista con el nombre, la edad y los suplicios que han llevado a cada uno a la muerte. El primer mártir de Tsuwano fue el joven Wasaburo, de 27 años, que murió después de 20 días en la jaula.

Todos han sufrido torturas. Además del hacinamiento y el hambre, las torturas más comunes son el **Sangizeme**, el **Hizeme** y el **Mizuzeme**, el suplicio de los tres leños, del agua y del fuego. Para el suplicio de los tres leños, se coloca al torturado de rodillas sobre dos trozos de madera triangulares, se le hace sentarse sobre los talones, colocando gruesas piedras sobre sus muslos. El tercer leño es un largo bastón, que se coloca entre las pantorrillas debajo de las piedras. Dos verdugos, sentados en los extremos de este tercer leño, se balancean en él. En cuanto al suplicio del agua, se tumbaba al paciente de espaldas, luego con un embudo se le hacía tragar agua hasta que quedaba completamente inflado. Entonces los verdugos se echaban sobre el vientre haciendo salir el agua violentamente. El dolor era atroz. El suplicio del fuego consistía en poner carbones encendidos en las manos o en la boca. Algunas mujeres eran torturadas, suspendiéndolas de un poste, expuestas desnudas a las miradas de los verdugos y de los demás. Normalmente, después de una hora perdían el conocimiento.

Un médico estaba siempre presente durante las torturas. Tenía el encargo de detener la tortura cuando ésta podía causar la muerte. No había inconveniente en que murieran en la prisión, pero no se quería que murieran durante la tortura.

Mons. Petitjean, que conocía todos estos detalles por las mismas personas que los habían sufrido o visto practicar, lo ha narrado a los representantes de las naciones con la esperanza de moverlos a algo más que una simple simpatía y buenas palabras. Pronto se convenció que poco era lo que podía esperar de su ayuda y se decidió a viajar de nuevo a Europa. En Roma apeló en favor de sus cristianos en el Concilio Vaticano I. Mientras él estaba en Europa, el P. Laucaigne le reemplazó en Nagasaki, teniéndole al corriente de la evolución de los hechos. El pobre P. Laucaigne se lamentaba de no poder enviarle más que tristes noticias.

¿Cómo se explica la impotencia de los representantes extranjeros para obtener que cese la persecución de los cristianos? Son varias las explicaciones. Una primera es la falsedad de la diplomacia japonesa, que no tiene inconveniente en hacer promesas que ni piensa cumplir. En segundo lugar está el prestigio creciente del gobierno de Mikado, que ha conseguido suprimir a los daimyo y la eliminación total del Shogun y del poder de la familia Tokugawa, derrotando a los samurai con que contaba. Con la absoluta restauración imperial, los representantes de las naciones, que hasta el momento sólo han mantenido relaciones con el Shogun, se sienten desarmados y, por no dañar los intereses económicos, desean ganarse la simpatía del nuevo gobierno.

Por otra parte, bonzos y samurai, viendo amenazada su misma existencia, se alían entre ellos y encienden todos los odios y prejuicios ancestrales contra los extranjeros y, en particular, contra el cristianismo. Por otra parte, ciertos oficiales franceses se han mantenido fieles al régimen anterior, luchando hasta el final contra los actuales gobernantes. El crédito de Francia ha perdido importancia ante los nuevos poderes de la dinastía Meiji. Y es Francia, precisamente, la que más ligada está a la misión cristiana.

21. LLEGADA Y TRATO RECIBIDO EN TSUWANO

Con el tiempo las noticias se hacen más precisas. En una crónica de los misioneros dirigida al Seminario de Misiones Extranjeras de Francia, se informa:

Los decretos que prohibían la fe cristiana a los japoneses siguen aún en vigor. Es más, el momento de crisis política que está atravesando el Japón ha acentuado en un amplio sector de la población el sentimiento anticristiano y antiextranjero. Ha estallado de nuevo la persecución. Los cristianos han sido citados repetidas veces ante el Gobernador de Nagasaki. El 14 de julio de este año (1867) han sido saqueadas nuestras pequeñas iglesias y capillas de Urakami y sesenta y cuatro cristianos encarcelados y sometidos a tortura.

Lo único que nos consuela es cómo el catequista Domingo Takagi Zenyemon, columna de la fe de los cristianos, soporta con valor la prueba y confirma con su testimonio la fe que ha transmitido de palabra a los demás. El 16 de marzo de 1868, Zenyemon y veintidós compañeros, llevados una vez más a los tribunales, ha dado un testimonio espléndido de la firmeza de la fe, que profesa y transmite a todos. Y el 20 de julio, 114 cristianos de Urakami, casi todos cabezas de familia, han salido de Urakami camino del destierro a distintas

poblaciones.

Por las noticias que vamos recogiendo, sabemos que los destinados a Tsuwano marcharon hasta Shimonoseki junto con los que iban a Fukuyama. En Shimonoseki ya quedaron solos, viendo partir a los demás, sin saber dónde les llevaban. Ellos fueron encerrados en un templo budista, transformado en prisión y lugar de torturas. Sin dar importancia al sitio, los cristianos se reunieron a rezar en voz alta sus oraciones. Apenas les oyeron, bonzos y soldados armados con espadas irrumpieron en el templo, gritando:

-¡Silencio! ¡Aquí no se permiten vuestros sortilegios!

Un anciano levanta la cabeza y contempla tranquilo a los agitados invasores, que parecen más angustiados que los prisioneros. Lentamente les responde:

-Nosotros nunca hacemos sortilegios. Estamos elevando a Dios nuestras alabanzas.

Bonzos y soldados se miran desarmados y, extrañados, se dicen:

-¿Alabanzas? ¿Y por qué?

Mientras se marchan, el anciano que les ha respondido, esboza una sonrisa, con la que da ánimo a los demás, invitándolos a proseguir la plegaria.

De Shimonoseki, los prisioneros fueron llevados en barco a Hiroshima y de allí, por tierra, en un viaje de tres días a Tsuwano. También allí han sido encerrados en otro templo budista. Al principio, nos dicen, se les trató bien. El templo estaba bien acondicionado y la comida no era mala ni escasa. En la docta ciudad de Tsuwano nadie pensó que aquellos ignorantes campesinos tardaran mucho en rendirse ante las pláticas del bonzo de Kooronji.

Esta era quizá la más desagradable molestia. Todos los días tenían que soportar el sermón insulso del bonzo. Los cristianos le escuchaban en silencio, sin una interrupción ni una protesta. El bonzo probablemente se ilusionó, interpretando el silencio como aceptación de su doctrina. Creyó que le bastarían unos pocos días para convertir a todos. Pero pasó una semana, dos, un mes y los cristianos seguían imperturbables.

Al bonzo se le agotó la materia de sus sermones y a los oficiales de la prisión la paciencia. Al cabo del primer mes el bonzo no volvió a aparecer por el templo y con los sermones desaparecieron también la comida y los buenos tratos. Hicieron en cambio su aparición el hambre, los interrogatorios y los tormentos.

Lo más grave durante toda la persecución es el encarnizamiento con que los oficiales subalternos se han dedicado a hacer apostatar a los cristianos. A sus ojos parece que los cristianos son unos rebeldes y

descarriados, al no adorar al Emperador descendiente de los dioses y al adoptar la religión perversa de los extranjeros, prohibida como infame durante siglos. De aquí que no hayan ahorrado nada para hacerles cambiar. Los sacerdotes de Buda y de los Kami han sido oficialmente encargados de la conversión de los cristianos a la religión de los antepasados. Generalmente estos métodos persuasivos no han dado ningún resultado, lo que ha llevado al recurso de la violencia.

Más tarde, de boca de los mismos prisioneros, a su vuelta, se han conocido más detalles sobre el trato recibido durante su exilio. En otra crónica, se recogen estas noticias, que merece la pena recoger, aunque haya algunos datos repetidos:

En 1868, 28 cristianos fueron enviados a Tsuwano. Entre ellos se encontraba Zenyemon, el más firme y más conocido de los desterrados. A la llegada a Tsuwano, los 28 fueron encerrados en una pagoda llamada Koroonji y situada en lo alto de un valle al norte de la prefectura de Iwami y Nogato. El lugar donde fueron encerrados era tan estrecho que apenas si cabían en él. Era invierno con un frío intenso y no tenían fuego. La comida era miserable e insuficiente.

La noticia de su llegada se difundió por los alrededores y muchos quisieron verles. Las autoridades locales, para satisfacer esa curiosidad, citaron públicamente a los deportados ante el tribunal. Pocos días después de su llegada les tocó comparecer públicamente como un espectáculo para los más de quinientos curiosos. El juez se dirige en primer lugar a Zenyemon:

-¿Por qué no quieres obedecer a las órdenes del Emperador?
¿Quién es ese Ser al que tú adoras?

-Nosotros los cristianos adoramos al Creador del cielo y de la tierra, y de todos los hombres. Siendo Señor de todas las cosas, nosotros le adoramos a El solo. También vosotros deberíais hacerlo, pues os ha creado a vosotros lo mismo que a nosotros.

-¿Qué dices? No, nosotros no le adoramos.

-Lo sé que no le adoráis, pero no lo hacéis porque no le conocéis.

-Nosotros seguimos la religión de nuestro país. Pero vosotros, siendo japoneses, seguís la religión de los extranjeros y así desobedecéis al Emperador.

-Poco importa ser de uno o de otro país. El que ha creado los otros países ha creado también el Japón. Los japoneses, lo mismo que los demás, deben adorarlo. Vosotros habláis del Emperador, a quien nosotros no deseamos oponernos, pero el Dios que ha creado el mundo, ha creado también al Emperador. El Emperador y sus ministros le deben obediencia como los demás hombres. Por lo demás, nosotros, los cristianos, oramos diariamente por la prosperidad del Emperador; nuestra religión nos lo ordena así.

-Digáis lo que digáis, si no renunciáis a esa religión, seréis condenados a muerte. En cambio, si sois dóciles y renunciáis a ella, seréis devueltos a vuestras casas.

-Haced de nosotros lo que queráis, pero jamás renunciaremos a nuestra fe.

Terminada la sesión, los cristianos fueron conducidos a la prisión y los espectadores se retiraron a sus casas satisfechos por el espectáculo. El hambre se deja sentir con fuerza entre los prisioneros. Zenyemon, en nombre de todos, se presenta ante los oficiales y les pregunta:

-¿El Emperador ha ordenado que hagáis morir de hambre a los cristianos? Yo no creo que el Emperador haya dado una orden semejante. Yo creo que el Emperador tiene sentimientos más humanos. Espero que vosotros, sus fieles oficiales, aumentéis la ración de la comida.

La reclamación de comida fue inútil. Los oficiales habían recibido la orden de hacerles apostatar, y el hambre les parecía un buen medio para conseguirlo. Hambrientos y enflaquecidos eran citados constantemente ante el tribunal, donde eran obligados a soportar largos discursos, con los que intentaban persuadirlos a cambiar de religión. Sacerdotes shintoístas se esforzaban con falaces razonamientos en convencer a los ignorantes campesinos. Zenyemon respondía por todos. Con frecuencia era citado él solo. Hasta cuando estaba enfermo se le obligó a comparecer ante el tribunal.

Como todos los esfuerzos de persuasión resultan inútiles, los oficiales se irritan y amenazan con arrojarles, por obstinados, en el lago que se encuentra a unos metros de la prisión. Todos a una responden:

-Haced lo que os plazca, pero nosotros no renunciamos a nuestra fe en Cristo.

Con irritación, el más joven de los oficiales, jefe del tribunal, grita:

-¡Volved todos a la prisión! ¡Hoy sólo será castigado Zenyemon!

Zenyemon es conducido al borde del lago. El agua está congelada. Zenyemon está enfermo y los oficiales lo saben pero no les importa. El oficial ordena:

-Despójate de tus vestidos y arrójate al agua.

-No, vosotros podéis despojarme de mis ropas, si lo deseáis, pero yo no lo haré.

-¿Cómo? ¿No quieres obedecer? ¿Olvidas que te lo ordenamos

en nombre del Emperador?

-Poco me importa, no me siento obligado a obedeceros en esto y no lo haré.

Fuera de sí, vociferan los oficiales:

-¡Quítate los vestidos y échate en el agua!

Con calma les replica:

-Estoy en vuestras manos, haced de mí lo que queráis, pero yo no haré nada.

Exasperados ante la inutilidad de sus amenazas, se rinden y ordenan a un soldado que le arrebatase los vestidos. Zenyemon no opone resistencia. El frío le penetra hasta los huesos. Silencioso, se mantiene como puede en pie ante los oficiales, que le ordenan entrar en el agua. El, sin moverse, repite:

-Estoy en vuestras manos, haced de mí lo que queráis.

Violentamente es arrojado al agua. Al ponerse de pie, el agua le llega hasta la cintura. Entonces junta sus manos sobre el agua y se pone a orar. Ante ello, los oficiales y asistentes se desatan en insultos; no soportan contemplar la calma impasible del testigo de Cristo. Pero el frío es tan intenso que un estremecimiento recorre todo su cuerpo. Pronto es tal su agitación que no es capaz ni de articular una palabra. Sólo sus manos siguen juntas y la mirada dirigida al cielo. Los oficiales le ordenan sentarse y él se arrodilla. El agua le llega hasta la boca; sus manos siguen juntas en actitud de oración por encima del agua. Poco a poco su cuerpo pierde toda sensibilidad, se le caen las manos y sólo el corazón sigue en oración con Dios, a quien implora la fuerza para mantenerse firme en la fe. Los verdugos, en vez de sentir compasión, con cubos le arrojan agua helada sobre la cabeza. Esta agua, que le penetra en los ojos y los oídos, le causa un horrible sufrimiento. Su rostro se vuelve lívido, el cuerpo se abate progresivamente, con signos de estar a punto de morir. Los oficiales, que no desean que muera en la tortura, le ordenan que se levante y salga del agua. Pero no es capaz de hacerlo, no le quedan fuerzas para hacer el más mínimo movimiento. Le tienen que sacar los servidores de los oficiales. Fuera del agua, tirita y le castañetean los dientes. Los oficiales encienden una hoguera y le acercan a ella para reanimarlo antes de devolverlo a la prisión.

Cuando entró en la prisión, tambaleándose y tiritando de frío, los demás se despojaron inmediatamente de sus vestidos para cubrirlo y hacerle entrar en calor. Más aún, se echaron a su lado, para pasarle el calor de sus cuerpos. Sólo así lograron reanimarlo.

No fue solo Zenyemon quien sufrió el tormento del agua. También Jinsaburo pasó por la misma tortura. Y luego, Kunitaro; y otro día fue Mataichi...

En 1870 llegaron a Tsuwano otros ciento cincuenta cristianos, procedentes igualmente de Urakami. Entre ellos iba Guzayemon, hermano de Zenyemon, quien también sufrió el suplicio del lago. Los últimos llegados fueron tratados con crueldad. Se comenzó por separar a los hombres de las mujeres. A las mujeres se les permitía salir a lavar la ropa al río, mientras la reclusión de los hombres era absoluta. Para unos y otras la comida era insuficiente. Durante el invierno, como tortura, se les dejaba a la intemperie por dos días seguidos y, por supuesto, desnudos y sin alimentos. Hasta las mujeres fueron sometidas a esta prueba. Doce de ellas pasaron por este suplicio; cinco de ellas no la resistieron y apostataron de boca, arrepintiéndose inmediatamente después.

Atribuyendo a la influencia de Zenyemon la resistencia inquebrantable de los cristianos, le recluyeron en una prisión particular, junto con Kumakichi y Wasaburo. Esta prisión era un lugar oscuro e infecto, donde apenas entraba la luz del día. Echados sobre un poco de paja, eran devorados por los gusanos que hormigueaban por el suelo. El hedor era insoportable. La ración de arroz disminuía cada día, haciéndoles presentir una muerte inminente. Y si el hambre no les mató fue gracias a los auxilios de los apóstatas arrepentidos que, teniendo algo más de libertad, se acercaban a ellos llevándoles algún alimento. De todos modos, los dos cristianos, compañeros de Zenyemon, murieron durante la persecución. Wazaburo llegó a Tsuwano ya enfermo y allí, con los malos tratos empeoró. Después de un castigo de veinticinco días sin comer, murió.

Testimonios similares a los de Tsuwano contaron los repatriados de Haghi, en Fokuoka; los de Inaba, cerca de Osaka; los de Owari, Kaga, Echu, Yamato, Kii, Awa, Sanuki, Bizen y Aki, Satsuma, Tosa, Iyo, Bingo, Izumi, Isé...

El P. Laucaigne, con el tiempo, fue recogiendo otros muchos testimonios. De su cuadernillo de notas, que dejó al morir, he espigado algunos de los desterrados a Tsuwano.

22. ANTE LOS TRIBUNALES

Dos soldados abren el templo prisión. Los cristianos se levantan y forman un círculo en torno a Zenyemon. Detrás de los soldados entran los tres samurai, a quienes ha sido encomendada la conversión de los campesinos. Los tres están seguros de lograr su cometido. Caminan sonrientes, confiados en su valor y en la ignorancia de los campesinos, "bebedores de agua", como despectivamente les llaman.

Apenas llegados a la sala son invitados a sentarse por tierra, sobre una vieja y deshecha alfombra de paja. Zenyemon apenas consigue sentarse por sí mismo; le sostienen Jinzaburo y Wazaburo. Su apariencia es la de un hombre acabado. Apenas puede articular una palabra. De tanto en tanto eleva los ojos al cielo y mueve los labios, recitando una oración con voz incomprensible. El silencio que reina en la sala se espesa a cada momento; todos los presentes tienen la mirada fija en este pobre hombre. Finalmente entra el oficial mayor, se coloca al centro del tribunal y comienza el interrogatorio:

-¿Nombre?

-¿De dónde eres?

-¿Cuántos años tienes?

-¿Quién eres? -Cristiano.

-¿Sabes que en todo Japón está completamente prohibida la religión cristiana?

-Ciertamente.

Con tono petulante comienzan su interrogatorio, pensando apabullarles. Pero tuvieron que escuchar con sorpresa las profundas respuestas de Zenyemon, que no se conformaba con responder a las preguntas, sino que aprovechaba cada ocasión para testimoniar a los samurai la fe cristiana. Terminada su profesión de fe, con calma, dirigía al tribunal su amable invitación:

-Por todo lo dicho, nosotros no abandonamos nuestra religión, sino que más bien os invitamos a vosotros a abrazarla y a adorar al Dios Creador del cielo y de la tierra...

-¡Calla! Nosotros no adoramos a un dios que no es japonés.

Como quien concluye un silogismo afirmaba Zenyemon:

-Naturalmente. No lo adoráis porque no le conocéis...

Desconcertados con la lógica de los campesinos, a los jueces no les quedaba otra arma que la de los insultos:

-¡Calla! Que no sois más que unos traidores a la patria, indignos del nombre japonés que lleváis.

Con indignación por su fracaso salían cerrando la puerta de un portazo. Bufando entre dientes, los tres samurai se decían:

-Los interrogatorios en grupo no dan resultado.

-Se apoyan los unos en los otros.

-Y ese anciano es más sabio de lo que muestran sus apariencias.

-Hay que cambiar de táctica.

-Sí, les interrogaremos uno a uno. De este modo cada defección debilitará la resistencia de los otros.

Los cristianos, por su parte, se han quedado celebrando los insultos recibidos:

-Hoy hemos sido considerados dignos de sufrir insultos por el nombre de Jesús. El nos ha unido a su cruz.

-Así nos hará también partícipes de su resurrección.

-Las fuerzas del mal no prevalecerán sobre la fe que El ha infundido en nuestros corazones.

Pero ya aquel mismo día experimentaron el fruto de la derrota de sus jueces. Se vengaron aumentando los malos tratos y disminuyendo la comida. Y con el hambre, el frío se sentía más intensamente. El viento, que descendía encajonado entre las dos laderas del valle, se colaba por las maderas del templo.

Durante tres días no volvieron a ver a los samurai. Aunque sintieran hambre y frío, los cristianos se sintieron confortados. Rezaron unidos y se abrigaban mutuamente. Estaban todos formando una piña, con una misma fe y un solo corazón. Pero pasados los tres días, los soldados entraron en la prisión y, en voz alta, llamaron:

-¡Domingo Takagi Zenyemon! ¡Sal fuera!

Comenzaban los interrogatorios individuales. A cada llamada seguía la espera angustiada. Eran horas de silencio, de oración por el que se hallaba solo ante el león. Y era también tiempo de zozobra y miedo:

-Cuando me llamen a mí, ¿qué me preguntarán? ¿Cómo responderé? ¡Yo no tengo el conocimiento de Zenyemon ni el valor de él para enfrentarme a los jueces!

De pronto se sentía el llanto de uno que temblaba ante la idea de traicionar la fe. Mientras Zenyemon está fuera, Jinzaburo, el más joven del grupo y pequeño de estatura, se dedica a animar a los más pusilánimes. El no tiene más que veintiún años, pero los misioneros de Nagasaki lo habían escogido para catequista. Por eso está mejor formado que los demás. El con voz firme les dice:

-No tengáis miedo. Jesús en el evangelio nos ha dicho: "Cuando os lleven a los tribunales, no os preocupéis por lo que habéis de responder; yo os daré una sabiduría a la que no podrán resistir vuestros adversarios".

Mientras tanto Zenyemon, con sus setenta y dos años, está ante el tribunal. Su apariencia es débil, pero demuestra tal fortaleza que los samurai ya lo han descubierto como jefe de los veintiocho encarcelados. Si logran convencerlo a renegar de la fe cristiana y a pasarse al shintoísmo, detrás de él seguirán todos los demás. Por ello han querido convocarle el primero. Los tres samurai están sentados en sus cómodos sillones, mientras Zenyemon está en pie. El samurai del centro, con aire bonachón, le pregunta:

-¿Cuántos son tus años, anciano?

-Los que muestran mis canas y que te hacen llamarme anciano.

-¿Y no crees que a tus años deberías dar ejemplo a los más jóvenes que están contigo?

-En eso tienes razón. Y eso es lo que pido constantemente en mis súplicas a Dios: que no permita que mi fe flaquee y yo pueda ser motivo de escándalo para los pequeños...

-No, no me refiero a eso. Quiero decir: ¿no crees que deberías obedecer al Emperador y enseñar a los demás a obedecerle?

Sin pestañear y sin pararse a pensar la respuesta, responde:

-Yo creo sinceramente en la bondad del Emperador y no puedo creer que él haya mandado dar a sus súbditos el trato que nosotros estamos recibiendo. Esto no puede venir del Emperador.

Cansados, los oficiales desisten de seguir interrogándolo y lo devuelven a la prisión. Piensan que con este viejo no van a conseguir nada. Será mejor seguir el orden inverso: llamar al más joven.

Cuando vuelve al convento, todos se despiertan y se arremolinan ante él. Todos desean oírle cómo ha sido el interrogatorio: ¿qué preguntan? ¿qué ha respondido? ¿le han maltratado? Con calma y una sonrisa imperceptible les va contando todo, invitándolos a confiar en la asistencia del Espíritu Santo. Terminada su narración todos se sienten consolados y entonan sus cantos al Señor.

En la noche ha llegado a Tsuwano un oficial superior, Ono

Sekisai, en viaje de inspección. Le hablan de Zenyemon, invitándolo a que él mismo le interrogue. Quieren aprovecharse de su ciencia para conseguir lo que ellos no han podido lograr, aunque al principio les pareciera tan fácil. Así, al día siguiente, Zenyemon es citado de nuevo al tribunal. El oficial Ono le recibe con mucha ceremonia y, con tono amable, le pide:

-Explícanos los diez mandamientos.

Por un largo rato Zenyemon habla como si estuviera dando una catequesis en Nagasaki. Habla de la Sagrada Escritura, de Abraham, de Moisés. Los cuatro oficiales le dejan hablar hasta que, cansados, comienzan a burlarse de él:

-Abraham, Moisés han dicho..., ¿y ya con eso te basta para entregar tu vida?

-Mira, -le dice el oficial apenas llegado- los sesenta y seis cautivos de Chooshu ya han apostatado y han vuelto a sus casas con su familia. Os conviene cambiar de una vez y recibiréis el mismo trato. Consúltalo con tus compañeros y mañana me das la respuesta.

El inspector Ono ha usado el tono más paternal que le ha sido posible, como si sólo le interesase proteger y salvar a los prisioneros. Pero ha llevado a Zenyemon al campo en que más seguro se siente. El no sabe explicar muy bien la Escritura. No tiene mucha formación. Pero sí siente dentro la fuerza de la fe. Lentamente, acentuando cada palabra, responde con firmeza:

-Si otros han apostatado o no, a mí no me interesa. Además no necesito consultar nada con mis compañeros. A mí podéis llamarme a juicio cuantas veces queráis y recibiréis siempre la misma respuesta: no abandonaré nunca ni por nada mi fe en Jesucristo.

-¡Calla y no digas tonterías!, -le grita Ono.

Pero él continúa imperturbable:

-En Nagasaki y en otros sitios he sido citado ante no sé cuantos tribunales. Hasta ahora he pasado por todos ellos sin apostatar. Jesús, mi Señor, me ha protegido siempre. ¿Cómo podéis esperar que apostate ahora?

Furioso y humillado, desfigurando la imagen de cara bondadosa que había adoptado, Ono gritó:

-¡Este no puede estar con los otros!

No lejos del convento donde están reclusos hay otro convento budista: es una "Amadera" o monasterio femenino. Allí va a parar Zenyemon. Es el lugar donde conducen a los que apostatan de su fe. Porque, mediante los interrogatorios individuales, hubo algunas defecciones. Muy pocas, pero las hubo. Habían recibido la fe de sus padres. Habían vivido ocultando esa fe a todos, sin sacramentos y sin apenas instrucción religiosa...

En 1865 la llegada de los primeros misioneros fue un rayo de luz en la vida espiritual de los cristianos de Nagasaki. Se acercaron por primera vez a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Comenzaron también a instruirse. Pero no todos tuvieron la oportunidad de recibir una catequesis completa. Los que vivían cerca de los Misioneros se pudieron aprovechar de sus enseñanzas. Pero los que vivían alejados sólo pudieron escucharles alguna vez, con ocasión de alguna celebración. Y antes de que estuvieran preparados, les llegó la persecución y el destierro.

Por otra parte, acostumbrados a una resistencia pasiva, muchos se habían acostumbrado a vivir en una constante simulación. Para no ser descubiertos como cristianos no tenían inconveniente en participar en las ceremonias públicas de los ritos budistas o shintoístas. Por eso ahora, ante el frío, el hambre prolongado, las amenazas o las promesas de volver a sus casas, algunos de ellos flaquearon en la confesión de su fe.

A los que apostataban, aunque sólo fuera aparentemente, se les sacaba de Kooronjé y se les aposentaba en el "Amadera". Allí gozaban de una relativa libertad; recibían vestidos nuevos y una mejor alimentación, añadiéndoles a la porción de arroz un poco de pescado salado... Todo por una apostasía de boca y un baño de purificación o un baile en honor de Hachiman, dios de la guerra, que se hallaba en otro templo situado a unos cuantos kilómetros más abajo en un recodo del río.

Pero los apóstatas no fueron repatriados como se les había prometido. Seguían cautivos, lejos de sus hogares. Este era su tormento. Se sentían apóstatas frente a sus compañeros que perseveraban firmes en la confesión de la fe. Esto les llevó a dos actitudes distintas. Unos dejaron crecer en su interior el resentimiento contra los que se mantenían fieles y se convirtieron en cómplices de los perseguidores. En Tsuwano no se cuenta ningún caso. Los pocos apóstatas de Tsuwano sintieron más bien admiración por quienes mantenían la fe en medio de los tormentos y trataron de servirles y aliviarles en sus penas para liberarse del sentido de culpabilidad que les atormentaba. Como se les permitía salir a trabajar, con su jornal compraban comida y, a escondidas, se la pasaban a los otros prisioneros. Estos, al principio, la rehusaron:

-No podemos comer los alimentos que son fruto de haber renegado de Cristo.

Avergonzados y reconociendo su debilidad, ellos inclinaban la cabeza y suplicaban:

-Por favor, no penséis en nosotros y aceptad la comida para que no muráis todos. Tomadla y rezad por nosotros.

Gracias a esa ayuda pudieron sobrevivir muchos de ellos. No lo olvidarían los fieles, que siempre intercedieron por sus hermanos. Cuando algún prisionero del Kooronji, burlando la vigilancia de los

soldados, les iba a visitar, lo recibían con todo afecto y admiración y le obsequiaban con lo que podían: comida, ropa y hasta cigarrillos. Y otras veces eran ellos los que se llegaban hasta el Kooronji a consolar a los que estaban pasando por la prueba, poniendo en peligro su misma vida.

Los apóstatas de Tsuwano volvieron a Nagasaki un poco antes que los demás prisioneros. Llevaban para el P. Laucaigne una carta de uno de los fieles. En ella pedía al Padre que recibiera bien a aquellos compañeros que, aunque habían flaqueado en la fe, habían dado tantas pruebas de arrepentimiento y tantos favores les habían prestado a ellos. Amarilla y casi ilegible, esta carta está doblada dentro del cuadernillo de notas. Son pocas líneas:

-Padre, acoja a estos hermanos que, en medio del suplicio, flaquearon en la fe. Entre ellos hay quienes con profunda compasión nos han ayudado. Aun con peligro de la vida nos han proporcionado las cosas necesarias. Cuando lleguen, oíd su confesión. Arrepentidos de su falta, están deseando volver a ser nuevamente cristianos....

Entre estos fue a parar Zenyemon. Los oficiales, para que no siguiera dando ánimos a los demás y con la esperanza de que, viendo las defecciones, se le agotara la fuerza indomable que aún tenía, le recluyeron en el "Amadera":

-Tal vez con el bienestar de los apóstatas se ablande...

-Tal vez... Repitió otro de los oficiales sin mucha convicción.

23. JINZABURO

Pequeño de cuerpo, pero con un corazón grande, Jinzaburo Moriyama, veintiún años, era el más joven del grupo. Por sus dotes relevantes, los misioneros de Nagasaki lo habían escogido para catequista. Por ello, a pesar de su edad, su formación cristiana era mucho más completa que la de sus compañeros.

En una fotografía suya, que aún se conserva, aparece ya anciano, con el cabello completamente blanco. Pero aún en ella conserva su mirada penetrante y profunda. Los labios finos y apretados, la mandíbula firme... Todos los rasgos de su rostro muestran una expresión de energía y dominio, suavizada por una sonrisa bondadosa.

Como trabajador sobresalía entre todos sus compañeros de Nagasaki. Durante la persecución, después del anciano y santo Zenyemon, él era el más influyente entre sus compañeros. Se sentía fortalecido por la fe inmovible de su padre Kunitaro Moriyama.

Cuando los oficiales de la prisión reconocieron su error de querer convertir a todo el grupo convenciendo al que consideraban jefe, el anciano Zenyemon, decidieron convocar al más joven. Así le tocó a Jinzaburo presentarse ante el tribunal. Uno de los oficiales de la prisión de Tsuwano era el joven Marioka, partidario de la tortura más que de la persuasión. Tiene la misma edad de Jinzaburo. La misión de Tsuwano era su primer oficio público y puso en él todo su corazón. A toda costa quería llevar a apostatar a los cristianos.

En la mañana Jinzaburo es citado y llevado por dos guardias a la habitación de los oficiales. Entre ellos y el prisionero está preparada una mesa con un magnífico banquete. Jinzaburo no puede apartar la vista de aquellos exquisitos manjares. Los oficiales que lo notan le dan tiempo para que los contemple y la boca se le humedezca de jugos gástricos. Luego comienza el interrogatorio que más bien parece una amigable conversación de quienes esperan que lleguen los demás comensales para comenzar la comida. El tono de la entrevista es cordial:

-¿Cuántos años tienes, muchacho?

Levantando la vista al oficial que le pregunta, el más viejo de los tres, Jinzaburo responde:

-Voy a cumplir veintidós años el próximo mes.

-Eso depende de ti, el llegar a cumplirlos quiero decir, -le interrumpe el joven oficial Marioka.

-Sí, eres joven, -responde con nostalgia el más anciano-. Tienes toda una vida por delante. Piénsatelo bien. A tus años, morir en estos montes sería una desgracia. Y quiero serte sincero: si nosotros no conseguimos que apostatéis, nuestras vidas corren un gran peligro. Si no logramos cumplir lo que se nos ha ordenado tendremos que hacer el "harakiri". Como comprenderás no deseamos que eso suceda. Tu vida y nuestras vidas están en juego...

-Como ves hay algo sumamente importante que nos une. A todos nos interesa que seáis sensatos y aceptéis la religión del Emperador...

Jinzaburo escucha en silencio. Se siente como si fuera él el juez y los tres oficiales le estuvieran suplicando clemencia para salvar sus vidas. Está inmóvil, con los ojos cerrados, casi ausente. Los samurai le insisten y, por fin, como cansado, levanta la cabeza hacia ellos:

-¿Queréis que hable? Pues bien, oídme. He pasado ya por varios tribunales; he dejado mi casa, mi familia; llevo ya meses de torturas. Todo está escrito en el libro de los cielos. ¿Y ahora queréis que renuncie a todo eso?

Marioka no aguanta más el juego del fingimiento. Se alza y grita:

-¿Qué es lo que estás diciendo? Nos hemos abajado a hablar amablemente contigo y tú ahora... ¡Anda, alízate y sígueme!

Y a empujones, con furia lo llevan de nuevo a la cárcel. Al verse entre los demás, Jinzaburo respiró aliviado. Todos se le acercan y le preguntan cómo ha ido. El les cuenta:

-Ahora estoy tranquilo. Temía caer.

-¿Cómo? ¿Te han torturado? ¿Qué te han preguntado?

-No, no me han hecho vacilar las amenazas ni los malos tratos; lo que me ha tentado han sido los manjares que tenía ante mí...

Al día siguiente, llega el bonzo y repite una vez más su aburrida predicación. Tras el sermón del bonzo, Jinzaburo es citado de nuevo. Marioka se ha ensañado con él; no soporta que un campesino de su misma edad se resista frente a él. En el interrogatorio, Jinzaburo, invitado a apostatar de la fe en Cristo, porque no es la religión japonesa, les responde:

-Y la religión, que nos predica el bonzo, ¿es acaso japonesa? ¿No viene de la India? ¿No ha llegado al Japón a través de China y de Corea?

Terminado el interrogatorio, agotados, los tres samurai se retiran a su habitación y, echados en torno al fuego, se desahogan con una botella de **sake**, que poco a poco les va entorpeciendo la mente y soltándolos la lengua:

-Si ese bonzo panzudo sigue hablando yo me hago cristiano.

-No, ese bonzo no convencerá nunca a un campesino a aceptar el budismo. "Perder el propio yo en el cosmos como se pierde una gota de agua en la inmensidad del mar". ¿Quién puede desear algo así?

-¿Y qué me dices de eso de "librarse del deseo de vivir para salirse de la cadena de la reencarnación"? Lo que os digo, con él hasta yo me hago cristiano.

-¿Y ese volar al nirvana, donde no se siente el cuerpo, ni se tiene sed para beber sake, ni se desea a las mujeres, ni una buena comida...? ¿Es que el pueblo ha creído alguna vez en eso?

-Sabéis lo que os digo, que eso será bueno para la India o la China como dice Jinzaburo, pero no para la gente de nuestras tierras.

-No, yo creo que vale también para los de la corte de Kyoto, para escribir sus poesías y para sus meditaciones...

-¡Qué poesías o meditaciones! Yo creo que para lo que les sirve es para purificar el espíritu después de dar placer al cuerpo... Allí no se hace otra cosa que comer, beber y acostarse con las cortesanas. Os lo digo yo.

-Claro, luego tienen que volar al nirvana ese para purificar el espíritu, que bien que goza con los placeres del cuerpo...

-¡Chis, que viene un soldado...!

-Yo creo en el budismo de Degyo Daishi.

-Y yo en el **Shingon** de Kobo Daishi.

-Ya me explicaréis quienes son y qué es lo que enseñan.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, citaron a otro de los jóvenes, a Tomohachi, de veintiséis años. Pasó todo el día sin que regresara. Por la noche, alarmados porque no volvía, algunos prisioneros salieron a ver qué pasaba. Lo vieron sentado tranquilamente ante los oficiales, respondiendo a sus preguntas. A la mañana siguiente, después de más de veinte horas de interrogatorio, volvió victorioso a la prisión.

Y de nuevo volvieron a citar a Jinzaburo. La escena se repite: la mesa repleta de manjares, las mismas preguntas, súplicas y amenazas. El les deja hacer y, cuando les ve agitados, ya fuera de sí, Jinzaburo se burla de sus jueces:

-¿Qué decís? ¿Que mañana me vais a cortar la cabeza? No estéis tan seguros. El cuello de Jinzaburo no se corta tan fácilmente.

Los oficiales se miran asombrados:

-¿Qué tiene el cuello de Jinzaburo para que no pueda ser cortado tan fácilmente?

-Lo sabéis muy bien. Para ejecutar a un criminal hay que hacer un largo proceso y la sentencia de muerte sólo se puede dictar en Tokio. ¿Y vosotros me vais a cortar la cabeza mañana? Entonces sí que correrían peligro vuestras vidas.

Rojos de ira, lo devuelven una vez más a la prisión. Pero muy pronto Jinzaburo experimentará la venganza de los oficiales, que no soportan verse burlados por un simple muchacho de campo.

24. OTOME TOOGE

El valle está dominado por el majestuoso castillo de Tsuwano construido con gigantescas rocas en la cumbre del monte. A mediados del s. XV era señor de Tsuwano Yoshitsune, el sexto "tonosama" de la familia Yoshimi. Su hija, la princesa Otome, estaba prometida a un joven príncipe de Kyoto. Pero el príncipe la rechazó. Entonces Otome, hundida en la tristeza, se escapó de casa, se internó en el bosque desesperada y nunca más se la volvió a ver. En su recuerdo, su hermano Shigerori levantó un templo a la entrada del valle, por donde se internó en los montes. El nombre de la princesa quedó para la posteridad unido a aquel sitio: Otome Tooge (Valle de la Virgen) o Otome Yama (Monte de la Virgen).

Los cristianos se encontraron con ese nombre, pero le dieron otro significado, que es el que pervive en Tsuwano. Otone Tooge estaba destinado a ser el escenario del martirio de los cristianos de Urakami, animados en medio de sus torturas por la Virgen María.

Como los interrogatorios no conseguían vencer la resistencia de los campesinos, los samurai decidieron pasar a la tortura. En su furia idearon como primera forma de violencia la **jaula** de noventa centímetros. Se trataba de un cajón de maderas toscas, mal unidas, con una abertura en la parte anterior y un ventanuco en el techo para introducir por él la comida. El condenado a la jaula tenía que pasar las horas encogido, inmóvil, expuesto a la intemperie. En el jardín del templo colocaron tres jaulas de las mismas dimensiones. El primero con quien ensayaron el tormento de la jaula fue Antonio María Wazaburo. Los guardias, empeñados en hacerle apostatar, le hicieron pasar las más crueles torturas. Tres noches seguidas soportó interminables interrogatorios, arrodillado sobre el suelo, casi desnudo y temblando de frío. Los oficiales se fueron turnando, mientras él soportaba el frío de la nieve, que no dejaba de caer. El aguantó los interrogatorios sin ceder un momento. Desesperados por no conseguir vencer su constancia, le dejaron veinte días encerrado en la jaula. Estaba en agonía, cuando Zenyemon, burlando la vigilancia, logró llegar hasta él. Sin más instrumentos que unas monedas afiladas pacientemente con un trozo de teja, los prisioneros habían conseguido cortar unas tablas del suelo del Kooronji, abriéndose así una salida disimulada, que usaban durante la noche. Acercando los labios a la abertura de la jaula, Zenyemon saludó a Wazaburo:

-La paz de nuestro Señor Jesús, hermano. ¿Cómo estás?

-Mi fin se acerca y, por ello, el demonio no cesa en sus tentaciones.

-Piensa en la Pasión del Señor y esto te ayudará.

Así siguieron hablando un buen rato. Al fin Zenyemon se despidió para no ser sorprendido y poder volver a visitarlo. Entonces Wazaburo le manifestó su deseo de que sus restos no quedasen allí, si sus compañeros eran llevados a Tokio para ser ajusticiados. El quería, incluso muerto, seguir con todos ellos. Dos días más tarde, el domingo 9 de octubre de 1868, Wazaburo abandonaba para siempre la jaula. Muerto a sus veintisiete años, era el primer mártir de Tsuwano.

Pocas horas más tarde, Jinzaburo notificaba a los guardianes que deseaba ser llamado a juicio. Era la primera vez que ocurría que un preso pidiera ser juzgado. Los samurai creyeron que la muerte de Wazaburo comenzaba a dar sus frutos. Seguro que se presentaría para apostatar y librarse de una muerte semejante. Pero una vez más se equivocaron. No se trataba de eso. Quería únicamente exponer la última voluntad de Wazaburo y pedir que se cumpliera.

-Eso no es asunto que te importe-, le replicaron.

-¿Cómo que no me importa? Wazaburo es paisano mío y

hermano mío en la fe en Jesucristo y tengo derecho a pedir que se cumpla su última voluntad.

Era tal la fuerza que puso en sus palabras que los oficiales no se atrevieron a negárselo. Reconocieron que eso no dependía de ellos, pero que lo consultarían con sus superiores. El resultado de la gestión fue nulo, pero en la prisión todos se sintieron satisfechos por haber cumplido el deseo de su hermano.⁶

El segundo en ir a parar a la jaula fue Juan Bautista Yasutaroo. Un campesino de treinta y dos años a quien todos querían. Serio, silencioso, tenía un alma privilegiada. Aún dentro de la prisión, en medio de tantas privaciones, buscaba para sí los trabajos más pesados y repartía con los demás su escasa comida. En los juicios públicos nunca hablaba. Pero algo notaron en él los guardianes cuando lo escogieron para llevarlo a la jaula de los noventa centímetros. Los guardianes de la prisión, empeñados en hacerle apostatar, le hicieron pasar las más crueles torturas. Era ya pleno invierno y el rigor del frío se sentía con toda su fuerza. La jaula estaba situada sobre la nieve. Tres noches seguidas soportó interminables interrogatorios, arrodillado sobre el suelo, casi desnudo y temblando de frío. Los oficiales se fueron turnando, mientras él soportaba el frío de la nieve, que no dejaba de caer. No cedió ni un momento en los interrogatorios. Consumido por una terrible diarrea, Yasutaroo, reducido a los huesos, apenas se sostenía en pie, no podía durar mucho. Jinzaburo y Zenyemon se escaparon de la prisión para ir a visitarlo.

-Pobre, -le dice Zenyemon-, sin tener a nadie contigo te sentirás muy solo...

-No, no me siento solo, -responde con voz débil, casi imperceptible-. Cada noche, apenas se apagan todas las luces viene a estar conmigo hasta el alba una hermosa señora, muy joven y bella. Aparece aquí sobre mi cabeza y me consuela con sus hermosos consejos. Yo no tengo ninguna duda de que es la Virgen María; viste de azul y se parece a la imagen de la iglesia de Nagasaki... Pero de esto no habléis a nadie hasta después de mi muerte.

Zenyemon no sabe cómo continuar la conversación. ¿Cómo podía él consolar a quien era consolado por la Virgen María? Para no marcharse sin más, al fin se le ocurre preguntar:

-¿Quieres algo para tu madre y tus hermanos?

-A mi madre, decidle que muero unido a Cristo, que murió en la Cruz por mí. Sí, aunque muera tendido en el suelo, no estoy separado de la Cruz. Dile eso, nada más.

Y Zenyemon y Jinzaburo se volvieron consolados al Kooronji. Cinco días más tarde, el 20 de enero de 1869, Yasutaroo se llevaba consigo para siempre los bellos consejos de la Señora del cielo. Cuando Zenyemon y Jinzaburo volvieron a visitarlo encontraron la jaula enterrada bajo la nieve y Yasutaroo muerto dentro de ella. Su cuerpo

⁶ Terminada la persecución, Zenyemon trasladó a Urakami los huesos de Wazaburo.

reposa con los de sus compañeros bajo la tierra húmeda del monte OTOME TOOGE: el Valle de la Virgen. Otome Tooge no es ya el memorial de la princesa desdichada, es el Valle de la Virgen María, Reina del cielo, a quien está dedicada la pequeña capilla.

25. EL LAGO HELADO

Junto al viejo Kooronji había un pequeño lago. El 30 de diciembre de 1869 los prisioneros fueron llamados a un juicio colectivo. Zenyemon estaba enfermo, pero lo obligaron a asistir. Apoyándose en un compañero se presentó ante el tribunal y, como de costumbre, fue él quien respondió al interrogatorio.

De pronto el interrogatorio se interrumpió:

-¡Todos al jardín!

Al salir, se dan cuenta de que están rodeados de soldados. En la habitación de los oficiales está también un médico. Todo estaba preparado de antemano y el interrogatorio no ha sido más que una farsa. Separan a Zenyemon y a Jinzaburo del resto de los prisioneros y un oficial les ordena perentoriamente:

-Qitaos esos vestidos. Están hechos en Japón y no sois dignos de llevarlos.

Sin inmutarse, Zenyemon, que ya había pasado la prueba, les responde lo mismo que la vez anterior:

-No, los vestidos no me los quito. Estos vestidos los he traído de mi tierra. Y en Nagasaki tratan con compasión hasta a los peores criminales cuando están enfermos...

Sin esperar a que termine de hablar, le agarran los soldados, y lo mismo hacen con Jinzaburo, les arrastran hasta el borde del lago y les desnudan, arrancándoles hasta el escapulario. Un oficial les grita:

-Entrad en el estanque.

Ellos ni se mueven.

-Es orden de la autoridad.

-En esto no obedecemos a la autoridad.

Cuatro soldados les toman por los brazos y piernas y los arrojan al lago. Este era pequeño, pero profundo. Quedan sumergidos bajo el agua. Nadando, los dos se dirigen a donde el agua no les cubre la cabeza. Allí, elevando sus manos, los dos se ponen a orar. Los soldados se burlan de ellos:

-¿Qué, veis ahora a vuestro Dios?

El viento del norte, encajonado por el valle, sopla fuerte y congela hasta a quienes están fuera del agua y vestidos. Zenyemon y Jinzaburo guardan silencio. Los oficiales comienzan a impacientarse.

-No gritan ni se lamentan. ¡Agua! ¡echadles agua por la cabeza!

Un soldado se apresura a cumplir la orden. A Zenyemon le fallan

las fuerzas; su cuerpo comienza a amarrotarse. Un oficial les grita:

-¡Subid, salid del agua!

Pero ya no pueden ni dar un paso. Zenyemon susurra:

-Jinzaburo, estamos subiendo ciertamente al monte del tesoro. Sí subir allí es el deseo de mi corazón.

Con unos palos los soldados les sacan del lago; se acerca el médico preocupado. No desean que mueran, sino atormentarlos para que apostaten. Les reaniman al fuego, cubriéndolos con mantas. Apenas se sienten un poco reanimados, los dos se acercan al borde del lago y recogen sus escapularios. Pero no les permiten volver a la prisión.

De nuevo comienza el interrogatorio. Pero ahora no tienen fuerzas para responder y guardan silencio. Por fin, los oficiales mandan a Zenyemon al Kooronji. Sus compañeros le prestan sus vestidos para que entre en calor. Pero, al reaccionar su cuerpo, de nuevo le vuelve la fiebre, que parecía haberle desaparecido.

Jinzaburo, en cambio, en vez de volver a Kooronji, pasa a la jaula de noventa centímetros. A toda costa quieren abatir su firmeza. Comienzan a tentarlo con amenazas nuevas. Quieren probar sus sentimientos. El guardián, al mismo tiempo que le ofrece una abundante comida, le dice:

-Jinzaburo, mañana serán echados al lago otros tres. Uno de ellos, según he leído en la lista, es Kunitaro. ¿No es acaso tu padre? He oído decir que si su hijo cambia...

Jinzaburo le interrumpe:

-La fe es asunto personal y uno no puede ser castigado por otro. Además, si mi padre no ha cambiado, ¿cómo queréis que cambie yo? Por años, en medio de la persecución, mi padre me ha transmitido la fe. ¿Cómo queréis que yo reniegue por él de la fe que él me ha transmitido? ¡Pase lo que pase, no apostataré!

Mientras pronunciaba con toda su energía estas palabras, Jinzaburo se daba ánimos a sí mismo, pues, al imaginar a su padre en las aguas heladas del lago, la tentación rondaba su corazón. En la estrecha jaula esperó los acontecimientos con ansiedad. El viento del norte con sus ráfagas de frío atravesaba las maderas de la jaula. Sus miembros ateridos se estremecían de dolor. Y su mente no lograba quitarse la imagen de su padre: "quizás mañana estará sufriendo lo mismo que yo". "Y yo podría evitarle el tormento con una simple confesión de labios afuera"...

Mientras se debatía entre el dolor propio y el imaginario de su padre, le pasó por la mente el recuerdo de Wazaburo, que en aquella misma jaula había entregado a Dios su vida. Y "en esta misma jaula, -se dijo-, Yasutaro ha oído las palabras de consuelo de la Virgen". No,

él no apostataría por nada. ¿Cómo podría volver a mirar a los ojos de su padre si, por piedad hacia él, renegaba de la herencia que él le había transmitido? Si era preciso iría a Tokio, confesaría su fe ante los tribunales superiores y moriría crucificado en Surugamori...

Al día siguiente, realmente entraron en el lago Kunitaro, Tomohachi y Sooichi. Y también ellos permanecieron inmovibles, glorificando a Dios en el dolor.

26. EL LETRADO Y LOS IGNORANTES

En Tsuwano parece que no pasa el tiempo. Pero ya han muerto unos cuantos y también algunos más han dejado el Kooronji pasando al "Amadera". Quedan doce. Contra ellos se dirigen los ataques de los perseguidores, más cansados aún que los confesores de Cristo. Ni los interrogatorios, ni la jaula, ni el agua helada del lago debilita la fe de estos cristianos.

Un día se presentan los guardianes con doce grandes sombreros de paja para la lluvia y doce pares de zapatos de madera:

-Poneos esto y salid fuera. Ha llegado Fukuba Yoshiizu y quiere veros.

Los campesinos se miran unos a otros con extrañeza. ¿Qué nueva prueba nos espera? Fukuba tiene fama de hombre docto en todo el país. Es natural de Tsuwano, pero ocupa un alto cargo en Tokio. Todos saben que es partidario del antiguo régimen y, por tanto, contrario a los extranjeros. De él poco podían esperar los cristianos, acusados de seguir una religión extranjera.

La lluvia va empapando los sombreros de paja mientras, custodiados, bajan de Otome Tooge. Tras un recodo del camino, los soldados les desvían hacia la derecha, siguiendo un camino que bordea los montes. Al cabo de una media hora llegan a la residencia del Tonosama o señor de la ciudad.

Fukuba les recibe sentado en la sala principal. Ante él hay unas bandejas con toda clase de manjares. Todos los prisioneros clavan primero la vista en la mesa y, luego, miran a Fukuba. Han oído hablar de él, pero nunca antes le habían visto. Es casi un anciano, bastante grueso, de cabellos blancos y largos, peinados hacia atrás. Sus ojos, dedicados al estudio, están más bien apagados. Pero, a pesar de ello, su mirada es arrogante. Aunque sonríe no logra transmitir confianza. Más que una sonrisa de bondad parece una sonrisa de complacencia en sí mismo.

Los campesinos se agrupan en torno a la mesa tímidamente. Fukuba los mira con curiosidad: macilentos, sucios, con los vestidos rotos. Para sus adentros se pregunta: ¿Son estos los hombres que tanto están dando que hablar? Con una sonrisa de conmiseración extiende la mano sobre la mesa y les invita:

-Tomad una copa. Bebed.

Es la primera vez que alguien les invita a beber en dos años.

¿Será un ardid para envenenarlos? Zenyemon, desconfiado, avisa en voz baja:

-No bebáis.

Y ninguno alarga la mano. Sólo Fukuba bebe. Al ver que el mismo Fukuba bebe, Kumakichi interviene, dirigiéndose sobre todo a Zenyemon:

-¿Por qué no beber? Eso nos animará.

Zenyemon, viendo beber a Fukuba, cambia de opinión y alarga la mano a la mesa, invitando así a los demás a beber con él. Mientras beben y comen, Fukuba comienza a hacer sus preguntas, como quien quiere informarse más que interrogar a los prisioneros:

-Decidme, si apostatáis, ¿no podréis alcanzar después la salvación?

Zenyemon, como siempre, responde en nombre de todos:

-Así es. No hay otro camino de salvación fuera del cristianismo.

Fukuba conserva la calma y sigue haciendo su investigación:

-Pero los cristianos son muy pocos. La mayor parte de los hombres no son cristianos...

Le interrumpe Jinzaburo:

-Quizás Zenyemon no se ha expresado bien. Lo que ha querido decir es que la salvación no puede alcanzarse por medio de los "Kami y Hotoke" (divinidades del shintoísmo y del budismo).

Fukuba disimula y hace un esfuerzo por seguir. No puede permitir que esos ignorantes le venzan. Con aire doctoral se pone a explicar:

-Nosotros adoramos al sol que se ve, el sol que ilumina nuestro camino y hace que el mundo brille. ¿Por qué adoras tú a un dios que no se ve? Deja esas fantasías y sigue la "vía de los dioses".

Jinzaburo, como si estuviera dando una catequesis en Urakami a los niños, le responde:

-Señor, voy a intentar explicarme de modo que me entienda. Suponga que le envían de negocios tierra adentro. Una vez terminados sus asuntos, se pone de camino hacia casa, pero el día está declinando y de pronto todo se oscurece. El sendero desaparece y no sabe seguir adelante. Suponga que un labrador le encuentra en ese apuro y le dice: "Tome, lleve este farol para alumbrarse". Gracias a la luz del farol usted puede seguir su camino y llegar a su casa sano y salvo. Dígame, señor, ¿pone usted el farol sobre una peana y le ofrece su adoración en agradecimiento? ¿No sería mejor agradecerérselo al labrador que le dio

el farol? Usted, señor, me dice que adore al sol que ilumina nuestro camino. Pero nosotros, los cristianos, adoramos agradecidos al Dios que hizo el sol y lo colocó en el cielo para iluminar nuestro mundo. A El es a quien hay que adorar y alabar.

A Fukuba, a medida que escuchaba la conclusión de Jinzaburo, se le fue borrando la sonrisa de la cara. Mira a Jinzaburo contrariado, como pensando: Estos campesinos que parecen tan tímidos e ignorantes... Pero corta de un manotazo su mismo pensamiento. El, el docto, no puede rebajarse a discutir con esos ignorantes. Con aire de superioridad pone fin a la discusión:

-Bien, bien, hoy no es día de disputas. Comed y bebed y luego podéis volver al Kooronji.

Ha recobrado la calma y hasta se muestra magnánimo. Les da alimentos para que se los lleven a Seishiro, que no ha podido participar al banquete por hallarse gravemente enfermo.

Seishiro es el padre de Tsuru, la columna de los cristianos desterrados a Hagi. Por aquel tiempo Tsuru, una joven de veintidós años, resistía con admirable fortaleza los prolongados interrogatorios y el tormento de la nieve, que llegó a cubrir por completo su cuerpo expuesto a los rigores del invierno. Padre e hija se hallan separados, en dos lugares distintos de los elegidos para destierro de los cristianos. Pero padre e hija se sienten unidos. Mientras la hija siente la nieve que cubre su cuerpo, en su interior siente la voz de su padre que la susurra:

-No podrás resistir sin la gracia del Espíritu Santo. No confíes en tus fuerzas.

Y ¡qué razón tenía su padre! Sólo invocando la fuerza del Espíritu Santo pudo salir victoriosa de la prueba.

Pero ahora le llegó la hora de la prueba también al padre. Ya en la cárcel de Nagasaki su salud había quedado quebrantada. Y en Tsuwano la enfermedad se agravó. El dolor era tan agudo que con frecuencia se oían sus quejidos. Como uno de los compañeros le exhortase a tener paciencia, le respondió:

-Si alguna vez me descuido, olvidándome de pedir la gracia del Espíritu Santo, entonces me siento incapaz de controlar el sufrimiento y se me escapan los quejidos que oyes. Pero eso no quiere decir que reniegue de Jesucristo. Ya he ofrecido mi vida a Dios y acepto todo lo que él me pida.

Mes y medio más tarde, Dios aceptaba su ofrenda. Con alegría incontenible, decía a sus compañeros que le circundaban:

-Voy al Santuario del cielo. Allí pediré para que los once me sigáis, sin faltar ninguno. Tened confianza y no desfallezcáis.

Murió el 18 de febrero de 1870 a los cincuenta años de edad. Un

mes después, morían en la prisión, Ignacio Magoshiro, de setenta y dos años; Miguel Magoshiro, de cincuenta y siete; Pablo Chuushiro, de sesenta y dos. Kunitaro Moriyama les seguiría en octubre del mismo año. (Los siete restantes volvieron con su fe íntegra a Nagasaki).

Cuando aún eran doce, poco antes de la muerte de Seishiro, llegaron al Kooronji los familiares de los prisioneros. Eran ciento veinticinco, la mayor parte mujeres y niños. Venían a pie desde Onomichi, un viaje de varios días, con las fuerzas agotadas y el corazón oprimido, pues les habían dicho que todos los del primer grupo habían apostatado.

Para evitar que se encontrasen con los prisioneros y descubrieran la mentira, los guardianes encerraron a los doce en un pequeño almacén del templo. Pero la persecución despierta la mente y Jinzaburo sospechó que los samurai urdirían el engaño de la apostasía para convencer a los nuevos desterrados. Y se las ingenió para deshacer el engaño.

Con una caña de bambú, cortada en forma de pluma, y con polvo rojizo de una teja, amasado con agua, escribió en un papel un mensaje, que dejó escondido donde pudieran encontrarlo los nuevos. Con letra lo más clara que pudo dejó escrito:

A los que habéis llegado después os decimos: los hombres imitad a San Pablo y las mujeres a Santa Inés. Sed fuertes. En una cárcel nueva quedamos doce de los primeros desterrados. Dios nos ha dado fortaleza para mantenernos firmes en la fe. Que no os engañen con mentiras.

Dios, que le había inspirado el mensaje, movió también los pasos de Matsu, hermana de Jinzaburo, que estaba en el grupo de los nuevos desterrados. Matsu descubrió el papel y se lo leyó a todos sus compañeros que se alegraron con la buena noticia. De este modo se sintieron robustecidos para comenzar su combate.

27. LA FORTALEZA DE LOS DEBILES

El mensaje de Jinzaburo, encontrado por su hermana y comunicado a todos, llenó de alegría a los recién llegados a Tsuwano. Si los primeros habían resistido durante dos años, también ellos podrían resistir y conservar su fe íntegra. Pronto, en el silencio de la noche, sentirían llegar hasta ellos a alguno de los doce, escapado de su prisión para comunicarse con ellos y animarlos al combate.

Los guardianes advirtieron la actitud firme de los nuevos y, sin esperar, les pusieron inmediatamente a prueba. Se dieron enseguida algunas apostasías entre los familiares de los que anteriormente habían hecho lo mismo. Y pasaron a reunirse con ellos en el "Amadera". Sin embargo, la mayoría se mantuvo fiel.

Se separó a los hombres de las mujeres; a los niños mayores de quince años se les puso en el departamento de los hombres. Los más pequeños en el de las mujeres. La presencia de los niños añadió un matiz nuevo al heroísmo de los confesores de Cristo.

El hambre y los interrogatorios fueron las primeras armas usadas contra los recién llegados. Cada día uno o varios eran llamados a juicio. Un día, el citado a juicio es un niño de cuatro años. Su madre contempla de lejos la escena con el corazón angustiado. Han sacado una bandeja de pasteles, que ofrecen al niño. Este se echa para atrás como si le hubiesen puesto delante serpientes. Con tono meloso insisten los jueces para que no tema y coma los dulces. El niño no

responde, sólo vuelve la cabeza hacia otra parte. La porfía se prolonga un buen rato. Y por fin el niño es devuelto a la prisión y corre a los brazos de su madre, que le pregunta:

-¿Qué te han dicho?

-Que si dejaba de ser cristiano me daban todos esos pasteles.

-Y tú, ¿qué les has respondido?

-Que no.

-¿Por qué?

-Porque si dejaba de ser cristiano no iría al Paraíso y si voy al Paraíso allí tendré mejores pasteles y todo lo que quiera.

Otro día tocó a Suekichi. Doce años. Han muerto sus padres y hermanos. Por eso, en la prisión, todos, olvidando sus propios sufrimientos, se esfuerzan por aliviar la soledad del huérfano. Y hoy todos están preocupados. Suekichi, el niño tímido, de carácter tranquilo, apacible, ha sido llevado al interrogatorio. Los guardianes desean lograr un triunfo, para hacer mella en la entereza del grupo. Aunque sea la defección de un niño...

Durante una hora, todos están con el corazón en vilo en el Kooronji, esperando y rezando para que Suekichi resista y vuelva con ellos. Cuando entra en la prisión todos se abalanzan sobre él:

-¿Qué te han hecho? ¿Qué te han dicho? ¿Te han hecho daño?

Por toda respuesta, Suekichi muestra sus manos ennegrecidas y brillantes:

-Como yo no apostataba, Kasahara me puso aceite en las manos y mientras Chiba (otro oficial) decía: "¡Apostata!", prendió fuego a mis manos.

Todos sufren en su piel las quemaduras de Suekichi, pero él con ingenuidad desconcertante añadió:

-Pero no estaba tan caliente.

¿Tal vez apagaron la llama antes de que el aceite se consumiese? Pero en el corazón de Suekichi el sacrificio estaba consumado. Como suave aroma, el testimonio de su fe se expandió por la prisión. El niño, en su debilidad, mostró la fuerza de su fe. Unos meses más tarde no resistió, en cambio, una enfermedad, que lo liberó para siempre de la prisión.

-Allá en el cielo, bromeaban los que le vieron morir, seguro que habrá mostrado al Señor sus manos resplandecientes de gloria y, al recibir su corona, seguro que ha sonreído mientras repetía al Señor:

-Pero, Señor, si yo no hice nada, si no estaba tan caliente...

Y tras él siguieron la misma suerte otros niños, imártires de Kooronji! Las torturas, el hambre, las enfermedades fueron segando sus vidas: Miguel, de dos años; Pablo Misaemon, de siete; Pedro Shinzaburo, de dos; Lorenzo, de ocho; Catalina Same, de tres; Catalina Mori y Pedro, de seis...

En el bosquecillo de las camelias del valle Kabusaba descansan sus cuerpos. Los hombres, a quienes ningún mal habían hecho, no soportaron la inocencia de su vida. Les dieron muerte sólo porque eran del Señor que siempre amó a los niños. Quizás algunos, aún inconscientes, sólo con la fe de sus padres, otros con el primer acto consciente ofrecieron al Señor el sacrificio de su vida y él les ha acogido en el Paraíso con el que soñaron. Desde allí nos llega el resplandor del testimonio de su fe.

28. MATSU Y LA CEREMONIA DEL FUMIE

Otro día les citan a juicio general. Dirige el acto Kasahara, uno de los oficiales nuevos, que llegó con el segundo grupo de cristianos. En el suelo, entre el tribunal y el grupo de mujeres y niños han colocado una bolsa de papel. Dentro de la bolsa ya saben los cristianos lo que hay: un crucifijo. Es una de las ceremonias, abolida por las nuevas leyes, pero favorita de los perseguidores. Obligando a los cristianos a pisar la imagen de Cristo, no sólo consiguen que los cristianos apostaten, sino que además de ese modo desahogan su odio contra el cristianismo.

Los cristianos, con los ojos fijos en el suelo, están en silencio. Han aprendido la enorme fuerza del silencio para desconcertar a los jueces. Ninguno responde a sus preguntas. Por fin, Kasahara, irritado, se dirige a Matsu Moriyama:

-Matsu, ipisa esa bolsa!

Matsu no se mueve, ni siquiera levanta la vista.

-¡Obligadla! -grita enfurecido Kasahara.

Dos soldados se disponen a tomarla en brazos para arrastrarla, pero en la sala resuenan dos sonoras bofetadas. Habían olvidado que Matsu, hija de Kunitaro y hermana de Jinzaburo, tenía el indomable carácter de ambos juntos.

Kasahara, sorprendido, queda unos momentos sin saber cómo reaccionar. Luego comienza a gritar, profiriendo insultos y amenazas. Algunas cristianas se echan a llorar. Matsu es su catequista; es la columna y sostén de todas. Si a ella le pasa algo...

Sólo Matsu está tranquila. Ha levantado su vista y mira de frente al tribunal petrificado. Y no le pasa nada. Kasahara, humillado, manda que les encierren de nuevo.

29. YUUJIRO Y EL GORRION

Domingo Yuujiro llegó en el segundo grupo de prisioneros. Tenía quince años y era el menor de la familia Moriyama, el mimado de todos. Diferente de su hermano Jinzaburo y de su hermana Matsu, era apacible, más bien débil. Cuando oía contar los sufrimientos soportados por su padre y hermanos, él repetía:

-Yo no tengo valor para tanto.

A su hermano Jinzaburo le solía decir:

-Reza por mí. Si me torturan estoy seguro que reniego de Cristo y yo no quiero hacerlo. Pero me da miedo el sufrimiento.

-Te portarás bien y serás valiente.

Le animaba su hermano, que había sido su catequista y padrino en el bautismo.

Y un día los guardianes descubrieron su parentesco. El oficial Marioka desahogó con él todo el resentimiento que albergaba contra Jinzaburo, joven de su misma edad y del que no lograba nada:

-¡Cómo! ¿Yuujiro es hijo de Kunitaro y hermano de Jinzaburo y de Matsu?

Y, mientras los oficiales se comunicaban el descubrimiento, Marioka se frotaba las manos. Se desquitaría de todas las humillaciones recibidas con el más pequeño de la familia. A este le arrancarían la apostasía costase lo que costase.

Era una fría mañana de noviembre. El viento del norte anunciaba las primeras nieves en el valle de Tsuwano y arremolinaba las últimas hojas de los rojos arces. Los guardianes sacan a Yuujiro de la prisión. Amarran en forma de cruz dos palos de "sugi", una especie cedro japonés. Desnudan a Yuujiro, lo atan a la cruz y lo ponen así al borde del camino.

Yuujiro tiembla de frío y de vergüenza. Lloro inconteniblemente. Los guardianes se pasean ante él y, de rato en rato, le preguntan:

-¿Apostatas?

Con su lengua balbuciente por el frío les responde invariablemente:

-¡No, eso nunca!

Y los guardianes se alejan despechados, diciéndole:

-Piénsatelo bien. Estarás así hasta que cambies.

Y como Yuujiro no cambia, son ellos quienes cambian la tortura. La prisión estaba rodeada de una galería abierta. Sobre el suelo de cañas de bambú lo dejan desnudo, expuesto días y noches al frío y a la lluvia. Hay momentos en que el agua se congela sobre su cuerpo.

Algunos días Morioka lo ata a una columna del templo y lo azota con varas. Le introduce los extremos de las varas por los oídos y la nariz, repitiendo siempre la misma pregunta:

-¿Apostatas?

-¡No, eso no!

Su fe se mantiene firme, pero su cuerpo se estremece y debilita cada día. Sus gemidos penetran en la prisión, donde todos están sufriendo con él y orando por él. Ensañándose con los Morioka, a veces hacen salir al hermano o al padre para que asista a los tormentos.

Al cabo de catorce días los miembros de Yuujiro se inflaman. Su respiración se hace fatigosa. Su cuerpo cobra una coloración azulada. Los guardianes temen que se les muera sin haberle arrancado la apostasía:

-¿Estará en peligro de morir congelado? ¿Estará fallando su corazón de niño?

Llaman a Matsu apresuradamente:

-Tu hermano está enfermo. Llévalo a vuestra prisión y cuídalo allí.

Matsu recoge con cariño de madre el cuerpo atormentado de su hermano. Pero, ¿cómo curarlo? No tiene fuego, ni una manta siquiera para reanimarlo. Matsu lo pone en su regazo para transmitirle el poco calor de su cuerpo, le frota y abriga con sus propios vestidos. De este modo consigue darle un poco de calor. Pero su hermano está tan débil que no podrá resistir mucho más.

Por la noche Jinzaburo, informado del peligro de muerte que corre su hermano, se escapa de la cárcel y corre a su lado. La oscuridad es completa y no puede verlo. Le toma una mano y, acariciándolo, trata de consolarlo.

Entre sus dos hermanos, Yuujiro, a punto de morir, descubre la delicadeza de su alma en toda su profundidad. Con un hilo de voz, les dice:

-Hermanos, perdonadme. Os he afrentado quejándome en el sufrimiento. Pensando en el sufrimiento de Jesús quería contenerme, pero como soy tan débil...

Emocionados los dos hermanos sienten que las lágrimas se les suben a los ojos y con un nudo en la garganta balbucean palabras de consuelo al hermano menor, el mimado, que ahora contemplan en su verdadera estatura. Matsu le pregunta cómo ha podido resistir tantos días el sufrimiento. Como quien ya no tiene nada que ocultar le responde:

-Los ocho primeros días a cada instante creí que ya no podría resistir más. Pero, luego, mientras estaba sentado en la galería sobre las cañas de bambú, vi un gorrión que saltaba sobre el alero del templo, piando de frío y llamando a su madre, que acudió a su lado y entonces dejó de piar...

Los dos hermanos le miran con atención y con un interrogante en los ojos. Yuujiro, el único que ve en la oscuridad, les explica:

-Entonces, viendo al gorrión y a su madre, he conocido a Dios. Pensé en Jesús y en la Virgen María. Esto me dio valor, pues si un gorrión cuida de su hijo, con mayor razón me tenían que estar mirando con amor desde el cielo a mí que sufría por ellos. Yo pensaba, si muero así, iré al cielo y Jesús y su Madre, la Virgen María, me acogerán entre

ellos...

Se le cortaba la voz, pero él sentía la necesidad de comunicar todos sus sentimientos a sus dos hermanos, que tanto lo habían querido:

-Pensando esas cosas cobré valor y ya casi no sentí los sufrimientos. En las noches de lluvia, mojado y tiritando de frío, creía que me moría. Y, pensando en la muerte, hice el acto de contrición, como vosotros me habíais enseñado. En cambio, en las noches despejadas, al contemplar la luna y las estrellas, pensaba que yo subiría por encima de ellas hasta llegar al cielo. Así apenas si sentía el dolor.

-¡Pobre hermano mío!, -se le escapa a Matsu- ¡Cuánto has sufrido!

-No, hermana, no he sufrido tanto. Pero siento que mi fin ya se acerca. Me voy al cielo y allí pediré por todos, para que os mantengáis firmes y podamos estar siempre juntos con Dios en su cielo.

Si no hubiera sido por la absoluta oscuridad, Jinzaburo y Matsu hubieran contemplado el rostro resplandeciente de su hermano. Pero sólo en el estremecimiento de sus manos pudieron notar la fuerza nueva que les transmitía. El, Yuujiro, el hermano menor, siempre con su apariencia de niño débil, que no confiaba nunca en sus fuerzas, allí está ahora confortando a los hermanos mayores y anunciándoles su futuro:

-Hermana, cuando salgas de aquí, sigue enseñando a todos lo que me has enseñado a mí. Y trabaja para que los niños no lloren. Los niños no tienen pecado. En cambio, los mayores sí los tienen y deben hacer penitencia por ellos...

Poco a poco se le agotan las fuerzas. Pero aún tiene algo que comunicar a su hermano. Apretando su mano con las últimas fuerzas que le quedan, le dice:

-Y tú, Jinzaburo, cuando te cases y tengas hijos, consagra uno de ellos al Señor.

Era el amanecer del 26 de noviembre de 1870 cuando entregó su espíritu Yuujiro, el niño que, a través de un gorrión, comprendió el amor de Dios a sus hijos.

30. LA INTERVENCION EXTRANJERA

Zenyemon, Tomohachi y Jinzaburo están cumpliendo un castigo en las celdas. En la noche les pasan la noticia:

-Ha venido Mooichi. Está abajo en el "Amadera". Tu hermano, Zenyemon, se escapó la otra noche para ir a verlo, pero lo sorprendieron los guardias y lo tienen amarrado a una columna...

Mooichi es un caso particular entre los cristianos de Urakami. Antes de su conversión no había sido ningún modelo de virtud. Y una vez convertido y llevado al bautismo por Jinzaburo no fue nunca un cristiano muy fervoroso. Pero, al enfrentarse con la persecución, su vida cambió totalmente. Desterrado con un pequeño grupo a la ciudad de Fukuyama se mantuvo firme en la fe. Cuando llegó un nuevo grupo, él fue quien se dirigió a ellos para darles ánimos. Haciendo la señal de la cruz les saludó, diciéndoles:

-¿Ahora habéis llegado? Tened paciencia y no os olvidéis nunca de esta señal, que os dará siempre fuerzas.

Recluido en una prisión más estrecha para evitar que influyera en los demás, se escapó, tomando el camino de Osaka. Allí se puso a las órdenes de un misionero y se dedicó a visitar y animar a escondidas a los cristianos prisioneros. Acercándose de noche a las prisiones, les pasaba cartas de los misioneros, rosarios y medallas...

-En la relación de los prisioneros de Hiroshima se cuenta que una noche Mooichi y un compañero, levantando unas tablas de la pared, entraron en la cárcel y, después de animar a los prisioneros, bautizaron a un niño nacido aquellos días.

Y ahora se presentaba en Tsuwano. Apenas liberados de las jaulas, Zenyemon, Tomohachi y Jinzaburo hicieron sus planes para entrevistarse con él. Ya habían descubierto los guardianes la salida del suelo de la prisión, pero aquellos campesinos se abrieron otra salida, ahora en el techo. Por ella salieron los tres aquella noche. Zenyemon, que no veía bien, iba de la mano de Tomohachi. Al llegar al arroyo resbaló en las rocas y cayó, arrastrando al compañero al fondo. Un salto de dos metros. Sólo gracias a la ayuda de Jinzaburo pudieron salir y, sin ser vistos, llegaron al "Amadera".

Al contemplar sus figuras, en las que los sufrimientos habían dejado una terrible huella, Mooichi se conmovió y, emocionado, les abrazó y lloró como un niño. Pasaron hasta el amanecer charlando. Al amanecer, Mooichi emprendió el camino de Tottori, donde otro grupo de cristianos sufría durísima prisión. Y los tres prisioneros volvieron a su cárcel.

Todos se arremolinaron en torno a ellos. Traían grandes noticias. Resultaba que ellos, los pobres campesinos perseguidos, habían pasado al plano internacional. Las grandes potencias extranjeras no querían firmar sus tratados con el Japón si éste no cesaba su persecución religiosa. Así lo había escrito Iwakura, uno de los enviados de la misión diplomática.

En algunas cárceles, la vigilancia ya era menos estricta y los cristianos se escapaban e iban a Kobe, donde había una iglesia católica en la Concesión Extranjera. ¡Ah, si nosotros también pudiéramos ir y recibir los Sacramentos...!

31. ¡LA COMEDIA CONTINUA!

El 1 de enero de 1870 los dos ministros para asuntos extranjeros, Sawa Nobuyoshi y Terashima, responden a un despacho que seis meses antes había dirigido al gobierno japonés el representante de Estados Unidos, M. de Long. En esta respuesta afirman que, después de una larga investigación acerca de los malos tratos infligidos a los prisioneros cristianos, han llegado a la conclusión de que todas las acusaciones son falsas. Ellos pueden afirmar que ninguno ha sido torturado. De noche ciertamente están encerrados, pero de día salen a trabajar en el campo. Y, siendo tantos, ciertamente que algunos han muerto; pero su muerte ha sido por causas naturales y no debido a los malos tratos, que no han tenido lugar.

El mismo día en que M. de Long recibía esta comunicación, los cristianos, que aún quedaban en Urakami, eran citados ante el gobernador de Nagasaki: hombres, mujeres y niños. En la convocación no dice para qué son llamados, pero el oficial que lleva la orden se encarga de decirles:

-O apostatáis del cristianismo o preparaos para lo que os espera.

En la noche le llega un mensaje al P. Laucaigne con la noticia:

-Según parece seiscientos cristianos de Urakami mañana serán embarcados y mandados al destierro.

A la mañana siguiente, informados de la situación, los cónsules de Francia, de Inglaterra y de Estados Unidos se presentan ante el gobernador. Pero, a pesar de sus presiones, aquella misma tarde, dos barcos de vapor se disponen a transportar a los cristianos al exilio, lejos de sus tierras. Y si no partieron esa misma noche, no fue en atención a los ruegos y protestas de los cónsules, sino por la tormenta con olas gigantescas que se levantó en el mar. Los cristianos fueron mandados a sus casas hasta nueva orden. Durante la espera, el gobernador respondió a los cónsules:

-Las medidas contra los cristianos me son impuestas desde Edo. Dos altos oficiales me han sido enviados con órdenes precisas, que estoy obligado a ejecutar. No me insistan más al respecto. Los seiscientos veinticinco hombres en estado de poder trabajar serán embarcados apenas amaine el mar. Si no se presentan espontáneamente, los soldados les obligarán a hacerlo. Y, por lo demás, ésta no será la última deportación. Hay cuatro mil cristianos en el valle; les aseguro que no quedará ni uno; se les dispersará por las diversas provincias, sin maltratarlos desde luego. Bajo los distintos príncipes se les enseñará la buena vía.

Mientras el gobernador daba esta respuesta, doce navíos japoneses estaban estacionados en el puerto de Nagasaki, como para que nadie dudase de sus palabras. Sir Harry Parkes, que aquel día se hallaba en Nagasaki, pudo contemplar cuanto ocurría y escribió a los

ministros Sawa y Terashima:

-Con sorpresa, al llegar a Nagasaki, me entero de las disposiciones del gobernador de la ciudad respecto a los cristianos. Me han afirmado que las órdenes proceden de Edo. Y, ciertamente, oficiales de Edo están presentes para vigilar su cumplimiento. Les pregunto: ¿qué ha sido de todas las promesas que ustedes nos han hecho de actuar con humanidad "según el espíritu progresivo del siglo"?

El 5 de enero, sin más dilación, a pesar de la lluvia y la nieve, se llevó a cabo la deportación. Los soldados se apostaron en todos los caminos del valle a fin de que ninguno escapara a la cita en el puerto. En la noche del cinco al seis, los setecientos veinticinco hombres designados estaban a bordo de las embarcaciones. Al día siguiente, en la mañana, las familias de los deportados en 1868 se presentaron ante el palacio del gobernador y aquella misma noche se les embarcó también a ellos. Y el día 7, a mediodía y ante los ojos indignados de los europeos, continuó la embarcación de las mujeres y los niños. El día 8 siguió el mismo espectáculo. Para ganar tiempo, algunas mujeres y niños fueron conducidas por tierra hasta el puerto de Tokitsu, donde más barcos esperaban.

El P. Laucaigne escribe a Mons. Petitjean:

-El valle de Urakami no es más que un desierto. No quiero afligirle contándole los horrores que hemos visto con nuestros ojos. Sólo le diré que nuestros cristianos, subiendo a las naves que les llevaban al exilio, se han signado con la cruz y se han colocado sobre la cabeza el velo blanco de su bautismo. Sin duda han querido testimoniar públicamente su fe inquebrantable en Nuestro Señor Jesucristo. Que El les ayude a mantenerse fieles hasta la muerte.

Cartas, reuniones, circulares y decretos se suceden entre los plenipotenciarios de las naciones extranjeras y los altos funcionarios del gobierno japonés. En carta del 25 de febrero a Mons. Petitjean, el P. Laucaigne resume el estado de cosas con la amarga frase:

-¡La dolorosa comedia continúa!

Convencido de que no se resuelve nada, pues el gobierno habla y promete lo contrario de lo que hace y, viendo que de momento su ministerio es totalmente imposible en Urakami, se decide a abandonar Nagasaki. Con los jóvenes, que está formando para el sacerdocio, parte hacia Shangai; de allí va a Hong-Kong, donde el prefecto apostólico de Canton, M. Guillemin, pone una casa a su disposición para él y sus trece jóvenes.

En Urakami ya no quedan cristianos. En el nuevo templo shintoísta organizan una gran fiesta para celebrar la expulsión de los cristianos. Numerosas prostitutas son paseadas con gran pompa, seguidas por la muchedumbre. Las fiestas duran seis días. Pero no acaban bien. Las gentes protestan ante el gobernador, exigiéndole el

dinero recaudado durante las fiestas, pues desde que no hay cristianos, que cultiven los campos, no tienen arroz que comer.

Mons. Petitjean sufre con cada carta que le llega. El desea volver a Japón a sufrir con sus misioneros y cristianos, presente donde está su mente y su corazón. Suplica al Papa Pío IX que le permita dejar Roma y regresar a Japón. Pero el Papa le manda esperar y él, con el corazón afligido, obedece. Sólo a mediados de diciembre de 1870 pudo ver cumplidos sus deseos:

-Bendito sea Dios que me ha permitido poner de nuevo mis pies sobre esta tierra.

Mons. Petitjean visita, uno a uno, a todos los misioneros en sus respectivos lugares y fija su residencia en Yokohama. En Nagasaki queda como provicario al P. Laucaigne y, con el mismo cargo, M. Mounicou se encarga de la misión de Osaka y de Kobe. Contra todas las recomendaciones humanas, Mons. Petitjean autoriza a los misioneros a emprender de nuevo su ministerio nocturno, recibiendo e instruyendo a los cristianos, recomendándoles a la vez extrema prudencia. El, igualmente, emprende continuas visitas a las diversas misiones. En estas visitas encuentra a algunos de los cristianos deportados, les escucha, les consuela y anima y les da recomendaciones para todos los demás. Pronto se extiende la noticia de su regreso entre los deportados que, burlando la vigilancia de la prisión, le visitan en la noche y piden los sacramentos. Mons. Petitjean nunca olvida de recomendarles:

-Oren y ofrezcan sus sufrimientos por el Papa, que también está siendo perseguido.

El 18 de junio, Mons. Petitjean celebra solemnemente el 25º aniversario del pontificado de Pío IX. Y ese mismo día, en nombre de la misión y de los cristianos japoneses, dirige una carta al Santo Padre, a la que éste responde con fecha de 28 de septiembre, afirmando que es la carta más consoladora que ha recibido en ese momento tan triste para la Iglesia.

Esta entrañable carta del Papa dio nuevos ánimos a los misioneros, que fueron ocupando todos los puertos que se iban abriendo en Japón, según los tratados firmados con las naciones extranjeras. Así se iban preparando a la espera de tiempos mejores para su tarea evangelizadora, cuando se renovarían los tratados al año siguiente. Los misioneros contaban sobre todo con M. de Long, el representante de Estados Unidos, que era quien más a pecho se interesaba por la suerte de los cristianos.

A mediados de este mismo año de 1871, un oficial superior fue enviado desde Tokio por orden del gobierno a visitar a los cristianos desterrados con la misión de llevarles, si era posible con métodos persuasivos, a la religión nacional. Su tarea era convencerlos de que apostararan de corazón y no sólo de boca:

-No quiero que ninguno apostate de su fe y, luego, siga rezando a Jesús. Así estamos siempre igual, comenzando de nuevo. Reflexionad y convenceos. Jesús ha sido un gran salvador, que ha hecho grandes cosas en favor de Occidente. De él ha surgido la civilización de los europeos, que en su época no eran nada. Por ello es natural que crean en él y le adoren. Pero Jesús no ha hecho nada por el Japón, cuya civilización es mucho anterior a su nacimiento. Sería un crimen para un japonés adorar a Jesús en vez de adorar al fundador y protector del Gran Japón. Jesús es un gran hombre para los pueblos a los que ha hecho tanto bien, pero es indigno del Japón, que ha sido creado y civilizado mucho antes por los espíritus. Es necesario, por tanto, hacer desaparecer todo signo de culto material y adorar únicamente en el corazón a los espíritus...

Tras sus intentos persuasivos, los cristianos eran invitados a reflexionar. Pero no dio ningún fruto. Los cristianos escuchaban pasivamente y salían más convencidos de su fe.

En medio de la alegría que Mons. Petitjean y los misioneros recibían, viendo el fervor y la fidelidad de los cristianos, en la noche del 15 al 16 de octubre les apenó la muerte inesperada del P. Mounicou. Tras dos días de malestar expiró:

-Era nuestro hermano mayor, el primero en llegar a la misión de Japón.

El gobierno japonés comenzaba a dar las primeras señales de un cambio. Comenzaba a comprender que, para la prosperidad de Japón, no era conveniente expulsar a los extranjeros, sino pactar con ellos. A finales de año, el 22 de diciembre, una embajada japonesa partió hacia Estados Unidos y Europa para preparar la revisión de los tratados, que estaban a punto de espirar. Este viaje ayudó a algunos hombres inteligentes a liberarlos de prejuicios sobre los occidentales. Quizás ese viaje fuera el comienzo del fin de la persecución de los cristianos.

Pero aún no ha terminado la dolorosa comedia. La partida de la embajada coincide con una nueva manifestación de persecución. El 18 de diciembre sesenta cristianos de los alrededores de Nagasaki son deportados a bordo de un navío que les conduce no se sabe dónde. La noticia inesperada suscita indignación entre las potencias extranjeras dentro y fuera del Japón. Los periódicos de occidente, al dar la noticia, se preguntan:

-¿Qué es lo que mueve al gobierno japonés, compuesto por hombres inteligentes y deseosos de elevar el Japón al nivel civilizado de Occidente, a actuar con tal crueldad e intolerancia? ¿Cómo persisten en proclamar que el cristianismo es una amenaza para el Japón? Si, como dicen, el cristianismo no corresponde al sentimiento del pueblo japonés, ¿cómo es que los japoneses, convertidos al cristianismo, lo abrazan con tal fuerza que son capaces de sufrir tales torturas sin apostatar? Si no es apto para el pueblo japonés, ¿qué necesidad hay de oponerse a él con la violencia? El Shintoísmo es la deificación del Emperador, dicen. Sólo aceptando al Emperador como dios se puede garantizar su soberanía. Los cristianos, no reconociendo

la divinidad del Emperador, minan su poder. Pero, si los hombres del poder, los que persiguen a los cristianos, creen que el Emperador es una divinidad omnipotente, ¿cómo es que ellos le imponen límites y restricciones? ¿No son ellos, más aún que los cristianos, quienes menosprecian la divinidad del Emperador? ¿No son ellos quienes han fijado en la constitución política los atributos del Emperador, entregándole un código al que debe someterse? ¿No es cierto que el gobierno ha dado al Emperador sólo el poder que a ellos les interesaba? ¿No es una dolorosa comedia lo que están representado los altos oficiales del gobierno? ¡El Japón, que busca abrirse a Occidente, sin permitir el cristianismo, podrá llegar a ser un pueblo poderoso y próspero, pero jamás será un pueblo civilizado! A la hora de renovar los tratados entre el Japón y las demás Potencias no se puede olvidar el problema de la religión cristiana.

Por la presión extranjera y por oportunismo político, a primeros de febrero de 1872 se comenzó a devolver la libertad a los últimos cristianos encarcelados, permitiéndoles volver a sus lugares. No todos vuelven a encontrarse: ¿Han muerto durante la persecución todos los que faltan o aún siguen algunos encarcelados? El decreto del consejo supremo lo explica:

-En los últimos años algunos cristianos han sido deportados a diferentes provincias. Si entre ellos hay algunos que se han arrepentido, deben ser inmediatamente amnistiados y devueltos a su lugar de origen.

En el decreto no se habla de los cristianos que se han mantenido fieles a su fe. Acostumbrados a la falsedad, los oficiales no tienen inconveniente en afirmar:

-Todos los cristianos serán puestos en libertad sin condición alguna, pero no podemos escribirlo para no ofender los sentimientos de nuestro pueblo, que siente odio hacia la religión cristiana.

El decreto y la explicación vuelven a sembrar la incertidumbre de que todo no sea más que un acto más de la dolorosa comedia, que ya dura cinco años. Dar la libertad a los cristianos, que han apostatado al menos de boca, ¿no será una estratagema más para incitar a los demás a renegar de su fe para recobrar la libertad? ¿No es una prueba más para los confesores de la fe?

En julio, el número de los deportados regresados a Urakami no supera los quinientos. Los deportados han sido más de tres mil, ¿que ha sido de los demás? ¿Dónde están? Esta es la angustia de los misioneros.

Mientras, a lo largo de su viaje por los Estados Unidos, en contacto con la civilización occidental, los embajadores japoneses comienzan a sentir la necesidad de cambiar de ideas, también en el mismo Japón se va operando una evolución en el mismo sentido. La opinión general hacia los extranjeros comienza a ser menos desfavorable. El gobierno, preocupado por la organización del nuevo régimen, va dejando de lado la preocupación por el problema religioso. Los japoneses van adoptando las costumbres europeas. Los

misioneros, sin olvidarse de la suerte de los que siguen aún en prisión, comienzan una etapa nueva de evangelización entre los mismos japoneses. En Yokohama, Osaka y Kobe comienzan a darse las primeras conversiones. En Pascua y Pentecostés varios adultos reciben el bautismo y la comunión. El 2 de diciembre, el P. Poirier hace un recuento de los cristianos y suman 8.200:

-Si a estos se añaden los que aún siguen exiliados, el número se eleva a unos 10.000, comunica en su informe a Mons. Petitjean.

Para atender a estos cristianos, sin olvidar el anuncio de la fe y la catequesis de los paganos, los misioneros se sienten impotentes. Pero, reforzados en su fe por la persecución, cuentan con la ayuda de tantos catequistas infatigables. En su mayoría son jóvenes, hombres y mujeres, repartidos por las diversas comunidades:

-La persecución de unos y la sangre de otros no han sido vanas.

Y el 31 de marzo de 1873, después que la embajada japonesa ha oído y visto las protestas en Inglaterra y Francia por la persecución de los cristianos, finalmente el gobierno retira los carteles con la prohibición del cristianismo, que por años han estado fijos en los tablones de anuncios de las calles. En un telegrama lo comunica Mons. Petitjean a Francia:

-Edictos contra cristianos quitados. Prisioneros liberados. Transmitir a Roma.

El P. Cousin, desde Osaka, escribía el 4 de abril a su obispo, Mons. Petitjean:

-Nuestros queridos prisioneros, en ruta hacia Nagasaki, han pasado dos días en Osaka. Hombres, mujeres y niños han hecho del jardín de la misión su casa. Jamás he visto tanta alegría. Parecían escolares en día de vacaciones.

32. EL HUERTO DE LOS CRISTIANOS

El gobierno central del Emperador, que había adoptado la línea de compromiso entre la tolerancia y el exterminio de los cristianos, buscando la conversión del cristianismo al shintoísmo, no está al tanto de las crueles medidas tomadas en Tsuwano. Misioneros y extranjeros presentaron sus quejas y, por fin en 1871, cuando el cónsul británico echó en cara al gobierno su bárbara conducta, se llevó a cabo una investigación y quedaron al descubierto hechos tan vergonzosos.

Inmediatamente se decretó la libertad de los cristianos. En el mismo 1871, el cambio del Gobierno se dejó sentir también en Tsuwano. Aumentó la ración diaria de la comida y cesaron los interrogatorios. Cada mañana el centinela, al abrir la cárcel, se conformaba con preguntar:

-¿Estáis todos?

Y, al recibir la respuesta afirmativa, se retiraba.

Pasado algún tiempo, se les permitió salir a trabajar y así ganar

algún dinero. La población se benefició con su trabajo. Los prisioneros, procedentes de Nagasaki, enseñaron a los habitantes de Tsuwano lo que les habían enseñado los misioneros, como a beber la leche de vaca y diversas técnicas de cultivo de la tierra. Desmontaron y cultivaron nuevas extensiones de terreno, limpiándolas de rocas y malezas.

Aún queda en Tsuwano el nombre "Kirishitan batake": "huerto de los cristianos", situado en la ladera de los montes. Pero ya para aquel momento los cristianos de la prisión de Tsuwano eran pocos. En 1870 eran muchos los que habían muerto. De treinta y seis se conocen los nombres, pero hay otros, cuyo recuerdo se ha perdido para nosotros.

En 1872 se permitió volver a sus casas a los cristianos que habían apostatado. Como les daba vergüenza volver, los cristianos fieles escribieron a los misioneros una carta en favor de sus hermanos y hermanas renegados:

Padre, por favor, no sea duro con estos que se llaman traidores, porque nos han ayudado a todos. Gracias a la comida que ellos nos traían, hemos podido sobrevivir. Por favor le pedimos que los confiese y les dé la absolución.

33. LA VISITA A KOBE

Aprovechando la poca vigilancia, tres de los prisioneros decidieron hacer una escapada a Kobe. Fueron descubiertos y alcanzados en Iwakuni a los tres días de viaje. Devueltos a Tsuwano, fueron condenados a una semana de severos castigos.

Pero apenas habían terminado su condena, Jinzaburo y otros cuatro decidieron intentarlo de nuevo. De noche van saliendo uno a uno por el agujero del techo; se deslizan con infinitas cautelas hasta el pueblo, cruzan sin hacer el mínimo ruido sus calles dormidas y, una vez en las afueras, emprenden una rápida marcha.

Van a pie hasta Miyauchi y, de allí, en barco hasta Kobe. Llegan a la Iglesia precisamente cuando el P. Villión está celebrando la Eucaristía. Muy cerca de la puerta caen de rodillas y, con la frente en el suelo, adoran, idespues de tanto tiempo!, a Cristo Sacramentado.

La intensa emoción parece que les va ahogar. Están allí a los pies del altar para ofrecer al Señor su fe y su amor acrisolados en el sacrificio: Benditos el lago helado, la jaula, los interrogatorios y también bendito lo más doloroso de todo, asistir a la muerte de los seres queridos...

Era el 13 de febrero, octava de los otros Santos Mártires del Japón. Terminada la misa, se acercan al P. Villión, le ruegan que les escuche en confesión y les dé la Comunión. Y, luego, cuando el Padre va a salir de la Iglesia, lo detienen, para presentarle una súplica, que el mismo Padre cuenta:

-Se arrodillan ante mí y me dicen que tienen que hacerme una comisión sagrada y en nombre de lo que han sufrido ellos mismos y, sobre todo, en nombre de su venerado jefe, Domingo Zenyemon, piden el perdón de algunos que, no resistiendo las torturas, han caído: apostasía de boca solamente, en medio de las torturas y el hambre...

Terminada la comisión, hecha con gran ansiedad, se postran en el suelo, repitiéndome:

-¡En nombre de los que han sufrido tanto!

El P. Villión se los llevó consigo a casa. Y después de hacerles descansar, les envió a la iglesia de Osaka. Allí estuvieron un día y, cargados de rosarios y medallas, emprendieron el regreso. Fueron en barco hasta el bello puerto de Tomo, en el Mar Interior. De allí, a pie, se dirigieron a Fukoyama. Son doce kilómetros por un camino entre colinas cubiertas de arbolado. En el pequeño pueblo de Minomi, el camino se abre a la amplia vega del río Ashida.

Siempre bordeando los montes, el camino remonta la corriente del río hasta llevar a Fukoyama, una pequeña ciudad, agrupada al pie de su hermoso castillo, a cuyos fosos, por un canal, llegan los barcos. Es una ciudad marinera. En una sastrería, Jinzaburo y sus compañeros entraron a comprarse vestidos y a esperar hasta la noche.

Cuando la ciudad se retira a dormir, los viajeros se dirigen a unos barracones, que se levantan a la orilla del foso del castillo. Allí estaba la prisión de otro grupo de cristianos de Urakami. Se habían dado a conocer en la tarde. Y ahora, aprovechando las sombras de la noche, entran a escondidas para consolar y alentar a sus compañeros de sufrimiento. Les dan las últimas noticias y ellos, que han escapado de una prisión, no encuentran un mejor alojamiento para pasar la noche que aquella prisión.

A la mañana, antes del amanecer, salen de la prisión y siguen su camino hacia Tsuwano, atravesando Hiroshima, Miyauchi y Nanokaichi. Veinte días de camino para volver a su prisión, que no habían abandonado por huir de los tormentos. Por ello vuelven a ella, dispuestos a sufrir cualquier castigo por su huida. Confortados con los Sacramentos nada les importa.

34. VUELTA A SUS HOGARES

El destierro está llegando a su fin. Los pocos apóstatas de Tsuwano ya han vuelto a Nagasaki. Los fieles aún tuvieron que quedarse en Tsuwano un año más. Pero muy pronto regresarán también ellos. Un día uno de los guardias llama a Zenyemon, Jinzaburo y Kunitaro y les conduce al alojamiento de los oficiales encargados de su custodia. Les reciben amablemente con reverencias y más reverencias. Les piden excusas por los malos tratos y les expresan su profunda admiración por su fidelidad hacia su señor, Cristo:

-¡Cumplíamos órdenes!

Y les dan la noticia:

-Recoged vuestras cosas. Volvéis a Nagasaki.

Uno de ellos les muestra su admiración:

-Si fuerais samurai, seríais perfectos samurai. No hay quien haya resistido como vosotros.

Otro les acompaña hasta la puerta y, al despedirlos, les dice al oído:

-Yo no creo que haya sido vuestra fuerza la que os ha hecho resistir, sino la fuerza de vuestra fe. Espero que pronto pueda ser uno de los vuestros. Rezad por mí...

Era la primavera de 1873, cinco años después de su salida de Nagasaki. El grupo de los supervivientes volvía cantando a su aldea de Urakami. Van a pie, caminando unos ocho kilómetros por día. Bajan al camino de Shimonoski, lo siguen hasta la ciudad; luego cruzan el Estrecho en barco y por Kokura siguen andando hasta que desde lo alto de una colina asoma el valle de Urakami y sus ojos lo contemplan empañados en lágrimas de emoción.

No eran ellos solos los que volvían a Nagasaki. De todas las prisiones llegaban grupos como peregrinos que se encontraban para una fiesta: de Hiroshima, de Fukuyama. Todos confluían en el valle de donde partieran. Van a pie, cargando a los ancianos y a los niños...

Pero no volvían todos. Se preguntan unos a otros por los que no ven. En torno a todas las prisiones quedaban las tumbas de tantos que perdieron su vida por testimoniar su fe. De los 3.414 deportados, 664 habían muerto durante la persecución.

La situación de estos cristianos devueltos a la libertad es penosa, aunque vuelvan contentos. Muchos de ellos se encuentran sin casa y sin alimentos. Sus casas han sido saqueadas y, con frecuencia, derruidas; y los campos, durante su ausencia, han sido vendidos por el gobierno a otros, que ahora se sienten sus propietarios. Las promesas de ayuda del gobierno se han quedado en simples promesas. La miseria en que se encuentran es lamentable. Los cristianos comparten entre ellos su pobreza y van adelante con la gracia de Dios. Los enfermos, las viudas y los huérfanos viven únicamente de la piedad. Los que pueden trabajar roturan en las montañas pequeños terrenos, esperando comenzar de nuevo su vida. No era fácil. A Urakami llegaban con lo puesto, en la absoluta miseria. Sus arrozales, abandonados por tanto tiempo, daba pena verles. Ellos, enfermos y sin fuerzas se pusieron al trabajo. Poco a poco Urakami volvió a ser la de antes, aunque ya nunca sería lo mismo. En el rostro de los que volvieron había muchas llagas con un resplandor que nada ni nadie lograría borrar.

El 6 de mayo de 1873, Mons. Petitjean escribe:

-Dios ha concedido en estos días a nuestra misión del Japón días de gracia y misericordia. A finales de febrero, el gobierno japonés ha dado la orden de retirar de todo el imperio los edictos que, durante tres siglos, proscribían el cristianismo bajo las más severas penas. Y a finales de marzo, el mismo gobierno ha ordenado dar la libertad a los numerosos prisioneros que, por más de tres años, han sufrido el encarcelamiento, la tortura y el destierro por Cristo. Es cierto que en este tiempo muchos han muerto, mártires del Señor Jesucristo. Pero, ahora, poco a poco, nuestros prisioneros comienzan a volver a su aldea natal. Dispersados a los cuatro puntos del imperio, su repatriación durará aún un poco de tiempo. Ya, en este momento en que escribo, han vuelto a sus hogares más de setecientos.

Durante todo el mes de mayo siguieron llegando a sus hogares grupos de cristianos: el día 9, desde Tsuwano llegaron 67; el 13, desde Banshu (Himeji), 4; el 15, desde Bizen (Okayama), 48; el 20 desde Isé, 73; el mismo día desde Iyo (Shikoku), 70.

El día de la fiesta de la Santísima Trinidad, en Nagasaki celebran como acción de gracias una Eucaristía, presidida por M. Petitjean. Y ese mismo día escriben una carta al Santo Padre Pío IX, donde le recuerdan, como profecía cumplida, las palabras que diez años antes el Papa les había dirigido:

-"Si Roma, destinada a ser el centro del mundo cristiano, fue bañada con la sangre de cristianos con más abundancia que los demás pueblos, podemos ver para el Japón un presagio de victoria sobre la idolatría en esta sangre que tantos cristianos y durante tanto tiempo han derramando sobre esa tierra". Los acontecimientos han confirmado estas palabras proféticas. Ultimamente la Divina Providencia, en su misericordia, ha visitado a los cristianos del Japón, colmando nuestro corazón de una inmensa gratitud.

Durante los tres meses que Mons. Petitjean pasa en Nagasaki logra conocer, a través de los cristianos vueltos a Urakami, lo ocurrido durante el exilio. Resumiendo los datos, Mons. Petitjean da este resultado: los deportados de Urakami han sido 3404; de estos se conoce la muerte de 660; durante el exilio han nacido 176; los que han regresado son 1981; de los restantes no se sabe el paradero. En conjunto, en todo Nagasaki, los cristianos en la actualidad son unos trece o catorce mil. Mons. Petitjean, en estos tres meses, no cesa de administrar el sacramento de la confirmación, que le reclaman sin cesar. Los misioneros, además de confesar prácticamente a todos los regresados, se dedican a formar catequistas que les ayuden en su tarea inmensa. De entre los catequistas surgen también vocaciones al sacerdocio. Mons. Petitjean pide a Roma un obispo auxiliar, proponiendo al P. Laucaigne, que enseguida le es concedido. Y a la Misión Francesa pide el envío de nuevos misioneros.

Reparar las casas arruinadas o desaparecidas y buscar un trabajo con el que subsistir fue la primera y apremiante necesidad de los cristianos de Urakami a la vuelta de su destierro. Los hermanos de

las localidades vecinas, a los que no había alcanzado la persecución, impresionados por el estado de miseria, acudieron en su ayuda con generosidad. También, según sus posibilidades, les socorrieron los misioneros.

Pero la urgencia de resolver el problema de la subsistencia no les absorbió todas sus energías. Con fervor de neófitos, bautizados en el sufrimiento, su principal interés era su instrucción cristiana, unos para recibir por primera vez los sacramentos, y otros para prepararse como catequistas.

Todo esto en medio de dificultades enormes. Una dificultad grave fue la guerra civil estallada en toda la provincia. La embajada japonesa, enviada a Estados Unidos y a Europa, a su regreso al Japón, decidió reorganizar su país según el modelo occidental, cambiando las viejas instituciones por las nuevas vistas en Europa. Pero los partidarios del viejo Japón aún tenían muchos y poderosos partidarios. La guerra estalló implacable entre unos y otros. En el grito de guerra volvía a salir el odio contra los extranjeros: "Guerra y expulsión de los extranjeros y restauración de los daimyos". En medio de estos acontecimientos, los cristianos se mantuvieron fieles al Emperador, sin que ninguno apoyara a los rebeldes.

Tras la guerra, en la que se impuso el nuevo orden, llegó el flagelo de la enfermedad: una epidemia de disentería brotó en Magome, a poca distancia de Nagasaki, extendiéndose por toda la región hasta llegar a Urakami. Más de un centenar de cristianos murieron a causa de la epidemia. Pero el servicio de los cristianos y de los misioneros con ocasión de la epidemia preparó a muchos paganos a convertirse al cristianismo. En el curso de 1875 se terminó la construcción de un seminario en Nagasaki. La sangre de los mártires comienza a dar sus frutos.

En los años siguientes, el cristianismo se fue difundiendo por todo el Japón, a pesar de la oposición de los bonzos budistas. La religión shintoísta sigue siendo la religión del Emperador, pero ni siquiera la siguen todos los funcionarios del Estado. Tanto el budismo como el shintoísmo han dejado de ser consideradas como las religiones oficiales del Japón. Se espera que pronto se reconozca oficialmente la libertad de acción al cristianismo. Pero Mons. Petitjean no lo verá. A la edad de cincuenta y cinco años muere el pastor a quien Dios había elegido para acoger y confortar a los cristianos escondidos por doscientos años. El 21 de agosto, en Nagasaki se agrava su enfermedad y queda paralizado:

-Estoy sobre la cruz. Comienza la crucifixión. Mi buen Dios, hágase tu voluntad.

Es lo que dice y repite a su obispo auxiliar, Mons. Laucaigne que, desde Osaka, ha acudido a su lado y de donde no se separa hasta el día de su muerte. A su lado Mons. Petitjean llama a todos los misioneros y a los seminaristas con los que recita las oraciones de los agonizantes. Les da las gracias, les bendice y se despide de ellos:

-He aquí llegado el momento de separarnos. Nos veremos en el cielo.

Era el martes, 7 de octubre de 1884. Y el 19 de enero del año siguiente le siguió Mons. Laucaigne. Muy pronto comenzaron la construcción de la gran Iglesia de Nagasaki. Allí iban colocando piedra tras piedra como si estuvieran amasadas con algo de su sangre. Fueron muchos los años que duró la construcción. No todos los que regresaron la vieron terminada, pero allí quedaron sus nombres y ellos como piedras vivas de la Iglesia de Nagasaki. Allí acudió el P. Villión a la inauguración. Y se alegró con la alegría de los cristianos que había consolado y animado en Kobe en los días del destierro.

Allí estaba Matsu, junto con Tsuru, que había estado en la prisión de Hagi, y otras dos más, rodeadas de un enjambre de niños del orfanato que habían fundado. Yuujiro desde el cielo les contemplaba y se reía con ellos: "Aquellos niños no lloran, cantan de gozo". Matsu vivió hasta los 98 años, dedicada a la educación cristiana de los niños en las islas de Goto, más allá de las costas de Nagasaki.

Y no faltaba Jinzaburo con sus hijos. Jinzaburo tiene los ojos bajos. No puede evitar la emoción y se le escapan las lágrimas. En el presbiterio, entre los sacerdotes, está su hijo mayor, el P. Matsuzaburo Moriyama. Y entre los acólitos hay varios de sus nietos, que han venido del Seminario para la inauguración de la Iglesia.

Falta, naturalmente, Zenyemon. Murió al poco de regresar a Nagasaki. Pero, ¿quien duda que está presente entre ellos? No lo duda el Obispo de Nagasaki, que al hacer memoria en la plegaria eucarística del nombre de la Virgen María, san José, de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y de los mártires..., añadió su nombre glorioso: y del santo mártir Zenyemon y demás compañeros, que han unido su sangre a la de tu Hijo amado. El silencio y las lágrimas se sentía en los muros de la iglesia aún húmedos, lo mismo que la explosión del canto del Sanctus que salió de todas las gargantas allí presentes:

Santo, Santo, Santo,
Señor de los ejércitos.
Llenos están los cielos
y la tierra de tu gloria.
¡Hosanna, hosanna,
en lo alto del cielo!

También en Tsuwano se construyó la ermita, como memorial del testimonio de mártires y confesores de la fe. Las tejas de la ermita también guardan su pequeño secreto. Había goteras y urgía un nuevo tejado. En el arranque del camino se apilaron 1200 tejas para ser trasladadas monte arriba. Junto a ellas había unos marcadores y un letrero:

Estas tejas son para el tejado de la ermita. Si quieres ayudar y llevar una hasta la ermita, puedes usar estos marcadores para escribir tu nombre en el dorso de la

teja. Así tendrás parte en la construcción de la ermita.

En tres días las tejas estaban arriba. Cristianos y no cristianos quisieron que su nombre quedara en el dorso del tejado de la ermita.

En el verano de 1918, Jinzaburo, ya muy anciano, recibió una carta nada menos que de Marioka, hijo de su verdugo Morioka. En ella le decía que se había hecho cristiano y que había entrado en una orden religiosa. Quería verse con Jinzaburo en Tsuwano y le enviaba el dinero para el viaje.

Cuando Jinzaburo llegó, subieron hasta el sitio donde había estado el templo-prisión. Marioka se arrodilló en la hierba y suplicó llorando:

-Por favor, Jinzaburo, perdone a mi padre por sus pecados.

También brotaron las lágrimas en los ojos de Jinzaburo mientras abrazaba a Morioka, exclamando:

-¡Qué alegría siento de que te hayas hecho cristiano! A tu padre ya le he perdonado hace mucho tiempo. He rezado por él más de lo que hayas hecho tú.

Juntos se arrodillaron para dar gracias a Dios por el misterioso regalo de la fe.

En el silencio del atardecer, al cerrar el libro de la historia de los mártires, parece que todo cobra vida. Cruje la grava del camino, como si siguieran paseando los centinelas. A través de los muros del Kooronji, o de la ermita, se oye el llanto de niños que piden su comida; se oye ronca la voz de los hombres en oración y, con su voz, la "otra voz de la joven Señora que consuela a sus hijos con hermosos consejos".

En Otome Tooge no se dan curaciones o milagros como en otros lugares. Pero el resplandor de la fe se cuela por los huesos hasta penetrar en lo hondo del espíritu. Es el resplandor que, cuando las sombras cubren los cedros y cipreses del valle y se alargan para envolver la ermita, la jaula, el lago, las bases de las columnas..., sigue iluminando la cruz gloriosa, que se alza sobre la aguja de la torre, señalando el cielo...

Monseñor Wazaburo Urakaba ha cerrado su "Historia de los cristianos de Urakami". Los peregrinos recogen sus palmas y descienden en silencio por el camino, que sigue el rumor del arroyo. Van deprisa. Desean aún pasar un momento por el valle vecino de Kabusaka, a unos dos kilómetros, donde el P. Villión ha sepultado en una única sepultura los restos de las diversas sepulturas de los mártires. Sombreada por camelias silvestres está la sepultura,

coronada por un gran monilito. No hay nombres. Sólo una inscripción:

**Bienaventurados los que padecen
persecución por la justicia,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.**